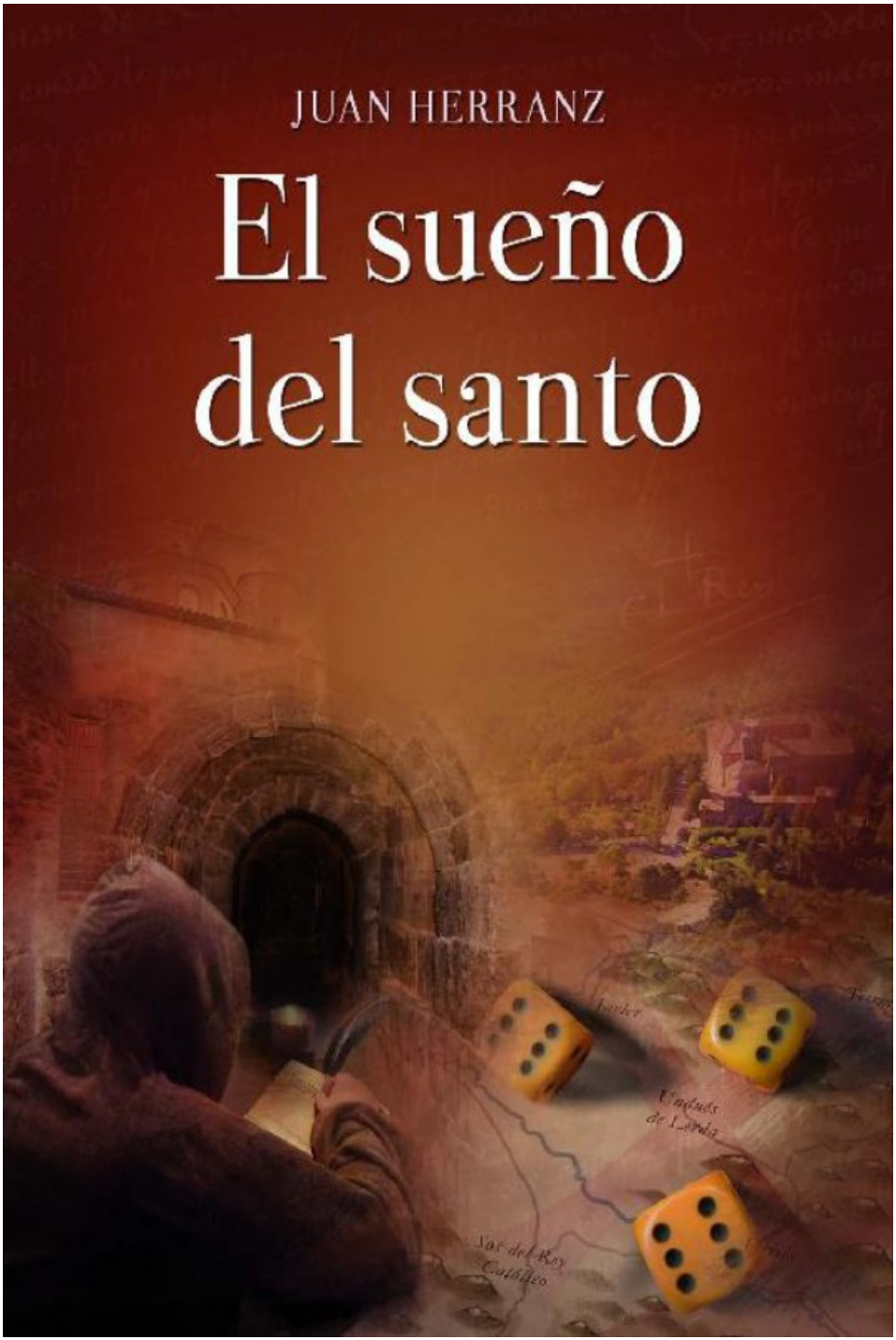
JUAN HERRANZ

El sueño del santo



El sueño del santo

Juan Herranz

(2013)

Misterios históricos

Mira Editores

I.S.B.N.: 978-84-8465-440-7

El mundo gira en torno a un eje desconocido. Por minúsculo que sea cualquier punto de nuestro planeta, puede convertirse en el centro de un universo que focalice milagrosamente toda la energía en su reducido espacio.

Undués de Lerda es un pequeño y encantador pueblo del prepirineo aragonés. Hace varios siglos, un santo soñó que se convertiría en un enclave singular. El azar terminó por sentenciar su destino.

Los personajes de esta original propuesta narrativa de Juan Herranz tratarán de racionalizar, discernir de alguna forma el futuro ya escrito para la humanidad partiendo de ese escenario único. Desde estas páginas, el pueblo de Undués de Lerda trazará los caminos que conduzcan a ciudades como Logroño, Madrid, Múnich o Roma. Su realidad se acabará extendiendo más allá de estos y otros muchos lugares.

Tal y como sucede en Undués, el origen y el fin de las cosas importantes parten de detalles que se escapan al conocimiento. Una vez más, la duda se planteará sobre si el ser humano puede intervenir en esos planes ignotos alterando así el curso de la historia o, por el contrario, si solo puede contemplar lo que ocurre, como quien ve crecer la hierba...

1ª PARTE

Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.

Rayuela – Julio Cortázar

CAPÍTULO I

El perfil todavía lejano del Monasterio de Leyre emergió elegante en el horizonte. Hans Maurer imaginó que por alguna de esas sendas de la sierra navarra de Errando pasearía hacía muchos años San Virila. La emoción le hizo sentir que las horas de camino pesaban menos.

Desde la distancia de la católica Munich, Hans conoció recientemente la existencia de este místico abad del Monasterio de Leyre, quien había llegado a descifrar grandes secretos del mismísimo Creador. En cuanto Hans supo de él y de su obra, lo convirtió en un referente vital. Y ahora conocía mucho más a fondo el legado del santo, algo muy superior a la mera leyenda popular que le acompañaba:

Allá por el siglo X Fray Virila ejercía como abad del monasterio. Por aquel entonces, su mayor tribulación era alcanzar a comprender el concepto divino de la eternidad. Una mañana, después de maitines, Dios quiso atender sus ruegos.

Con las primeras luces, el entonces abad salió a pasear por el monte. Caminó ensimismado por un sendero flanqueado por rocas con sus espesos abrigos de matojos, Una vez más, martilleaba sobre su mente la insistente meditación de la infinitud divina.

Llegó hasta su lugar preferido, un pequeño manantial a medio transcurso de una pequeña senda. Al pie de las retorcidas encinas donde remansaba el agua. Escuchó un sonido creciente, el trinar de un ruiseñor. El canto fue ganando nitidez, y Fray Virila se quedó embelesado con los arpegios que emitía el pájaro. Notas sostenidas y vibrantes que envolvían el espíritu del fraile como ninguna melodía de violines, arpas y trompetas podría conseguir.

Finalmente pudo ver al ruiseñor, y quedó hipnotizado por su

sencilla presencia, distinguida entre la bóveda enmarañada de enebros, encinas y pinos. La maravillosa percepción acabó por adormecerle.

Al despertar, intentó tomar el camino de regreso, abriéndose paso con su báculo, pero pronto se dio cuenta de que andaba perdido, no localizaba la vereda habitual. Avanzando entre la frondosidad en la dirección que creía correcta, finalmente llegó a una desconocida puerta conventual. Tres golpes de su báculo contra la madera de un enorme portalón obtuvieron el "Deo gratias" correspondiente del Ostiario, un joven imberbe de hábito blanco que al abrir la puerta le miró sorprendido. Y terminó por quedarse pasmado cuando Fray Virila, finalmente reubicado, explicó que él ostentaba el cargo de Abad.

El joven se dirigió acelerado al padre archivero, quien a la postre, desempolvando legajos por donde pasaron las firmas de varios abades; Dom Félix, Dom Fortún, Dom Sancho Gentulez...., llegó a Dom Virila, el abad desaparecido una mañana de primavera de hacía trescientos años. Sin duda, Dios había mostrado a Fray Virila un atisbo de esa eternidad que tanto pretendía desvelar.

El hecho de que Hans supiera mucho más que la leyenda, le provocaba un escalofrío que recorría todo su cuerpo. Nunca practicó su fe, pese a que se educó en la ciudad de Altötting, con profundo arraigo católico. El momento para retomar sus creencias llegaba ahora.

Paso a paso, con la respiración acelerada por el entusiasmo, llegó a la fuente de San Virila; también él escuchó el piar de algún pájaro y pensó lo maravilloso que sería deslizarse en el tiempo trescientos años y descubrir algún aspecto de esa posible infinitud divina.

Bebió agua y nada ocurrió, realmente no esperaba otra cosa. Se irguió y aprovechó la sensación del agua fresca para respirar hondo y serenarse mientras contemplaba el entorno. Detuvo su vista en el embalse de Yesa, de un tono verdoso mate; desde la distancia sus aguas mansas se transformaban en un cristal de esmeralda que se antojaba transitable.

Tras el breve receso en su camino, Hans descendió de la sierra hasta llegar a la puerta de entrada al monasterio. Para ser lunes, le sorprendió la animación del entorno; una excursión de colegiales

adolescentes caminaban agrupados, amigotes por un lado y coquetas chicas por otro. Su alboroto conseguía reducir el encanto de la edificación.

Hans se colocó tras los jóvenes, dispuesto a entrar al monasterio en una visita improvisada. Venía de muy lejos y no quiso dejar pasar la ocasión. Su misión no era óbice para que pudiera disfrutar de un matiz tan especial de su viaje.

La portera le preguntó si venía con el grupo.

_No, vengo sólo –manifestó Hans con su perceptible e ineludible acento alemán.

_Son dos euros con diez. El horario de visita termina a las cinco de la tarde –la joven, vestida recatada en sintonía con el recinto, trató de esbozar una sonrisa amable al extranjero alto y delgado que tenía frente a sí. Prosiguiendo en su línea amable añadió -: ¿Se va a tomar un descanso en el camino, señor?

_No he podido evitar acercarme al monasterio. He leído algo sobre muchos lugares del Camino de Santiago, y éste era uno de los sitios que quería visitar. ¿Sabe usted si podría hablar con alguno de los hermanos? Soy Hans Maurer, periodista alemán de la RTL, y quiero escribir un libro que relate mi periplo hasta Santiago –dijo consciente de su mentira.

_Puede intentarlo, aunque no le aseguro nada. Los hermanos preservan mucho su intimidad. Para solicitar una entrevista deberá salir y llamar en la puerta que encontrará a su derecha.

Hans solicitó, con tono lastimero, dejar su mochila en la taquilla. La chica accedió sin mucha conformidad.

Liberado de la carga, pudo erguirse completamente. Anduvo ligero hasta la otra puerta y llamó. Repitió su argumento al ostiario que apareció frente a él, un chico joven que se mostró reacio a molestar a los frailes. Hans utilizó sus sutiles dotes de convicción y el joven monje pronto se encontró llamando por el teléfono interno. Las instrucciones que recibió fueron claras, podrían atender a Hans en media hora, después de una reunión con órganos rectores de otros monasterios.

Mientras esperaba, ya puertas adentro del portalón de piedra, observó decepcionado que aquel recinto, por su decoración, modernidad y limpieza, bien podría confundirse con el hall de un pequeño hotel. También tuvo tiempo para contemplar de soslayo al

fraile portero, se le antojó que nada tenía que ver con la imagen estereotipada del ostiario monacal que aparecía en los grabados antiguos.

En un momento dado, mientras observaba el quehacer del joven ostiario, éste le hizo una señal con el dedo, acostumbrado más a los gestos en lugar de las palabras, detalle que al menos revelaba la continuidad del valor del silencio propio de su Orden.

Hans le siguió a través de un nuevo portón hasta una sala recibidor. Bastó atravesar el umbral para abandonar el presente y sumergirse en el ayer más remoto. La paz conventual impregnaba toda la estancia. Viejos sillones fraileros, un oscurecido cuadro al óleo representando las almas del purgatorio consumiéndose en el fuego e implorando a Dios que les librara de aquel sufrimiento, y un retrato del fundador de la orden, San Benito, formaba toda la decoración de la estancia.

Un nuevo monje se le presentó ofreciendo su mano. Se llamaba Fray Orencio y desempeñaba la labor de bibliotecario. Según dijo, le mandaba el Abad porque él andaba ocupado.

El peregrino alemán mostró su contento con la presencia del bibliotecario, pensó que tal labor sería de las más interesantes del convento. Con su entusiasmo prolongado pidió visitar la biblioteca.

_Nuestro Abad tiene el don de la intuición -contestó Fray Orencio-. Antes de acudir a atenderle ya me dio potestad para mostrarle la biblioteca si era lo que usted buscaba. -El rostro redondeado y enrojecido del cura mostró franca consideración por su Abad.

_Buenos días, soy Fray Luis Medina, Abad del Monasterio –de repente una voz mansa se presentó en la escena, la discreción debía ser otra de las habilidades de aquellos monjes–. Estoy a la espera del correo para poder encomendarme a una nueva labor, pero como no ha llegado, puedo hacer un receso.

_Dom Luis, precisamente ahora iba a invitar a este señor a visitar la biblioteca. – Fray Orencio intervino, sin poder evitar su rubor que llegaba a un extremo púrpura, pensó que su Abad habría escuchado su comentario sobre él.

_Hola, mi nombre es Hans Maurer, presentador de televisión en mi país, Alemania. Ciertamente me siento honrado porque un descendiente en el cargo de San Virila se preste a una entrevista con

mi persona.

_Veo que conoce usted a nuestro emblemático Abad.

_Siempre fui un gran curioso de la cultura española. Además, desde que decidí que iba a hacer el camino de Santiago, me informé detalladamente de muchos aspectos que consideraba interesantes, indagando por ahí descubrí la historia de su Abad y de este magnífico monasterio.

_Me alegro de que el interés por nuestro entorno llegue hasta Alemania. Por cierto, no sólo sabe de nuestra cultura sino que además habla usted un castellano perfecto.

_Mi madre es española, siempre se preocupó de enseñarme su idioma natal.

Hans se dejaba llevar mientras conversaban distendidamente. Pese a mostrarse completamente relajado, seguía sintiendo algo hervir en su interior, la euforia contenida de respirar el mismo aire que en su momento respiró San Virila. En aquellos momentos compartía un espacio que el santo habría recorrido cientos, miles de veces, enfrascado en sus meditaciones y sus vaticinios que por medio de algunos legajos habían llegado hasta el presente.

En un rápido gesto de sumisión, el bibliotecario se adelantó a ambos y sostuvo un nuevo portón de roble. El Abad invitó a atravesarlo al visitante germano. Ante ellos se abrió un espacio amplio, escoltado por dos escaleras de huella muy amplia. La temperatura descendía varios grados y la voz de Hans reverberó en cuanto retomó la conversación.

_Es impresionante la sobriedad de este convento, la ausencia de adornos, los amplios espacios lisos, hasta el frío invita al recogimiento. Hay un gran contraste entre las construcciones religiosas de España y de Alemania.

_Pero todo con el mismo fin, ofrecernos a Dios.

_Así es, Padre Luis. -Hans no quiso profundizar en el asunto, pese a que él consideraba que en España cualquier faceta religiosa elevaba su aspecto místico, vinculándola con la perspectiva de la fe como sumisión o castigo, quizás para tratar de paliar el espíritu más festivo del carácter latino.

Conforme los tres subían por la escalera, el incremento de la sensación gélida, y la opacidad de los muros sin ventanas confirmó su idea preconcebida.

_Entonces trabaja usted en televisión, ¿no es así? -Inquirió Fray Luis mientras ascendía parsimoniosamente a su lado.

_Hasta hace dos semanas en que decidí prejubilarme. Durante muchos años de duro trabajo conseguí un gran reconocimiento popular con varios programas siempre en "prime time" – dudó Hans si el fraile entendería el término-. O sea en horario...

_Sí, ya sé lo que significa "prime time", me gusta estar actualizado, y dedico algún rato muerto a ver la televisión. El "prime time" es el momento en que más gente hay pegada al televisor para poder sorberles el seso.

_Exacto, Padre. Ni yo mismo podría haberlo definido mejor. La cuestión es que me cansé de todo aquello, en parte precisamente por esa otra forma que ha expresado usted de comer el coco. Mis padres me educaron religiosamente en el catolicismo, pero es ahora, a mis cuarenta y nueve años, cuando he retomado con énfasis mi religión.

_Podría ser la llamada –sonrió el clérigo. Un gesto que no debía practicar en demasía porque marcó su rictus de manera ortopédica.

_Sin duda, Padre, pero es una llamada como mero feligrés.

_Me parece muy bien. También es importante un poco de proselitismo para una colectividad que cada día abandonan más descarriados. Bueno, señor Mauder...

_Maurer, con r. –corrigió Hans amigablemente.

_Perdón, señor Maurer. Comentaba que le encantaría ver la biblioteca, ¿no es así?

_Por supuesto, estoy investigando para escribir un libro y una biblioteca se me antoja el lugar más adecuado para obtener información; si me gratifica con su presencia, me facilitaría mucho la labor.

_Estaré encantado de acompañarle durante un rato.

Poco después, al final de un pasillo escasamente iluminado, Fray Orencio extrajo un sonoro manojo de llaves y abrió una nueva puerta.

Los tres avanzaron unos pasos hasta ubicarse en el centro de la estancia, desde donde se desplegaban pasillos de estanterías y se podía divisar un corredor superior con más anaqueles repletos de libros.

_Tienen ustedes una magnífica selección de obras aquí, Padre. –

Hans alzó el rostro y se impregnó del olor a madera y papel, como si aquella estancia acabara de abrirse por vez primera tras años de fermentación de su aroma.

_Un monasterio cisterciense siempre es una cuna de sabiduría. Todos nosotros nos preocupamos de mantener estos textos.

En ese momento Hans se atrevió a introducir en la conversación el punto de mayor interés. La verdadera razón que le había llevado a detenerse en el monasterio de Leyre:

_¿Conservan también documentación antigua? Me refiero a legajos, pergaminos de otras épocas del Monasterio.

_En las vitrinas del pasillo superior conservamos algunos antiguos manuscritos cronológicamente dispuestos, pero hay saltos importantes, imagínese los ataques, expolios, algún incendio e incluso la disparatada desamortización.

_Claro. –Sin dejar de mirar distraídamente a la parte superior, Hans continuó profundizando hasta el meollo de la cuestión-. Entonces supongo que, desgraciadamente, no guardarán originales de un personaje tan relevante como fue San Virila.

_Si San Virila escribió algo, se perdería en alguna de las desafortunadas circunstancias que ya le he comentado. Pero conservamos algo mejor que un posible testimonio escrito, en una urna mantenemos las reliquias del santo, y se muestran en algunas ocasiones. Se encuentran, en perfecto estado, el cráneo, las falanges, el cubito, el radio, varias costillas...

Tal como esperaba Hans Maurer, nadie sabía de la existencia de ningún pergamino salido de la pluma de San Virila. Un cúmulo de satisfacción le dibujó una mueca sonriente. Él sabía perfectamente que los pocos testimonios del Abad se encontraban a buen recaudo. Su conocimiento le hizo sentirse por encima de aquel clérigo que vivía en la que fue casa de San Virila, sin saber acerca de sus verdaderos milagros.

_Señor Maurer, da gusto ver esa sonrisa de satisfacción. No sé cuánto tiempo hace que ha vuelto al cobijo de la religión, pero sus gestos denotan en usted una completa armonía.

_No tenga duda, Padre. En nuestra fe he encontrado por fin mi sitio. Por cierto, ¿podríamos ver ahora las reliquias de San Virila?

El fraile asintió y a Hans le costó disimular el entusiasmo desmesurado que recorría su cuerpo como pura adrenalina. Eso iba

a ser bastante por aquel día, después descansaría en alguna pensión y al día siguiente saldría hacia Undués de Lerda, sólo le quedaban veintiún kilómetros para llegar a su destino.

CAPÍTULO II

Al despertar cada mañana en Undués, en medio del absoluto silencio, Federico tenía que respirar hondo para comprobar que seguía vivo. El sonido del aire, a su paso por sus fosas nasales se lo confirmaba. De otro modo podía llegar a pensar que se encontraba en un pacífico cielo, ajeno a la ruidosa gran ciudad y su ritmo acelerado.

La primera percepción que tuvo Federico al llegar a Undués de Lerda y rondar sus extramuros, fue la de encontrarse a punto de despegar hacia la inabarcable cúpula azul que se extendía hacia todos los puntos cardinales. Aquel pequeño pueblo, el más septentrional de Aragón en su frontera con Navarra, se orientaba hacia esta región limítrofe, desde una loma que lo erigía como en una peana sobre el valle.

De ese primer vistazo habían pasado ya varios años. El mismo día que dejó Madrid para convertir a Undués de Lerda en el nuevo centro de su universo, la capital de España pasó a la categoría de recuerdo remoto. Poco después de llegar a este pequeño pueblo del prepirineo aragonés compró un deteriorado caserón y lo reconstruyó con la meticulosidad de un orfebre, respetando la mayoría de los elementos estructurales y ornamentales, con la idea de remozar por completo la casa para que aparentara recién construida.

Primero en Madrid y luego en Undués de Lerda, lo que no variaba para Federico era el hábito de despertarse a las ocho. Durante toda su vida se ahorró el uso de un despertador, lo llevaba incorporado en algún lugar de la inconsciencia y le sonaba cada mañana con onírica precisión suiza.

Aquella mañana se desperezó unos segundos sentado sobre la

cama, con una repetitiva obsesión matutina de saberse en el lugar adecuado pero sin conocer su misión exacta.El hecho de que hubiera decidido acabar sus días en Undués de Lerda no tenía nada de azaroso. Federico reservaba para sí un firme convencimiento, la certidumbre de que ese pueblo albergaba un gran secreto, su fundamento era casi matemático, no quedaba margen para el error.

Pero el resultado, la forma de constatación final escapaba a sus cavilaciones. Ya sólo le quedaba esperar sin saber cuánto tiempo, quizás hoy, tal vez dentro de meses, años, o en su lecho de muerte, pero merecía tomarse el resto de su vida para intentar desvelar el misterio de Undués de Lerda.

Federico respiró hondo nuevamente y se levantó de la cama soltando el aire de golpe, con la determinación de acometer una nueva jornada. Se dirigió al baño y tomó una ducha de agua templada. Se acicaló y regresó a su habitación.

Escogió una de sus camisas y un pantalón del pequeño armario y una vez completamente ataviado salió de su alcoba y atravesó el estrecho pasillo de la segunda planta, dejando a su derecha otras dos pequeñas habitaciones y el baño. Tras este corredor llegó al salón medieval.

Así como los dormitorios fueron diseñados pequeños, al estilo de celdas monacales, el salón completaba el espacio de la planta en una amplia estancia diáfana con chimenea al fondo, flanqueada por dos cadieras de inspiración pirenaica.

En alguna dependencia remota de esa planta superior tenía entendido Federico que estudió San Francisco Javier. Le fascinaba considerar que aquellos muros acogieran a un personaje tan ilustre en sus días de educación básica. En homenaje a tan destacado alumno, había colocado en medio de la pared lateral izquierda, un tapiz representando una escena del santo a lomos de su caballo Boira. Al lado de la escalera destacaba un óleo de producción propia y estilo claroscuro, que reflejaba al mismo santo en un instante de recogimiento.

Bajó por las escaleras y llegó al zaguán. Recogió su abrigo del yugo colocado a modo de percha. A Federico le encantaba ese recibidor, donde se divisaba el antiguo calabozo a su izquierda, hoy bodega. Allí mismo hace muchos años se encarcelaban a bandoleros y malhechores de cualquier guisa que transitaran por la zona, ahora

tan sólo reposaban exquisitos vinos.

A su derecha, una puerta de madera de tamarindo daba entrada a un salón rústico, otrora vivienda del carcelero. La puerta estaba entreabierta y Federico perdió la vista en la antigua chimenea pirenaica, al fondo de un salón de estilo más autóctono que el inmediatamente superior.

Una vez más se sintió orgulloso de la casa. En su larga espera, había dedicado la mayor parte de su tiempo a restaurarla al detalle. Concluida la labor de adecentamiento, el hueco que le creaba su originaria misión se antojaba un oscuro abismo de dudas.

Nada más salir a la calle, el cierzo naciente golpeó su rostro. Aquel viento se despertaba inesperadamente, silbando entre los muros de piedra de las casas, bailando bruscamente con los postigos de las ventanas. Aquella mañana volvía al ataque, una vez más. Federico anduvo hacia el Ayuntamiento sin encontrar un alma entre las calles, ni tan siquiera en la plaza principal. Los treinta y tantos habitantes estarían refugiados en sus casas o atendiendo sus labores del campo.

Llegó a la casa consistorial, una construcción de mampostería del siglo XV con funciones complementarias, como dar alojamiento a los peregrinos en el albergue superior. En la misma puerta, Federico se encontró con Ignacio, el amable alcalde que le cedía un ordenador con conexión a internet. El primer edil, al igual que el resto de vecinos, tenía en gran estima a un residente tan ilustre, todo un catedrático de periodismo y ocasional columnista de la prensa nacional, que decidió retirarse en su tranquilo pueblo.

_¿Qué tal, Federico?

_Disfrutando de otro día de paz, amigo Ignacio. Cada día me desprendo un poco más de Madrid, de su ruido y su locura cotidiana.

El alcalde le miró sonriente, con su habitual gesto bonachón contrapuesto con la mirada pícara de sus pequeños ojos. Tendría una veintena de años menos que Federico, y seguramente aquella simple definición de Madrid le sonaría como si le definiera Marte. Según le tenía dicho, tuvo poquísimo interés por viajar a lo largo de su vida. Sus destinos se limitaron a poblaciones cercanas como Ejea, Huesca, Tudela y Zaragoza, en la mayoría de los casos por estrictos motivos de su cargo. Su gran pasión se centraba en administrar su

pueblo. Conseguía grandes cosas a base de insistencia, y la caja del Ayuntamiento siempre disponía de dinero que invertir o gastar. El pueblo le reelegía durante varias legislaturas y él disfrutaba con su trabajo.

Federico sopesó las diferencias entre su común soltería. Él nunca creyó encontrar a la persona adecuada. En el caso de Ignacio, parecía no haber aspirado siquiera a toparse con ella. Parecía que en Undués de Lerda tenía todo lo que necesitaba del mundo.

_Bueno, Ignacio, voy para dentro a teclear –Federico gesticuló con los dedos y atravesó el umbral del portón principal en dirección a una pequeña sala vacía al frente. A base de utilizarla cotidianamente, adquirió el apodo de “el despacho de Federico”.

Por esa falta de asignación oficial, la sala carecía de adornos de cualquier tipo. Tan sólo destacaban, encima de la mesa del ordenador, varios libros sobre micología, el periódico del día que el propio alcalde le habría dejado allí, y un cenicero olvidado de su función original.

Federico se sentó. Mientras se iniciaba el sistema operativo, reclinó su espalda hacia atrás y apoyó sus manos sobre su abundante cabello blanco. Su vista se perdía en la cambiante pantalla. Al trasluz, su difuso reflejo se confundía con los mensajes emergentes del arranque.

Cuando la magia de los procesos informáticos mostró finalmente el sistema operativo como una herramienta accesible para Federico, éste buscó en Internet el Chat de su grupo, donde siempre había alguien de guardia.

_Hola, Federico. -Damián Balaguer, actual gobernador de su club Rotario y administrador del Chat, pronto se mostró dispuesto a dialogar con él. Sin apenas darle tiempo a ver si algún otro usuario les acompañaba.

_Buenos días, Damián. -Después de comprobar que estaban solos en el ciberespacio, Federico empezó a teclear-. ¿Qué tal está mi jardín? Espero que conserves las plantas bien regadas.

_No te preocupes, el alcalde tiene bien cuidado tu Parque del Retiro. Una brigada del ayuntamiento acude cada mañana a primera hora –prolongó la broma Damián-. ¿Qué tal por Undués?

_Sinceramente, sigo entre dos tierras, por un lado me encuentro en el cielo, pero por el otro me fastidia saber que estoy tras la pista

de algo indefinido.

_Seguimos con la investigación, Fede. Estamos muy cerca de nuestros antecesores templarios. Escondieran lo que escondieran bajo el juego de la oca, para salvaguardar el significado del camino de Santiago, lo acabaremos descubriendo.

_Ya sé por donde vas. Nosotros tenemos un condenado superordenador con tropecientos megas. El "deep blue" que hizo tablas con Kasparov es una videoconsola a su lado. Siempre me preparas una alegación positiva, tienes alma de predicador, Damián. –Federico recordó la imagen de su viejo amigo, con su invariable porte elegante, resuelto, como si se despertara cada mañana con el traje de Armani incorporado. Federico pensaba que toda una vida de seductor le enseñó a Damián a persuadir por igual a mujeres y hombres con fines muy distintos. Justo lo contrario que él, que volcó su vida en el trabajo y posteriormente en el club Rotario, donde se implicó de lleno, privándose de cubrir la parte emocional.

_Me has quitado las palabras de la boca..., mejor dicho, del teclado.

_No sé, Damián, yo sigo en mis trece, muchas noches me enfrasco ante el tablero de la oca. Siento que no hay mucho que calcular, lo tenemos, como decirlo..., en la punta de la lengua. Undués de Lerda, la casilla número 12, el segundo puente, el tránsito hacia el otro lado, la alternativa al camino original hacia Santiago. No confío en una resolución matemática sino lógica.

_Puede ser. Por eso no descartamos nada. Lo bueno de esta investigación, Fede, es que cuando descubramos cuál es el misterio de la casilla doce o Undués, tú estarás ahí para disfrutarlo el primero.

_Cambiaría lo que me queda de vida por ese momento. Te lo aseguro, Damián.

CAPÍTULO III

Mientras Sherman se tumbaba de espaldas en la cama, Catherine reposaba exhausta mirando al techo. A sus cuarenta y pocos años sentía el corazón acelerado de su adolescencia más ardiente. Esas ocasiones en que Sherman conseguía esperarle en el climax, su cuerpo se tensaba en un latigazo de inmenso placer, y el restallido de adrenalina fluía como un volcán por cada poro, de manera que aún tardaba algún minuto en restablecer su respiración.

Lo mejor del asunto era que él controlaba cada vez mejor los mensajes de su cuerpo, intuyendo en que fase exacta se encontraba. Sin mediar palabra, sólo a través de su respiración y sus jadeos, su pareja interpretaba magistralmente el punto de sus sensaciones, como un músico que ha memorizado una partitura nota a nota.

Disfrutaba plenamente. Siempre y cuando sus momentos de intimidad no se vieran perturbados con la intromisión de algún compañero de la comuna. Lo que ocurría en varias ocasiones, provocando que Catherine añorara la completa reserva de la propiedad privada. Por lo demás, se acostumbró de maravilla a vivir en medio de aquel monte de Undués de Lerda, donde la vida le llevó en una corriente que achacaba al natural fluir del destino.

Echando la vista atrás muchos años, Catherine no se reconocía. Aquella joven que fue, actuaba como una sombra que deambulaba entre las convenciones de una gran ciudad. Cada día más y más hábitos e imposiciones. Ahora que conocía esa forma de libertad, sus recuerdos le ponían la piel de gallina de pura angustia, lo mismo que un pájaro que pudiera pensar en volver a la jaula.

Sherman apareció como un salvador que le removió de su trivial existencia. Seguramente sucedió en el momento preciso, un par de estrellas se habrían alineado en el cosmos infinito para que ellos se

encontraran en Barcelona aquella noche de hacía ya muchos años. Un buen día Sherman le habló de otro estilo de vida y juntos habían comenzado la aventura de sacar adelante su comuna.

Su llamada fue recibida por otros que les siguieron hasta ese rincón del planeta. Una libertad bien entendida era toda la norma entre ellos. Cada cual se dedicaba a lo que mejor se le daba dentro de las funciones que precisaban para acercarse a la utopía de la autosuficiencia. Aunque todavía interaccionaban con el exterior, principalmente vendiendo sus productos artesanales que los más dotados manufacturaban como una forma de autorrealización.

Ellos dos habían soltado lastre de la sociedad, Sherman y ella ya eran independientes completamente, sin vínculos en el exterior. Los demás seguían perteneciendo al otro lado, pero compartían el ideal y convivían perfectamente la mayor parte del tiempo.

Esa forma de pertenencia exclusiva la marcaba un importante hecho diferencial. Ellos fueron los primeros en llegar y poner en marcha todo. Sus hijos nacieron en esa casa. Ese pedazo de planeta les pertenecía, de la misma forma que ellos pertenecían ya a esa minúscula superficie de la Tierra. El mundo más allá sólo era una sombra, del que los demás les comentaban de vez en cuando sus excéntricas novedades.

Catherine se sentía muy orgullosa de pertenecer a esa comunidad desde su origen. Un pequeño mundo aparte donde se levantaban unas voces libres que juntas conformaban algo distinto.

Ese era el razonamiento idílico en el que se sumía en esos momentos posteriores al climax. Pero sabía que la aventura también tenía algunas sombras que le atormentaban. El ideal adquiría un matiz siniestro cuando consideraba que detrás de todo, una especie de gran hermano mecía el transcurrir de sus días. Prácticamente invisible, una voluntad ajena a todos ellos se deslizaba con insondables planteamientos estratégicos.

Un ruido de pasos acelerados sobre los peldaños de la escalera le sacó de sus variadas reflexiones. Su hijo Chakir abrió la puerta de un tirón y habló precipitadamente.

_¡Mamá, papá! Venid rápido, ¡Homero se ha caído!

Pese a haber sucumbido al sueño, Sherman tardó unos segundos en ponerse el pantalón y cubrirse el torso con una camiseta. Catherine aumentó su nerviosismo al no poder seguirle, pero no

puso el menor reproche en que padre e hijo salieran corriendo a atender a su primogénito.

Cuando Catherine llegó al lugar del accidente, con su larga melena rubia semioculta bajo su vestido, Sherman, acompañado de otros hombres, ya cargaba con Homero sendero abajo, en dirección a la vieja furgoneta de la comuna.

Su corazón le dio un vuelco al ver un reguero de gotas de sangre. Inmediatamente se lanzó en una precipitada carrera al grito de Homero. Consiguió alcanzar a los hombres y les acompañó. Raúl, uno de los miembros más jóvenes, trató de calmarla explicándole que su hijo llevaba un corte muy limpio, todo se quedaría en un susto. La madre dirigió la vista a la pierna del chico que pendía bajo los brazos de Sherman con un torniquete a mitad del muslo. El estómago se le constriñó provocándole un intenso dolor.

Raúl se puso al volante de la C15 con la que acudían de vez en cuando a algún mercado, y salieron lo más rápido que el viejo vehículo les permitió. Durante el trayecto nadie habló. Únicamente Sherman trataba de consolar con voz ligera a su hijo. Aunque Homero no parecía estar consciente para atender a consuelos.

Al llegar a Undués el nudo del estómago de Catherine empezó a deshacerse. Intuyó que aquella primera muestra de civilización podía salvarle de su sufrimiento.

Nada más llegar a la rotonda de entrada al pueblo, los tres pidieron ayuda. Un vecino se acercó. Al contemplar la escena y entender la urgencia del asunto ofreció su coche, aparcado allí mismo. Sherman montó delante y Catherine y su hijo subieron detrás, con las piernas del chico en alto y cubiertas con una manta que ofreció el fortuito taxista.

Un extrañado peregrino vio como aquel vehículo salía del pueblo a toda velocidad. Con su acento alemán se interesó por el percance ante una vecina que desde el comienzo de la calle Mayor lamentaba en alta voz.

_¡Pobre chiquillo! Le chorreaba la sangre por la pierna. ¡Estos hippies!..., si le pasa algo al niño será por tenerlo viviendo en el monte, ¡a quién se le ocurre!

_Bueno, los cortes son muy alarmantes, pero seguro que en pocos días ese chiquillo andará por aquí, con los amigos, mostrando orgulloso su cicatriz. –Hans hablaba con ligereza, empujado por un

incontrolable brote de nervios. Estaba pensando que aquel chaval podía ser nacido y criado en Undués, en el seno de la comuna que se instaló hacía años en el pueblo. Si así era, le interesaba sobremanera que no sufriera ningún daño.

Mientras reflexionaba profundamente, la mujer le miró fijamente, con el ceño fruncido entre la desconfianza, la timidez o una velada sospecha.

_¿Podría decirme donde está el albergue? Vengo hecho polvo del camino. -Hans intentó desviar la afilada mirada de aquella desconocida con la pregunta.

_Si sube por esta calle, tendrá que rodear la iglesia y se encontrará con el albergue en el mismo edificio del Ayuntamiento, hay dormitorios en la segunda y tercera planta. Oiga, me suena mucho su cara. –La mujer, de unos setenta años, le miró detenidamente; igual que cuando aparecían multitud de niños en verano y trataba de ubicar sus rasgos en las caras de sus padres.

_No creo, señora, vengo de Munich, Alemania –contestó el peregrino soslayando la risa.

_Ah!! Claro, eso es. Tenía que haberlo adivinado por su acento. Paco, mi marido vivió muchos años en Alemania, y hace un tiempo, con eso de la tele por satélite aprovechó para sintonizar canales extranjeros, usted presenta uno de esos programas que él ve y sólo él entiende.

Hans Maurer, ex presentador de uno de los programas de mayor audiencia de Alemania se quedó maravillado, como decían en España, el mundo era un minúsculo pañuelo.

CAPÍTULO IV

Al dejar la mochila sobre la cama de uno de los dormitorios de la segunda planta, Hans sintió que levitaba tal que si fuera Neil Armstrong cuando pisó la luna. Se recreó en su ligereza y se acercó al baño individual de su habitación, todo un lujo en comparación con algunas otras hospederías que le tocó visitar desde que comenzara su peregrinaje.

Al otro lado del espejo sus ojeras denotaban la falta de sueño, demasiadas horas de camino y muchas vueltas en camastros insufribles, junto a otros peregrinos roncadores de campeonato. Aunque lo más insoportable era el ruido de algunos jóvenes vecinos insolidarios que violentaban el ambiente con la habitual bulla nocturna. Alemania era un país más tranquilo, sin duda. En España el ruido parecía formar parte de la idiosincrasia de la gente.

Sin embargo, Undués de Lerda parecía excepcional en ese aspecto. Desde aquella habitación no se escuchaba ningún tipo de ruido molesto, y en un dormitorio para él sólo, no tendría el problema de las incómodas compañías. Tenía que buscar otro alojamiento estable para su previsible larga estancia, pero ese primer espacio se le hizo confortable.

Pese a su visible agotamiento, en su fuero interno Hans se encontraba alegre. Su camino realmente había concluido. Ahora pensaba disfrazar su fascinación por Undués de Lerda en un simple capricho, comportándose como uno de esos trotamundos que se instalan azarosamente en un sitio.

Él se encontraba encantado con su misión. Su optimismo creciente derivaría en una actitud positiva ante todo. Undués de Lerda era un bonito pueblo, pero aunque hubiera sido el infierno, para él lo importante era que había llegado al punto exacto que

nombraba San Virila en su profecía.

¡La profecía de San Virila!, le estremecía pensar en su gran secreto. La leyó muchas veces y la rumiaba sin descanso, memorizándola como un padrenuestro. La repasó mentalmente en ese momento, una vez más, sin olvidar o trastocar ni una sola palabra. Un ejercicio de memoria que repetía para llevarla consigo de una forma no escrita, evitando que la trascripción cayera en manos indebidas.

El original se encontraba a buen recaudo en manos del promotor de su aventura. Hans cerró los ojos y empezó a mover sus labios, mascullando el texto:

"Salí del Monasterio de Leyre y caminé distraído por la senda de la fuente. Al llegar a ella, Nuestro Señor se hizo presente a través del hermoso canto de un ruiseñor, sumiéndome de inmediato en un extraño sueño. Frente a mí pude ver a cuatro hombres: Uno vestía una gran túnica de Rey; a su lado otro sonreía rodeado con su aura de Santo; inmediatamente a su derecha un viejecillo ataviado con una clase de levita blanca me miraba con sus ojos inquietos; y un poco más allá el cuarto personaje perdía su vista y su rostro entre legajos que sostenía en sus manos.

Mientras soñaba, continuaba escuchando el canto del pajarillo que acabó por transformarse en una maravillosa y templada voz, con un tono que ninguna boca podría pronunciar.

Nuestro Señor me aclaró que ante mí tenía a los cuatro que habían de venir: el gran Católico, de quien me dijo que llegaría al mundo en la villa de las siete puertas; el incansable evangelizador, cuya madre lo alumbraría en la torre que se convertiría en castillo; el preclaro hombre de ciencia, que nacería en el enclave navarro; y quien daría testimonio del mundo, que vería la luz al albor del tercer milenio, en seno libre, y en la aldea más centrada entre las otras tres y la tierra de este humilde Santo, que soñó con la eternidad".

Repasaba el mensaje con frecuencia, reforzando su memorización. En ese instante le costó volver a la realidad. Las palabras del santo tomaban mayor significado después de su visita el día anterior al Monasterio de Leyre, y tras el peculiar encuentro con el niño accidentado.

Con su vista perdida en el sumidero del lavabo, proyectó una

vez más el recuerdo de la sierra de Errando, reinante sobre el monasterio de Leyre. Se perdió entre las sendas por donde pasearía el santo. La sensación llegaba a ser más fuerte que anteriormente. La profecía adquiría un cariz de palabras mágicas, un "abracadabra" que le introducía en las profundidades de su ser y que le empezaba a hacer sentir como parte importante de algo tan maravilloso.

El escrito anunció la llegada del gran rey Fernando el Católico, del gran evangelizador San Francisco Javier y de un científico padre del futuro de la medicina, la neurociencia, no era otro que Don Santiago Ramón y Cajal. Y aún quedaba alguien más por venir en ese rincón tan especial del mundo, el punto central entre sus predecesores.

Salió del baño y se tumbó en la cama. Miró al techo con una sonrisa, reducida a mínima mueca por el cansancio físico y el sueño. Pero su mente se empeñó unos instantes más en no dejarse vencer por el sopor, volvió a la imagen del niño accidentado.

Si él era el elegido, regresaría en breve sin gran daño. El destino de un ilustre no podría apagarse en la más tierna niñez, su legado aún estaba por llegar. Aunque, de todos modos, no tenía porqué ser él. Desde que los peculiares habitantes del monte llegaron, seguro que se habrían producido nuevos alumbramientos en Undués de Lerda.

Oficialmente la documentación decía que nadie nacía allí desde 1968, pero él no se fiaba de los censos públicos. Los nuevos colonizadores criarían a sus niños de manera independiente, y entre todos ellos surgiría "quien daría testimonio del mundo". Hans tan sólo tenía que averiguar qué chicos eran auténticos nativos. Alguno de ellos destacaría en alguna faceta y él intentaría descubrirlo.

Los hippies se afincaron en los montes de Undués movidos por el mero azar. Sin embargo, la predestinación tenía escrito un guión distinto para ellos. Con la llegada de esos hombres y esas mujeres jóvenes se cumplía el mínimo imprescindible para la procreación del elegido, coincidiendo con ese tercer milenio que anunciaba el santo.

El canto de un pájaro más allá de la ventana le apartó de sus cavilaciones. Un ligero gorrión se posó en el cable de luz y empezó a piar. No era lo mismo que el trinar de un ruiseñor, pero le sirvió al alemán para abandonarse finalmente y sucumbir a un placentero

sueño.

CAPÍTULO V

El viaje hasta el hospital Miguel Servet de Zaragoza desde Ejea, donde les recogió una ambulancia, resultó ser un suplicio para Sherman y Catherine. Homero no daba muestras de sufrimiento, había quedado inconsciente por el dolor y por el miedo. Al no escuchar sus vivas quejas, sus padres padecían impotentes por el alcance de su lesión.

Se sentaban a ambos lados de la camilla, en el habitáculo sanitario trasero. Catherine cogía la mano de su hijo y Sherman alternaba su mirada entre el rostro de su primogénito y el suelo engomado. El sonido de la sirena incrementaba el desasosiego.

Cuando se apagó el motor del vehículo, deteniéndose por completo, los dos se irguieron hasta donde les permitió el techo del vehículo. Enseguida se abrió el portón trasero y dos celadores bajaron la camilla rápidamente.

Catherine revivió una vieja sensación de ahogo al regresar a la gran ciudad. El ruido del tráfico, el trasiego de la gente, todo se acumuló al malestar que ya padecía por la situación de su hijo.

Zaragoza disfrutaba de un día soleado de finales de invierno, y ella, en contraste, percibía la angostura de los altos edificios, la masificación de vehículos, la concentración de distintos rostros anónimos, todo lo que acabó odiando hacía algunos años.

A través de la recepción de urgencias, Sherman y Catherine siguieron a los camilleros hasta que en una puerta les prohibieron el paso, entregándoles un volante y remitiéndoles a recepción para el papeleo. Homero despertó de su inconsciencia y vio como le apartaban de sus padres. Gritó “papá” instintivamente, intuyendo a su progenitor como el más indicado para sacarle de ese aprieto.

Muy a su pesar siguieron las instrucciones del personal

hospitalario. Acababan de topar con la tediosa burocracia, un aspecto que Catherine prácticamente había olvidado. En cuanto llegaron al mostrador de recepción, entendieron que iban a tener problemas. Hacía ya mucho tiempo que ellos prescindían de la documentación pertinente, todo lo que precisaban lo tenían en su comuna. Pero allí estaban fuera, ante la cruda realidad social del resto de la gente, con su oficialismo, sus certificados de afiliación y su registro.

Catherine pensó que Homero, al igual que Chakir, no poseía documentación. No estaban censados en ninguna parte. Eran los primeros seres libres, pero esa libertad empezaba a topar con la organización y las leyes de allí fuera.

_O sea que el chico no consta en ningún registro –La joven de recepción miró absorta a Catherine en cuanto ella expuso tales circunstancias. Enseguida entendió que ante ella tenía a dos auténticos hippies. Su indumentaria terminó por aclararle la situación. Mientras miraba a la mujer, atisbó que no llevaba sujetador bajo su blusa blanca. Sobre la ligera camisa, su larga melena rubia se doblaba a la altura de sus hombros para perderse cayendo por su espalda. En ese primer vistazo, descubrió que sus palabras enojaron a la mujer, pues sus ojos verdes se entornaron en su rostro moreno.

_Criamos a nuestros hijos libremente. Sólo queremos que le curen y nos lo llevaremos inmediatamente.

_Tengo que comentar esto con mi superior. Mis instrucciones son que registre siempre todas las entradas. Además tienen que firmarme este documento. –Sobre el mostrador, la joven recogió el volante que le dejó Sherman y dispuso un formulario oficial que de nuevo Sherman atrajo para sí. Aquel hombre alto mostraba su ceño fruncido por la preocupación y sin decir palabra garabateó sobre el papel.

_No se preocupen, no vamos a dejar de atender a su hijo, pero entiendan que ante una situación irregular como ésta debo dar parte a dirección.

_Por supuesto, regularizaremos la situación del niño inmediatamente –comentó Sherman escurriendo el bulto-. Pero de momento sólo queremos que todo salga bien. ¿Dónde podemos esperar?

_Subirán a su hijo a la segunda planta en cuanto suturen la herida, ya les avisarán.

Cogieron el ascensor y se dejaron guiar por los carteles hasta una sala de espera atestada de gente. Catherine se sentó en la única silla libre y Sherman se apoyó en la pared a su lado.

En medio del silencio, roto tan sólo por ocasionales susurros y avisos de megafonía más allá de la sala, las miradas se deslizaban hacia los recién llegados. Catherine se sintió completamente fuera de lugar, se rodeó con sus brazos y miró al suelo. Sherman parecía sentirse igualmente violentado en aquel reducido espacio, con los brazos también cruzados se miraba los zapatos, donde no conseguía detener el baile de sus pies. Finalmente se agachó hasta ponerse a la altura de Catherine y le comentó, en un nuevo susurro, que todo saldría bien.

La espera se hizo muy lenta. Catherine se aliviaba conforme llegaban nuevas personas que pasaban a ser el objeto de contemplación. Aunque siempre que levantaba la vista descubría una nueva mirada posada sobre ella.

En esos momentos querría estar vestida como una más, con su blusa y su pantalón a juego, con la rutinaria apariencia de una mujer acorde a la moda, a la costumbre, a los usos estandarizados de la sociedad. Pero el mero hecho de sentir sus pechos liberados del sujetador, le hacía demasiado diferente.

Debían distar mucho del resto pues un enfermero les reconoció de inmediato y se acercó a ellos. Sin cerciorarse de su identidad, les comentó que su hijo ya estaba en la planta, les pidió que le siguieran hasta la habitación 231.

Cuando entraron, invitados por el enfermero, una doctora hablaba con voz suave a Homero, explicándole que en pocos días podría volver a jugar, pero que debería tener más cuidado para no caer de nuevo.

La médico se percató de la presencia de Sherman y Catherine y les dirigió una espléndida sonrisa amistosa, acompañando el gesto con su mirada franca de ojos castaños. Una actitud que Catherine consideró propia de los primeros tiempos de ejercicio. Hasta que un día sobrepasara la centena o el millar de pacientes atendidos y todos pasaran a ser un simple número de habitación.

_Buenos días, señores. Tienen un hijo muy fuerte. Homero se ha

portado como un campeón. –El chico, que aún no se había sobrepuesto del susto, miraba a sus padres anhelante de un abrazo.

Catherine avanzó hasta su hijo y le estampó un beso en la mejilla. A lo cual Homero respondió con un leve lagrimeo. A sus once años, había estado sólo por vez primera, rodeado de extraños y lleno de sangre.

La doctora aprovechó que la mujer se hallaba con el paciente para ser franca con Sherman. Le explicó que el chico estaba bien, habían tenido que aplicarle muchos puntos de sutura pero se recuperaría pronto. Después varió su tono al abordar el problema de la falta de documentación del crío. Le habían informado que aquel chico no estaba identificado de ninguna forma, al igual que sus padres. Ella se sentía en el deber de informar a las autoridades.

Sherman asintió constante y cortésmente a los requerimientos de la doctora. Mientras, su vista se detuvo sobre una silla de ruedas en la esquina de la habitación. Imaginó la forma de transportar al exterior a Homero. Aunque primero debía llamar a un viejo amigo: Carlos.

A Catherine no le caía nada bien su misterioso confidente. Ella le reprochaba esa reserva con la que trataban sabía Dios qué asuntos. Catherine no alcanzaba a imaginar cuánto necesitaban a Carlos. Amparaba la existencia de la comuna desde el primer momento.

En esos instantes, Sherman podía aprovechar que Catherine custodiaba con devoción a su hijo para solicitar su ayuda. Únicamente Carlos podría solucionar ese entuerto, tenía potestad para cerrar ese asunto de la forma que correspondiese.

CAPÍTULO VI

Hacía ya rato que Federico había terminado su chateo con Damián. Después, ensimismado frente a la pantalla, se sumergió en sus obsesivas divagaciones. Apenas pestañeaba y sus ojos acabaron resintiéndose. La desagradable sensación le devolvió a la realidad. Masajeó con sus dedos sobre sus párpados cerrados y una vez relajado, se dispuso a marchar.

Fue entonces cuando escuchó unos gritos en la planta superior del Ayuntamiento, la destinada a albergue. Mientras tecleaba había sido levemente consciente del ruido de pasos sobre los peldaños de madera, pero no prestó mayor atención.

Al salir al zaguán aguzó el oído, escaleras arriba alguien seguía hablando con un tono de voz ya más apaciguado. Empujado por la curiosidad, Federico ascendió por la escalera. El monólogo continuaba a su izquierda, desde la puerta donde se extendía el pasillo de las habitaciones individuales. Desde esa distancia todavía no entendía las palabras del desconocido.

La voz nacía en la segunda habitación, se asomó y observó a un peregrino tumbado boca arriba, musitando en sueños y completamente vestido. El cansancio debió vencerle irremisiblemente. Bajo sus ojos cerrados se desplegaban unas considerables ojeras. Su barba de varios días culminaba una aparente dejadez que, de alguna manera no le caracterizaba como algo habitual.

Federico supuso que aquel hombre de rasgos foráneos debía ser algún rico intelectual que se había propuesto lanzarse al camino de Santiago como un reto, o a través de un convencimiento religioso después de una trascendente disyuntiva vital. Federico acabó sonriendo ante sus propias divagaciones, subproducto de otras de

mayor enjundia concernientes a su propia vida.

En ese instante, tras un movimiento violento de sus brazos, el peregrino volvió a levantar la voz. Federico se asustó y retrocedió unos pasos, hasta el cobijo de la pared exterior.

Sus primeras palabras sonaron en duro acento germano, pero consecutivamente fue mezclándolas con el castellano, hasta que su onírico soliloquio terminó por ser perfectamente entendible para Federico.

En un momento dado el peregrino nombró Undués, y la curiosidad empujó a Federico a atravesar la puerta, acercándose inconscientemente a los pies de la cama. En sus sueños prosiguió intercalando frases reiterativas como “por fin en Undués”, “el sueño de San Virila” y una enigmática: “el cuarto personaje ha de nacer en Undués”.

Los rasgos de la cara del viajero se contrajeron y volvió a hablar en alemán, prorrumpiendo en un nuevo grito que terminó por despertarle.

Su primera imagen consciente fue la de un sorprendido Federico que le observaba desde muy cerca.

_Me ha asustado, estaba usted gritando ¿se encuentra bien?

_Supongo que sería una pesadilla. ¿Qué es lo que decía? –Con más calma, se fue incorporando orientándose hacia su visitante.

_No sé, hablaba usted en alemán. No entiendo su idioma pero el acento es inconfundible.

_El acento y mi apariencia, supongo. Me llamo Hans Maurer, provengo de Munich y estoy recorriendo el camino de Santiago.

_Y seguro que ha decidido pasar unos días en Undués -se atrevió a comentar Federico sin sopesar la conveniencia de su comentario. Después de escucharle hablar en sueños, adivinó que Hans no se encontraba simplemente de paso. En cierta manera se alegró, podía ser una importante ficha, detenida como él, en la casilla 12 del tablero de la oca, Undués de Lerda.

_Tal vez. ¿Cómo lo supone? -Hans quedó petrificado por la aseveración del desconocido.

_Lo digo por el pueblo, tiene un encanto especial. Yo mismo me afinqué aquí después de una vida urbanita en Madrid. Perdone, aún no me he presentado, me llamo Federico Ledesma.

El apretón de manos llegó en una situación peculiar, Hans recién

incorporado de la cama y Federico de pie, como un médico que supervisara la evolución de su paciente. Sus miradas se escrutaron con la simetría de un espejo, sus ojos reflejaban una paralela duda, una profunda y equidistante reserva. Sin emitir una sola palabra, Hans y Federico entendieron recíprocamente, que ocultaban algo.

CAPÍTULO VII

No pudo esperar más, en cuanto bajó del albergue, Federico encendió de nuevo el ordenador de la salita de la primera planta y buscó en google: “Hans Maurer”. Encontró multitud de entradas, tanto en la web, en noticias, así como en la opción de imágenes. En las fotos reconoció el rostro del peregrino instalado arriba. La pantalla mostraba la misma fisonomía, rejuvenecida por un perfecto afeitado y la ausencia de ojeras. En muchas de las instantáneas aparecía sentado, con chaqueta y corbata, en la mesa central de un plató de televisión. El andrajoso peregrino de arriba no era un tipo cualquiera.

Como personaje público en Alemania, varias páginas del país teutón hacían referencia a su persona, destacando la web de la RTL donde al parecer ejercía como presentador.

En los siguientes enlaces surgía su nombre vinculado a foros populares. Allí prestó más atención; los foros se habían convertido en un espacio donde los chismes sobre los avatares personales de cada cual corrían como la pólvora. Sin duda Internet evolucionaba hacia un gran mentidero mundial donde poder destripar la vida de cualquier vecino, desde el más anodino al más insigne.

Uno a uno fue copiando los vínculos de los foros y los envió por mail a Damián. Quería hacer partícipe al club de la aparición del peculiar personaje que hablaba en sueños sobre Undués con frases proféticas. Además necesitaba la ayuda de un traductor para saber más acerca del tal Maurer. Damián se encargaría de buscar a alguien que hiciese esa labor.

La curiosidad le empujó a probar el traductor simultáneo en alguno de los vínculos. Empezó a leer de la chabacana traducción:

“Hans Maurer retirarse por fuertes convicciones religiosas.

Decide dejar televisión". La cabecera de la noticia sonaba muy curiosa, estaba escrita dentro de lo que parecía un medio de prensa competencia de la RTL, pero algo de verdad habría.

Más abajo, la información degeneraba en una serie de palabras inconexas de donde Federico entresacó que el misterioso peregrino renunció a su cargo por discrepancias con la cadena y, por una intensa vuelta a sus raíces católicas.

Cansado de buscar, se le ocurrió abrir de nuevo el correo y solicitó a Damián que indagara sobre el personaje en cuestión. Esperó a que la bandeja de salida quedara vacía y cerró todas las aplicaciones.

Miró su reloj de muñeca, un lujoso cronógrafo suizo regalo de su hermano Matías. Pasaban las once y media de la mañana; probablemente el único bar de la localidad ya estaría abierto. Quería fijar en el café de mediodía una costumbre inquebrantable. Le servía para ponerse a tono con la cafeína y departir un rato con la nueva gerente del bar, la joven y enigmática Ariadna. En el poco tiempo que la chica llevaba en el pueblo, habían alcanzado una mutua y especial empatía. La vieja sintonía de dos almas perdidas se reproducía de nuevo, con la cadencia imprevisible del azar.

Salió al zaguán ilusionado con sus recientes pensamientos. Antes de abandonar el edificio agudizó el oído, la voz en sueños de Hans Maurer había cesado y ningún otro ruido se escuchaba. Federico no creyó que el alemán hubiera vuelto a dormirse, sospechaba que de alguna forma le puso en guardia al explicarle que hablaba en sueños. En aquellos instantes lo imaginaba tan sólo reposando sentado en la cama, meditando sobre el fin de su viaje. Federico apostaba seguro a que el televisivo peregrino se quedaba en Undués.

Gracias al sol y a la mengua del cierzo, el mediodía de aquel 2 de marzo había ganado varios grados y, con el generoso astro en su cenit, Federico disfrutó durante el corto paseo que separaba el Ayuntamiento del bar, tan sólo tenía que rodear la iglesia de San Martín y descender por la calle Mayor.

La cantina ya estaba abierta. Al entrar, forzó su vista ante la oscuridad reinante. La ventana de la pequeña planta superior con sus dos mesitas de tertulia, estaba cerrada. La puerta que daba acceso al pequeño salón de juegos, y paso necesario hacia el

comedor de peregrinos, también estaba cerrada.

Pese a ello, Federico no tuvo problemas para llegar hasta la pequeña barra ubicada a pocos metros frente a la puerta de entrada. En realidad el espacio de ese mostrador tuvo que ser en su momento el recibidor de la vieja casa. Desde allí se distribuían todos los espacios, incluyendo la cocina tras la barra que originalmente habría sido una salida trasera, a la bodega primero, y al corral de la casa después.

A través de la puerta batiente de la cocina y emanando desde esos otros tiempos, todavía se filtraban corrientes de olor a vino como reclamo ineludible para cualquier aficionado al morapio.

_¡Buenos días, Fede! –La sugerente voz de Ariadna sonó irrumpiendo desde esa misma puerta que él estaba mirando-. ¿Cómo ha ido la caminata?

Ella apostó a que Federico regresaría de pasear por la cuesta que llegaba a la puerta del cementerio. Ayer le dijo que se había sentado sobre una roca para gozar del magnífico panorama que le ofrecía el pueblo en su altozano, con la sobria torre cuadrada de la iglesia entre las casonas restauradas.

_Hoy he renunciado al paseo, Ariadna. -Cierto era que un poco de ejercicio despertaba en Federico un resquicio de paz necesario para emprender muchas nuevas jornadas, pero esa mañana había decidido acudir directamente al Ayuntamiento-. No me he levantado con ganas.

_Pues yo sí que he paseado un poco, pero antes de salir me he detenido un rato aquí cerca, delante de “la casa de muñecas”, recordando la leyenda que me contaste el otro día, cuando nos conocimos. –Ariadna se acercó a la máquina para preparar el café de su cliente más fiel.

_Da gusto ver que te vas quedando con las historias de este viejo nostálgico.

_Me encantó esa fábula, Federico. Las brujas que habitaron la casona dos siglos atrás, su desaparición y las muñecas que allí quedaron, deambulando por el pueblo algunas noches. Parece sacado de los hermanos Grimm, versión española. Si no tuviera ya mi propio alojamiento, la alquilaría… -Ariadna hizo un silencio que invitaba a la intervención de Federico. Ante su silencio, prosiguió con su monólogo mientras preparaba el café- …aunque para serte

sincera llamé por curiosidad al teléfono que indica su cartel y está un poco caro. Lo curioso es que después de charlar un rato y decirle que llevaba el bar, me ha propuesto ayudarle a alquilarla o venderla. Le he dicho que sí. Así que cuando sepas de alguien que quiera alquilarla, Ignacio te puede dejar copia de la llave. El propietario dejó un par de ellas al alcalde para enseñarla a un potencial inquilino. Yo ya he cogido una. La que queda está guardada en un cajón del trastero de la primera planta.

Ariadna le acercó el café a Federico y observó cómo éste sonreía ante su repentina verborrea.

A Federico le satisfacía imaginar que la joven pudiera empezar a apreciar sus visitas, como esperando que se convirtieran en rutina en su nuevo estilo de vida. En sus conversaciones, Federico intuía que la chica encontraba un apoyo. Aunque en su caso le atemorizaba el considerar que su corazón, de vuelta ya de tantas cosas, pudiera albergar algo más que una relación de complicidad que principalmente le servía para sosegar su zozobra interior.

Hacía pocas semanas que la joven Ariadna se había recluido en Undués de Lerda con su perra Luna, repudiando de alguna forma su corto periodo vital anterior. Pero su aborrecimiento no entorpecía su comportamiento afable. Su melancólica sonrisa crecía sempiterna en sus labios, y no le costaba entablar conversación.

_¿Te gustaría vivir aquí para siempre, Ariadna? –formuló una pregunta Federico sin entender ni él mismo su motivación. Su mente viajaba por derroteros impredecibles, donde el subconsciente esperaba compartir esos instantes con Ariadna y estirarlos al máximo.

_En cualquier lugar menos en el pasado –rió Ariadna al comprobar el gesto serio de Federico.

_Hoy pronto será pasado.

_Por eso mismo, Federico. No lo sé –sonrió nerviosa y jugueteó con el papel del azucarillo entre sus manos-. Aquí estoy muy bien. Soy feliz con mi soledad…buscada. ¿Se podría decir así?

_¿Sabes, Ariadna? La palabra soledad en castellano tiene sólo una acepción. Sin embargo en inglés se puede decir “alone” cuando estás solo y “solitude” cuando buscas estar sólo. Es uno de los pocos ejemplos en que el idioma anglosajón ha sabido matizar mejor que el castellano. De todas formas, me parece que eres muy joven para

pretender la soledad en una u otra manera.

A la par que Federico se explayaba en su retórica, Ariadna posó amistosamente la mano derecha en su hombro. Federico escondió su rubor entre la oscuridad.

_Como tú dices, de una u otra manera, esto es lo que quiero, por ahora.

Por un instante, Federico fijó sus ojos sobre el busto de la camarera, aunque relanzó su mirada de inmediato hacia arriba al sentir una mezcla difícilmente soluble de paternidad y deseo. Para reafirmar su lado paterno, aferró la mano de Ariadna y la apretó con fuerza.

CAPÍTULO VIII

A mitad de tarde del 3 de marzo, Homero reposaba ya en su cama con una amplia gasa impregnada de tintura de equináceas. Después de un día agitado, al mirar hacia arriba y reconocer el artesonado de madera del techo de la casa se sintió enormemente aliviado.

A su derecha, se prolongaba una larga batería de camas, orientadas todas hacia las ventanas. A su izquierda, una gran estantería con ropa cubría toda la pared. De momento sólo unos pocos niños: Iker, Raquel, Fabiola, Nico, Adrián, Sandra, su propio hermano Chakir, y él mismo, ocupaban aquella amplia estancia en el nivel superior del caserón. Pero seguro que venían más amiguitos. Los mayores de la comuna estaban por la labor de traer niños al mundo. Los que no tenían ya algún nuevo bebé, se ponían manos a la obra cada dos por tres. Homero sonrió al remontarse dos días atrás, cuando se encontró a Diego y la siempre sonriente Carmina haciendo el amor bajo un árbol.

Así llegó Iker, el más pequeño del grupo. Homero se acordaba perfectamente de que su madre poco a poco fue engordando, hasta que salió de la casa para volver pocos días después con el pequeño Iker entre sus manos.

Sólo se acordaba del caso de Iker, pero según le habían dicho, todos sus compañeros de juegos venían así. Los padres se marchaban y poco después regresaban con ellos. En su caso era distinto. Sus padres le dijeron que tanto su hermano Chakir como él, nacieron allí.

Intentaba distraerse con recuerdos e ideas vagas, pero el dolor de su pierna volvió a refrescarle el momento del accidente. Justo antes de caer, Chakir le perseguía y él se giraba burlándose, por eso

no vio la afilada roca que enseguida se encontró frente a él.

Después de la caída vio la sangre impregnar en unos segundos su pantalón y lo único que esperaba era que su madre acudiera, le llevara a la cama y le curara. Sin embargo la herida debía ser muy grande, le trasladaron de un sitio a otro, mantenía vagos recuerdos de viajar al cercano pueblo de Sos, y posteriormente el insistente ruido del coche con luces que le llevó a Zaragoza. Una vez que despertó por completo en el hospital, ya recordaba perfectamente que a través de su ventana se veían muchas viviendas de varios pisos, nunca imaginó que pudiera vivir tanta gente junta. Lo había leído en los libros, pero otra cosa era verlo en persona. Le impresionó.

Apenas pasó unas horas allí, sus padres decidieron sacarle pronto de regreso a casa. Homero no daba abasto para asimilar todas las cosas nuevas que iba viendo desde la silla de ruedas en la que le transportaban. Largos pasillos de luz artificial con multitud de caras diferentes, enormes ascensores que su padre le explicó que funcionaban como la polea de casa para subir el cubo de agua.

Pero lo que más le impresionó fue el exterior. Una vez que las puertas de cristal de la entrada se abrieron, Homero se tapó los oídos defendiéndose del agresivo ruido. Aturdido observó el movimiento desordenado de la gente, deambulaban sin sentido entrecruzándose unos con otros, mientras cientos de coches atravesaban el centro de las calles. Giró su cuello y miró a sus padres, quienes también parecían molestos dentro de aquel caos.

Sherman les pidió a su madre y a él que no se preocuparan. Sólo tenían que esperar. Pasado un buen rato, Homero descubrió a qué se refería. Un viejo conocido, Carlos, el hombre de negro, acudía en su busca para llevarles de regreso a casa.

_¡Hermanito! -Chakir entró en la habitación y se acercó corriendo a Homero, sacándole de sus recientes evocaciones. Después de abrazar y dar un par de besos a su hermano convaleciente, se interesó de inmediato por la herida.

_Todavía no se puede ver. Seguro que se me queda una marca como el tatuaje de una serpiente. –Homero sacó su pierna derecha de entre las sábanas, todo su muslo estaba cubierto por el apósito casero que su padre le puso nada más llegar.

Chakir, con sus ocho años, sintió una temprana preocupación

por su hermano mayor. Para no mostrar su aflicción cambió rápido de conversación. Clavando sus ojos inquisidores en Homero, preguntó:

_¿Qué tal por Zaragoza? Papá me ha dicho que te tuvieron que llevar al hospital.

_La ciudad es un rollo, todo lleno de gente, ruido y coches. Imagínate casas gigantescas de diez plantas o más, y no se ve ni un solo árbol, ni una brizna de hierba.

_ ¡Exagerado!

_Es la verdad. Ya había leído en algún libro sobre las ciudades, pero al ver una en realidad, te sorprende.

_Ya me imagino, hoy mismo hemos estado en el aula hablando de las ciudades donde vive mucha gente. Ricardo, el profe dice que es un rollo, pero yo también quiero ver una ciudad.

Homero acercó su mano al cabello de su hermano, largo y enmarañado, y todavía lo enredó más a la par que le replicaba:

_Tú no puedes ir a ningún sitio, sólo tienes ocho años.

_Bueno, ¿y cómo habéis vuelto? –preguntó Chakir apartando su cabeza del dominio de la mano de Homero.

_¿Recuerdas al extraño hombre de negro, con el que te asusto alguna vez cuando vamos a visitarle cerca del gran lago de Yesa? Pues él mismo fue el que nos recogió y nos trajo de regreso.

_Sí, me acuerdo del hombre de negro, el amigo de papá...Oye, Homero, lo de tu accidente... ¿No fue culpa mía, verdad?

_No, Chakir, fue culpa de la roca, de nadie más.

Los dos hermanos se fundieron en un abrazo. Homero pensó que debían ser los hermanos que más se querían del mundo. Ambos nacieron en Undués y aprendieron sus primeros juegos siempre juntos, como auténticas almas gemelas.

CAPÍTULO IX

El octogenario sacerdote Fremont Dubik, colgó tembloroso el auricular del teléfono en su despacho en Altötting y relajó su postura de castrense rigidez. Tras los tonos de llamada, la voz al otro lado había sonado como el grito de firmes para el batallón, y el viejo cura permaneció en pie hasta la despedida.

Sólo después de la conversación telefónica pudo Fremont respirar hondo, se aferró a los apoyabrazos de su silla y se dejó caer en el asiento. La sobreimpresión no fue para menos, acababa de hablar con Adolf Bergmann el mismísimo secretario personal del Papa.

Con una mano abierta aferró entre sus dedos varios mechones de su abundante flequillo. Una costumbre que conservaba desde sus tiempos de estudiante como gesto de reflexión. Su fuerte cabello seguía ahí tras largos años de estirones, sólo que mutado de un característico rubio germánico al más común blanco senil.

Hacía setenta años, cuando se sentaba en el mismo pupitre que el sumo pontífice en las ya extintas escuelas públicas de Marktl, se profesaron un amistoso trato. Participaban en los mismos juegos y compartían confidencias y bocadillos de pan negro. Pero ahora aquel amigo de juegos era el máximo dignatario de la Iglesia Católica y, entre beatificaciones en la Plaza de San Pedro y acuerdos internacionales de El Vaticano, su viejo amigo, el Papa, había querido atender su humilde ruego, aunque muchos años después.

De repente, inducido por sabe Dios qué motivación, a su ilustre excompañero de pupitre le había interesado el estudio del vaticinio del santo español llamado Virila. Y eso que pasaban ya los treinta años desde que un joven novicio, Karl Swainger, encontrara los

visionarios manuscritos durante el traslado de unos bienes desde la Catedral de Pamplona hasta el Monasterio de Leyre.

Karl puso a su entera disposición los documentos, con el adoctrinamiento debido y la fe del buen acólito. Fremont se ocupó de desplazarse a Berlín para comentar en persona el hallazgo con el mismísimo Nuncio germánico. Dejó en sus manos los valiosos documentos con una promesa de revisión del caso. Desde entonces, sin noticias, hasta hoy.

Como claro contraste de diligencia e interés, Hans Maurer, periodista y creyente inquieto, se decidió a viajar a España en busca de respuestas poco después de conocer sobre el asunto.

Diferencias sustanciales en la forma de actuar. La lentitud de reflejos, esa atrofia de la Iglesia que se venía asumiendo como algo endémico, frente al empuje de un voluntarioso creyente. La fe y nada más que la fe era lo que podía mover montañas. Y en ocasiones esa fe sobrevenía caprichosa. De la misma forma que el impío Saulo se convirtió en San Pablo, Hans volvió al cristianismo.

Fremont recordó su reciente visita a la RTL, al plató de televisión de Hans Maurer. Se le buscó porque, según le dijeron, encajaba con el perfil de un cura sencillo y culto para un debate de temática teológica y eclesiástica. La realidad pareció más bien otra. En un momento dado, Hans empezó a acorralarle con un discurso irónico sobre la poca credibilidad de los milagros que sirven para santificar a los portadores del mensaje de Dios. Simples mortales que un buen día se ven tocados por él y sanan a enfermos o anuncian buenas nuevas. Hans Maurer se mofó con lo que para él eran engaños del pasado. Ridiculizó el hecho de que hoy en día se siguieran manteniendo los procesos de canonización.

Fremont sonrió en la soledad de su despacho al recordar como supo encajar los golpes poniendo sus dos mejillas, y respondiendo después sin el agrio cinismo del presentador. Se sintió ofendido, sin duda, pero se le ocurrió comentar, completamente hierático, que la fe cristiana no usaba ningún sensacionalismo con el que fascinar a las masas, como hacía la televisión.

Continuó en esa línea, asegurando que la Iglesia tenía maravillosos misterios que seguían ocultos para la gente, precisamente para evitar la fe cómoda de la prueba tangible. La voluntad de creer debía seguir naciendo del interior y no de un

deslumbramiento real del poder de Dios confundido con el becerro de oro.

"¿Y algún ejemplo de esos grandes misterios…?" Inquirió Hans asumiendo el elegante ataque velado que lanzó el cura a la televisión en general y a él en particular.

Fremont mantuvo el silencio del plató con la misma desenvoltura y seguridad que usó siempre en el altar. Miró fijamente a Hans y recitó: "Evangelio de San Juan, capítulo 20, versículo 29. Jesús dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron… Palabra de Dios".

El regidor entendió aquellas palabras como idóneas para pedir publicidad por el pinganillo a Hans, éste anunció el corte.

Fremont hizo el gesto de levantarse y Hans se acercó para ayudarle. Sólo le sostuvo testimonialmente. Comprobó que aquel viejo cura no precisaba de apoyo alguno. Sin embargo, aprovechando la cercanía, en ese minúsculo instante de intimidad, Fremont le dijo en voz queda a Hans: "Señor Maurer, sé que usted es católico, y tiene raíces españolas. Si le queda algo de buen cristiano, le podría relatar un gran misterio que acontece en un lugar de España, la Iglesia no lo ha reconocido hasta ahora. Como le digo, si algún día quiere volver a creer como Santo Tomás lo hizo, acuda a mi despacho, verá un poco de luz".

Al día siguiente, a media mañana, Hans se acercó a visitarle. Realmente se le veía afectado, sin rastro de su televisivo gesto irónico. Fremont entendió en su franca mirada que Hans quería volver a creer.

Dudó de si había hecho bien en lanzarle ese órdago, meditó intensamente la conveniencia de sus palabras. Sin embargo, nada más estrechar las manos, en lo más profundo de la mirada del periodista encontró el brillo de la franqueza. Hans dio su palabra de que acudía sin otra intención que escuchar para sí mismo. Fremont creyó en él, conocía a las personas y confiaba en su instinto sobre el alma de la gente.

Le habló abiertamente de San Virila, del milagro del pájaro que trinó para él durante tres siglos, y lo que era más sustancial aparte del mito del santo, el cumplimiento de sus certeros vaticinios sobre el nacimiento de personajes de primer orden mundial. Le enseñó el documento y le dijo que era de puño y letra del santo y profeta.

Le presentó el cuadrante que determinaba en Undués de Lerda el punto central que designaba el vaticinio, y puso en sus manos toda la documentación que acopiaba sobre esta localidad. El tiempo de la profecía, el tercer milenio había llegado, y como indicio claro le puso en antecedentes de un nuevo núcleo de jóvenes pobladores hippies que bien podrían cobijar al elegido entre los niños que ya habitaban con ellos.

También le habló de Karl Swainger. Él fue quien encontró los manuscritos del santo. Fremont le aclaró que no dudaba de que Karl siguiera con ese asunto rondándole la cabeza. Desde que la Iglesia mostró su negativa a investigar el vaticinio, y poco después de la muerte de su padre, desapareció. A su entender se encontraría cerca de Undués, buscando señales, tal como ellos ahora.

Después de pensar en sus encuentros con el periodista Hans Maurer, Fremont centró su mirada en el teléfono y ató cabos con la llamada que acababa de recibir. Su presencia en televisión llegó hasta el Vaticano. Los mismos que no le hicieron caso hacía años, ahora se interesaba por él. Habrían repasado su expediente, su vida y obra al completo, y voilà, encontraron su petición de estudio del caso de San Virila que de repente adquirió relevancia. La tele había actuado según la teoría del caos, convirtiendo el aleteo de una mariposa en la rotura de la barrera del sonido de un avión.

El timbre del portero volvió a levantarle del asiento como un resorte, sus ochenta y tantos parecían no ser tantos en esos instantes de continua inquietud. Aprovechó el reciente estímulo de adrenalina para levantarse sin apenas tomar impulso en los apoyabrazos.

Inducido por una inveterada costumbre, a medio camino entre la cautela y la curiosidad, se asomó a la ventana y comprobó que abajo le esperaba una mujer.

Con ciertas reservas hacia el sexo femenino, ya ancestrales en su conciencia, contestó al portero impostando firmeza en su voz.

_Buenas tardes. ¿En qué le puedo ayudar?

_Padre Fremont, ¿Le importaría bajar, necesito charlar con usted? Soy Wanda Swainger.

Al contrario que Fremont, Wanda Swainger utilizó su tono más afligido, intentando conmover al cura, quien a la postre convino en bajar a atenderla en su despacho.

Fremont miró su reloj, todavía eran las seis de la tarde, una hora razonable para atender a una feligresa. Aunque la viuda de Swainger no podía considerarse una feligresa cualquiera, era la madre de Karl.

Mientras bajaba, Fremont pensó que el asunto de San Virila se estaba encadenando como una suma de misteriosas coincidencias, primero la llamada del Vaticano y ahora la presencia de la madre de quien descubriera las profecías de San Virila.

Se tranquilizó al pensar que realmente no había nada de inaudito en la visita de Wanda, entraba dentro de lo cotidiano en ella acudir de vez en cuando en busca de su apoyo espiritual. Prefería atenderla nada más terminar la misa, o antes, en el confesionario. Fuera de esas horas, entre comillas oficiales, sentía cierta incomodidad.

_¿Qué tal Wanda? Hoy no has asistido a la homilía.

_Perdone, Padre, he pasado un mal día. Ayer hablé con mi hijo y me dejó muy preocupada. Siempre se muestra muy reservado con sus cosas, pero esta vez lo encontré muy nervioso, fuera de sí.

Fremont le perdió la pista a Karl poco después de que el chico descubriera todo. Desde entonces, iba conociendo algo sobre su vida por medio de su madre. De destacado novicio en Pamplona, pasó a romper con todo y seguir su vocación religiosa como una especie de asceta cristiano. De un modo u otro, Fremont suponía que aquel joven empecinado no olvidaría fácilmente la profecía que el mismo descubrió.

En cierta forma, Fremont participó en ese momento crítico de ruptura de Karl con la Iglesia. Para el chico su descubrimiento del legado de San Virila suponía una maravillosa revelación para el mundo y Fremont le apoyó. Lo hizo con la misma convicción pero sin su grado de exaltación. Se imaginaba que el reconocimiento eclesiástico no iba a ser tarea fácil y eso fue lo que ocurrió, aquel desconsiderado Nuncio no concedió verosimilitud a los documentos y los encerró en algún expediente donde ya acumularían polvo histórico.

_Pasa, hija y hablémoslo. Los hijos son siempre, al mismo tiempo, alegría e inquietud. Desde antes incluso de que el hijo de Dios se hiciera hombre.

Conforme atravesaba el umbral en dirección al pequeño

despacho de la planta baja, Wanda comentó:

_Gracias, Padre. Seguro que sus palabras me reconfortarán. No sé qué es lo que tiene usted, es capaz de encauzar en el camino de la fe y la esperanza incluso a un gran periodista como Hans Maurer. Toda la prensa habla de ello, el gran Hans Maurer ha dejado la tele por una intensa llamada de su creencia cristiana. Justo después de que le invitara a su programa.

CAPÍTULO X

Sin duda Sherman y Catherine se habrían asustado mucho con el accidente de su hijo mayor, Homero. No obstante, Karl pensaba que él lo estaba pasando todavía peor. Su reloj digital de sobremesa marcaba las cuatro de la madrugada de ese cuatro de marzo. Ya había pasado una noche en vela.

En esta segunda ocasión se excusaba en la luz roja de los dígitos del reloj, que le deslumbraba y atormentaba en un incómodo duermevela. Tenía motivos para su inquietud, todo podía haberse ido al traste si Homero hubiera sufrido algún percance importante, o incluso si hubiera fallecido.

Sintió un intenso escalofrío al considerarlo. Todo el tiempo que llevaba dedicando al asunto, todo el dinero que le costaba sacar la obra adelante, y lo que era más importante, los designios marcados por Dios trastocados por la intervención del hombre. En este caso, más que por la intervención del hombre consideró que sería por su propia desidia, Sherman dejaba solo a su hijo en demasiadas ocasiones.

Hacía mucho tiempo que quiso ver en Sherman al candidato idóneo para su misión y le convenció para que se asentara en los alrededores de un pequeño pueblo del prepirineo llamado Undués de Lerda. Le presentó un nuevo Edén, un paraíso sin los peligros y las tentaciones vacuas de las ciudades. Omitió que ese era el punto exacto donde debía nacer el elegido.

Cualquier persona no hubiera accedido a su oferta, aunque tampoco él pretendía a un cualquiera. Su lista de candidatos la fue confeccionando entre ámbitos culturales alternativos. Personas que andaban en busca del reencuentro del hombre con la naturaleza, lo que Karl necesitaba para materializar la gran obra de Dios.

Su única condición para sufragar la promesa de la nueva vida era establecerse en pareja y engendrar un hijo. Después Karl se comprometía para ayudar a complementar la comuna con los medios necesarios y con más gente, hasta crear una sociedad a escala.

Karl le transmitió a Sherman su intención de establecer una comunidad con una mínima base cristiana que recuperara los principios y valores a los que el hombre venía renunciando a través de una involución histórica.

Y Sherman quedó convencido, seguramente apoyado en la sugerente contrapartida que suponía su proposición. Porque aquella idea podía entenderla como una chifladura, pero también era una propuesta revolucionaria, atractiva, una gratuita oportunidad de nueva vida, con beneficio para ambas partes y sin letra pequeña.

Con el tiempo, Karl descubriría que esa gente alternativa con la que tenía que contar, no se encarrilaba fácilmente. El candidato para elegido, el niño nacido en Undués de Lerda llegó, pero poco después le siguió un hermano. La predestinación del elegido se dividía entre dos opciones.

Conforme los pequeños crecían, Karl esperaba una educación más esmerada que la de unos niños cabra que correteaban salvajes por el monte. Se ocupó de participar en la criba de Sherman a la hora de aceptar a nuevos habitantes. Buscaba incorporar a compañeros que pudieran cultivar a los chicos, incluso había dispuesto un aula y había tramitado una homologación de la enseñanza, pero no siempre se respetaba la necesaria rutina.

En el momento culminante del enfado, cuando parecía que Sherman estaba dispuesto a cualquier cosa, incluso a la renuncia, Karl decidió sosegarse, se convenció de que los caminos de Dios eran inescrutables. Si uno de esos niños tenía que ser el elegido, lo sería por la luz de la voluntad de esa gente que Dios utilizaría como sus instrumentos.

Enredado completamente en sus variables pensamientos del pasado y el presente, Karl se levantó de la cama, anduvo descalzo sobre las viejas baldosas de mosaico de su pensión y se dirigió a la puerta de la galería acristalada, desde donde contemplaba la plaza Mayor de Logroño y su Concatedral de Santa María de la Redonda.

La historia del gran templo logroñés supuso un gran

descubrimiento para él. Averiguó que originalmente se levantó una pequeña iglesia en su espacio, en el arrabal de la ciudad vieja. Sobre esos cimientos se fue levantando otra, mucho mayor, que había pasado recientemente de colegiata a rango de concatedral. Él sentía el mismo proceso interior, albergaba bajo llave un pequeño templo que, un día cercano, cuando la reforma estuviera concluida, se alabaría como la más grande de las catedrales, obra directa de Dios entre los hombres.

Se le puso la piel de gallina. Esa noche atravesaba unos momentos de gran sensibilidad, rayana con el éxtasis. Como en muchas otras ocasiones en que aquella especie de vaivén entre la euforia y la melancolía le invadía, el recuerdo de su padre fallecido emergió de repente, en el horizonte de su vista perdida sobre los sillares de la Concatedral.

Su relación con él tuvo sus altibajos. Su progenitor esperaba que su único hijo continuara al timón de su gran empresa, y siempre se mostró reacio a su decisión primera de tomar los hábitos, para abandonarlos sin aparente fundamento tiempo después. Pero al final los rencores desaparecieron. Sentado a los pies de su lecho de muerte, Karl se sinceró con él y le contó acerca de la gran obra que Dios le había confiado.

Su padre le escuchó atentamente y, entre el sudor de las últimas fiebres que aletargaban su razón, también camufló alguna lágrima. Al concluir la efusiva explicación de su hijo sobre su propósito vital, le agarró de la mano y le dijo que confiaba en él. Tras abandonar Karl la habitación, su padre hizo llamar al albacea.

La consecuencia más tangible de esa reconciliación fue que días después del fallecimiento, Karl Swainger se encontró con la mayor parte del patrimonio familiar en sus manos. Lloró, eso suponía que al final había obtenido el beneplácito de su padre, su obra completaba su aspecto místico con un trascendente compromiso familiar. Su apellido paterno, Swainger, participaría de la obra.

A raíz del trágico accidente de Homero, recuerdos de las últimas horas de su padre le vinieron a la cabeza. Le venció la debilidad y cometió un importante fallo, llamó a su madre. Antes de rescatar al chico del hospital, y acongojado por su posible pérdida, se sinceró con su madre. Le confesó que el plan de su padre afrontaba importantes contratiempos, que sentía flaquear la obra que honraría

a su progenitor y que le daba una misión en esta vida.

Ella no entendía nada, pero sus palabras y su tono angustiado componían demasiada profundidad para una madre que tiene a un hijo muy lejos de casa. Karl no sabía qué consecuencias podrían tener sus explicaciones fuera de todo lugar y momento. Su madre suponía que se encontraba en España ayudando a alguna congregación. Ahora conocía un poco más de su gran verdad. Ella pensaría y pensaría en qué misión trascendental era esa.

"No era el momento, ¡por Dios!, no era el momento de que lo supiera".

Su vista seguía perdida, pero sus pies descalzos sobre las baldosas le devolvieron a la realidad con una fría sensación. La cadena de pensamientos llegó hasta ese fino eslabón donde el sueño no tenía cabida. Regresó a su cama, la hizo y fue directo al baño, se refrescó la cara un par de veces, se peinó ligeramente, se vistió y salió de su habitación intentando hacer el menor ruido posible.

Al bajar al descansillo de la pensión descubrió que su esfuerzo fue en vano.

_Buenas noches, Don Carlos, no hay nada como un paseo nocturno para paliar el insomnio ¿verdad?

_Así es, Don David. Cuando los pensamientos te remueven en la cama es mejor sacarlos a dar una vuelta –pronunció lentamente, buscando que su castellano sonara lo más correcto posible.

El dueño de la pensión hacía gala una vez más de su recalcitrante don de la ubicuidad, siempre dispuesto para entablar una conversación, ya fuera mediodía o entrada la madrugada. De no ser por el bajo precio pactado por su habitación, y las vistas a la Concatedral, lo hubiera dejado hacía tiempo. Aquel hombre era el máximo exponente del español entrometido que trataba de ganarse más y más confianza, adquiriendo poco a poco supuestos derechos a conocer toda tu vida.

Al salir, la corriente de aire, filtrada entre los altos soportales de piedra, refrescó su cara y tensó sus músculos. Nada como reencontrarse con la calle para recuperar completamente la noción de la realidad. Si hubiera sido de día se habría acercado a visitar al Padre Francisco, deán de la Concatedral, con quien había entablado amistad durante su estancia en la ciudad, como un necesario apoyo espiritual.

Pero obviamente era demasiado temprano para visitar a nadie; Logroño reposaba en el tono amarillento de un alumbrado anti contaminación lumínica. Intencionadamente o no, en aquel casco antiguo se conseguía recuperar un aspecto tenebroso que debía asemejarse bastante a la apariencia de la ciudad hacía muchos siglos, cuando las teas ancladas a la pared facilitaban el paso de los transeúntes, como ahora lo hacía la mortecina luz de las bombillas.

Entre semana, el bullicio de la zona sólo era violentado por algún grupo puntual de trasnochadores que en esa madrugada concreta parecían haber decidido quedarse en casa. Animado por el cómodo silencio, comenzó a pasear en dirección a la puerta del Revellín, como un peregrino penitente, purgando sus pensamientos a cada paso.

Tenía mucho en qué pensar, quizás demasiado. Y allí, en Logroño, cerca de Pamplona, donde descubrió su destino, y Undués, punto exacto donde se cumplirían los vaticinios de San Virila, entendió que era donde debía estar. Sí, estaba cerca de todo lo que le importaba, a poco más de una hora, pero también estaba lejos de cualquier persona que pudiera vincularle con su pasado.

CAPÍTULO XI

Dos días después del accidente de Homero, Catherine trataba de recuperar una necesaria cotidianeidad. Nada más despertarse se acercó a ver a su hijo, y afortunadamente comprobó que reposaba en una cama próxima a la de su hermano Chakir, sin rastros de fiebre ni de ningún otro síntoma.

Su corazón seguía latiendo con fuerza al acordarse del todavía reciente sobresalto. Para apaciguar sus nervios intentaba entretenerse con una curiosa actividad en la que había descubierto un don plenamente gratificante, tallar madera. El resto de sus compañeros quedaban fascinados por su habilidad con el cincel y la llamaban "la Miguel Ángel", en una renovada versión sobre madera.

De sus manos salían esculturas de todo tipo y adornos diversos que se vendían bastante bien cuando otros compañeros los llevaban a los pequeños mercados de los pueblos. También los revestimientos de las paredes llevaban su sello en forma de finos grabados. En cualquier tarea participaba ella en los detalles finales, salvo en la construcción de la pequeña capilla cercana a la casa. Un buen día, Sherman se empecinó en levantarla, según él para aquellos que echaban en falta un lugar de recogimiento.

Recientemente, Catherine se encontraba tallando unos canecillos con motivos silvestres para el alero de la casa, y esa mañana descargaba tensión acumulada gracias al trabajo. Una tensión que en gran parte se debía a lo de casi siempre, la irrupción en escena de "El hombre de negro", como llamaban sus hijos a Carlos, el extraño amigo de Sherman. No sabía ni siquiera si era un nombre real. Un día le preguntó por su apellido: "Carlos ¿qué más?" y el, sonriendo, le dijo: "Nada más, Catherine, nada más".

"Don Carlos Nadamás". Ese maldito amigo de Sherman, con su

ligero aire de filósofo alemán, siempre estaba allí, como una sombra a sus espaldas ante cualquier contingencia. Un oscuro ángel de la guarda que a Catherine le ponía los pelos de punta. Cada vez que él entraba en escena, una desagradable sensación desapacible se apoderaba de ella.

Ocurría esporádicamente. De vez en cuando Sherman regresaba con los niños y estos le confesaban que venían de ver al hombre de negro. Se reunían en una pista forestal muy cerca de allí. En una ocasión pidió a sus hijos que la llevaran hasta ese lugar. No tenía nada de particular, sólo era un altozano con bonitas vistas al embalse de Yesa al norte, y a la comuna al sur. No sabía porqué se reunían allí, escondidos de todo.

Por eso, su desazón tenía que ver con que Sherman no le contara toda la verdad. Le tenía dicho que era un importante benefactor, un potentado mecenas para la causa de su nueva comunidad. Pero ella no entendía por qué cuando se reunían lo hacían siempre aparte. Uno de los principios que se llevó de su antiguo estilo de vida era que nadie hacía nada por nada, y ese mecenas no iba a ser la excepción a la regla.

Ayer mismo tuvieron un problema importante con Homero, y cuando la cosa se estaba poniendo fea en el hospital, Sherman llamó a Carlos y éste acudió al cabo de poco más de una hora. Se interesó primeramente por la salud de un Homero sentado en la silla de ruedas, la misma con la que le sacaron al exterior. Después entró en el Hospital para salir en poco rato con una carpeta entre sus manos. Les invitó a subir en su coche y se marcharon como si nada hubiera pasado.

Apenas había tenido alguna ocasión de intercambiar impresiones con el hombre de negro. Sin embargo, durante ese viaje de vuelta, él se permitió el lujo de echarles una bronca, como si tuviera algo que decir sobre cómo ejercían la patria potestad del chico. Después se molestó en aprovisionarles de medicamentos para Homero, y les insistió para que al menor empeoramiento le avisaran.

Por supuesto, en cuanto llegaron a casa, Catherine se ocupó de apartar los medicamentos para aplicar sus propios tratamientos naturales, en los que ya había empezado a confiar como auténticos sanadores.

_Buenos días, cariño. –En aquellos momentos, Sherman entró en

el pequeño taller que ocupaba la esquina noroeste de la planta baja.

_Hola –saludó con tono cortante ella.

_Ya llevas buenos los adornos del alero… -toquiteó Sherman unos cuantos que reposaban contra la pared frente a la ventana orientada hacia el norte. Donde ella aprovechaba la idoneidad de una luz que nunca incidía lateralmente.

_Se llaman canecillos.

_Homero se acaba de despertar, está muy bien…

_¿Se ha despertado él o le has despertado tú?

_Vamos, Catherine, entiendo que estés nerviosa, todos lo pasamos mal ayer, pero el chico está bien. No fue culpa de nadie.

_No estoy echándole la culpa a nadie, ¡sólo faltaba eso!, por supuesto que fue un accidente. –Catherine hablaba continuamente sin levantar la vista de su trabajo.

_Pues no entiendo por qué te pones así –se acercó Sherman por su espalda. Así como en la cama Sherman conocía cada uno de los mensajes cifrados de su cuerpo, en el diálogo todavía no sabía entender su lenguaje no verbal.

_Échale imaginación, Sherman, utiliza un poco tu cabecita para entender por qué puedo estar enfadada, no es ningún berrinche de esos que los hombres asociáis a las mujeres gratuitamente. Nuestro hijo se está recuperando tranquilamente ¿Por qué puedo estar enfadada? Lo dices tú ¿o te lo recuerdo yo…? –Catherine dejó su herramienta, se giró y, aprovechando la cercanía que su marido propiciaba, le miró fijamente.

_¡Ya estamos! Te recuerdo que si no llega a ser por Carlos, todavía estaríamos en el hospital, investigados por la policía. Él se sabe manejar en esas situaciones del mundo exterior.

_Y ¿cómo lo hace? Con magia negra, sobornando a la gente y si es así, Sherman… ¿para qué lo hace? ¿Qué le importamos nosotros?

_¡¡Karl es lo mejor que nos podía pasar!! Nos ha ofrecido un nuevo mundo libre de preocupaciones.

_¿Cómo le has llamado? ¿“Karl”? ¿Ni siquiera Carlos era su nombre? No me extraña, tiene ese acento extranjero… -Catherine levantó la voz, sin dejar de mirar a Sherman, a sus profundos ojos castaños.

_ Karl, de Carlos, sólo he abreviado, ¡qué más da! –Sherman rehuyó la mirada intensa y se acercó a la ventana hablando-. Él nos

ha facilitado esta nueva vida alejada de ese otro mundo que tanto llegamos a odiar. Estamos apartados de todo, hemos decidido ignorar lo que ocurre de estas puertas para fuera. Repito, ¡Qué más da Carlos! Él sólo ha dispuesto el entorno para que el ser humano se reencuentre consigo mismo de una manera más pura y auténtica. –Finalmente Sherman encontró fuerzas para enfrentarse a la mirada y regresó al mismo punto donde le esperaba su mujer-. Te entiendo, Catherine, las personas tenemos esa tendencia a querer conocer lo que no debería incumbirnos, a saltar los límites de lo que se nos concedió por obra de Dios, por el Big Bang o por algo tan insignificante como un tipo que viste de negro, que tiene unos buenos principios, mucho dinero, y que se puede, o no, llamar Carlos.

_Sherman, nuestro mecenas Carlos, Karl o como quiera que se llame, me da escalofríos, no lo puedo evitar. No sé qué tiene pero me inquieta su presencia. Se presenta siempre en nuestros momentos más importantes, como una sombra en una fotografía. Estuvo cuando nacieron nuestros hijos y desde entonces vela por ellos con desmesurado interés. No sé qué pretende.

_Todo lo desconocido nos inquieta. No sólo a ti, Catherine. Compartimos la misma inquietud, amor –trató de ganarse a su mujer acercándose a su postura y mirándole a escasos centímetros-. Pero yo sopeso la realidad que me rodea ante la necesidad de renegar de Carlos, y considero que nos conviene asumir su lejana intervención. Los chicos son felices aquí, tienen una oportunidad única de crecer como personas, muy por encima de lo que el mundo de ahí fuera les puede ofrecer…, aunque sólo fuera por eso, merece la pena. Lo que Carlos pretende es únicamente estudiar la evolución de nuestra comuna. No te niego que insista en aportar los valores que él cree más adecuados, pero sólo se trata de eso, de nada más. Ya ves que en el día a día somos nosotros los que sacamos esto adelante.

Catherine abrazó a Sherman con la vista nublada por unas pujantes lágrimas. Había mucho de razón en lo que su pareja le decía. Renegó y renegaría mil veces de la sociedad que dejó hacía ya años, pero le molestaba, en medio de la felicidad de su nueva vida libre, esa sensación de tener una espina clavada en la conciencia. Su dolor punzante renacía de vez en cuando y no podía

detenerlo.

CAPÍTULO XII

Mientras se calentaba una infusión en el microondas, Ariadna encontró su propio rostro en el espejo de la pequeña portezuela del aparato. Tuvo una peculiar sensación de despersonalización; por unos leves instantes creyó enfrentarse con un reflejo desconocido.

Hubiera deseado que ese extraño momento se hubiese prolongado por lo que le quedara de vida, como una amnesia sanadora de la sobredosis de recuerdos. Ella había puesto todo de su parte para que el pasado se borrara; se marchó de su casa, dejando en ella a su novio, con quien pensaba algún día formar un hogar. Hasta que él se convirtió en un desgraciado maltratador, o tal vez siempre lo fue y no quiso admitirlo.

En tantos días de huída tan sólo había hablado tres o cuatro veces con su madre, y aún no sabía si le apoyaba o si se lo recriminaba. Tampoco hubiera sido habitual en ella una preocupación excesiva, hacía tiempo que había desconectado emotivamente del mundo, desde que quedara viuda demasiado joven.

Al menos, viviendo en soledad, apartada de su monstruo, Ariadna había conseguido exorcizar esa culpa irreal de mujer sometida que resonaba como un péndulo a cada segundo. Ahora, la triste culpa más real de dejar a su madre se hacía más llevadera, asumiéndola como una emancipación hacia la supervivencia.

Eso, sobrevivir, era su único fundamento. Tenía que sobrevivir, esperar que el futuro le diese una nueva oportunidad ya como una mujer nueva. Si su primera falta menstrual significaba algo, no le quedaría mucho para hacer tangible una pequeña forma de futuro con la que volver a creer en la vida.

Mientras tanto, en Undués de Lerda empezaba a ser otra

persona, poco a poco se iba haciendo un hueco entre la gente del pueblo. Había creado ciertas confianzas con algunos peculiares habitantes, como Federico, ese solitario jubilado…

Sonrió por su pensamiento un tanto desconsiderado acerca de alguien tan entrañable. Pensó que a ella seguro que se le conocería como una joven extraña y solitaria, y se le habría tildado en base a multitud de remotas cábalas y suposiciones, pero eso hasta fortalecía su necesidad de encontrar un nuevo espacio vital.

El timbre del microondas sonó como coincidente aviso de un nuevo cliente que entraba en la cantina. Cada vez que la puerta se abría, un viejo resquicio de miedo brotaba, para explotar como una inocente pompa en cuanto se intercambiaba un saludo con alguna voz ajena a su pasado.

_Buenos días, ¿hay alguien?

_Sí -Ariadna contestó afirmativamente con voz suave desde la cocina. Le gustaba esa penumbra que utilizaba para ver antes que ser vista-. ¡Ultreya, amigo! -Completó su bienvenida con el saludo de ánimo entre peregrinos. Supuso que el visitante lo era por su acento extranjero.

_En todo el camino es la primera vez que escucho esa palabra: ultreya. –El extraño se fue acercando a la barra iniciando un amistoso diálogo-. Tenía entendido que se decía entre los caminantes de Santiago, pero no me había tocado hasta ahora.

_Ya ve, lo auténtico del camino de Santiago se encuentra siempre en el sitio más remoto. Es su magia.

_Me llamo Hans Maurer –tendió su mano cuando ya se encontraba frente a ella al otro lado de la barra.

Ariadna también se presentó y acercó su mano, sorprendida por la oficialidad en el saludo de aquel foráneo.

_Me gustaría hablar con la dueña, me han dicho que aquí tal vez encontraría hospedaje para una larga temporada.

_La dueña soy yo. Bueno, no exactamente. Acabo de coger el negocio y también hago gestiones inmobiliarias para algunas casas en el pueblo.

_Perdona, siendo tan joven imaginé que solo echarías una mano. –Hans apoyó sus brazos en la barra de granito-. Me apetece quedarme una temporada, pero el albergue de peregrinos no me parece lo más propio, evidentemente.

_Como usted dice, evidentemente que no debe hacerlo. La estancia para peregrinos es sólo de un día, como ya debería saber si viene haciendo el camino.

_Pues mira, no me había dado por pensar sobre el asunto. Hasta ahora descansaba y al día siguiente me ponía en camino, supongo que siguiendo la inercia de los demás. Aunque ahora que lo dices, es muy lógico, sitio libre para nuevos caminantes. –Hans omitió el hecho de que había pasado dos noches allí.

_Así, es señor Maurer.

_Muy atenta, te has quedado a la primera con mi apellido. –Además de su valoración explicita sobre la inteligencia de Ariadna, también estimó su hermosura en sus facciones finas y sus ojos negros. Estuvo tentado de completar su comentario con algo al respecto de esa impresión, pero a la postre no lo consideró apropiado.

_Gajes de mi oficio, hay que estar atenta a todo lo que comentan los clientes.

Ambos sonrieron.

_Por favor, ponme un café con leche y una de esas cosas tan apetitosas, y ya comentamos lo del alquiler.

_Esas cosas se llaman trenzas. –Ariadna, sonriendo, levantó una de las sabrosas obras de repostería con las pinzas.

_Bufff, tengo tanto que aprender…

_Lo mismo que yo si fuera a Alemania.

_Te la has jugado y has acertado, Ariadna, soy alemán -le miró sorprendido Hans.

_Ya le digo, son gajes del oficio.

Mientras Ariadna sacudía el cazo de la cafetera y calentaba la leche, Hans miró a su alrededor. Por fin los bastones de sus pupilas le ofrecieron una mejor percepción de aquella estancia y el resto de espacios a su alrededor. Y es que el bar se iba conformando en distintos ambientes con la barra como centro.

Una escalera a la derecha de la barra conducía a un pequeño espacio frente a una ventana cerrada. A su izquierda, entre la puerta de entrada y él mismo, un umbral sin puerta daba paso a una sala con mesas, sillas y baños a la derecha. En la pared de enfrente, dos ventanas también entrecerradas impedían una completa consideración del espacio. Al fondo de la sala una puerta anunciaba

una nueva habitación.

_Al fondo está el comedor para los peregrinos…, y para quien lo necesite, vamos.

Ariadna hablaba de espaldas, preparando su café. Seguramente le vio moverse unos pasos para examinarlo todo. Hans se giró y agradeció la indicación. Al lado de Ariadna, la exigua luz de la cocina se filtraba por su puerta entornada, como un destello de otro mundo.

Sin duda, un bar bien preparado pero mantenido en una oscuridad misteriosa como un escondite de la joven. Su instinto de periodista le inundaba a preguntas sobre ella, pero aplacó su inquietud y se convenció para centrarse en lo que buscaba, únicamente alojamiento.

CAPÍTULO XIII

Las aguas habían vuelto a su cauce una vez más, pero Sherman no sabía cuándo volvería al ataque Catherine con esas dudas existenciales acerca de Karl y la comuna que les había proporcionado.

Ella lo sabía, nadie da nada por nada. En torno a la comuna subyacía la voluntad de Karl, pero no tenía nada que ver con oscuros intereses económicos. Karl era un quijote actual en versión religiosa. Tenía mucho dinero y algún día querría presentar al mundo su gran obra, la demostración de la comunión del hombre en un entorno natural. Tal vez se le pudiera catalogar como un fundamentalista cristiano, pero Sherman veía en sus fines un aprovechamiento mutuo, allá él con su idea de un nuevo mundo para el hombre, lo importante para Sherman es que vivía como él siempre soñó, alejado de todo, libre entre sus semejantes y en equilibrio con la naturaleza.

Respiró hondo mientras caminaba por la senda que bajaba hasta el pueblo. Era viernes, y con el corazón acelerado se dirigía a su encuentro con Emma, una joven que pasaba los fines de semana con sus padres en Undués de Lerda. Si en ocasiones se sentía como un funámbulo sobre una mentira, en cuanto a esa opción de amor libre, a la que se entregaba con pasión, no sentía ningún remordimiento.

Tal vez se debiera a que sus furtivos encuentros suponían una nimiedad frente al resto de sus secretos. Definitivamente, Sherman sabía que ocultaba información real a su mujer, pero aprendió a considerar su nueva vida como una necesaria mentira piadosa.

¡Qué más daba que oficialmente los niños llevaran el apellido de Karl! Sólo era un mero trámite de ese otro mundo burocrático.

Además los chicos conservaban el apellido de Catherine, era él quien cedió su potestad.

Desde el principio de la aventura, Karl fue sincero sobre ese asunto. Le presentaba una nueva forma de vida, aunque le impuso esa peculiar contraprestación. Los niños tenían que tomar su apellido. Un ejercicio más de vanagloria para su gran obra final.

Hubo algún momento crítico en que Sherman dudó de esa insólita exigencia, concretamente cuando llegó Homero, su primer hijo. Karl buscó y pagó al médico que llevó los alumbramientos de Catherine en Undués. El galeno fue engañado, o se dejó engañar por Karl en los dos partos. Con Sherman como testigo, y mientras Catherine descansaba en la cama, el médico hizo constar en los partes de asistencia que el padre era Karl. En esa primera ocasión algo se removió en el estómago de Sherman, una intensa vacilación convertida en un ardor visceral.

Pero se convenció de que sólo eran papeles, los malditos documentos que nada significaban más allá de los archivos donde quedaban encerrados. Ni tan siquiera preguntó qué objetivo concreto perseguía con eso. Sus hijos siempre serían sus hijos, independientemente de lo que dijeran los papeles. Sus venas llevarían su sangre hasta el fin de sus días.

Karl no se molestó en acoger bajo su apellido al resto de niños de la comuna. Apostó únicamente por Homero y Chakir, seguramente como emblema de los primeros seres nacidos libres en su ambicioso proyecto. Eso no significó que se desinteresara de los demás chicos que vinieron después. En cuanto una compañera llegaba a sus últimas fases de embarazo, Sherman le informaba según lo convenido y él se encargaba de disponer la atención necesaria en una clínica. En ningún caso repitió la asistencia in situ que les ofreció a ellos.

Cuando ya se aproximaba al pueblo, llegando al cruce del puerto de Cuatro Caminos, desvió sus pensamientos hacia Emma. Esperaba encontrarla más allá de la calzada romana de Undués, en una pequeña caseta abandonada. Tendría unos veinte años, no le había preguntado su edad, pasaba algunos fines de semana en el pueblo y le encantaba pasear por el monte. Eso era todo lo que necesitaba saber de ella, el resto de la conversación que mantenían después del sexo se reducía a interesantes divagaciones sobre el mundo con las

que Sherman se sentía profesor.

La primera vez que se encontraron en un paraje perdido, él utilizó el burdo recurso del albañil, le lanzó un piropo y una sonrisa, ella le devolvió la sonrisa y se acercó a preguntarle dónde se encontraba, se había perdido completamente. Él le ofreció agua y le explicó que no había nada mejor que perderse de todo entre el silencio del bosque, ella asintió con su firme mirada. Sherman se atrevió a acariciar su rostro y recibió con un escalofrío la misma caricia en su cara, todo lo demás se precipitó en cascada.

Su corazón sintonizaba acelerado con ese primer recuerdo mientras se acercaba a la vieja caseta sin techo. Ella ya estaba allí, de espaldas a la puerta. Vestía una ligera camiseta de gasa y una falda poco apropiada para el entorno. La chica le escuchó entrar y habló:

_He descubierto una cosa importante, Sherman. Lo mejor del mundo es perderte por el bosque sin braguitas.

Sherman rió, Emma siempre le sorprendía y le introducía en un desenfreno animal. Se aproximó a ella y besó su largo cabello negro. Emma giró su cuello y se besaron intensamente en la boca. Mientras, las manos de Sherman ya se perdían bajo la falda, comprobando la exactitud de las indicaciones de su amante, no llevaba nada que impidiera el libre acceso a su entrepierna. Sus respiraciones se aceleraron sintónicamente. En esa situación era prácticamente imposible que se dieran cuenta de que al otro lado de una vieja ventana se encontraba Román, un viejo y solitario pastor de la zona que les observaba entre la incredulidad y un oscuro deleite.

CAPÍTULO XIV

Hans se acercó hasta el albergue para recoger sus cosas y marcharse de inmediato a la casona que ya había alquilado, una vivienda conocida como la casa de muñecas en el extremo norte de la plaza Padre Pardo. Sentía cierto malestar por haber ocupado plaza de peregrino por dos noches consecutivas sin estar permitido, pero nadie le apercibió de ello y tampoco creó extorsión alguna, sobraban camas.

Antes de cargar con su gigantesca mochila, abrió un pequeño bolsillo y extrajo su teléfono. Lo dejó apagado desde que llegó al Monasterio de Leyre, tres días enteros, algo impensable en él. Quería ausentarse por completo del estilo de vida que dejaba atrás. Pero ya que se había acordado de comprobar si aún tenía el móvil, lo encendió y esperó a que saltaran los avisos de llamadas.

En cinco minutos se acumularon más de treinta mensajes de llamadas perdidas, muchas de ellas de números repetidos a distintas horas. Le habían llamado de la RTL, su hermano Gilbert al que ya le había dicho que si había algo importante se lo comunicara por sms, también aparecieron los números de varios amigos y algunas amigas. Cuando comprobó que tenía varias llamadas del viejo padre Fremont, con el único que iba hablando de vez en cuando durante su fascinante viaje, se sentó en la cama y marcó rellamada de inmediato.

_Padre Fremont, ¡buenas tardes!

_Buenas tardes, Hans –la voz del sacerdote sonaba cercana y enérgica-. Te he llamado varias veces hoy pero me salía un mensaje en castellano.

_Sí, cuando sales del país, a veces salta la centralita del nuevo país donde viajas. Perdone, padre, pensaba llamarle un poco más

tarde, desde que llegué a esta zona he querido estar desconectado –Hans se levantó y se acercó hasta el umbral de la puerta de su habitación, no quería que le escucharan otra vez de manera indiscreta.

_Te he estado llamando porque ayer vino a visitarme Wanda Swainger, la madre de Karl.

_¿Alguna novedad sobre él, Padre? –Hans ya se había imaginado a Karl como un tipo huraño, concienzudo hasta lo paranoico. Algo normal para alguien que lleva treinta años esperando un milagro. Rogaba que él no tuviera que llegar a eso.

_Novedades imprecisas, podríamos decir. –Fremont se acercó su taza de té a los labios.

_¿Tan impreciso como su silencio? –apuntó Hans inquieto al pasar unos segundos sin continuidad de Fremont.

_Perdona, estaba bebiendo. Si algo aprendemos los mayores es a pausar las noticias importantes, lo son de una forma tan efímera dentro de la mediocridad, que merece la pena estirarlas.

Hans sonrió pensando que lo que Fremont asociaba a la senectud, también podría ser un buen argumento para un hábil presentador de un show televisivo.

_Algo importante está pasando en torno a San Virila, su profecía y Undués de Lerda. Karl se lo ha revelado a su madre. ¡Cuántos años de mentiras! Aunque yo ya intuía que habría algo más allá de lo que la pobre Wanda me contaba en la Iglesia. Como ya te dije, hasta ahora le venía diciendo que se dedicaba a obras benéficas en España, que no tenía residencia fija, pero por lo visto ya le ha puesto al corriente sobre una gran obra entre sus manos, pero por algún motivo todo está yéndose al traste.

Según me ha contado entre lágrimas Wanda, la voz de su hijo en el teléfono sonaba rota. Karl nombraba algo así como que su gran obra podía quedar destruida por un descuido. Estaba hundido por el riesgo que padecía su obra y por la idea de lo que pensaría su padre de él después de confiarle todo.

_Puede que… -Hans asoció ideas.

_ Sí, Hans.

_No sé, acabo de llegar a Undués y de lo poco destacable que he visto ha sido el accidente de un chico de la comuna hippie que me comentaste. Yo he pensado que tal vez ese chico fuera el

engendrado para ser el elegido. Si Karl ronda este pueblo, si de verdad todavía no ha abandonado su idea sobre la profecía, seguro que él también se habría enterado, puede que ese sea el motivo de su angustia…

_No dudes, Hans, que cualquier cosa que ocurra en ese pueblo Karl la conocerá, incluso tu llegada. Más aún algo como lo del accidente, tal vez el chico esté verdaderamente mal y ese sea el motivo de que Karl llamara a su madre tan afectado.

_No creo que pasara nada. Vi como lo transportaban al médico, parecía que se había hecho una buena brecha en la pierna, pero vamos, no creo que haya sucedido algo… trágico.

_Esperemos que así sea. Ya comentamos que de toda la información que he ido acumulando sobre Undués de Lerda, la relevancia de la llegada de los hippies al pueblo es un claro punto de inflexión. Cada día lo tengo más claro, sobre todo por la referencia al "seno libre" que incluye la profecía.

_Por supuesto. Y seguro de que su amigo Karl también lo tiene muy en cuenta. Y nos llevará mucha ventaja. Ha tenido más tiempo para pensar cómo actuar en toda esta historia, seguro que no aparece de improviso como yo en cuanto me has hecho saber del asunto. No sé, tal vez…

_¿Qué estás pensando, Hans?

_A mi llegada he conocido a un hombre -Hans bajó su voz al mínimo audible-, me ha dicho que se llama Federico. Parece que es algo mayor de los cincuenta y pocos que tendrá Karl, pero no sé, me ha parecido peculiar en su forma de presentarse y en sus primeras preguntas de cortesía, demasiado incisivo. No tenía ni rastro de acento pero después de tanto tiempo aquí puede que se le haya ido.

_Si yo estuviera allí saldríamos de dudas –Fremont consideró de repente que ya debiera haber visitado Undués hacía tiempo. La aparición de un voluntarioso Hans en aquella historia transformaba todo en algo más real–. Hace treinta y tantos años que no le veo, pero no olvidaría la mirada chispeante de sus pequeños ojos, puede que incluso conserve todavía una especie de tic, un pestañeo continuado al hablar.

_Nunca es tarde, Padre. Si se quiere apuntar le puedo hacer sitio. Hoy mismo he alquilado una casa, aunque si mi presencia ya parece extraña, los dos juntos seríamos caldo de cultivo para miles

de teorías.

_No lo descarto, quizás algún día te sorprenda. –Fremont habló con franqueza, cada vez sentía más intenso el deseo de visitar Undués de Lerda. Hans estaba allí, había conocido a un niño que bien pudiera ser el protagonista del que hablaba San Virila. Podía tratarse de un injustificable ataque de vanagloria, pero él también merecía estar allí. A sus ochenta y tantos, Dios le podría perdonar eso.

Hans sonrió sin despertar la risa en su boca, después volvió al asunto con una nueva ocurrencia.

_¡Padre!, tal vez le parezca una tontería, pero quizás fuera interesante conocer más datos de Karl, sus apellidos, para empezar.

_No creo que a Karl le guste ir dejando un rastro tan fácil por ahí, pero bueno, por si te pudiera servir, se apellida Swainger Torm. Todo lo demás que debía contarte sobre él creo que ya lo hice. Era el único hijo de una familia bien, su padre levantó una empresa metalúrgica familiar hasta convertirla en satélite de componentes para muchas marcas de coches como la Volkswagen. En cuanto murió se vendió todo. Por lo que me dijo su madre, gran parte del capital lo heredó directamente Karl.

Mientras lo conocí sólo te puedo decir que en cierta forma me confundía, no sabía si era tímido o si ocultaba sus emociones por algún otro motivo psicológico. Las pocas veces que coincidimos en presencia de sus padres, se comportaba con ellos con absoluta frialdad, supongo que impostando de alguna manera ante mí. Porque lo que siempre noté es que me profesaba admiración, en gran medida por ser su primer y más cercano ejemplo de lo que él quería llegar a ser…

_Bueno, Padre, me parece que me será más útil lo del tic que tiene al pestañear –cortó Hans sin reprimir una pequeña risa.

_Todavía te queda un pequeño pedazo de periodista puñetero, Hans –respondió continuando la broma Fremont.

_¡Vaya! En mi programa no quiso entrar al trapo, tan flemático como aparentaba, pero en privado se defiende ¿eh?

_Para poder defenderme conforme a los cánones, tendríamos que partir en igualdad de condiciones, así que deja de tratarme de usted de aquí en adelante. Y otra cosa te voy a pedir, mantenme informado, no dejes el móvil apagado tres días de nuevo.

_Está bien, Fremont, así lo haré. Estaré atento a todo lo que acontezca y te contaré... Puestos a tutearnos, te diré una cosa, amigo: Te agradezco enormemente que me hayas inmiscuido en esta aventura. Pase lo que pase, me ha servido para volver a creer en muchas cosas, no sólo en Dios.

2ª PARTE

Siempre se ha creído que existe algo que se llama destino, pero siempre se ha creído también que hay otra cosa que se llama albedrío. Lo que califica al hombre es el equilibrio de esa contradicción.

Chesterton

CAPÍTULO XV

Con la llegada del verano, Undués se llenaba de visitantes a cualquier hora del día: los descendientes de antiguos pobladores, el goteo incesante de peregrinos, domingueros de picnic, deportistas de montaña, amantes de “la fresca” a la puerta de casa, o joteros de cantina. Una mezcolanza de gentes que acompasaban el latido estival del pueblo entre sus mismas piedras de antaño, y que ocupaban las casas solariegas como en su más lustroso pasado.

Bien entrada la noche del 15 de agosto, Federico recibía en su casa a un ilustre visitante, Hans Maurer, quien después de unos meses de residencia en Undués, le había arrebatado el honor de ser el personaje considerado como más excéntrico. Todo el mundo ya sabía que fue un presentador de televisión muy conocido en su país, un vecino que vivió muchos años en Alemania se encargó de distinguirlo como tal.

Durante el verano, la confluencia de más personas libraba a Hans del cuchillo de despiece en los afilados mentideros del pueblo. Entre bromas cabalísticas sobre su paradero en Undués ya le asociaban algún problema por antecesores nazis, algún tipo de exilio político, o su pertenencia al programa de protección de testigos.

Federico no participaba de esas bromas triviales, sonreía sin más al escucharlas y se guardaba su opinión real al respecto. Sabía que Hans no se había detenido por casualidad en ese punto exacto del mundo. La gente del pueblo lo interpretó como una curiosa casualidad. Pero para Federico, sabiendo la especial relevancia del pueblo e interpretando su propia presencia interesada allí, la doble coincidencia se prolongaba exponencialmente hasta lo imposible.

Para recibir en su casa a tan ilustre personaje, Federico le

condujo a la parte noble, en la planta superior. Conforme subía por las escaleras, Hans empezó a divisar un pasillo con varias puertas. Federico, que andaba tras de él, le indicó que eso eran dormitorios y un baño.

Sin embargo, en cuanto su vista superó el nivel del hueco de la escalera, comprobó como a su izquierda aparecía un amplio salón adornado como el castillo de un noble medieval. Diversos tapices, cuadros y espejos cubrían las paredes laterales, una gigantesca araña de forja descendía hasta media altura desde un artesonado de grueso maderamen.

Al fondo, un hogar en uso esperaba la llegada del frío para retomar su actividad esencial. En el recoveco al lado izquierdo del hogar, útiles de la casa de otros tiempos descansaban sobre tres amplios estantes. Al lado derecho, sobre una pequeña tarima, se amontonaban troncos de leña cortados milimétricamente. En ese lado, dispuestas equidistantes, un par de ventanas buscarían la luz de la mañana.

El resto de la amplia estancia se amueblaba con una mesa redonda y dos sofás a ambos lados, orientados hacia el hogar y sobre una gran piel de oso. Después de los estantes de antigüedades, un gran armario de oscura madera vestía la pared sin ventanas de ese lado, algunas pequeñas butacas con mesitas a juego se disponían a ambos lados, más cerca ya de la escalera hacia la planta baja.

_Este es mi lugar favorito de la casa. –Federico manifestó su gusto y esperó los comentarios de Hans.

_No me extraña, está muy bien ambientado. Parece como si viajáramos a la edad media. Imponen sobremanera los tapices pero todo se complementa.

_Ese primer tapiz de la izquierda representa a San Francisco Javier a lomos de su caballo Boira, que significa “niebla” en fabla aragonesa. Se dice que en esta casa estudió el santo durante su infancia.

_¡Fantástico! –Exclamó Hans. Conocía mucho acerca de San Francisco Javier y le pareció interesante la posibilidad de coincidir entre los mismos muros que él pudo haber estado-. Federico, has pulido detalles de la casa hasta conseguir la joya. Me gusta mucho, en serio.

_Gracias, Hans. Si ahora fuera invierno te invitaría a tomar un

trago frente a la hoguera. Hoy, aunque ya ha refrescado, no apetece mucho encenderla. Pero por el trago no hay problema –se dirigió al botellero del armario y mostró toda su reserva de bebidas.

_Si tienes un vino, me conformo. No es invierno pero esta noche fría de agosto invita a calentar un poco el estómago. En Alemania te pediría un café, pero aquí es mejor aprovechar las bondades de los productos de la tierra. –Hans se acercó a los estantes al lado del hogar, donde los útiles domésticos del ayer reposaban en el final remoto de su ciclo de vida. Mientras contemplaba la ornamentación se acordó de sus primeras sospechas sobre Federico, cuando creyó que podía ser Karl Swainger bajo otra identidad. Tras algunos meses en Undués ya sabía con certeza que bajo el nombre de Federico no se ocultaba otra persona, al menos eso no.

_Está bien, amigo. Siéntate donde quieras, te acompañaré en ese vino. Acababa de subir un buen caldo de la bodega por si acaso.

Federico sirvió un par de copas de Rioja crianza, dejó la botella sobre la mesa y ocupó el sofá que dejó libre Hans a su izquierda. Levantaron sus copas y paladearon gustosos.

_Bueno, Hans, ya llevas aquí varios meses. ¿Ha merecido la pena el viaje desde tu Alemania?

_Por supuesto, amigo. Aquí un día dura lo que antes dos. Te sonará extraño, pero el tiempo me cunde mucho más. Parece como si dispusiera de mis horas de otra forma, más a mi propia iniciativa, no al ritmo atropellado anterior.

_Cierto, esa fue mi misma sensación cuando llegué. Pero para personas con inquietudes como tú y yo, el exceso de tiempo libre invita a buscar entretenimientos. –Federico se agachó para recoger bajo la repisa de la mesa una caja de madera, la abrió y Hans pudo ver un bonito tablero de la Oca esmaltado.

_¡Vaya! Me parece un entretenimiento bastante liviano para un intelectual, y siempre hace falta otra persona con la que dedicar tiempo al juego.

_No creas, después de dedicarme a adecentar la casa, leer infinidad de libros y pasear todos los días, encontré en el juego de la Oca y sus posibles creadores templarios un entretenimiento mayúsculo. Hace poco vi en televisión un reportaje sobre este juego y su paralelismo con el Camino de Santiago. Pensé que era una majadería asociar sus casillas con ubicaciones reales del Camino,

pero te sorprenderías del trasfondo que dicen que hay.

Hans saboreó otro sorbo de vino y Federico le observó meticulosamente, buscando algún tipo de tensión naciente en el gesto de acercar la copa a sus labios. Había tomado la determinación de mostrar gran parte de sus bazas y empezaba a estudiar reacciones.

No olvidaba cómo conoció al periodista, cuando divagaba en sueños musitando misteriosas frases: “por fin en Undués”, “el sueño de San Virila”, “el cuarto personaje ha de nacer en Undués”. Si no forzaba un poco las circunstancias nunca podría imaginar a qué se refería Hans.

_¿En serio? ¿Qué tiene que ver el juego de la oca con el camino de Santiago? –Hans había apurado su copa hasta el final y la dejó sobre la mesa.

_Por lo visto en España es bien conocida esta vinculación. –Federico hablaba como si estuviera recién puesto al tanto en la materia-. Tradicionalmente se pensaba que el juego de la oca servía de guía de los caballeros templarios en su misión de salvaguarda de los peregrinos en su camino de fe. Porque una de las misiones fundamentales de estos clérigos era la protección de los peregrinos cristianos en cualquier lugar del mundo.

_¿Esa era su principal función? Pensaba que se dedicaban a otros menesteres.

_Una de las más relevantes. Podría estimarse una simple función policial, pero en aquellos tiempos, el control de las vías de paso suponía la primera opción para manejar información. Así, la Orden creció en poder y prestigio, el control de todas las grandes vías de comunicación de la Cristiandad les confirió gran popularidad y sobre todo provocó que centralizaran sabiduría y conocimiento por encima de la propia Iglesia. El recelo se despertó entre ambas partes y si bien los Templarios nunca repudiaron directamente a la Iglesia, sí que empezaron a actuar por su cuenta.

_O sea que así consiguieron que hasta hoy se extienda la opinión de que sus secretos mueven el mundo –apuntó Hans.

_Sí –sonrió Federico-, siempre se tiende a mitificar lo desconocido. Pero si profundizas en algunos asuntos, puedes encontrar misteriosas coincidencias. -Cogió una ficha y se ubicó en la salida del tablero–. Imaginemos que allá por el siglo XII, los

Templarios llegaron a España para proteger a los peregrinos. Como buenos viajeros, al abandonar su tierra, Francia, empiezan a dibujar su ruta. Así, la casilla 1 es el primer punto al cruzar la frontera española.

Pero una vez comenzada la ruta no marcan con claridad sus puntos. Empiezan a dibujar símbolos, mensajes encriptados en imágenes. Así se aseguraban de que sólo ellos, como auténticos vigilantes, sabrían interpretar completamente ese lenguaje.

La simbología del camino a través del juego de la Oca oculta maravillosos secretos, pero desde el principio saltan dudas del camino correcto a elegir. Se puede entrar en España por el camino Francés, atravesando Roncesvalles o por el aragonés cruzando el Somport, hoy conocido como GR 65.3. La salida podría ser cualquiera de los dos puntos. –Federico provocó un estudiado silencio, midiendo su emoción al ir desvelando su conocimiento a cuentagotas.

_Yo tomé ese camino aragonés –cortó Hans–. Me pareció más genuino, leí que inicialmente era un paso para buscar nuevos pastos.

_Eso dicen, amigo Hans. Parecía que se trataba de una vía secundaria del camino, más larga, más ardua… Los estudiosos de los Templarios debieron menospreciar su valor por esos mismos motivos, considerando que la casilla 1 era Roncesvalles. Pero después de muchos años, se comprobó que no se presentaban los ansiados vínculos entre el principal Camino Francés y la simbología de las casillas del juego de la oca.

La primera casilla de la oca con una nomenclatura reconocible es la número 6, “el puente”. Pese a intentarlo denodadamente desde Roncesvalles, no se encontró coincidencia numérica con un referente simbólico de esta casilla. Se pensó en Puente La Reina de Navarra, pero ni contando localidades existentes en el momento, ni considerando en el cálculo lugares de culto a ellos atribuidos como la Virgen de Eunate, resultaba la coincidencia. Los Templarios jugaban al despiste.

Entonces se volvió a considerar el camino aragonés, y fue así como se comprobó que la casilla número 6, el puente, coincidía exactamente en 6 poblaciones o casillas, con Puente la Reina de Jaca, un lugar mucho menos conocido que el enclave navarro pero

con mismo nombre “Puente”. Las cinco poblaciones que hay desde la salida son: Canfranc, Aratores, Castiello, Jaca y Santa Cilia.

_¡Vaya! Parece ser que he viajado por el camino correcto entonces. Pero además de esa primera casilla del puente tendrán que darse más coincidencias ¿no es así?

Tras el comentario de Hans, Federico templó sus nervios sirviendo más vino en las dos copas. Pudiera ser que el alemán estuviera receptivo. Después en su turno de mostrar las cartas, le pediría un mismo nivel de sinceridad.

_Como ya te he adelantado, los Templarios, para salvaguardar sus secretos, empleaban sus propios símbolos, lo que a la postre supuso la excusa perfecta para la Iglesia en su acusación de herejía, tal como consta en el Processus contra Templarios. Concretamente, en el asunto de las casillas de la oca, hay que saber que para ellos “el puente” era un concepto de tránsito hacia algo superior. Un puente se levanta por encima de un río, que es el transcurso de la vida, de lo humano. Cuando caes en el puente, dentro del tablero de la oca, te conduce exactamente seis casillas más allá al siguiente puente. En el caso de nuestro camino, contamos: Arrés, Martes, Mianos, Artieda y Ruesta hasta Undués de Lerda, la casilla número 12, el segundo puente y el punto donde nos encontramos.

_Von Bricke zu bricke –espetó de repente Hans.

_¿Cómo? –Se molestó Federico en mitad de su éxtasis explicativo.

_Decía: de puente a puente, tal como se pronuncia en alemán.

_Así es. El puente es el tránsito sobre la propia vida y Undués de Lerda es el lugar marcado. ¡Todo encaja! El gran camino de Santiago conduce a los huesos del santo. Paralelamente, un afluente menor como es el pequeño camino aragonés finaliza al atravesar el puente y llegar a Undués. El problema es adivinar qué es este final alternativo. Puede que conduzca sabe Dios hasta qué gran misterio que aquellos monjes guerreros guardaron.

Federico se sorprendió por su sincretismo, se había lanzado a resumir toda la teoría de los rotarios rápidamente, sin entrar en más detalles. Se saltó su planteamiento inicial del encuentro con Hans, mucho más desarrollado para acelerarse con la improvisación, como lo haría un enamorado primerizo. Tal vez fuera mejor así, sin entrar en todo tipo de detalles.

El amplio salón quedó en silencio, tan sólo acompasado por algún grillo al resguardo de la oscuridad. Hans se había quedado sorprendido. En su fuero interno rumiaba esa idea que vinculaba la profecía de San Virila con la cabalística de un juego. Sorprendentemente ambas fuentes coincidían al fijar Undués como un punto muy especial.

_¡Eso es maravilloso! –Se atrevió a comentar Hans–. Estamos en un punto concreto señalado indefectiblemente por los Templarios, pero… ¿señalado para qué? ¿Qué secreto puede tener Undués?

_No sé, tampoco he profundizado tanto en esa nueva teoría, la apuntalé en base a algunos libros a los que seguramente nadie habrá otorgado mayor valía. –Considerando a toda la organización que tenía tras sus espaldas, Federico pensó que acababa de mentir brutalmente-. Sin embargo, estoy seguro de que cuando decidí quedarme aquí, fue por algo que me atrajo, una especie de magnetismo telúrico. Ahora pienso que tal vez tenga que ver con todo esto que he averiguado últimamente.

_ Me dejas impresionado –acertó a comentar Hans sin disimular una mueca de asombro.

_Es lo que comentábamos antes, siempre hay tiempo para desarrollar inquietudes. Yo te he explicado mi último entretenimiento intelectual. En ese tiempo que a ti te sobra aquí en Undués, ¿En qué te has centrado? -Federico esperaba ese momento desde que conoció a Hans, el instante en que sus cartas quedaban volcadas sobre la mesa en espera de una reciprocidad. Abrió sus manos y le miró fijamente esperando respuestas.

_Bufff, yo no soy capaz de urdir algo tan sofisticado. Soy periodista de televisión desde hace demasiados años, lo mío es la inmediatez, los guiones rápidos y el chiste fácil. –El trago de la tercera copa soltó a duras penas el nudo en la garganta de Hans. Estaba emocionado con aquella teoría que casaba perfectamente, convivía con la profecía de San Virila. No dudaba que la teoría de Federico no se cerró en base a un estudio repentino. Aquel tipo canoso de apariencia afable, conocía toda la información que le había transmitido desde hacía mucho tiempo. Seguro que manejaba incluso más información que se reservaba, y todo ello documentado en base a fuentes plenamente fiables.

_He sido profesor durante muchos años, Hans, y perdona si me

tomo demasiadas confianzas, pero creo que estás actuando como alguno de mis alumnos más mentirosos. –El gesto y la voz de Federico tornaron a una gravedad incómoda.

_Puede que sólo sean tus ansias desmedidas de encontrar respuestas para tu nueva teoría, Federico. -Hans, que sabía manejar esos momentos críticos, aparcó su sensación de sobrecogimiento para adoptar una firmeza de presentador de telediario-. Y te entiendo, yo también estaría fascinado con lo que has descubierto. Te aseguro que si supiera algo en torno a ese asunto te lo diría de buen grado, incluso colaboraría si me lo permitieras. Por ahora lo único que puedo compartir contigo es la sensación de atracción que me has narrado antes. Yo también me detuve un día aquí porque algo me atrapó, una fuerza inexplicable. Eso lo siento cada día en Undués, desde mi primer día hasta esta magnífica noche de agosto.

_No me dejas otra salida, Hans –Federico peinó su flequillo, donde empezaba a nacer un leve sudor nervioso-. El primer día en que nos encontramos en el albergue pronunciaste unas palabras entre sueños que me dejaron anonadado, concretamente dijiste: “por fin en Undués”, “el sueño de San Virila”, “el cuarto personaje ha de nacer en Undués”. Eso no coincide con una versión azarosa de tu paradero aquí.

_Vaya Federico, sí que tomaste buena nota de lo que pude llegar a decir en un sueño. La verdad es que yo no sé lo que dije aquel día, pero no deberías prestar atención a los sueños. Poco antes de mi llegada visité el Monasterio de Leyre, allí un monje me enseñó la biblioteca y me habló de algún milagro del Abad San Virila. Supongo que si dije eso fue porque mi subconsciente mezcló conceptos en un cóctel onírico y desarrolló una historia digna de que la hubieras anotado completa para un bestseller. ¿No crees? -Hans trató de relajar el tono de la conversación, y encontró una sonrisa como toda respuesta amistosa, pero los labios de Federico no expresaban lo mismo que su mirada oscura y sus manos inquietas sobre la copa de vino.

CAPÍTULO XVI

Ariadna no había podido conciliar el sueño durante la noche de la Virgen de Agosto. Los niños alborotaron por la calle hasta bien entrada la madrugada; los padres de las criaturas departían en tertulias de banqueta. Se encontraban tan a gusto con la chaqueta sobre los hombros y charlando sin parar a la vuelta de la esquina de su casa, disfrutando de la noche abierta sobre el valle de Onsella.

Su perra Luna se durmió plácidamente a los pies de la cama, Sin embargo Ariadna escuchó todas y cada una de sus conversaciones durante horas. Desde lo mal que estaba el mundo y sus correspondientes propuestas de solución ad hoc, hasta la maravillosa destreza del torero José Tomás y el poco tiempo que duraría si seguía siendo tan temerario. Si faltaba conversación, el Barça o el Madrid salían a colación como recurso fácil; cualquier cosa antes que retirarse cada uno a su casa.

Realmente Ariadna no tenía conciencia clara de si llegó a dormirse en algún momento. Porque una vez desvelada por sus convecinos, la noche fue una suma de giros en la cama buscando la posición idónea para su avanzado embarazo de cinco meses largos.

Al mismo ritmo que ella rodaba sobre la cama, se iban moviendo algunos recuerdos vagos, ideas dispersas y recordatorios de tareas por hacer. En un momento dado, un poco de luz se filtró por las persianas. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y vio que eran las siete y media de la mañana. Decidió bajar al bar.

Se preparó rápidamente y poco después salía de la puerta de casa en dirección a la cantina. Por el camino, Luna iba estirando sus extremidades después de sus buenas horas de sueño. De no tratarse de una perra, no dudaría de que su fiel compañera se estuviera burlando de ella.

Cuando ya había dado una vuelta a la llave para entrar, escuchó como entre las calles se deslizaba una conversación matutina en un tono de voz alto, provenía del Ayuntamiento. Se acercó temerosa hasta allí. Tal vez "alguien" le hubiera encontrado. Le fastidiaba sentir ese miedo, pero trataba de vencerlo actuando decididamente frente a él. Ordenó a Luna que se quedará al lado de la puerta y ésta le hizo caso.

Para no ser fácilmente visible bajó rodeando la plaza Padre Pardo hacia otra plazoleta separada por la iglesia de San Martín de Tours. Ascendió unos metros hasta un poco más adelante de la puerta lateral del templo. Su muro redondeado no le pareció el mejor escondite, pero ya era tarde para regresar. Desde allí, con medio cuerpo visible, advirtió la presencia de un todoterreno de la guardia civil aparcado a un lado de la puerta de la casa consistorial. Dos guardias, otros dos individuos e Ignacio, el alcalde, parecían esperar inquietos a alguien.

El miedo volvió a apoderarse de la voluntad de Ariadna como lo hacía antaño. Tensaba sus músculos, bloqueaba su mente, somatizándose hasta en su última célula. Aterrada como estaba no se apartó del muro de la iglesia. En ese momento llegó un vehículo que aparcó rápidamente frente a la mismísima puerta de entrada. De él salieron dos mujeres.

Algo grave ocurría, lo que de alguna forma alejó sus sospechas de que tuviera que ver con ella. Aquellas personas comentaron acerca de un levantamiento de cadáver El desasosiego no cesó, tan sólo se transformó en una terrible duda sobre lo que habría pasado.

La guardia civil, los dos hombres y las dos mujeres, se pusieron en marcha de inmediato. Ariadna salió de su escondite y llamó a Ignacio, el único que quedó de la espantada general de todo aquel personal.

_Ari, hija –desde el primer día, Ignacio se había tomado la libertad de acortar su nombre-, ¿Qué haces por aquí?

Cuando Ariadna se acercó, le alarmó el rostro desencajado del alcalde. Entre las primeras luces del día sus minúsculos ojos permanecían más cerrados que nunca, ocultando una mirada que se movía entre la tristeza y la desesperación. Su rictus serio asustaba, y su voz nacía rota desde el fondo de su garganta.

_¿Qué ha pasado, Ignacio? –Ariadna tembló por el frío de la

mañana y la tensión de la situación. En la irrealidad general de ese amanecer, todo apuntaba a que el nuevo día no iba a ser igual a ningún otro.

_Es tremendo, chica. No sé cómo ha podido pasar en Undués. –Ignacio dudó en explayarse con Ariadna como primera asistencia psicológica u ocultar lo ocurrido. Una vez que empezó, le sentó bien y no pensó en detenerse-. Pobre chica, imagino que la conocerías. Emma se llamaba, morena, alta…, Blas, su padre, me dijo que tenía ya veintiún años. La conozco desde que era una chiquilla y corría por las calles.

_Ignacio, te aceleras, no entiendo lo que me quieres decir. Tendrías que tomar una tila o algo.

_No, Ari, no te preocupes. Me cuesta ser conciso. -Ignacio no pudo evitar que su voz prorrumpiera deformada por un ataque de llanto reprimido-. ¡Emma ha aparecido muerta! Sus padres están en casa, destrozados, recibiendo asistencia médica.

Ariadna sintió flaquear sus piernas. Se acordaba de esa chica, ¡cómo no! Había estado en la cantina varias veces. Incluso recientemente le ayudó a cambiar un barril de cerveza. Después le guiñó un ojo, dándole a entender que se había dado cuenta del embarazo que trataba de ocultar. Al menos eso interpretó Ariadna en ese gesto, dejándose llevar tal vez por la sugestión.

La imagen de la chica en ese instante del guiño se tornó siniestra. Era la muerte la que guiñaba un ojo al llevarse a alguien conocido, apareciendo en la consciencia directamente desde el necesario escondite del subconsciente.

_¿Ha tenido un accidente? ¿Se ha caído? ¿Cómo ha podido pasarle?

_No saben qué ha pasado, Ari. Nicasio salía a su huerta al alba y la ha encontrado tirada a las puertas de un viejo corral abandonado. Ha debido acercarse a socorrerla y ha descubierto que no respiraba. Horroroso. En cuanto me ha venido a avisar, hemos dado parte a la Guardia Civil. Ellos se han encargado de movilizar todo el operativo. Ahora mismo acaban de irse con la juez, la secretaria y policía judicial para levantar el cadáver.

_Por Dios. ¿Cómo puede ser? No tiene sentido, Emma es una buena chica. ¿Qué habrá podido pasar?

_No se puede entender, Ari… –Ignacio se sentía como un

pequeño bote en medio del océano. Los desagradables acontecimientos podían venir acompañados de complicaciones añadidas.

Se acordaba de Román, el viejo cabrero. Le confesó que en alguna ocasión encontró a la chica de Blas con un desconocido. Hacía tiempo que conocía a Román y gozaba de absoluta credibilidad. Probablemente él era la única persona con la que mantenía alguna mínima conversación más allá de sus trueques de subsistencia. No se abría con nadie, pero Ignacio siempre le dedicaba un tiempo, su voto valía como cualquier otro.

Tal vez por eso Ignacio recibió en primicia su confesión. En más de una ocasión se los encontró en una vieja paridera abandonada, a un par de kilómetros saliendo por la calzada romana. Ignacio pidió encarecidamente a Román que no lo comentara con nadie, su descripción del hombre coincidía con Sherman.

Ignacio conocía perfectamente a Sherman y al resto de los habitantes de aquel monte de Undués. El principal motivo para que se aprobara el establecimiento de todos ellos, hacía ya varios años, fue que el precio pactado de alquiler de las tierras sobrepasaba holgadamente cualquier máximo que se pudo considerar en la negociación, y se actualizaba religiosamente cada año.

El pagador, un peculiar filántropo llamado Carlos, a quien tan sólo había visto en una ocasión, se mostró muy interesado en que la cosa saliera adelante. A cambio, Ignacio tan sólo tenía que supervisar cada semana que todo estuviera correctamente. Para ello visitaba a Sherman y posteriormente le informaba telefónicamente de cualquier acontecer.

El alcalde suponía que Carlos era un padre preocupado por ofrecer un medio de vida digno a un niño de papa completamente descarriado y convencido en apartarse del mundo. El refugio fácil del alto interés económico facilitaba este planteamiento sin más preguntas al respecto. Pero ahora, ante un problema de la envergadura de un posible suicidio o incluso un asesinato, algunas de las decisiones parecían tomadas demasiado a la ligera, sobre todo teniendo en cuenta que el primero a quien iban a buscar sería Sherman.

Porque el secreto de Román saldría a flote. Si no lo hacía el cabrero debería ser él. Si al final Sherman estaba implicado, su

decisión de dar alojamiento a tan mala calaña, y permitirlo sólo por el interés crematístico de las arcas del Ayuntamiento, parecía de lo más cruel y mezquino.

En aquellos momentos podía irse al carajo el contrato de alquiler, la comuna y Carlos. A la mínima sospecha sobre ellos los echaría a todos. La pobre Emma dejó de respirar, y él mismo tendría ganas de apretarle el cuello a quien fuera, incluyendo en su lista de posibles a Sherman o cualquier otro habitante de la comuna.

_Ignacio, Ignacio –Ariadna tuvo que insistir para que el alcalde volviera en sí desde su estado de turbación.

_Necesito esa tila, Ari. ¿Vas a abrir ya el bar? Tengo que subir al despacho a hacer algunas gestiones al teléfono y en diez minutos habré acabado. Si pudieras atender a un primer cliente desesperado… –entre todo su amargor, Ignacio pudo destilar una pequeña sonrisa que le sirvió para soltar ligeramente los nudos de su garganta y su estómago.

CAPÍTULO XVII

Arrodillado sobre un reclinatorio y con su cabeza agachada, Karl acababa de musitar una salmodia de todo tipo de oraciones implorando perdón. Al levantar la mirada, sus ojos arrasados por las lágrimas sólo le permitían visualizar difusas figuras del imponente retablo mayor de la Concatedral de Logroño.

Ante su insistente ruego, el deán del cabildo de la Concatedral le permitió encerrarse en el templo fuera del horario de atención al público. Karl necesitaba reencontrarse en su fe en esos momentos de turbación interior.

Hubiera deseado que sus últimos actos perturbadores hubiesen partido de una fuerza divina que le hubiera impelido a actuar de inmediato, pero nada de eso había ocurrido. Se movió por su intuición y su voluntad desquiciada, y en esos momentos se sentía desamparado, frágil, impío.

Desde que se enteró de que Sherman tenía una amante, su ánimo pasó por distintas fases: ira, desesperación, miedo. Demasiadas sensaciones negativas superpuestas. Eso de que Sherman tuviera encuentros con otra mujer podía conllevar pésimas consecuencias para la obra.

Todo empezó hacía ya meses, una llamada de Ignacio, le condujo a donde estaba hoy. El alcalde le puso sobre aviso de que un lugareño se había encontrado a Sherman copulando con una joven en una vieja caseta abandonada. Le expuso que sería conveniente alejar a Sherman de la chica, pues podría acarrear problemas de convivencia en el pueblo.

Mientras escuchaba la noticia, Karl tuvo la frialdad suficiente para no violentarse. Prosiguió con la conversación como si se tratara de un percance menor fácil de evitar, pese a que sentía el

quemazón de su primera ira visceral, amortiguada en su estómago y aflorando en un temblor general.

Cuando hubo colgado, supo que tenía que hacer algo cuanto antes. Debía parar los pies a Sherman y cortar cualquier aventura que pudiera conducir la obra al fracaso. El libertinaje de ese desagradecido al que le dio tanto, llegaba a extremos muy peligrosos. Ahora empezaba a entender la paciencia de Dios con el ser humano.

Sherman actuaba inconscientemente. No sólo por la repercusión de sus actos dentro del pueblo, como se quejaba Ignacio, sino también porque de esas relaciones fuera de su pareja podría nacer otro niño al que considerar dentro de los elegidos.

Los padres de la chica ignorarían esos encuentros, y la situación podría forzarla a ocultar su embarazo. Imaginó a Emma teniendo a su hijo en Undués, tal vez en esa misma caseta donde se encontraba con Sherman. Cumpliría así, sin saberlo, con la premisa de San Virila. Traería al mundo a un nuevo candidato para la profecía y a ese futurible, Karl sabía que no podría ampararlo bajo su apellido.

Se intentaba convencer de lo improbable de la idea. Los hechos no tenían porqué tomar esa deriva. Estaba convencido de que divagaba demasiado, pero la idea al respecto le atacaba recurrente y deformada, como en una delirante duermevela.

Si sucedía, si de los encuentros germinara algo, lo normal sería que la joven tuviera a su hijo en un hospital de alguna lejana ciudad. Incluso los nuevos padres de la comuna así lo hicieron. Sólo él propició el nacimiento de Homero y Chakir en ese lugar para asegurar la materialización de la profecía.

La razón y su oscura imaginación. Se debatía entre ambas fuerzas. Hasta que una nueva suposición terminó por decantar la balanza hacia la segunda opción. El posible neonato tendría la marca del elegido, compartiría la genética paterna de Homero y Chakir. ¿Qué ejemplo sería para ellos tener un hermano bastardo? No sabía si era una obsesión sin sentido, pero la idea le martirizaba con el peso de una intuición inducida desde su fe.

La obra, la obra, ¡qué difícil era encauzar el designio de Dios entre el libre albedrío de los humanos! Si al menos hubiera recibido una señal para actuar en consecuencia. Estuvo varios días meditando su intervención. Tratar de prohibir a Sherman esos

escarceos amorosos resultaría una negociación muy dura. Y si al final él seguía haciéndolo no habría conseguido nada, tan sólo ponerle en antecedentes de que para atajar ese tipo de problemas, estaba dispuesto a cualquier cosa...

Sí. Karl ya lo consideró desde los primeros momentos, ¡debía quitar de en medio a Emma! Lo desechaba constantemente, pero su mente volvía a plantearlo de manera recurrente a cada momento. Día tras día se fue obsesionando con la idea de un nuevo hijo bastardo que pusiera en riesgo su obra. Como pilar central de todas las alternativas que se le iban ocurriendo, continuaba siempre en pie la idea de eliminar a Emma.

Quiso borrar de su mente esa macabra maquinación, pero un lado perverso de su imaginación iba por libre. Incluso cuando era capaz de dormir ligeramente en sus largas noches de angustia, soñaba cómo hacerlo sin despertar sospechas sobre Sherman. Ante todo, la obra debía seguir su camino. Con un escarmiento de tal magnitud, seguro que Sherman no volvía a las andadas.

No recibió una señal de Dios y tampoco su razón le iluminó para actuar correctamente, ni siquiera encontró alivio en las Sagradas Escrituras. Tan sólo una frase que leyó en alguna ocasión le martilleaba como fundamento anticipado de su exculpación: “La causa de la muerte es el pecado”. Aquellas palabras extrapoladas a su situación suponían los únicos argumentos sólidos a favor del asesinato como solución.

Un día se decidió a trasladar a la realidad los aviesos sueños que le atormentaban. Conforme planeaba escrupulosamente los detalles, encontraba un foco donde desviar la atención de su moral. Tuvo que moverse por el inframundo para conseguir los medios para su siniestro fin. Buscó la receta química para una muerte dulce y se aprovisionó de todo lo necesario.

Siguiendo a Sherman le costó poco encontrar el punto exacto de los encuentros, una caseta abandonada en una senda al noroeste de la población. Allí acudían con puntualidad los dos amantes para entregarse a la lujuria y la promiscuidad. La constatación de los hechos sumó nuevos motivos para reafirmarse en la siniestra misión que iba a llevar a cabo.

No pasaba mucho tiempo después de consumar hasta que Sherman abandonaba la caseta, siempre en primer lugar. Sus

encuentros, tan fugaces muchas veces, parecían más propios de animales en celo.

Su ansia por tomar cartas en el asunto no le condujo a la precipitación. Esperó hasta el sábado 15 de agosto. Consideró que la mayor afluencia de veraneantes y visitantes durante la festividad del pueblo, dispersaría el foco de culpabilidad de su protegido Sherman a muchos otros candidatos.

La tarde de ese sábado Karl llegó a un lugar próximo a la vieja caseta dos horas antes del encuentro de los amantes. Escondió el todoterreno de segunda mano que había comprado a un particular en un espacio que ya tenía inspeccionado entre un profuso carrascal. Las ramas de los arbustos cubrían un socavó de tierra que había cedido a la erosión, dibujando caprichosamente una entrada de camino natural.

Desde allí esperó el encuentro. En aquella ocasión dedicaron más tiempo a su amor prohibido y pernicioso. Karl se removió inquieto en el coche, mirando de tanto en cuanto a todos los lados. No quería salir y acercarse hasta que Sherman no hubiera desaparecido del lugar. Emma solía permanecer algunos minutos dentro de la caseta, y pensaba aprovechar esos momentos para dar muerte al pecado y salvaguardar de todo riesgo la obra.

Por fin Sherman abandonó el lugar cabizbajo y Karl se acercó a la caseta sigiloso. Antes de precipitarse sobre Emma escuchó su gimoteo. No tenía de qué preocuparse, sus pecados serían perdonados en breve por Dios.

Le atacó por detrás y aferró a su boca y nariz un pañuelo impregnado de escopolamina. En los intersticios más recónditos y sucios de internet, y también en algún laboratorio oficial con personal dispuesto a escuchar suculentas ofertas, ofrecían drogas de todo tipo. En cuanto Emma dejó de forcejear la liberó de la presión. La joven le miró todavía con sus mejillas sonrojadas y los ojos llorosos. La muchacha era hermosa, pero el don de su belleza lo empleó perniciosamente.

“!Sherman!” dijo ella confusa por la droga de la voluntad.

“Hija mía, tómate estas pastillas, quédate aquí descansando y no te preocupes por nada”.

Con su voluntad anulada, Emma le hizo caso. Se sentó en el suelo y tomó la combinación fatídica de barbitúricos con un botellín

de agua que Karl le acercó con sus manos enguantadas. Después de tragarlas, Karl acarició su rostro, le retiró sus lágrimas e hizo la señal de la cruz en su frente. La paz narcótica de Emma transmitió una extraña sensación de magnanimidad a Karl, borrando durante unos mágicos instantes la angustia que le venía acompañando.

Abandonó el lugar convenciéndose de que "la causa de la muerte es el pecado", repitiendo interiormente esa frase que ya había hecho suya. Sintiendo que el alma de Emma iba a dejar este mundo limpia, con la señal de la cruz en su cuerpo y como un mártir de su obra.

Condujo temeroso hasta Logroño, sin sobrepasar en ningún momento la velocidad permitida. Al vehículo le quedaban 15 días de seguro que el anterior propietario cedió mientras Karl tramitaba los papeles en la gestoría.

Después de varios intentos, Karl topó con el vendedor que andaba buscando. Como primera premisa consideró que debía comprarlo lejos. Por internet encontró en Madrid a un particular que ofrecía un todoterreno demasiado caro, ni en sus mejores estimaciones podría esperar liquidar sin regateo. Con el dinero total por delante, el tipo no puso muchas pegas a que Karl se comprometiera a hacer el cambio de titularidad en los días siguientes ante un supuesto olvido de su documentación.

Aún con todo en regla, Karl se alegró por no encontrar control policial alguno durante todo su viaje de vuelta de Undués a Logroño. Al llegar a la capital riojana, siguió por la circunvalación sur en dirección al embalse de la Grajera con la idea de arrojar el vehículo al fondo.

Así eliminaba el necesario señuelo que exculpaba a Sherman pero que debía desaparecer para no implicarle a él. Se ocupó de dejarse ver circulando por los alrededores antes del asesinato, y también esperaba que la policía encontrara las huellas de su paso hacia su escondite cerca de la caseta y un bote de pastillas "extraviado" en ese mismo lugar.

El proceso de arrojar el todoterreno al agua le llevó bastante más tiempo del esperado, lo lanzó en marcha en el punto previsto, detrás de una espesa arboleda, pero se atascó a mitad de inmersión, quedando al descubierto la parte trasera.

Se quitó los zapatos, remangó sus vaqueros y empujó

denodadamente hasta que alguna de las ruedas sobrepasó el tope que impedía su descenso. Una vez que lo hubo conseguido, subió andando hasta la arboleda. Echó la vista atrás y mientras unas últimas burbujas rompían la quietud del agua, sintió un mareo y desfalleció.

Su sueño fue una repetición constante del rostro de la chica llorando, que se prolongó en la oscuridad de sus párpados antes de volver a recuperar la consciencia y comprobar que ya era de día.

Se sentía agotado, pero el miedo a que alguien le hubiera descubierto le ayudó a sobreponerse mínimamente. Regresó por el camino del pantano. Sus piernas no le respondían y decidió tomar el autobús de la línea 8 para volver a la pensión y concluir su trágico periplo.

Horas después, arrodillado ante el altar, asumía que si había actuado como procedía o no, ya no tenía remedio. Llevó hasta las últimas consecuencias su plan. Una vez que todo terminó, se enfrentaba a un vacío difícilmente superable, con las fuerzas justas por tantos días de nerviosismo, desasosiego espiritual y falta de alimentación. Necesitaba un voto de confianza de Dios, algo que recompusiera su alma rota en pedazos.

Miró a su alrededor y detuvo la vista a su derecha, sobre el pequeño retablo en cuyo ático se erigía majestuoso Santo Domingo de la Calzada. En la única calle inferior, la Virgen del Pilar, con su manto verde le llamó poderosamente la atención.

Se levantó y se acercó a la imagen. Se frotó los ojos, limpiándolos de lágrimas para mirar detenidamente a la virgen. Repentinamente la cara de la Señora se transfiguró en la de Emma. Representó su misma mirada triste, sus mejillas rosadas, su paz después de una vida entregada al pecado. Karl empezó a agradecer la señal mentando a la Virgen María a voz en grito. La madre de Dios intervenía para apaciguar su espíritu.

Su corazón se disparó, propulsado por una vieja devoción a la virgen que en aquel momento consideró que debía retomar con mayor fervor. Sus años de infancia quedaron marcados por la gran devoción mariana de su pueblo, Altötting, el mayor santuario mariano de Alemania. Ella volvía ahora en su socorro con una majestuosidad que sobrecogió su alma.

Don Francisco le observaba desde el deambulatorio. Le vio llegar

alterado, descompuesto, con la vista huidiza y su cuerpo atenazado por los nervios. Le permitió esos momentos de reflexión que solicitaba, pero se escondió para observarle. Cuando Karl alcanzó una especie de trance y se desplomó en el frío suelo, salió a recogerle y llamó a una ambulancia que lo trasladó al Hospital San Pedro.

CAPÍTULO XVIII

El lunes posterior a la aparición del cadáver de Emma, en poco más de veinticuatro horas, la Policía Judicial y otros miembros de la Guardia Civil ya habían sondeado a mucha gente del pueblo que se prestó a colaborar con diversos testimonios, la mayor parte de ellos poco útiles en el caso. Tan sólo las palabras de Román, un viejo pastor, se pudieron tener en consideración. Había desvelado los encuentros de la chica con un hippie. Para evitar problemas mayores entre los vecinos, se le solicitó que mantuviera en secreto esa información. Ignacio, el alcalde, terminó por confirmarles la identidad del amante como un habitante de la cercana comuna llamado Sherman.

El jefe de la brigada de la policía judicial de Ejea, Guillermo Sueve, barajaba la opción del suicidio tanto como la alternativa del asesinato. Podía haber ingerido una sobredosis motu propio o haber sido drogada. La segunda posibilidad cobraba fuerza al descubrir que entre el cóctel de barbitúricos aparecidos en la analítica se colaron restos de escopolamina, droga que se usaba principalmente para someter la voluntad de las personas. Para más inri, también quedó patente que la chica mantuvo una relación sexual completa antes de consumir el fatídico cóctel.

En cuanto a un posible suicidio, Emma no tenía acceso a tranquilizantes en casa, ni destacaban sus antecedentes conflictivos, en principio. Era una chica bastante normal, introvertida con la familia pero buena estudiante de Económicas y aparentemente sin ningún problema. Una hija bastante buena que, no obstante guardaba escrupulosamente importantes secretos. Ninguna de sus amigas del pueblo sabía que muchas veces se lo montaba con un desconocido en una caseta abandonada. ¿Qué otros secretos podría

preservar?

Omitiendo interpretaciones subjetivas sobre el perfil psicológico de Emma, una sencilla reconstrucción de los hechos determinaba que salió de casa sobre las siete de la tarde. Les dijo a sus padres que quizás volviera tarde. En su parquedad habitual de palabras, ellos sobreentendieron que habría quedado con alguna amiga para apurar el último día de fiestas del pueblo y tal vez bajar después a Sos del Rey Católico hasta la madrugada. Por supuesto les ocultó la verdad, como tantas otras veces habría hecho. Sobre las ocho de la tarde se encontró con Sherman.

Guillermo Sueve, estaba tratando de desmadejar y aclarar los hechos desde ese punto. El primer sospechoso debía ser su amante, Sherman, y con el fin de interrogarle acababa de aparcar frente a la comuna de Undués, después de acceder por una pista forestal a la altura de la rotonda del puerto de Cuatro Caminos.

Le acompañaba en su diligencia Manuel, su sombra en todos los casos que se le planteaban. Un tipo que, como él, sobrepasaba holgadamente la cuarentena. Pese a la coincidencia generacional la sintonía como compañeros rondaba el cero. Aunque desde luego con él se aseguraba un trabajo minucioso.

Cuando bajaron del coche y se aproximaron a la cancela de entrada, desde la cual se extendía un amplio vallado, un joven desaliñado les vio y se acercó para cortarles el paso. Guillermo enseñó su credencial y le explicó que tenía que entrevistar a Sherman. El joven le dijo que esperara mientras iba en su busca.

La espera fue breve, el circunstancial portero pronto regresó con otro individuo mayor que él. Guillermo calculó que se movería en una franja entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. No lo tenía claro, podía ser nacido en su mismo año, pero su apariencia informal, su incipiente barba descuidada y su melena separada de los hombros por una coleta holgada, a buen seguro desmentían su edad.

_¿Es usted Sherman?

_Así es. ¿Cuál es el problema? –Sherman disimulaba su nerviosismo con un amago de prepotencia ante la peculiar situación.

_Mi compañero Manuel y yo tendríamos que hablar con usted en privado. –Guillermo frunció el ceño, completando su rictus ya de

por sí serio, para expresar la completa gravedad de los hechos. Le sobraban razones para coger a ese tipo y llevarlo a interrogar formalmente en la comisaría, pero prefería un primer tanteo oficioso en el que el sospechoso pudiera sentirse más libre para hablar con soltura y, por qué no, equivocarse.

_Pues ustedes dirán. –Sherman posó una mano sobre el hombro de Raúl, le llamó por su nombre, y éste pronto entendió que debía abandonar el lugar.

_Por favor, Manuel… -Guillermo hizo un gesto a su compañero para que entrase en materia. Con su oficial tono neutro pondría en antecedentes a Sherman sobre la muerte de Emma con más rigor que él mismo.

_En la madrugada de ayer se halló el cuerpo sin vida de la joven Emma Bermúdez Franca, en una vieja caseta al noroeste de Undués. Según se nos ha atestiguado, usted mantenía una serie de encuentros con la joven en esta misma ubicación donde ha aparecido muerta. La analítica confirma la actividad sexual antes de su muerte. Queríamos preguntarle…

_¡¡¿Qué?!! –cortó gritando un Sherman que en escasos segundos mutó su gesto soberbio hacia un estado de shock, para terminar gritando. De ser un comportamiento impostado, Guillermo pensaba que era digno del Oscar a la mejor interpretación.

_Usted estuvo con Emma esa tarde en la misma escena del crimen que solía ser su lugar de encuentro –se atrevió a suponer Manuel, intentando dar por hecho puntos muy importantes para el interrogatorio procedente -. Con ello no estamos enjuiciándole, pero sería necesario para todos determinar si estuvo con ella sólo antes de su fallecimiento o si por el contrario estuvo antes y durante.

_Como bien dice mi compañero, no le estamos acusando ahora de nada, pero era precisa nuestra entrevista -Guillermo apostilló la acertada intervención de su compañero-. Además querríamos conocer también sus impresiones sobre Emma. Su muerte pudo ser causada por una sobredosis y no tenemos noticias de que la joven tuviera costumbre de consumir ninguna sustancia de ese tipo - continuó hablando para plantear dos supuestos en la actitud de Sherman: Que realmente estuviera impresionado, o que estuviera fingiendo. Si estaba impresionado, se le estaba informando llanamente sobre el asunto; si estaba fingiendo, le estaban dando a

entender que no les estaba convenciendo en absoluto.

_No, no sé, no puede ser. –Con la voz en un tono más propio para el diálogo que su grito inicial, Sherman trataba de enfrentarse a la luctuosa noticia y a una sombra de culpa que intuía como la espada de Damocles dispuesta a caer sobre cualquier palabra inadecuada que pudiera pronunciar. Si perteneciera a la civilización que un día abandonó pediría un abogado de inmediato, pero en su mundo la palabra abogado fue una de las primeras en tramitar su baja del vocabulario–. Lo mío con Emma es algo increíble, amor libre por completo, ni siquiera aquí en la comuna amamos como ella me ama…, me amaba, y como yo le amaba a ella. Nos escondíamos para amarnos, sí, y esa clandestinidad lo hacía más interesante para ambas partes. No sé quién se dedicaba a espiarnos en esos momentos, pero tal vez sea el mismo que ha acabado con su vida, porque les aseguro que eso es lo último que yo habría hecho.

_Por lo que veo descarta usted completamente que Emma se suicidara –continuó Guillermo recuperando protagonismo para su lado, mientras Manuel observaba a Sherman como el investigador contemplaría su experimento.

_Creo que a las personas se les conoce en las situaciones poco convencionales, fuera de su rutina. Es un planteamiento que tengo muy claro desde que vivo en una comuna, intercambiando impresiones con semejantes que antes vivían bajo un rol defensivo ante una sociedad brutal. Estoy seguro de que Emma en casa no sería muy comunicativa, pasaría desapercibida por cualquier sitio, pero en esos momentos que compartimos de tú a tú, sin máscaras ni convenciones, la conocí perfectamente y toda ella era vida. Nunca lo haría, estoy seguro.

_Según nos han informado, usted tiene pareja estable, ¿Qué pensaba ella de estos encuentros?

Manuel lanzó la pregunta y Guillermo comprobó cómo el móvil siempre intervenía en momentos interesantes, lo sacó de su bolsillo vibrando y miró la pantalla. Era el número del cuartel de la Guardia Civil de Ejea, donde estaba ubicada también su brigada de policía judicial.

_Perdón –se excusó Guillermo mientras Manuel planteaba la posibilidad de una venganza de su pareja por despecho, un crimen pasional. De inmediato Sherman replicaba que su pareja no sabía

nada, además de que siempre acudía a sus encuentros con Emma cuando Catherine se quedaba con los niños.

Cuando estuvo suficientemente lejos de Manuel y Sherman, Guillermo descolgó la llamada.

_¿Capitán? –contestó adelantándose a quien fuera del cuerpo que le llamase.

_Efectivamente, Guillermo, el capitán Jaime Hornos al habla. Deberías poner una línea de predicciones.

_Ha sido mera intuición.

El capitán Hornos y su sargento al cargo de la brigada judicial sólo se dispensaban trato oficial de cara a la galería. Su amistad se había impuesto a su cargo mientras conversaban en privado.

_Bueno, Guillermo, te llamaba porque tenemos importantes novedades acerca del fallecimiento de Emma Bermúdez Franca.

_Dime, dime –comentó Guillermo con suma curiosidad.

_Hemos encontrado marcas de neumático en las inmediaciones del lugar del crimen, amén de un frasco de medicamentos. Se ha considerado que las huellas corresponden a un coche pesado, probablemente un todoterreno, creo que tú mismo me comentaste que algún vecino dijo ver algún vehículo sospechoso de estas características.

_Sí, así es. Varios vecinos pudieron ver uno por los alrededores del pueblo. Un vistoso modelo rojo.

_Pues ya ves, ahí tenemos pistas fundamentales. Por desgracia el bote de pastillas no contiene ningún tipo de rastro. Eso sí, en la zona donde previsiblemente se ocultaba el vehículo mientras espiaba a los amantes, además de las marcas de los neumáticos, se han localizado pisadas de zapatos idénticas a otras vistas en la caseta. Empiezo a ver algo más claro lo del “voyeur asesino”.

Guillermo detectó en las últimas palabras del capitán de la Guardia Civil un tono a sobrenombre ya dado al posible criminal en cuestión. En el cuartel acabarían denominando el caso de ese modo, como una forma de trivializar esa habitual consternación de quien le toca convivir con distintos tipos de desalmados.

_Sin duda la cosa se enreda. Creo que podría tener que ver con alguna faceta oculta de Emma, me da que la chica tenía una doble vida. En fin, ya veremos. Por aquí ahora mismo estamos tomando una primera declaración a Sherman. Nos hemos acercado a la

comuna y nos ha contado su versión de manera muy convincente, sea la verdad o sea un invento. En ningún momento ha negado que estuviera con ella poco antes. Visto lo visto, yo pondría una uña en el fuego a que no tiene nada que ver con todo esto.

_Cada vez apuestas más bajo, Guillermo. Bueno, no me extraña, con esta calaña que nos toca vivir no se puede jugar uno la mano entera. Bueno, llámame en cuanto lleguéis a Ejea y te pongo al día de todo.

_De acuerdo, así lo haré, Capitán.

Guillermo se despidió, guardó su móvil y volvió al lugar donde Manuel seguía escuchando a un locuaz Sherman. Achacó su descuidada verborrea a su más que previsible inocencia, a la vez que manifestaba su desasosiego por el fallecimiento de su amante.

_Está bien, Sherman, por ahora es suficiente, agradecemos su colaboración en este desagradable asunto. Tan sólo necesitaríamos que nos aportara su DNI y su nombre real para incluirle en el expediente.

_Mi dni era… -Sherman se quedó pensativo un buen rato hasta que recordó cómo lo recitaba hacía años- cincuenta y cinco millones trescientos veintiún mil doscientos veinticinco. Perdón, hace mucho tiempo que no lo usaba. Mi nombre es José Ramón Grau Garriga.

_¡¿No tiene ningún tipo de documentación?¡ –apuntó Manuel desconcertado.

_Me caducaría hace años, supongo.

_Se enfrenta usted a una sanción administrativa. Podríamos conducirle ahora mismo a la jefatura para…

_¿Lo de Sherman por qué viene? –cortó de repente Guillermo a su compañero.

_Era un viejo mote juvenil que decidí recuperar para mi nueva vida aquí. En menor o mayor medida todos los que convivimos en la comuna nos hemos reinventado en ese sentido. Sólo un nombre, nada más.

_De acuerdo, Sherman. Si recuerda cualquier cosa que pudiera considerar relevante acerca de Emma o algo reseñable de su encuentro de ayer, le rogaría que nos localizara por medio de Ignacio.

Guillermo dio media vuelta arrastrando consigo a Manuel. Ambos se dirigieron a su coche. Una vez dentro, Manuel no pudo

reprimir su consternación por el hecho de que Guillermo zanjara el interrogatorio tan ligeramente.

_No te preocupes, Manuel, tenemos restos de su adn extraídos de la víctima como para trazar su árbol genealógico hasta su tatarabuelo. No conviene entorpecer la investigación, y menos con algo tan superfluo como carecer de documentación –Guillermo trató de ser convincente con su compañero-. Este tipo lleva aquí media vida, ha creado su familia aquí y no va a desaparecer de buenas a primeras. Ni tiene medios para fugarse ni le interesa hacerlo.

_Puede que estés jugando con fuego al actuar tan displicentemente –continuó mostrando su disconformidad Manuel–. Sabes que no se trata sólo de su dni. Este tipo es sospechoso de asesinato.

_Por eso mismo, en este momento, con un posible asesinato de por medio, abrir un jodido expediente administrativo y llevar a Sherman a la comisaría no lo considero conveniente. No ahora, Manuel. Podría despertarse alguna fobia irreparable en el pueblo. Hay que conceder un beneficio de la duda –Guillermo arrancó el coche.

_Insisto, Guillermo, hay que ser muy escrupuloso ante una situación como ésta.

_Mira, Manuel –el coche comenzó su marcha por la pista forestal hacia el puerto de Cuatro Caminos-, pondría… hasta mi mano en el fuego por este tipo. Acabo de hablar con el Capitán de la Guardia Civil, han encontrado importantes pruebas que desvían completamente el foco hacia alguien fuera de esta comuna. Tenemos que empezar a buscar por todo el puto país un todoterreno rojo.

CAPÍTULO XIX

Cuando Karl abrió los ojos reconoció de inmediato la típica habitación de hospital. Lo que no logró averiguar en un primer momento era qué es lo que hacía allí. Al menos ese despertar había sido más tranquilo que en las últimas fechas, no más pesadillas ni inquietudes. La paz regresaba con la intervención de una virgen protectora.

Empezó a recordar su desfallecimiento al comprobar como la Virgen se transformaba en Emma, liberada del pecado de este mundo y reconciliada con Dios como María Magdalena.

Después de su caída, alguien se ocuparía de llevarle al hospital. Ahora, con la aquiescencia de la Señora, todo iba a encauzarse debidamente. Por fin no estaba sólo en la obra. La madre de Dios le miró, lloró con él y le transmitió el apoyo que todo creyente necesita para reemprender día a día el camino correcto.

Se incorporó, todavía sintió un leve mareo al sentarse a los pies de su cama. Miró más allá de la ventana de la habitación. Al fondo, el León Dormido, emblemático monte frontera entre La Rioja y Álava, recibía los primeros rayos del día. Karl abrió la ventana y escuchó el lejano rumor de la ciudad de Logroño.

Despertó completamente con una intensa inspiración de oxígeno del exterior. Comenzó a repasar sus actos después de rescatar a Emma del pecado. Con el optimismo de saberse reafirmado por la intervención divina, confiaba ciegamente en que todo habría salido bien. Ahora podía volver a centrarse en la obra. Sherman habría escarmentado y todo volvería a su necesario cauce.

Confiaba en que lo ocurrido no hubiera perturbado la cotidianeidad de Homero y Chakir. Los imaginó en sus clases de lengua, matemáticas, historia o inglés. Para impartir esta última

materia, el mismo admitió la incorporación de Hans Maurer dentro de los colaboradores necesarios en la formación de los chicos. Su compatriota no vivía en la comuna, pero desde el primer momento en que Sherman le dijo que se había acercado para ofrecerse a ayudar con los niños, Karl no se opuso. Sabía quién era, un famoso periodista de su país. Trabajaba en la RTL, y su retiro en Undués lo vio como una oportunidad para que su obra tuviera su justa repercusión por el mundo.

Todas las circunstancias se iban encadenando precisamente hacia el éxito de la obra. Su optimismo estaba justificado, Dios no dejaba nada al albur y tras los momentos más negros que le impuso como penitencia, siempre halló un resquicio de esperanza que albergaba el amparo divino.

Karl empezó a rezar un padrenuestro a pecho henchido, mimetizando su alma con el espacio abierto que se extendía desde su ventana. Se sintió en comunión con lo que le rodeaba, parte y suma de todo, desde un pequeño árbol más allá del vallado del hospital hasta el cosmos lejano donde El Creador esperaba de él que culminara el destino del mundo.

Su estado se prolongó durante varios padrenuestros, hasta el punto de que al abrir los ojos de nuevo, imaginó ser San Virila, podían haber pasado trescientos años y él habría alcanzado la misma santidad que el procurador del anuncio de Dios.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo su boca dibujó una sonrisa, donde terminó brotando una risa de satisfacción que atajó pronto. Si alguien entraba pensaría que estaba completamente loco. Nada más lejos de su completa lucidez.

Se acercó al armario, descolgó su ropa y se cambió. No tenía porqué estar perdiendo el tiempo allí. Al salir de su habitación, ubicada justo frente al mostrador, una rolliza enfermera de mediana edad reclamó su atención.

_¡Señor… - revisó sus anotaciones- Maurer! ¿Qué hace?

_No se preocupe, ya me encuentro bien –se acercó y extrajo su tarjeta sanitaria europea-. ¿Cuánto tiempo he pasado aquí inconsciente?

_Le ingresamos el domingo por la noche y ha estado reposando todo el lunes, hasta esta mañana del martes. Por lo de sus datos, descuide. Cuando le trajo el sacerdote nos facilitó su

documentación. Pero no puede usted salir, no ha recibido el alta.

_Mire, les agradezco el trato recibido, pero seguro que mi cama la puede usar otra persona que esté enferma de verdad, yo sólo sufrí un mareo. –Karl habló con una incipiente inquietud, había perdido un día entero.

_Pues tendrá que firmar el alta voluntaria. Aquí mismo la tiene. –La mujer, con gesto serio plantó el documento y un bolígrafo. Karl firmó, retomó su reciente sonrisa y prosiguió su camino.

En cuanto llegó a casa, abrió su ordenador portátil y buscó por Internet información sobre Undués. A buen seguro que la noticia de la desaparición de Emma o el descubrimiento de su cuerpo inerte, habría abierto un importante hilo de noticias en los buscadores.

Diversos periódicos digitales aragoneses y de los alrededores recogían el suceso. Las primeras noticias del día siguiente, domingo, hablaban de ingesta abusiva de medicamentos. El lunes ya empezaba a abrirse paso la versión de que la policía buscaba a un sospechoso que conducía un todoterreno que circuló el sábado por los alrededores del pueblo. Se extendía la idea de que alguien hubiera forzado a la joven E. B. F. para que tomara aquella mezcla fatal.

Después de leer varios artículos, Karl decidió llamar a Ignacio, el alcalde de Undués. Cambió su papel por el de Carlos, el filántropo arrendador.

_Buenos días, Ignacio. Acabo de leer por Internet… ¡¿Qué barbaridad ha ocurrido?! –fingió su consternación.

_Hola, Carlos. Ya ves, estamos todos hundidos. ¿Te acabas de enterar? ¿No has hablado con Sherman ni con nadie más?

_No, no me gusta molestar a los de la comuna, sólo quiero que vivan en paz. –Karl tembló ante la posibilidad de que algo hubiera afectado a Sherman y sobre todo, a sus hijos.

_La chica que ha muerto era la amante de Sherman –prosiguió Ignacio-. Recuerdas que te comenté hace tiempo que se estaba liando con una chica del pueblo ¿no?

_Sí, algo me dijiste ¡Dios mío! Pero Sherman es incapaz de hacerle daño a nadie. He leído por Internet que tienen a algún otro sospechoso, no pudo ser él.

_Sí, tranquilo. Parece que han desechado la opción de Sherman, le han debido interrogar porque todo ocurrió después de un

encuentro entre los dos amantes. Román y yo mismo pusimos en antecedentes a la policía de estos encuentros. Estábamos en nuestro deber.

_Natural, hicisteis lo adecuado. Mejor que las cosas estén claras desde el principio, sin ambages.

_Me gustaría comentarte una cosa, Carlos.

_Sí, claro, Ignacio.

_Siempre he dado por hecho que Sherman es tu hijo. No veo otro motivo para que hayas querido apoyar el proyecto de la comuna tan generosamente desde el principio. Tal vez sea el momento de que hablemos claro. Yo, como alcalde, entendí que el alquiler de las tierras para la comuna suponían un ingreso extraordinario que no podría rechazar, pero tal vez sea el momento para reconsiderar todo, seguro que podrías retomar el proyecto en otro sitio. Temo por la paz de mi pueblo.

Karl tembló ante la absurda reducción de su obra a un mero contrato de arrendamiento, donde la parte más insignificante insinuaba estar buscando la rescisión unilateral.

_¡Por Dios, Ignacio! No creo que sea justo. Habrá que buscar con determinación a quien haya cometido tan aberrante asesinato, pero no podemos hacer pagar a justos por pecadores. Toda esa gente de la comuna vive en paz y armonía en un ejemplo de micro sociedad autosuficiente. Tú y yo pactamos un aprovechamiento mutuo, con más riesgo por mi parte, aunque poco a poco todo evoluciona muy favorablemente.

No se trata de que Sherman sea mi hijo o no, es mucho más que eso, quiero demostrar que otra forma de organización es posible, que la convivencia entre iguales puede ser más beneficiosa que nuestra sociedad estratificada. Es un proyecto antropológico de primer nivel y considero que gran parte del éxito es ese entorno fantástico que les hemos facilitado. No soy un filántropo porque sí, Ignacio, tengo un interés a largo plazo. Espero que dentro de unos años Undués sea conocido como una experiencia pionera, un referente mundial que demuestre que la paz puede llegar a ser algo más que un slogan.

Sé que lo que te estoy diciendo suena grandilocuente, trasnochado como un ideal de los años sesenta. La diferencia es que yo tengo los medios y la voluntad para conseguirlo. - Karl se dirigió

hasta la ventana de su pensión frente a la Concatedral de Logroño. El silencio se hizo entre su interlocutor y él.

_Está bien, Carlos. No dudo de lo que dices, y lo cierto es que cuando me acerco a tu gente, demuestran que conviven con esa justicia y paz que nos faltaría a nosotros muchas veces, pero temo que alguien quiera tomar represalias. Ya sabes que desde fuera la gente siempre se muestra reticente a lo diferente, y pudiera ser que surgiera algún problema.

_Ojalá que todo acabe pronto. Esa chica pudo moverse en círculos peligrosos y pagar las consecuencias. Seguro que la Virgen la ha acogido en su regazo. ¿Sabes, Ignacio?, hagamos lo que hagamos la Virgen siempre nos protege, e intercede ante Dios por nuestro perdón.

_Seguro, Carlos. Pero yo soy más terrenal. Si por mí fuera, cuando cojan al asesino lo ajusticiaría en la plaza y colgaría su cabeza en una picota.

CAPÍTULO XX

A mediodía del martes los niños de la comuna con edad para estar escolarizados, redactaban en silencio sus respectivos textos en inglés o sus primeros cuadernos de caligrafía, según las edades. En verano continuaban unas clases de refuerzo que algunos profesores voluntarios se ofrecían a impartir un par de días a la semana.

Desde la tarima, Hans Maurer les observaba, no dudó en ofrecerse como uno de los primeros "voluntarios para seguir torturando a los chicos también en verano", tal como lo definió. Nunca se hubiera imaginado trabajando de docente voluntario, si algunos de sus compañeros en la RTL le vieran ahora, no le reconocerían.

De los ocho niños, con edades entre cinco y once años, Hans tenía que disimular su clara preferencia por dos de ellos. Aparentemente trataba igual a Iker, Raquel, Fabiola, Adrián, Sandra, Nico, Homero y Chakir. Pero estudiaba con mucha precisión la evolución de esos dos últimos.

El primer día que llegó, preguntó a todos sus nombres y también dónde habían nacido. Cuando Homero y Chakir, ambos respectivamente, contestaron que en Undués, Hans les sonrió con emoción. Uno de ellos, sin saberlo, tenía un don, había sido anunciado por un santo como alguien importante. Nada más y nada menos que "quien daría testimonio del mundo" según recordaba perfectamente del vaticinio de San Virila.

Aquel martes, mirando a los chicos volvió a pensar en esas palabras, ¿De qué daría testimonio ese niño cuando fuera un hombre? ¿Testimonio de la humanidad ante el fin del mundo? ¿Testimoniaría como un nuevo profeta enviado por Dios? ¿Qué gran obra sería la suya?

Hans desearía haber estudiado psicología, pedagogía…, lo que quiera que hiciera falta para detectar cual de los dos jovencitos hermanos poseía un don. Si iba a dar testimonio del mundo, se suponía que tendría que despuntar desde pequeño en algo. A no ser que su don lo adquiriera por ciencia infusa tras un encuentro trascendental.

Después de tres meses observándoles no podría decir que Homero o Chakir tuvieran un coeficiente intelectual por encima de los demás. Sólo en algunos momentos, quizás más movido por una sugestión propia, se ilusionó con algún comentario brillante de Homero, aunque nunca a colación del proceso de formación en sí.

Hans recurrió al manido argumento de que Einstein, Edison o incluso Da Vinci pudieron ser malos estudiantes en su momento. Sólo el tiempo de este mundo en el que ya estaba inscrita la voluntad de Dios determinaría cómo habría de suceder lo que San Virila anunció.

Como contraste del destino glorioso que le esperaba a uno de esos dos chicos, Hans recordó a Emma, la joven fallecida hacía ya tres días. La versión definitiva era que alguien le había seguido con un todoterreno y la policía andaba tras nuevas pistas frenéticamente. Más allá del vallado de esa comunidad, el mundo estaba plagado de casos como ese. Sin embargo de puertas hacia dentro en la comuna de Undués, parecía que nadie se había enterado de los sucesos y los días transcurrían dentro de la normalidad.

_¿Cómo lo lleváis, chicos? –susurró en voz baja a los más pequeños que se agrupaban a su izquierda, en un rincón, buscando crear varios espacios donde personalizar las enseñanzas.

_Bien –comentó Iker, el más renacuajo, sin levantar la vista de su papel-. Lo bueno de aquellos niños era que no conocían sofisticados entretenimientos que les hicieran pensar que escribir en un papel era una tontería. A diferencia de los chavales en el exterior, en todo lo que hacían ponían su mejor empeño.

Desde la ventana al lado de los peques, escuchó el ruido de una inoportuna motosierra y se asomó a ver qué ocurría.

_Perdón, Hans -Catherine pronto se dio cuenta de la molestia que estaba creando-. Es sólo un momento, me hace falta cortar este tronco y con lo que pesa no podía llevarlo a otro sitio.

_Puedo ayudarte. Los niños están ocupados con sus deberes.

_No, no, por favor. No te molestes.

_No es molestia. Ahora mismo salgo.

Hans encontró la excusa perfecta para hablar con la madre de Homero y Chakir. Siempre se mostraba esquiva, lejana, sumida en sus pensamientos. Su instinto de periodista se despertó ante alguien que seguro tenía una importante historia que extraer. Le interesaba sumamente siendo la madre de los elegidos. Ordenó a los chicos que siguieran con su trabajo y salió del aula, anduvo apresurado por el pasillo recibidor hasta la entrada y se presentó ante ella en pocos segundos.

Le ayudó a trasladar algunos troncos, subiéndolos inicialmente en una carretilla. Catherine tenía una fuerza poco habitual para una mujer. La costumbre del trabajo con la madera desarrolló sus músculos como los de un fornido leñador.

Llegados al lado este de la gran casa, donde se divisaban las cercanas huertas y al camino de acceso a la comuna al sur, ambos pensaron que ya se encontraban lo suficientemente alejados.

_Te has buscado un oficio duro, Catherine.

_¡Qué va! Cualquier trabajo allí fuera es más duro que esto. Aquí lo hago por recreo, sin presión.

Catherine sonrió mientras se atenazaba una fuerte coleta para iniciar la labor que se había fijado. Hans intuía que rondaba los cuarenta, de buen gusto hubiera preguntado para salir de dudas.

_Bueno, no te lo puedo negar. Ya sabes que yo también he renunciado a ese otro estilo de vida.

_Si te digo la verdad, Hans, me extrañó que un tipo como tú, que según dicen perteneces a una élite social, hayas querido parar aquí.

_Si yo también te soy sincero, veo que este trabajo te realiza, pero detecto que no estás del todo satisfecha aquí. –Hans quiso rectificar rápidamente su intromisión en una parcela tan personal-. No por nada, es sólo que me gusta observar a la gente, tal vez sea prejuzgar, pero bueno, he sido periodista –abrió sus brazos al fin en señal de buena voluntad.

Catherine disimuló su risa velada bajo una espiración. Le hizo gracia la rectificación de Hans. Se había entrometido hasta el terreno más fangoso de un jardín, sin apenas conocerla y después

argumentó una excusa. No se enfadó con él, consideró que tal vez también ella había sido indiscreta en su juicio sobre su estatus.

De repente, unos gritos les distrajeron de su conversación. Alguien corría sendero arriba en dirección a la casa. Tras el desconocido, un habitante de la comuna trataba de alcanzarle.

El peculiar vocero se aproximó más a ellos. Parecía un hombre mayor, y portaba algo en su mano derecha. Cuando el individuo se acercó más, Hans identificó a Blas, el padre de la difunta Emma. Coincidía con él por las calles de Undués e intercambiaban sin problema un cordial saludo. El momento no tenía nada que ver, principalmente porque en su mano ostentaba una escopeta.

Sin pensarlo dos veces, Hans salió a su encuentro antes de que llegara a las inmediaciones de la casa y a los niños. Catherine corrió tras él. Cuando se cruzaron en el camino, Blas levantó con brazos tembloroso su escopeta y apuntó a Hans.

_¡Déjame pasar! ¡Voy a matar a ese malnacido! ¡¿Quién es ese Sherman?! –farfullo el padre desesperado. Desde su incipiente calva descendían por todo su rostro gotas de sudor. Sus ojos estaban circundados por unas profundas ojeras. Parecía haber escapado en un arrebato de locura. Caminaba en zapatillas de casa, pantalón corto y una vieja camisa abierta hasta mitad de su torso. Si el momento no fuera tan trágico, hubiera despertado hilaridad.

_No vas a matar a nadie, Blas –comenzó Hans a tratar de dialogar firmemente con él, sacando fuerzas remotas para enfrentarse a alguien armado–. Todo sentimos lo que ha pasado, pero aquí no vas a encontrar al culpable. Tampoco encontrarás tu justicia con un arma.

_¡Ha tenido que ser él! –gritó, moviendo su arma amenazador -. Ese maldito estaba con ella cuando ocurrió.

_No te confundas, Blas –continuó Hans, descubriendo en las palabras del padre de Emma detalles que no conocía sobre el momento del asesinato. La situación se complicaba estando Catherine presente–. La policía tiene pistas muy concretas que acusan a otra persona de allí fuera. No querrías llevarte por delante a un inocente ¿verdad? Por Dios, entiendo completamente tu rabia, pero estas en un error. No te dejes manejar por la confusión. ¡Por favor, Blas!

_No puedo quitármelo de la cabeza –empezó a lloriquear Blas–.

Desde que el forense y la policía me confirmaron que mi hija mantuvo relaciones sexuales con ese tío antes de que la mataran... Afirman que fueron completamente consentidas, que alguien les había visto en otras ocasiones.

Hans no sabía nada de eso. Miró por unos instantes a Catherine. La mujer permanecía inmóvil, sólo su coleta oscilaba levemente con el viento. No asomaba ningún sentimiento en su hierática presencia, ensombrecida extrañamente en medio del brillante día. El gesto estirado de su cara y su tez amarillenta componían un óleo de El Greco, rescatado del museo de sus más lúgubres sentimientos.

_Debes dejar de martirizarte con eso. No puedes desviar el odio al asesino hacia otra persona que nada tiene que ver. –Desconcertado por los argumentos de Blas, a Hans se le hizo más difícil seguir calmándole, pero el momento precisaba una constante interacción. Se acercó a Blas y éste acabó bajando su escopeta y apuntó al suelo. Actuaba bajo la más profunda impotencia. La lástima condujo a Hans más y más cerca de él, apartando cualquier tipo de miedo–. No puedes caer en la desesperación. Seguro que desde el cielo algún ángel llora por verte así.

En esos momentos, con el corazón abrasado por las fuertes emociones, Hans extrajo ese lado religioso que venía floreciendo cada día con más fuerza. En ese momento humano y tan profundamente trágico también encontró a Dios.

Blas flaqueó y se dejó caer sobre sus rodillas llorando, Hans se arrodilló a su altura y le abrazó. Catherine observa la escena sin concebir que fuera real. Seguía tratando de asumir la nueva y compleja realidad. Sherman le había sido infiel, tenía una relación con una amante ahora muerta. No entendía nada. El amor que ocupaba su sangre se estaba condensando y transformando en petróleo que intoxicaba sus células.

La otra persona que participaba de la escena como un convidado de piedra, Diego, el joven que intentó cerrar el paso a Blas, se giró al escuchar nuevos pasos y voces. Por el camino se aproximaba más gente. Había dejado la portezuela abierta y la comuna parecía un coladero para extraños.

Guillermo Sueve avanzó hasta el lugar. Hans se dio cuenta y enseguida recordó al policía que le interrogó el domingo, como a la mayoría de habitantes de Undués.

_Buenos días. En cuanto me he enterado de que Blas se había marchado de casa he venido corriendo hacia aquí. Me alegro de que no haya pasado nada.

Blas se separó de Hans, se puso de nuevo en pie y dirigiendo su vista a Guillermo le habló con voz grave.

_¿Lo han encontrado?

_Seguimos en ello. No pararemos hasta que lo hagamos, señor Bermúdez. -Guillermo condujo a Blas por el sendero hacia la salida mientras levantaba la mano como despedida a los presentes.

Aprovechando que todo había concluido, Hans se centró en Catherine. Seguía con su mirada vacía y su preocupante quietud, un estado taxidérmico que anticipaba una tormenta de emociones.

_¡Catherine! ¿Estás bien? –Se acercó a ella y le puso la mano sobre el hombro.

_ Sí –contestó secamente–. Muchas gracias por saber manejar la situación. Voy a seguir trabajando. –Catherine se giró y Hans no imaginó argumentos con los que consolar a una mujer víctima del adulterio de su pareja. Para más INRI la amante acababa de fallecer y las gratuitas sospechas apuntaban a Sherman. Con algo tan complejo nunca le tocó enfrentarse.

CAPÍTULO XXI

Como cada martes, Raúl Alcazar se desplazaba hasta Undués para pasar consulta a los vecinos. En su faceta de médico generalista tenía que atender desde resfriados comunes y gastroenteritis, hasta enfermedades crónicas de los mayores del lugar. Realizaba su trabajo con esmero, intentado aportar esas dosis de placebo que un médico suministraba con la seguridad y el influjo de su bata blanca.

Aquella mañana esperaba que llegara la última de sus consultas con especial interés, ya no sólo profesional. Tenía una gran curiosidad en el caso de Ariadna y su embarazo oculto.

Por eso encontró más pesada que nunca a su penúltima paciente. Aún habiéndose levantado de la silla para invitarla a hacer lo propio, doña Marcela continuaba sentada y hablando con la vista perdida en la nebulosa de sus cataratas. Poco le importaba estar dirigiendo su mirada a nadie al otro lado de la mesa. Continuaba comparando la misteriosa muerte de la joven Emma, la pasada madrugada del domingo, con un luctuoso episodio de la Guerra Civil. Según decía, alguna joven también falleció de manera violenta durante esos tiempos duros. Sólo la memoria de Doña Marcela podía encontrar remotas similitudes.

En otras ocasiones Raúl escuchaba de manera condescendiente, algunos episodios de historia viva que Marcela recordaba con frescura. Nada de anécdotas repetitivas; esa mujer sorprendía cada día con un nuevo capítulo de su novela histórica. Pero en esos momentos no quería perder tiempo en atender a Ariadna.

El doctor escuchó pasos en el pasillo y supuso que Ariadna ya estaba esperando al último turno de visitas, el que con tanta insistencia solicitaba para mayor intimidad. Además, en esta

ocasión, Raúl le reservaba una sorpresa y no quería esperar más en recibirla.

_¡Doña Marcela! –Raúl levantó tanto la voz que la pobre abuela dio un respingo.

_¡Leñe!, ¿Qué pasa? –miró hacia donde provenía la voz de su médico.

_Perdón, he levantado la voz demasiado. –Raúl se acercó a la puerta tras la mujer–. Hoy no puedo atenderle más tiempo. Pase la próxima semana a la hora de siempre.

La abuela se levantó apoyándose en su bastón mientras murmuraba palabras ininteligibles. El propio Raúl le ayudó a salir y comprobó que Ariadna le esperaba en pie de espaldas a la puerta.

_Tenga cuidado, no vuelva a mezclar las pastillas. Recuerde que la alargada es después de comer y la redonda por la noche. –Raúl hablaba a Doña Marcela mientras sonreía a Ariadna, que ya se había girado a contemplar la escena.

Con un amable gesto de su mano, Raúl invitó a entrar a Ariadna. Ella así lo hizo, aunque se mantuvo en pie y en silencio frente a la mesa, con espacio para dejar entrar al doctor.

_Veo que sigues empeñada en ocultar tu embarazo. -El médico la miró de arriba abajo en cuanto hubo cerrado la puerta.

_Tiene que ser así, doctor. Nadie puede saberlo.

Raúl permitió un corto espacio de tiempo para meditar mientras tomaba su sitio al otro lado de la mesa.

_Por favor, Ariadna, siéntate. Tengo que ser muy claro contigo. Yo soy un médico de cabecera, no puedes ampararte únicamente en mí para controlar tu embarazo. Menos aún con esa decisión que has tomado de ocultarlo a toda costa. Tendrías que hacerte unas pruebas periódicas, visitar a un ginecólogo con medios específicos para controlar que todo vaya bien.

_No, doctor. Le ruego una vez más que no insista. He confiado en usted como médico, pero no va a conseguir que me mueva de aquí a ningún sitio.

_Te lo recomiendo por tu bien. La analítica ofrece datos óptimos, pero yo no soy especialista en estos temas. He consultado con algún compañero…

_¡No! –levantó la voz Ariadna–, por favor. Le he dicho muchas veces que no quiero que nadie sepa de mi situación, apelo a su

discreción –Ariadna evitó una expresión que más bien hubiera apelado al deber de mantener el secreto profesional-. Usted me da la tranquilidad necesaria, con eso me basta y me sobra.

En otra situación, Raúl se habría negado a seguir atendiendo a alguien que renegaba de sus recomendaciones perceptivas, pero en la mirada de esa chica descubría su creencia de que él era su único apoyo.

_Está bien, Ariadna. Te voy a ser completamente franco. No sé porqué ni cómo he llegado a este extremo de querer ayudarte sin que tú correspondas a mis dictados como profesional. Pero para llegar a este punto de confidencialidad, me gustaría conocer si el motivo de tus recelos justifica que yo sobrepase mis funciones.

_¿Le parece que si hubiera sufrido violencia de género podría ser motivo para que me ayudara? –Ariadna quiso mostrar templanza, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y sus labios temblaron al terminar de lanzar su pregunta. Ante el gesto estupefacto y el silencio del médico, Ariadna continuó hablando con su voz ahogada-. Me humillaba constantemente, llegó a pegarme en alguna ocasión. Una mañana, mientras él dormía después de haberse marchado toda la noche de juerga, hice la maleta y salí de allí para siempre. Desde entonces, hasta hoy. Esa es mi verdad.

_Deberías denunciarlo. Yo mismo estoy en mi deber como ciudadano de denunciar tu historia.

_Si lo hicieras, diría que todo es mentira. No confío en que la policía arregle mi situación, ni quiero justicia, sólo quiero olvidarlo todo. Si Dios ha querido que de esa historia nazca mi hijo, lo aceptaré así.

Ariadna se secó las lágrimas con las palmas de sus manos, lentamente, como bajando un oscuro telón de recuerdos ante sus ojos.

_De algo tan horroroso puede nacer una nueva vida. Es una maravilla. No sé por qué, pero tomé la decisión de escapar cuando sentí algo en mi interior, me levanté de la cama e hice una pequeña maleta. Una fuerza interior me sacó de allí. Después de todo lo que había aguantado, fue como si hubiera entendido que algo estaba germinando en mí y que debía protegerlo. No sé…

_Eres una joven increíblemente valiente, Ariadna –Raúl rompió su emoción en una sincera alabanza-, y además emprendedora. En

el poco tiempo que llevas en el pueblo te has hecho con todos los negocios posibles. Llevas el bar, una especie de agencia inmobiliaria y el hostal de peregrinos. Pero tu embarazo ya es cosa seria, son más de seis meses y deberás ir anteponiendo tu reposo.

_No se preocupe, doctor –sonrió por fin Ariadna, con el contraste mágico de la pujante risa en un rostro recién visitado por la tristeza–. Me cuidaré.

_Está bien. Confío en ti. Mi única duda es saber quién te ayudará en el traslado cuando te pongas de parto.

_No te preocupes. Tengo todo controlado –aseguró Ariadna sin haberse siquiera planteado ese extremo.

_Entonces has compartido con alguien más tu secreto.

_Si, alguien me ayudará. –Mientras mentía descaradamente, Ariadna consideró que la única persona a la que le revelaría su secreto sería a Hans Maurer. Descartó a Federico, no le daba el pálpito de ser la persona adecuada para ello.

Raúl apoyó sus dos manos sobre la mesa, inclino su tronco y dio un giro inesperado a la conversación.

_Pues ahora tengo una sorpresa para ti, Ariadna. He traído un ecógrafo portátil. Al menos querrás saber el sexo de tu criatura

El rubor traicionó a Ariadna. La sorpresa le superó.

_Pasa a la camilla, lo tengo allí preparado. Me lo ha dejado un compañero.

Ariadna le siguió, muda repentinamente por la expectación.

_¿Tú qué crees que es? –inquirió Raúl mientras preparaba el aparato, según las instrucciones recibidas y conforme Ariadna se tumbaba liberando su vientre del escondite de su ropa.

_Me da que va a ser niña.

Raúl posó el transductor en su vientre y empezó a moverlo. Al poco rato emitió su dictamen.

_¡Creo que has acertado!

CAPÍTULO XXII

Catherine tuvo que esperar hasta bien entrada la madrugada para llevar a cabo su plan. Una noche más Sherman se movía inquieto en la cama, hasta que Catherine pudo ver desde su ventana el lucero del alba despertando al Este. Ahora ya sabía que a Sherman le robaba el sueño su mala conciencia, plagada de ideas de infidelidad y seguramente también de tristeza por la muerte de su amada.

Ella disimuló su enfado durante todo el día. Incluso calmó a Sherman cuando él se enteró de que el padre de la chica fallecida había venido a visitarle con intención de descerrajarle varios tiros. Le costó fingir esa mera fachada. Desde que se enteró de su reiterada infidelidad, pensó en actuar en consecuencia. Su agravio se colmaba con una macabra interferencia, la sensación de profanación de una amante muerta.

En el tiempo que llevaba en la comuna, le tocó ver comportamientos libertinos entre algunos compañeros, quienes se solazaban con formas de amor pasajero para después enfrentarse algunos de ellos al arrepentimiento. Ella jamás pensó actuar así, y esperaba lo mismo de Sherman.

Pese a no cobijar la idea del amor compartido, podría haber perdonado un desliz puntual, forzada por su amor incondicional. Pero aquello era peor, Sherman lo hizo repetidamente. Para colmo, esa otra mujer en la que enfocar su odio por usurparle a su hombre, había fallecido en trágicas circunstancias. No podía odiarla, su rencor se dispersaba, buscando un punto donde volver a centralizarse.

La policía no detuvo a Sherman, y Catherine no dudaba que no tenía nada que ver, pero en su fuero interno padecía un

incomprensible e insoportable hedor, el del amor corrompiéndose en odio intenso. En lo más hondo de su ser, sobre el muro del subconsciente con la razón se estaba esculpiendo un lema: “Sherman: traidor y asesino”.

Salió del dormitorio amortiguando sus pasos, se dirigió a la habitación de los niños y despertó a Homero y Chakir. Pidiéndoles silencio, como si fuera un juego, los condujo fuera de la casa.

Se había preocupado de que la vieja furgoneta de la comunidad quedara aparcada bastante lejos para despertar el menor ruido posible al arrancarla. Dentro de ésta había guardado ropa para los chicos y para ella misma.

Su plan sólo alcanzaba hasta ese punto. La única idea clara era escapar. Sin embargo el proceso de huída quedaba colgado en el limbo de la irracionalidad, al albur de sus intensas y siniestras emociones.

Desaparecer con lo que único que tenía, sus dos hijos. Abrió la cancela, encendió el motor y salió de la comuna. Los niños habían vuelto a sucumbir al sueño, acurrucados en la parte trasera de la furgoneta. Su inocencia conmovió a su madre, que sintió un vacío repentino en su estómago, una fría sensación de irresponsabilidad. Barajó la posibilidad de que estuviera actuando como represalia momentánea, con la esperanza de que sólo se tratara de que Sherman asumiera la inmoralidad de sus actos. Tal vez así el odio volviera a disolverse en amor hacia ese hombre con el que había emprendido su nueva vida. La duda se despertó nada más empezar a conducir en dirección a ninguna parte, demasiado pronto.

Cuando salía del camino se detuvo para ajustar el asiento. Diego o Raúl, los chicos de la comuna que solían utilizarla, le pasaban una cabeza y notó que no llegaba bien a los pedales. Los más jóvenes conservaban su carné de conducir, como un vestigio de su pertenencia a “la sociedad dominante” como solían nombrar entre ellos al mundo de puertas hacia afuera.

Al recordar que ella no tenía documentación en vigor, sintió temor, pero no se planteó otra cosa que no fuera continuar. Avanzó hacia Undués. Sobre el asfalto la furgoneta circulaba más mansamente sin el bacheado del camino, aunque el viejo motor sonaba como una auténtica locomotora.

Llegó a la rotonda de entrada al pueblo sin encontrarse con un

alma y continuó por inercia hacia Sos de Rey Católico. No se encontraba en plenas facultades para llevar un volante, pero al menos sus pensamientos parecían ir ordenándose ligeramente, como si ejercer el control sobre el vehículo trasladara dosis de control a su mente.

Al dejar atrás Sos, empezaba a despuntar ligeramente el alba. Homero y Chakir seguían inmersos en sus sueños infantiles, al contrario que su madre, que empezaba a sentir sus manos humedecidas por el sudor ante una incipiente inquietud. Salió de la comuna atravesando pequeños pueblos, pero no sabía si podría enfrentarse a una gran ciudad. Por un lado le apetecía perderse entre nueva gente, pero sus últimos recuerdos de una ciudad se movían entre sensaciones de angustia y soledad.

El tiempo pasaba rápido, como los paisajes que iban dejando atrás. El ruido constante del vehículo amortiguaba su turbación. Después de atravesar Sádaba y ascender el pequeño puerto, el horizonte se estiró en una gran planicie. Catherine respiró hondo, queriendo captar el aire de todo ese inmenso espacio abierto donde grandes espacios de cultivo se extendían hasta el punto donde se perdía la vista.

Cuando llegaban a Ejea el sol pujaba con fuerza por nacer desde su eterno seno al este. La suave claridad del amanecer avivó en Catherine una fuerte descarga de mala conciencia. Se aferró al volante y redujo su velocidad para meterse en el pueblo.

Dejando a su izquierda una elegante iglesia con dos torres y una curiosa tribuna exterior, continuó a lo largo de lo que parecía una arteria principal de la localidad. Los primeros transeúntes se dirigían a sus quehaceres diarios con ritmo apaciguado, privilegio de los lugares que todavía no sucumbían al frenesí de las grandes ciudades.

Se detuvo en un semáforo frente a lo que parecía ser el Ayuntamiento, un sobrio edificio, remozado desde un origen no muy lejano en el tiempo. A su derecha una amplia calle con mediana ajardinada se prolongaba hacia el sur.

El pitido de un conductor a su espalda le trajo de vuelta a su realidad. Vivió los últimos segundos en un estado de simple contemplación. Un estado de abstracción que le resultó sumamente agradable. También Chakir regresó a la realidad desde sus sueños.

Se asomó a la ventanilla y divisó el pueblo mientras su madre volvía a conducir siguiendo la misma calle hacia el oeste.

_¿Dónde estamos, mamá?

_Buenos días, cariño. Estamos en Ejea. ¿Qué te parece? – Catherine se esforzó por aparentar normalidad.

Chakir, boquiabierto ante lo que suponía su primer acercamiento con la civilización, exclamó:

_¡Me gusta mucho este lugar!

CAPÍTULO XXIII

Federico acompañó a Damián en cada uno de sus protocolarios saludos y en las consecutivas fugaces conversaciones. Le fascinaba la desenvoltura de su amigo, el gran Gobernador de los Rotarios en España. Actuaba con diplomática maestría, distribuyendo equitativamente su tiempo entre toda la concurrencia. Le favorecía su imagen de lord, su imponente estatura que aún a su edad llevaba con rectitud de pasarela, y su cabello negro adornado por mechones canosos en sus sienes. Todo en su genética se confabulaba para forjar en él las mimbres de un triunfador moderno.

Se encontraban disfrutando de un ágape final en el hotel Carlton de Logroño. El motivo había sido dar la bienvenida al club a un próspero empresario del que Federico ya había olvidado su nombre. El Distrito 2201 del club de Rotarios se enorgullecía de su nuevo miembro e invitó a la cúpula de la organización a tal evento.

Después de que Damián estrechara las últimas manos, y deseara al nuevo y rico miembro que se encontrara a gusto en tan distinguida organización humanista, los dos viejos amigos salieron del hotel.

_Bueno, amigo Damián. ¿Tendrás un euro con el que invitarme a un café? Después de hacerme venir hasta aquí… –Federico miró burlescamente a Damián.

_Pero hombre, un jubilado y rentista como tú. No deberías dejar que te invitaran nunca. Eres la envidia de la menguante clase media de este país.

Federico no llegó a interpretar la posible dosis de ironía de Damián. Eso era algo que realmente le fastidiaba, nunca podría igualar su manera de encontrar replicas inmediatas, más o menos afortunadas, a cualquier argumento.

Al girarse ambos en dirección a una cafetería situada en los mismos bajos del hotel, Federico chocó con un individuo que caminaba despistado. Pidió perdón, pero aquel tipo de unos cincuenta años le miró fijamente y prosiguió su camino sin pronunciar palabra.

_¡Qué gente tan desagradable!

_Tal vez no te haya entendido, parecía un guiri. Bueno, siempre encontrarás maleducados. –Damián pasó su brazo sobre los hombros de Federico empujándole hacia la cafetería–. Por cierto, hablando de maleducados, ¿Sabes que el alcalde de Madrid está dejando patas arriba tu jardín?

_Bueno, no importa. Creo que me va tocando desprenderme de "mi Parque del Retiro". A mis años me quedo con Undués. Demasiado tiempo respirando aire limpio. Ahora la polución de Madrid me sentaría como al mosquito el insecticida.

Mientras charlaban se aproximaron a la barra. La camarera se dirigió a ellos desde la otra punta, desplegando su sonrisa juvenil. Conforme se acercó, su rostro fue adquiriendo madurez, hasta el punto de que cuando se dispuso a servirles había alcanzado los taitantos.

_¿Qué quieres, Federico? –inquirió Damián.

_Una manzanilla –el interpelado dirigió su contestación a la camarera.

_Para mí será un cortado –completó el pedido el primer portavoz.

_Bueno, amigo. ¿Qué te ha parecido nuestro nuevo miembro del club?

_¿De verdad quieres que te conteste? –Federico miró intensamente a Damián. Después de mucho tiempo de debatir el asunto de las nuevas incorporaciones, ya debía suponer cuál era su opinión al respecto-. Pues la verdad es que no me gusta nada la deriva que está tomando el Club de Rotarios. No sé si serán directrices externas o qué, pero la vieja guardia no estamos para nada de acuerdo con esta facilidad en el acceso a nuevos miembros. No vale con una mera propuesta de otro socio, debería tramitarse una selección más… pues eso más selectiva, un proselitismo a la vieja usanza, con méritos de por medio.

_Antes me has demostrado que podrías abrirte a grandes

cambios. Ya no quieres tu Madrid, ahora te quedas con un pequeño pueblo en el prepirineo. No entiendo que no asumas las nuevas necesidades del club.

El cortado y la infusión llegaron a su zona de influencia sin que apenas se dieran cuenta. El aroma del café despertó una suerte de hipnosis en Damián, quien sacudió el sobre del azúcar, lo vertió sobre el cortado y tomó un primer sorbo. Inmediatamente se desplazaron desde la barra a una tranquila mesa con vistas a la Gran Vía.

_Necesidades creadas, Damián. Hemos sucumbido al consumismo barato del 3 por 2. ¡Una agrupación que ha heredado gran parte de la sabiduría mundial!. ¡Vamos! Me parece increíble.

_No son creadas, Fede, son necesidades necesarias. –Damián acortó el nombre de su compañero atajando el camino de una conversación enconada, y tratando de dirigirla hacia la camaradería-. Tenemos a mucha gente que depende de nosotros, que trabaja para nosotros. Además hemos desarrollado una obra social muy interesante. Somos gente altruista. Nos congraciamos con la sociedad colaborando en su mejora.

No es que hayamos cambiado nuestros principios. Hemos aprendido a hacerlos sostenibles dentro de cualquier entorno. Es un mecanismo preventivo de supervivencia. Debemos mimetizarnos con el entorno, como los camaleones.

_Dinero, amigo. Nos estamos dejando llevar por un único afán crematístico. –Federico apretó el saquito de la infusión contra la jarra y una vez apurado sirvió en su vaso-. ¿Qué pensarían miembros emblemáticos como Edison, Kennedy, Thomas Mann?

_Eso es, Federico. ¿Qué pensarían todos ellos de ti y de mí? –utilizó su misma argumentación Damián-. Nosotros no somos grandes personalidades. No destacamos universalmente en ninguna faceta…

_Nosotros somos los herederos directos de aquellos primeros hombres que supieron acopiar y preservar la verdad de la Historia. Somos “rotarios de sangre”. No puedo creer lo que me estás diciendo.

_Sin esta savia nueva que estamos incorporando, nuestra infraestructura y nuestros proyectos no podrían avanzar. Mismamente el descubrimiento del secreto Undués se convertirá en

algo muy importante, un acontecimiento de primera magnitud, y tú estarás al frente. Pero no cierres lo ojos, el soporte económico es de ellos, los nuevos.

Lo mismo ocurre con otros frentes abiertos. Seguimos estudiando otros grandes misterios, analizando documentación, desplazando a compañeros por medio mundo. No todo se encuentra tan a mano como Undués. También tenemos la Fundación, donde concedemos becas, colaboramos con universidades y…

_¡Por favor, Damián! Ya sé de nuestra extensa función social. Tal vez no debiéramos ser tan espléndidos para centrarnos en nuestra labor esencial de redescubrir el mundo.

_¿Sabes, Fede? Me gustaría que me entendieras. Como tú bien dices, de alguna forma somos rotarios de sangre, la primera generación que atesora la herencia más completa de la humanidad. Nuestros padres pudieron conformar ese patrimonio inestimable porque disponían de una más que cómoda posición social que les permitía actuar. Gracias a eso ostentamos verdades inconfesables como herederos directos de los Templarios. Por eso hoy tenemos que seguir buscando esa posición de poder que sólo las grandes fortunas pueden aportarnos. - Los dos amigos quedaron en silencio por unos segundos.

_Le he seguido –retomó la palabra Federico bajando su voz hasta lo inaudible.

_¿Cómo? –Damián se desabrochó la americana e inclinó su cuerpo sobre la mesa en dirección a Federico. Siguió la pauta del tono confidencial de su amigo pero sin entender de qué estaba hablando.

_He seguido a Hans Maurer. Ahora se dedica a dar clases en la comuna hippie.

_Yo mandé que investigaran a ese tipo. –Damián se alegró de que se centraran en el tema de Undués sin más controversias-. En Alemania es un personaje muy conocido y reconocido en su labor. La verdad es que pese a ser un personaje público la normalidad es la nota predominante de su vida. Tiene un hermano, Gilbert Maurer, y nunca se ha casado. Su historial académico es óptimo, con alguna pequeña sombra durante su paso por la Universidad de Munich. El único aspecto mínimamente curioso es que su madre es española. Fue una de las niñas de la guerra que tuvo que salir de

España en el 37. Ella tuvo suerte y se casó con un empresario bastante rico.

_Pues igual por ahí podíamos encontrar su vínculo con Undués. Su madre española…, tal vez debiéramos indagar más en ella.

_No sé, puede ser. Lo comentaré para que busquen datos sobre ella. De todas formas, Federico, tuvimos en mayor consideración tu comentario sobre lo que hablaba durante sus sueños. Eran muy sugerentes aquellas frases que dijo el alemán cuando llegó a Undués. ¿Cómo era?...

_Sí –Federico levantó su vista al techo del local para hacer memoria-. Exactamente dijo en sueños: "por fin en Undués", "el sueño de San Virila", "el cuarto personaje ha de nacer en Undués".

_Exacto. Pues como ya sabes se investigó, y ahora ya te puedo decir que hemos topado con algo interesante –Damián se dispuso a sorprender a su viejo amigo Fede-. En principio la idea de dar valor a las frases de un sueño tenía que sopesarse con su debida mesura. Primeramente investigamos la vida y obra de San Virila. Todo lo que pudimos averiguar se reducía a una vieja leyenda, un milagro por el cual el santo se durmió y viajó trescientos años en el tiempo. No tenemos más documentación.

_Entonces, a parte de un santo con poderes para viajar en el tiempo, ¿de dónde sacas lo interesante del asunto? –bromeó Federico.

_Como te digo, en San Virila llegamos a un punto muerto. Puede que signifique algo, pero ya sabes que con la iglesia no encontraríamos colaboración en nuestras investigaciones, las rencillas históricas son insuperables. Pero el mensaje de "el cuarto personaje" cuajó en uno de nuestros investigadores. Nos sorprendió con un descubrimiento peculiar vinculando las tres frases que comentó Hans en su sueño.

"Por fin en Undués" denotaba un deseo del propio Hans. En cuanto a: "El sueño de San Virila" entendió que iba vinculado directamente con: "el cuarto personaje ha de nacer en Undués".

El sueño del santo podía entenderse como una especie de profecía que anunciaba el nacimiento de alguien relevante, un cuarto personaje precedido evidentemente por otros tres, todos ellos relacionados en algún tipo de excelencia por la que son anunciados por Dios.

_Sí, claro, hasta allí yo también había acertado a deducir.

_Claro, Fede, no lo dudo, pero ¿cuál es la relación entre los tres personajes anteriores y el cuarto que habría de venir? Después de considerar planteamientos históricos y religiosos sobre el porqué en Undués, nuestro investigador encontró una opción muy sugerente que vinculaba todo, la coincidencia geográfica.

_¿Cuál es esa coincidencia geográfica? –preguntó Federico abstraído por completo de todo lo que no fuera las palabras de Damián.

_Undués es un punto cercano a Sos del Rey Católico, Petilla de Aragón y Javier. Sorprendentemente, esas pequeñas poblaciones cercanas son lugares donde nacieron grandes personajes históricos. La probabilidad de esta coincidencia es disparatadamente inusual.

En Sos nació Fernando el Católico, bajo cuyo auspicio se descubrió el nuevo mundo; en Petilla ocurrió lo propio con Ramón y Cajal, padre de la neurociencia; y por último en el castillo de Javier nació San Francisco Javier, el más importante misionero evangelizador de la Iglesia Católica.

Federico no parpadeó durante un buen rato. Él conocía a esos tres personajes, especialmente a San Francisco Javier, de quién se decía que estudió de niño en su propia casa de Undués. Sabía que el gran santo y los otros dos habían nacido cerca de Undués, pero no le había dado por asociar la coincidencia geográfica con las palabras de Hans.

_Fede, tal vez los niños de los hippies sean nacidos allí. En tal caso, Hans tendría un importante motivo para acercarse a la comuna, nada más y nada menos que su cuarto personaje. Puede que hayamos desvelado ya el significado de la casilla 12 del juego de la Oca. El mensaje de los Templarios se nos transmitió encriptado para asegurar que no cayera en las manos indebidas. Hans lo ha obtenido de otra fuente mucho más clara que tendrás que averiguar sea como sea, Federico. –Damián extrajo de su bolsillo una pequeña bolsa que ofreció a su amigo-. Llévate estos micros espía y trata de ponerlos en su casa o en cualquier lugar cercano a él.

_De acuerdo, intentaré ponerlos en su casa, aunque no sale nunca del pueblo. No será fácil.

_Tendrás que conseguirlo, la organización necesita la fuente.

Tiene que ser algún documento histórico de primer orden. Y en cuanto a lo de los niños de la comuna ¿qué sabes?

_Cuando yo llegué los niños ya estaban. No sabemos si nacieron allí o no. –Fue todo lo que se atrevió a comentar un Federico mutado a una completa palidez. No le gustó que Damián, o quién fuera en el club, dedujera más de lo que él abarcaba desde su privilegiada posición en la propia casilla 12-. Yo pensé más bien que Hans esperaba a que alguien naciera. De ese modo, la casilla 12 o el segundo puente como transición a algo superior, según la interpretación del juego de la Oca de nuestros Templarios, significaría la llegada de un personaje relevante. Una especie de Cristo moderno. Desde 1968 no nace nadie en Undués. Sólo habría que esperar…

_Muy bien, Fede. La interpretación apunta a eso. Pero insisto en que ese personaje puede que ya haya nacido. Tenemos que averiguar más sobre los hijos de los hippies. Si son nacidos en Undués explicaría perfectamente el comportamiento supuestamente altruista de Hans Maurer, ayudando en la formación de los niños. Es lo que buscabas, Fede, un cauce claro de investigación.

Federico asintió con el regusto del fracaso saturando sus emociones. Estaba enfadado consigo mismo y trataba de disimular su ira. Por eso, cuando a alguien se le cayó un vaso, en la mesa a su espalda, se giró con el estómago en un puño. El tipo parecía haberse despistado por una llamada al móvil y había tirado el vidrio al suelo.

Mientras abandonaba precipitadamente el local, Federico comprobó que era la misma persona con la que chocó al salir del hotel.

CAPÍTULO XXIV

Karl salió corriendo del bar. El móvil que usaba como Carlos sonó en el momento menos oportuno del mundo. Hacía unos minutos, había tenido un encontronazo con una cara conocida en plena calle. Le costó milésimas de segundo asociar esa cara con la de Federico Ledesma, nada más y nada menos. Karl nunca olvidaba una cara y no creía en las coincidencias.

Recordó perfectamente cómo hacía años investigó a este vecino de Undués llegado de la nada. Sospechó de él en cuanto Ignacio le habló de su traslado al pueblo y aunque investigó sobre su persona, sólo supo que era un profesor de periodismo jubilado, articulista ocasional y con varios trabajos publicados sobre la evolución de los medios informativos. Lo tenía bastante olvidado porque había pasado mucho tiempo sin suponer problema alguno. Lo cierto es que Karl al principio se mostraba receloso con cualquier movimiento en el pueblo, pero al final supo sobrellevarlo.

Ahora ya sabía que Federico Ledesma no era un mero jubilado de vuelta a las raíces del pueblo. Se había colocado en una mesa a su espalda y mientras discutía con su acompañante pudo escuchar que ambos pertenecían a un club rotario y que estaban en Undués por un misterio especial que ellos habían descubierto. Se le puso la piel de gallina y trató de prestar mayor atención, pero tras la discusión sus palabras descendieron de volumen.

Le aturdió considerar que una organización tan importante como los Rotarios manejara un secreto sobre Undués. Tendría que averiguarlo como fuera. Su falta de experiencia como espía derivó en un fallo supino. Se acompañó de un móvil con el que poder despertar la atención de los espiados. Y un móvil siempre sonaba en un momento comprometido, de igual forma que la tostada cae

siempre del lado de la mantequilla. De cualquier forma Dios le llevó hasta allí para ponerle en alerta ante posibles intrusos en la obra.

Cuando hubo andado rápidamente varios metros, hasta desviarse por la calle Vara de Rey cogió el teléfono. Como siempre al otro lado le esperaba Ignacio, el alcalde de Undués, el único que conocía ese número.

_Dime, Ignacio –contestó con desgana Karl, sintiéndose importunado en la importante escucha de Federico Ledesma y su amigo. Se había quedado con las ganas de conocer más acerca de su secreto sobre Undués. Tal vez con más tiempo hubiera podido escuchar algo más conciso.

_¡Carlos! Hay novedades poco agradables en la comuna. La mujer de tu hijo Sherman se ha debido escapar, y se ha llevado a sus chicos con ella.

Karl apenas dio importancia a que una vez más Ignacio diera por hecho que Sherman era su hijo. De nuevo la obra peligraba.

_¿Cómo?

_Lo que oyes. Me ha venido a buscar un chico de la comuna, el que suele bajar al pueblo para hacer alguna compra básica. Lo enviaba Sherman. He subido y me lo ha contado. No tiene la menor idea de dónde ha podido escaparse con sus hijos. Me ha dicho que te lo dijera.

_Esa maldita mujer –Karl manifestó abiertamente su animadversión hacia Catherine mientras deambulaba sin orientar sus pasos a ningún sitio concreto. Había atravesado un paso de cebra y volvía a la Gran Vía después de la rotonda.

_Todos en la comuna andan como locos buscándola, aunque temen que se haya marchado lejos, porque debió salir con la vieja furgoneta.

Karl centró su pensamiento en los niños. Si sufrían el menor percance estaba dispuesto a cualquier cosa con esa malnacida de Catherine. Menos mal que la virgen los protegería, nada le sucedería al elegido. Aunque le inquietó pensar que si Dios dejaba el destino en manos del libre albedrío humano, como ya ocurrió con Jesucristo, las posibilidades se multiplicaban.

_No te preocupes, Ignacio –habló Karl, una vez más disimulando su enojo-. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para localizarla.

_Seguro que tiene algo que ver con la muerte de Emma. Se

habrá enterado de que era la amante de Sherman y se habrá puesto nerviosa. No sé, tal vez sepa algo, tal vez esta fuga sea una acusación velada hacia él.

_Ignacio, por favor, ya sabes que la policía tiene otras pistas muy claras que disipan cualquier duda sobre la culpabilidad de Sherman.

_Eso dicen. –Ignacio consideró su error garrafal, estaba poniendo en entredicho a Sherman en una conversación con su propio padre-. Perdona, Carlos, todo esto me saca de quicio, pero ¿no crees que tu proyecto de la comuna no marcha tan bien? Se amontonan los inconvenientes.

_Catherine sólo está un poco desorientada, asustada con lo que ha pasado con la pobre chica fallecida. Confía, Ignacio. La encontraré, veré qué es lo que ha pasado y lo solucionaré todo. Dame un poco de tiempo, no des parte de la desaparición a nadie. Yo sé dónde puede estar. Lo arreglaré todo.

_Mira, Carlos, como alcalde no llevo nada bien que estén sucediendo tantas cosas. Este es un lugar tranquilo. Espero que todo se arregle, si no me encargaré de que la comuna desaparezca. –Ignacio habló con firmeza, más de la que nunca había detectado Karl en las diversas conversaciones mantenidas.

_No te preocupes, me hago cargo para que todo esto se arregle de inmediato.

_Por favor, te lo ruego. Si veo que la cosa empeora, pondré al corriente de la desaparición a la policía. Adiós.

Karl querría haber seguido hablando para intentar tranquilizar al alcalde, pero éste colgó sin darle pie ni tan siquiera para despedirse.

Devolvió el móvil a su bolsillo. Trató de pensar en una salida a un nuevo dilema, pero su mente se cerraba en una madeja completamente enredada. De repente, un fuerte dolor de cabeza detuvo en seco el caminar errante de Karl. Se sentó en un banco frente al instituto Sagasta, se agachó y frotó la palma de sus manos sobre las sienes. Entre el masaje y la sombra de un castaño cercano liberó la presión, acumulada por el calor y la creciente tensión.

Una vez más la obra sufría un contratiempo importante ¿Adónde se habría fugado esa desagradecida? Desde el principió pensó que ella iba a ser problemática, pero no hasta esos extremos.

“¿Qué le costaba comulgar con las cosas que escapaban a su entendimiento?”

En la vida diaria ocurría en todo momento, la gente asumía un precio por su libertad. Pero tuvo la mala suerte de encontrarse con una rebelde. Desde que se conocieron ella siempre quiso saber toda la verdad. ¿Por qué estaba él allí? ¿Por qué les ayudaba?

“Sí, Catherine, hay una realidad que desconoces, por la que se te ofreció un paraíso que ahora repudias. Estás siendo perniciosa para la gran obra, concebiste en tu seno al elegido y ahora pretendes escapar con él de ese paraíso.

De nuevo Eva y el pecado, la mujer y su tendencia a colmar en la tentación sus indomables ansias de conocimiento y experiencia. La mujer considera que Dios puede estar jugando a los dados, y busca la cara que se oculta contra el tapete para conocer otros destinos posibles. Tal vez si yo no hubiera prolongado los valores de los viejos votos seglares, por voluntad propia, podría descubrir qué más sorpresas reservan esas criaturas de Dios”.

No se consideraba misógino. La mera idea le puso la piel de gallina al recordar la cara de Emma cuando acudía a los brazos del Señor. Negó con su cabeza, todavía sostenida entre un suave masaje de sus dedos. No tenía nada contra las mujeres. Todo lo contrario, para Karl, que también se rebeló contra la Iglesia cuando sólo era un novicio, suponía un reconocimiento de plena igualdad.

De hecho, la obra en sí suponía un acto de rebeldía que se gestó en 1979, cuando encontró los manuscritos de San Virila durante el traslado de bienes de la Catedral de Pamplona al Monasterio de Leyre. De vez en cuando todavía se indignaba pensando en que su descubrimiento del importante legado del santo fuera menospreciado por los representantes de la Iglesia. No pudo con eso y actuó por su cuenta.

El problema es que ahora no convenía encontrarse con nadie que tuviera su misma obstinación. Catherine se había convertido en un peligro constante, un auténtico quebradero de cabeza, se rebelaba sin entender que contravenía los designios de Dios.

Se puso en pie. Tenía que ser fuerte. Miró al cielo entre las hojas alargadas del Castaño. Cuando bajó la vista descubrió frente a él a unos estudiantes desaliñados que le miraban y se reían desde un banco cercano. Con su comportamiento excéntrico interpretaba un

sainete para un público improvisado.

No estaba sobreactuando. La desesperación le rondaba a cada momento. Se dirigió a la pensión pensando en buscar las llaves del coche, para ir a recogerlo a su plaza de aparcamiento subterráneo de la Plaza del Espolón, y salir volando en busca de Catherine. Confiaba en arreglar todo cuanto antes. Después se ocuparía de indagar más a fondo sobre Federico Ledesma, el rotario.

CAPÍTULO XXV

Aquel miércoles Hans disfrutaba de un plácido día libre en casa. Le fascinaba lo fácil que había adoptado la sensación del propio hogar en esa vivienda de alquiler. La conocida casa de muñecas distaba mucho de su apartamento en Munich, pero su nueva y cómoda forma de cotidianeidad se imponía a sus recuerdos. Seguramente si volviera a la que siempre fue su ciudad la encontraría ajena, y su apartamento, con todas las comodidades del mundo, se convertiría en una fría suite de hotel.

Se había levantado temprano, sentado en su escritorio con vistas al monte preparó su clase del día siguiente con la ayuda de su ordenador portátil. Una vez más creía poder sorprender a los chicos con unos juegos didácticos que había consultando en algún portal.

Cada vez conllevaba más esfuerzo encontrar cosas nuevas, pero daba gusto ver a los chavales disfrutar cada jueves con sus juegos. Estaba seguro que cualquier otro niño occidental no valoraría en absoluto unas fórmulas de aprender para ellos rudimentarias. Sin embargo aquellos niños de la comuna le recordaban a su infancia, donde todo tenía más valor.

Pasaban las doce cuando hubo terminado. Salió a la calle, donde se respiraba el ambiente tranquilo de cada día. Pero cualquier habitante del lugar sabía que dentro de esa tranquilidad perduraban los posos del miedo y la desconfianza por la muerte de Emma. Hans estaba seguro de que él ya habría entrado dentro de las cábalas más sospechosas de algunos lugareños.

Cruzó la plaza Padre Pardo tratando de borrar esa idea que le cortó por un instante la respiración. Decidió pasarse por el bar para tomar algo y charlar un rato con Ariadna.

Desde su bolsillo, la sintonía de su viejo noticiario sonó como

aviso de una nueva llamada. Lo sacó y comprobó que era Fremont. Para preservar la intimidad de la conversación, inducido por recientes sensaciones de desconfianza, volvió sobre sus pasos en dirección a casa.

_Buenas tardes, Padre Fremont.

_Buona Sera, Hans.

_¿Ahora te ha dado por hablar italiano?

_Tendré que refrescar la memoria. Mañana mismo salgo hacia Roma.

_¡No me digas! ¿Qué se te ha perdido por ahí? –preguntó Hans mientras abría la puerta de su casa y encendía la luz del sombrío zaguán.

_Debo contarte algo.

_Soy todo oídos –apuntó Hans frunciendo el ceño y tomando asiento en una cadiera aragonesa, en el lado opuesto donde nacía la escalera hacia la segunda planta.

_Hace ya unos meses tuve una llamada muy importante. Nada menos que Adolf Bergmann, el secretario del Papa. Casualmente justo después de nuestra entrevista en televisión.

_¿Te llamaron desde el Vaticano casualmente justo después de nuestra entrevista? –parafraseó Hans lo que acababa de escuchar-. ¿Quieres decir que Benedicto XVI veía mi programa?

_No sé si el Papa sería uno de tus televidentes asiduos. Lo que es seguro es que su camarilla está al tanto de cualquier mínima actualidad que incumba a la Iglesia. Yo soy una pequeña parte de eso. Aunque tal vez también tuviera que ver que entrevistaras a un compañero infantil de Benedicto XVI.

_ ¡Claro! –adivinó Hans–. El Papa era de Marktl, a pocos kilómetros de tu parroquia en Altötting.

_¡Qué pronto atas cabos, Hans! La cuestión es que al interesarse por mí se desempolvó el expediente con la petición de estudio de los vaticinios de San Virila que Karl descubrió y lo han retomado con bastante interés. El suficiente como para prepararme una audiencia en cuanto han encontrado un hueco.

Hans se quedó en silencio. No imaginaba qué repercusiones podría tener que la Iglesia interfiriera en el asunto. Hasta donde tenía entendido, cuando actuaba lo hacía con el estruendo social de una manada de elefantes en una cristalería.

_Te has quedado de piedra, ¡eh, Hans!

_Bueno, estaba pensando si te pagarán las dietas del viaje –desvió completamente su comentario de lo que realmente estaba meditando. Tenía que madurar la idea para semejante nuevo planteamiento de la situación.

_Volaré en primera clase, me pondrán un hotel de cinco estrellas y dicen que tendré a mi disposición a alguien que me acompañará como guía si me apetece hacer turismo por la ciudad.

_Aprovecha todo lo que puedas, Padre Fremont. Es lo menos que te deben después de tantos años de dedicación.

_No tomé los hábitos esperando cobrar facturas. Todo esto me ilusiona por su fin último. Me siento más tranquilo ahora que la Iglesia ha reconsiderado a San Virila. Aunque me fastidia que se haya retomado por haber salido yo en televisión… Por cierto, Hans, entenderás que tendré que hablarles de ti.

_Preferiría que no lo hicieras, pero entiendo que te debas a la verdad.

_¿Qué tal va todo por ahí? ¿Han encontrado ya al asesino de la pobre chica?

_Que yo sepa no. Desde el principio la policía ha estado un poco desorientada. Buscaban culpables por cualquier sitio. Incluso vinieron a tantearme a casa.

_Perdona, Hans, vuelve a sonar el teléfono fijo. Estoy muy reclamado. Hablamos.

_De acuerdo, ¡ya me mantendrás informado! –levantó la voz Hans intuyendo a Fremont apartando su teléfono móvil de su oreja.

Cuando sonaron los pitidos que cortaron la conversación, Hans se quedó pensativo. Con la vista perdida sobre el muro de piedra, deslizó repetidamente su móvil bajo su barbilla. No quiso profundizar más en las noticias de Fremont, prefería proseguir con su intención primera de visitar a Ariadna y tomar un vermut.

Regresó a la calle imaginándose a Fremont avanzando por algún largo pasillo del Vaticano en dirección al despacho del Papa, flanqueado por gigantescos ventanales; sobre un chirriante y brillante suelo de mármol; bajo un techo colmado de frescos de Miguel Ángel. Para él tenía que suponer encontrarse con un ídolo, lo mismo que a él le pasaría si se encontrara con Enrique Bunbury.

La comparación le resultó graciosa; su imaginación se prestó

rápidamente a esbozar un híbrido de Benedicto XVI tocado con sombrero de cowboy en lugar de su habitual tiara.

La sonrisa se le borró en cuanto vio de lejos a Ariadna. Se encontraba ante la puerta del bar. La llamó por su nombre mientras se acercó acelerando el paso.

Ella levantó la vista, apartó un mechón de pelo y continuó abriendo la puerta. En cuanto las bisagras sonaron al desplazarse, su perra Luna salió como un rayo sin un destino claro.

_¿Has dejado a la perra encerrada en el bar?

_Esta Luna es muy guerrera –señaló Ariadna a su perra que se subía a las piernas de ambos alternativamente-. Últimamente no me apetece mucho tener que aguantarla desde primera hora de la mañana.

_Ya, pero si ha estado encerrada hasta estas horas, sin dar un paseo siquiera, no me extraña que se comporte así.

Ariadna miró a Hans haciendo patente su enojo por lo que consideró una intromisión. En cuanto descubrió el gesto amistoso del alemán rebajó la intensidad de su mirada y se alegró de no haberle soltado algún comentario improcedente motivado por una hipersensibilidad creciente.

Él no tenía la culpa de nada. Incluso le ayudó su aparición en la escena del pueblo. Poco a poco había descubierto en Hans a una rara avis como ella, y eso le provocaba una peculiar atracción, peligrosamente indefinible.

Como muchos otros en el pueblo, no pudo entender qué hacía un importante y elegante periodista alemán perdido en Undués. Su teoría al respecto lo enmarcaba en un pasado oculto como el suyo, un secreto inconfesable, una necesidad de apartarse de algo.

Los dos se encontraban en parecida situación, pero ella empezaba a sentir pujante la necesidad de abrirse un poco, si no, podía estallar como una olla exprés. Hacía un tiempo, Federico podría haber sido la persona escogida como confesor. Ahora, sin duda, Hans había tomado ventaja. Era bastante más joven y le transmitía esa especial empatía.

_Perdona, Hans. Entre unas cosas y otras no tengo mis mejores días. Me acuerdo mucho de la pobre Emma. Pero bueno, pasa y tómate algo.

_Gracias, Ariadna. Esa era mi intención, tomar algo y charlar

con una amiga.

En cuanto entraron, Ariadna le pidió que le echara una mano levantando la persiana y abriendo la ventana de la planta superior. El día anterior no abrió y se respiraba un ambiente cargado, en parte por las horas que Luna habría pasado encerrada allí.

Ella abrió también las ventanas del salón contiguo a la recepción y recogió la prensa amontonada a un lado de la puerta de entrada, bajo la rendija del correo. Cuando hubo terminado, Hans ya se encontraba sentado en una banqueta con sus brazos apoyados en la barra.

_¿Qué quieres beber, Hans?

_Pensaba tomar un vermut completito…

_Hoy no he preparado nada de comer, pero tengo algunas conservas por ahí, berberechos, navajas, lo que quieras que sea abrir y servir. Últimamente no tengo tiempo para nada.

_Yo te puedo regalar algo de mi tiempo. Todavía podría apañarme con un par de horas más de trabajo. He ejercido de periodista en primera línea y eso venía a ser unas veintiséis horas de trabajo al día.

_Te lo agradezco, Hans, pero no te preocupes. Tengo que recomponerme como sea.

_Si quieres, al menos puedo cuidar de Luna. Hasta que recompongas lo que tengas que recomponer.

_Buen trabalenguas –rió Ariadna.

_No está nada mal para un alemán ¿verdad? –siguió la corriente Hans.

_Cierto. Lo has hecho muy bien.

_Pero ahora en serio, Ariadna. Entiendo que estés afectada por lo de Emma, pero, ¿te ocurre algo a ti personalmente? –Hans encontró aquellos instantes distendidos como el momento idóneo para preguntar sobre lo que turbaba a Ariadna. Se había mostrado reservado ante la evidencia de que a la chica le estaba pasando algo, pero ya que parecía estar dándole pie a conocerlo, no se anduvo con rodeos.

_Estoy embarazada.

_¡¿Cómo?! -se sorprendió Hans con una respuesta tan concisa como la propia pregunta. Con esa única frase “estoy embarazada” adivinó muchas cosas. Una joven que había huido en ese estado se

encontraría angustiada, acorralada por una situación incómoda con su pareja, tal vez abandonada o maltratada. Su propia familia no le ofrecería amparo, sus padres habrían muerto o se juntó con el chico bajo el descontento de los progenitores y ahora no se atrevía a volver. Sin embargo supo que plantear ese tipo de dudas reabrirían la herida e intervino más llanamente-. ¿De cuánto tiempo?

_Ya son seis meses.

_¿Y no debería notarse? Necesitarás ayuda ¿no? Supongo que estarás yendo al médico… -miraba sorprendido a Ariadna que no rehuía sus preguntas, todo lo contrario, parecía sentirse liberada de una gran carga, su cara se relajó y sus ojos volvieron a brillar como hacía mucho tiempo que no lo hacían.

_Tranquilo, Hans. Por supuesto que estoy yendo a un médico. No se nota mucho mi estado porque voy disimulándolo como puedo.

_Entonces… ¿Nadie más lo sabe?

Ariadna negó con la cabeza.Hans hubiera continuado con la batería de preguntas. Querría saber quién era el padre, y muchas más cosas. Pero después del primer arranque de interrogatorio supo detenerse en el momento exacto en el que intuía el punto crítico de la confesión. Demasiado como primera sesión.

_Cuenta conmigo, Ariadna. Cuidaré de tu perra y puedo ayudarte también con el bar. Nunca he estado detrás de una barra, pero ahora se acaba el verano y los clientes van desapareciendo. Habrá menos trabajo. No puedes rechazar mi ayuda.

_No sé, Hans. Los vecinos pensarán cosas raras si te ven a ti inmiscuido en mis asuntos.

_Tú y yo estamos continuamente en el disparadero de la gente del pueblo. Desde que llegamos aquí. ¿Vas a preocuparte ahora por el qué dirán? Realmente nunca nos ha importado, y ahora es justo lo menos importante.

Hans no se reconocía. Dejaba de lado su instinto depredador ante una interesante confesión a medias, y prestaba ayuda sin esperar nada a cambio. Undués le estaba cambiando, y le gustaba reencontrarse con otro yo. Se sentía más humano, más flexible ante las circunstancias.

En su otra vida se consideraba un hombre de mundo, abierto, culto, tolerante. Pero para comprobar realmente esa percepción, le

faltaba una experiencia real bien distinta, como la que estaba viviendo. Ahora entendía que esa sensación de gran humanidad curtida a base de viajes alrededor del mundo, de conversar con grandes personalidades y de ser alguien socialmente relevante, carecía de un contrapeso necesario. Había que trasladarse a una esfera íntima, completamente individual, pequeña, y hacerla grande sólo para uno mismo.

Pensándolo fríamente, también consideró que ningún gran cambio sucedía sin una voluntad positiva. En su relación con Ariadna, era innegable que algún tipo de emoción pujaba con fuerza hacia el cambio.

CAPÍTULO XXVI

La juez de instrucción de Ejea de los Caballeros se mostraba enojada con lo que entendía un comportamiento inadecuado del jefe de la policía judicial, Guillermo Sueve. En su corto tiempo de ejercicio en la judicatura, el caso de Emma Bermúdez suponía una prueba de fuego y no quería equivocarse en ninguna fase de la instrucción. Por eso le llamó aquella tarde del miércoles.

Confió en Guillermo como policía judicial en sus labores de investigación y le había fallado. Apuntó una nota mental para el futuro de cualquier otro caso: "No dar ningún trámite por hecho".

_¡Por Dios, Guillermo! ¿Cómo no has traído a interrogar a ese tal Sherman? ¡Era el amante de la fallecida!!! –Marta se levantó inquieta de su asiento. A pesar de que la conversación iba subiendo de tono, Guillermo no pudo contener un amago de mirada lasciva. Entre los funcionarios, compañeros de la Guardia Civil, e incluso problemáticos visitantes ocasionales, se comentaba su atractivo físico.

_Marta, ya te he explicado que nos desplazamos en su busca para traerlo e interrogarlo –Guillermo continuaba sentado al otro lado de la mesa. Trataba de contener su enfado ante la recriminación abierta de su forma de trabajo-. Pero mientras estábamos sondeándole oficiosamente, mi capitán me llamó con la nueva línea de investigación que descartaba su participación.

_Guillermo, seguro que tú sabes más que yo de todo esto. -la juez trató de suavizar la situación mientras recogía el expediente del archivo a su espalda y regresaba al asiento que regía su despacho-. Pero una línea de investigación no creo que descarte otra de inmediato, supongo que primero habrá que descartar vínculos entre ambas. Puede que ese Sherman mantenga algún tipo

de contacto con el asesino. La coincidencia de que la mataran después de su “affaire” clama al cielo.

_Lo que clama al cielo, de su inocencia, es el hecho de que la mataran con indicios inequívocos de premeditación, justo después de un encuentro donde dejó su huella tan explícitamente. Si Sherman hubiera planificado conjuntamente con alguien el asesinato, habrían establecido una forma de exculparse ambos. Resulta extraño que en un crimen pasional dos psicópatas se pongan de acuerdo. Está más que claro que alguien les siguió para después entrar en escena fatídicamente.

_O sea que lo que uní a este expediente como un interrogatorio, era un mero sondeo. ¡No me lo puedo creer! –Marta escuchó atentamente a Guillermo, quedó en silencio y perdió la vista en el expediente. Exteriorizando de alguna forma su contrariedad, apartó su liso cabello castaño de su rostro, hasta afirmarlo detrás de sus orejas

_Es su testimonio más fiable, sin abogados de por medio.

_Bueno, pongamos que tienes razón, aún así… ¿no crees que sería mucho más fácil comprobar definitivamente y no estar elucubrando de esta forma? -su mirada firme y directa, mimetizada con el color de su cabello, no dejaba lugar a dudas. Hasta ese momento se había mostrado razonable, pero su última pregunta sonaba a orden. Los trámites debían cumplirse escrupulosamente. Quería que Sherman fuera interrogado.

_Está bien. Volveremos a visitar a Sherman y lo traeremos aquí.

_No sólo eso, Guillermo. He lanzado y coordinado con Manuel una orden de registro para entrar en la comuna en busca de pruebas. Sospechamos con bastante fundamento que esa gente pudiera almacenar drogas como las que se usaron con Emma. Esa gente coincide con el estereotipo de usuario del mercado negro. Aunque por desgracia, hoy en día es muy fácil hacerse con cualquier tipo de droga en cualquier red.

_Esa orden sólo se fundamenta en prejuicios. Podemos estar facilitando que se levanten sospechas entre la gente. La reacción puede ser desproporcionada. Te recuerdo que el padre de la chica ya visitó la comuna con una escopeta…

_Ya está todo dicho. Vuestro vehículo no tiene distintivo alguno. Iréis de paisano.

Guillermo se levantó rápidamente, susurró una despedida que se reprodujo con el mismo tono en la respuesta de Marta y salió de su despacho con el estómago en un puño. Ya sabía que Marta no se percató por si misma de su forma de llevar el interrogatorio de Sherman. Manuel se chivó como un niño. Como mínima deferencia hacía su planteamiento, ya habían previsto que la visita a Undués se realizara bajo sigilo.

Salió por la escalinata de la calle Independencia. Manuel le esperaba con gesto anodino, con sus ojos ocultos tras sus gafas de sol, como si aquello no fuera con él. A su lado otro compañero, Juan Sabanza, se entretenía con el móvil. Al verle salir, éste último se acercó y cerró el vallado del edificio. Todo estaba premeditado escrupulosamente. Muy del estilo de Manuel.

No les dirigió la palabra. Simplemente subió al asiento de copiloto y esperó a que los otros dos hicieran lo propio.

_Vamos a recoger a un grupo de compañeros que nos esperan con un vehículo monovolumen, y después nos dirigiremos a la comuna para cumplir con la orden de registro de la juez –comentó secamente Manuel a su superior.

Durante el trayecto, en los asientos traseros del coche, Juan Sabanza y otro compañero iban comentando en voz baja sus asuntos. Guillermo rumiaba en silencio su derrota más indignante. Manuel se había mostrado disconforme cuando visitaron en otra ocasión a Sherman. Pero Guillermo estaba seguro de que si él hubiera estado en su pellejo habría planteado la controversia únicamente entre compañeros. Esas cosas se discutían, se levantaba la voz, se daba un puñetazo en la mesa, pero nunca se desprestigiaba a un compañero de cuerpo.

Después de un buen rato, Manuel aparcaba ante la cancela de entrada de la comuna. A su lado se detuvo el monovolumen, de donde salieron varios guardias civiles. Entonces Manuel dirigió su vista a los asientos traseros.

_Las siete y cuarenta y cinco. Juan, anota la hora de llegada para la diligencia.

Guillermo pensó: “Vamos anota, Juan. Y subraya con fluorescente, para que conste a todos los efectos, el abajo firmante: el gilipollas más grande del cuerpo”

A la par que descendían del coche, un grupo de cinco habitantes

de la comuna se acercó a la entrada. Andaban apesadumbrados, parecía que se habían agrupado en la confluencia de unos caminos que se desplegaban al este. En cuanto vieron los vehículos y a toda la gente que salía de uno de ellos, se pusieron alerta.

Entonces fue cuando Guillermo decidió entrar en acción intentando que la situación no se desmadrara. Salió del coche rápidamente y se dirigió al grupo. El resto de sus acompañantes quedaron a la espera. Manuel dudó aunque acabó concediendo la iniciativa a Guillermo. Que le hubiera ganado una batalla poniendo en antecedentes de su comportamiento ante la juez, no significaba que ya estuviera por encima de él. Aunque ese día lo había sentido así, y le había gustado.

_Buenas tardes. Por favor, no os asustéis. –Conforme se acercaba, Guillermo se dirigió a los jóvenes que parecían recién salidos del mismísimo festival de Woodstock.

_¿Han venido a ayudar? -preguntó una de las chicas cuando por fin les alcanzó-. Estamos muy cansados, no sabemos dónde se ha podido meter Catherine.

Guillermo tuvo que replantear la situación. ¡La pareja de Sherman había desaparecido! La cosa se complicaba, los jóvenes se mostrarían más reticentes que nunca a cumplir una orden de registro. La situación pujaba por desbordarse.

_Por supuesto que podemos ayudaros a encontrarla –habló Guillermo paseando su mirada entre el grupo. Hasta que encontró un rostro conocido-. Chico, ¿Te llamabas Raúl, verdad?

El joven aludido asintió sin abrir la boca.

_Entrevistamos a Sherman el otro día por el caso de Emma. Tú nos viste hablar con él. Para mí eso fue suficiente, estoy seguro de que Sherman no ha hecho nada malo. Pero la juez insiste en que el interrogatorio se lleve a cabo formalmente en el cuartel y también nos ha transmitido una orden de inspección de vuestra comuna. –Por momentos Guillermo pensó que podía estar inculcándoles más miedo. Pero fue lo único que se le ocurrió, hacerles ver directamente que venían para cumplir un habitual trámite judicial y desaparecer de una vez de su cotidianeidad-. Podemos lanzar la orden de búsqueda de Catherine, pero por vuestra parte debéis colaborar.

_Por favor, déjennos en paz. Si están dispuestos a ayudar, de

acuerdo. Pero no vengan a molestar precisamente ahora –intervino otro de los jóvenes. Guillermo también le conocía. Era el primero con quien se topó Blas y su escopeta.

_Fantástico. Como siempre las fuerzas del orden social interviniendo como el culo – comentó otra chica desde la retaguardia del grupo.

_Por favor. Si queréis que vuestro proyecto siga adelante tenéis que colaborar. Estoy seguro de que no tenéis nada que esconder. No os vamos a detener por un poco de marihuana, si es que la fumáis. –Guillermo se arrepintió por su comentario prejuicioso. Intervenía sin el mínimo guión mental. Trató de pasar rápidamente de página-: Os repito que yo mismo entrevisté a Sherman y doy por hecho que él no tuvo nada que ver con la muerte de la chica. Pero la juez se ha empeñado en investigar todos los rincones del pueblo. Muchos vecinos de Undués han tenido que colaborar al igual que os tenemos que pedir a vosotros.

Además, mi interés primero ahora mismo es ayudaros a encontrar a Catherine. De hecho puedo dividir de inmediato al personal. Un grupo iniciará su búsqueda. El resto del equipo tiene que cumplir con la orden de inspeccionar vuestras instalaciones.

De repente, desde la explanada donde habían aparcado, se escuchó una conversación subida de tono. Guillermo se giró y descubrió a Sherman enfrentado a Manuel mientras lo sostenían un par de guardias civiles. Se acercó rápidamente seguido por el grupo de habitantes de la comuna.

_Este señor nos va a acompañar de vuelta al cuartel no sólo para interrogarle. Lo llevaremos arrestado por escándalo público y atentado contra la autoridad. Se niega a su interrogatorio y a que llevemos a cabo la orden de registro -aclaró Manuel en cuanto Guillermo llegó.

_¡Este señor no está arrestado! No hay ningún escándalo público porque no hay nadie y no procede el atentado contra la autoridad porque la autoridad aquí soy yo. Voy a dialogar tranquilamente con Sherman ahora mismo. –Guillermo habló con tal firmeza que aunque no hubiera ostentado ningún cargo hubiera dejado a todos paralizados igualmente.

Se acercó a los dos guardias civiles que contenían a Sherman. Cuando estuvo frente a él descubrió la desesperación en su rictus

tenso y su mirada furtiva.

_Por favor, Sherman –dando la espalda al resto de sus compañeros, Guillermo lanzó una mirada casi suplicante. Con un gesto de su mano le invitó a charlar apartándose unos metros del tumulto.

Cuando Sherman se mostró más confiado, sus captores lo dejaron libre y les permitieron alejarse unos metros de la escena.

_Te lo vuelvo a pedir por favor. Ya sé que estáis buscando a Catherine desesperadamente. Te puedo ayudar. Todos estos son mi gente. Vamos a ayudaros a encontrarla. Tienes que pensar en arreglar este problema, no en agrandarlo.

¿Recuerdas cuando te visitamos el lunes? Tenía orden de conducirte al cuartel para interrogarte. Pero no lo hice, porque sinceramente tengo la firme convicción de que tú no escondes nada. –Guillermo se esforzó para no nombrar en su dialéctica el nombre de Emma, ni la palabra muerte. Quería transmitir un mensaje positivo. Quería convertirse en la tabla de salvación de Sherman ante su océano interno de desesperación.

_Perdón –habló Sherman con voz temblorosa. Agachó la cabeza con la respiración entrecortada-. Esto es demasiado para mí. No tiene nada que ver con mi interrogatorio, ni con el registro. Me sobrepasa lo de Catherine y mis hijos. Nunca sospeché que podría amar tanto a unas personas. Di demasiadas cosas por hechas.

_Todos damos cosas por hechas en muchas ocasiones. Nadie está libre de equivocarse. Sin ir más lejos estoy convencido de que la juez que ha ordenado el registro de la comuna y tu interrogatorio se confunde. Pero representa a la ley. Y no conviene contravenir la ley, aunque no se esté conforme con ella.

He comentado con tus compañeros la posibilidad de que parte del personal revise la comuna y otro grupo comience la búsqueda de tu mujer. Eso sí, también te tengo que pedir que me acompañes para testificar en el cuartel. Serán cuatro preguntas. Desde ahí te podemos tener informado en cuanto demos con Catherine. Por favor, dime que estás de acuerdo. Es vuestra única opción. Te necesitamos libre en la búsqueda. Ya ves que te pueden arrestar –Guillermo terminó hablando con frases cortas, tratando de maximizar su significado.

_Está bien. –Sherman levantó la vista. Con sus palabras,

Guillermo había conseguido encender un brillo de ilusión donde antes sólo chispeaba la rabia.

_Gracias, Sherman. Vamos a coordinar todo cuanto antes.

Ambos regresaron con el grupo. Guillermo actuó de jefe con el personal allí presente. Dejó encargado a Manuel de "su orden de registro" con la mayor parte de efectivos y reclutó a tres miembros para comenzar a establecer los parámetros de la novísima operación de búsqueda mientras regresaban a Ejea junto a Sherman. Debían recabar información tanto del propio Sherman como de cualquier otro habitante que hubiera visto algo o recordara cualquier detalle.

Acababa de fijar las primeras pautas de actuación cuando sonó su móvil. Lo cogió con el mismo ritmo acelerado que estaba tomando y repercutiendo hacia todos los presentes.

_Buenas tardes, soy Marta. ¿Ya habéis dado con Sherman? -La juez volvía al ataque.

_Sí, ahora mismo nos va a acompañar a Ejea.

_Por favor, traedlo al juzgado.

_Ningún problema. Ahora vamos para allá.

Guillermo colgó rumiando alguna queja. Inmediatamente su móvil volvió a sonar. Sin mirar siquiera descolgó.

_¡Guillermo! Soy Ignacio, el alcalde de Undués… Eh… -en la voz del primer edil se detectaba la duda, pues recordaba la palabra que le dio a Carlos. Le aseguró que no contaría a las autoridades nada de la desaparición, pero no le había concedido el día de plazo prometido para arreglar la situación-. Te llamo porque creo que deberías saber que Catherine, la mujer de aquel hippie amante de Emma, ha desaparecido.

_¡Ya lo sé, Ignacio, joder! ¡Estamos en ello! –contestó Guillermo alterado. Colgó el teléfono y se dispuso a abandonar el lugar. Invitó a Sherman a sentarse de copiloto y los otros tres acompañantes, sorprendidos, ocuparon las plazas traseras.

CAPÍTULO XXVII

Tal vez no tuviera derecho a seguir arrastrando consigo a sus hijos en su alocada fuga. Pero tampoco podría vivir devolviéndolos a la que siempre fue su casa y alejándose de ellos. Les había dejado dormir hasta bien entrada la mañana. Aparcó en una solitaria calle del barrio alto de la localidad y agradeció que sus sueños continuaran durante un buen rato, un tiempo indefinido en el cual trató de ordenar sus ideas.

La pequeña calle que tomó hasta un mirador donde finalmente aparcó, anunciaba su nombre en una placa de cerámica. Se llamaba "Buen Aire" y desembocaba en un alto sobre un río, desde donde se divisaba un horizonte inabarcable de grandes extensiones agrícolas.

Meditando en lo que podía, debía o necesitaba hacer, tomó al pie de la letra la denominación de la vía y aspiró profundamente. Intentó llenar sus pulmones de ese buen aire del norte que ascendía por el barranco sobre el pequeño río. Al forzar al máximo su respiración, el nudo en su estómago se estiró en un dolor punzante.

Cuando los chicos despertaron, bien avanzada la mañana, fue a buscarles con una sonrisa impostada. No había conseguido dar con una solución a corto plazo. Sólo había imaginado un futuro que no enlazaba con su presente.

La opción más clara era seguir dedicándose a trabajar la madera, ganar algo de dinero, comprar una caravana o alquilar algún piso modesto. Tal vez después de aclimatarse a la vida social de Ejea se sentiría capacitada para dar el siguiente paso y marchar a la gran ciudad de nuevo.

Odiaba la idea pero albergaba en el anonimato de las grandes urbes una esperanza para desaparecer de nuevo de su pasado. Ya lo hizo una vez y todo proceso vital era susceptible de reversibilidad.

Pero ¿cómo empezar ese nuevo estilo de vida desde esos desconcertantes momentos?

De momento los niños se mostraban encantados con el viaje. No actuaron perezosamente como ocurría cada día cuando se levantaban de la cama. Chakir se acercó a su madre, la besó en la mejilla y mirando a su alrededor se frotó los ojos con la boca abierta. Para él la realidad lucía con el brillo de la novedad.

Su hermano Homero salió disparado de los brazos de Catherine hacia el vallado del mirador. Llamó a su hermano y juntos comentaron la gran altura hasta el río que transcurría debajo de ellos.

Siguieron inspeccionando visualmente el terreno. Chakir se acercó a su madre y lanzó una descarga de preguntas "¿Por qué hay tantas casas? ¿Qué es esa torre que se ve al final de esta calle? ¿De quién son estos coches? ¿Por qué este suelo es duro?"

Catherine sintió una sonrisa real asomar a su rostro. Intentó contestar en orden cada una de las cuestiones que su vástago le planteaba. Homero también quiso ayudar a su madre en su rol de hermano mayor. Él ya había estado en una ciudad cuando tuvo el accidente.

_¿Os gustaría vivir aquí? –se atrevió a preguntar Catherine de repente.

Los niños se miraron uno al otro. Riendo y encogiéndose de hombros dijeron que sí.Aunque sabía que no estaban capacitados para darle una respuesta madurada, ni por su edad ni por la precipitación de la misma, le animó escucharles.

_Vamos a dar un paseo por este lugar mágico –les avisó. Regresó a la furgoneta y cargó con un bolso donde llevaba algo de comida y agua.

Caminaron por antiguas calles, reformadas sin aceras, diferenciando el espacio de los peatones con un adoquinado lateral. El poco tráfico permitiría esa convivencia en el espacio de los peatones con los vehículos de los vecinos de la zona.

Salieron al entorno de una plaza cerca de una iglesia. Homero y Chakir se detuvieron y levantaron su vista hacia la torre. Catherine comprobó que el aspecto general románico se rompía con posteriores modificaciones barrocas, sobre todo en el pórtico que se presentaba hacia la plaza. Explicó a sus hijos que ese edificio servía

para lo mismo que la pequeña capilla que se construyó en casa.

_O sea, que no sirve para nada –comentó riendo Homero al recordar que casi nadie utilizaba la capilla en la comuna.

Catherine constató que se le haría imposible vivir sin esos pequeños trastos que animaban su apesadumbrado existir con su ligera naturalidad. Los tenía pegados a ella. Observaban todo con curiosidad, lanzaban preguntas de vez en cuando, pero nunca se alejaban de su lado.

Continuaron su camino. Catherine empezó a tomar referencias para no perder la ruta de vuelta a la furgoneta. Después de la iglesia continuaron por una calle que acertó a leer que se llamaba Herrerías. Bajaron una prolongada cuesta hasta una nueva plaza cuadrada rodeada en gran parte con porches a distintas alturas.

Catherine trataba de animar el errático camino a sus hijos con comentarios dispersos, como una guía turística de una expedición infantil. Sin embargo, pese a su apariencia tranquila, conforme avanzaban e iban viendo más movimiento de gente desconocida, una especie de pánico ganaba terreno desde algún punto remoto de sus recuerdos.

Se forzó a resistir las embestidas de su miedo. Se acercó a un transeúnte y le preguntó si conocía algún centro o comercio artesanal. Su idea de un futuro dedicado al trabajo de la madera debía encontrar un reflejo real de inmediato, necesitaba prolongar su sueño de la lechera antes de que el cántaro de su desesperación se rompiera.

El aludido, un hombre de mediana edad que le inspiró confianza pensó durante un rato hasta que recordó un par de sitios donde podían ayudarle. Catherine trataba de marcharse despidiéndose cordialmente, pero el vecino se explayaba en sus indicaciones sobre la ubicación exacta de los dos comercios que se dedicaban a lo artesanal.

Antes de terminar, Catherine empujó a los niños y prosiguió por una corta calle desde la cual se distinguía el edificio del Ayuntamiento que ya había visto cuando llegó hacía unas horas.

Siguiendo las pautas visitó los dos comercios. El primero era un bazar donde se mezclaban curiosos adornos para la casa y complementos de todo tipo. El dueño le estudiaba de arriba abajo con su mirada y seguía con recelo cada movimiento de las manos de

sus hijos, le dijo que todo lo que vendían provenía de un gran distribuidor.

Su segunda visita resultó mucho más fructífera. La encargada de una tienda de artesanía con taller le atendió cordialmente. Era una mujer que rondaría los sesenta años y le explicó que no trabajaban la madera, pero se interesó por propuestas al respecto.

_Puedo trabajar cualquier tipo de madera. Para fines artísticos, decorativos o constructivos. Desde el Chopo, Alcornoque, Almendro, Boj o Haya. Llevo muchos años dedicada al tallado. No sé, tal vez pudiera echarte una mano en el taller y abrir una nueva sección. -Inicialmente Catherine se encontró incómoda. Estaba cansada y no sabía si tenía algún sentido lo que estaba haciendo. Sin embargo, en su gran afición a la madera encontró un argumento donde moverse con naturalidad.

La dependienta miró a los niños.

_Mi familia me acompaña –respondió Catherine a una pregunta no formulada.

_Podría ser interesante lo que dices. No sé si habrá mercado para tus obras, pero desde aquí buscamos subvenciones para impartir cursos de pintura, cerámica y otras cosillas. Tal vez podríamos empezar por ahí. Después se podría ver cómo está lo de la venta.

_La verdad es que con conseguir subsistir me conformaría.

_Mi mamá hace cosas muy bonitas con la madera -aseguró Chakir a su lado. Tanto él como su hermano permanecían uno a cada lado, sonrientes y quietos como ángeles.

_No lo dudo, pequeño. -la propietaria sonrió y paseo su vista por los niños, hasta fijarla con más detenimiento sobre la madre.

_¿Ya estáis viviendo en Ejea?

_No, acabo de llegar. -De nuevo un ramalazo de pánico invadió los músculos de Catherine. En su situación cualquier pregunta personal sonaba a acusación directa.

_No es curiosidad. Lo digo porque tenemos una casita cerca de aquí. En su momento alquilamos un terreno al Ayuntamiento y montamos una caseta prefabrica. Está perfectamente habitable. Pero sólo la usamos hasta agosto. Ahora empiezan los cursos y no tenemos tiempo para ir. A lo mejor os podía interesar.

_Gracias. -Catherine miró con franqueza a aquella mujer. Sintió

ganas de llorar, pero apretó sus labios y se contuvo como pudo.

_Los cursos de tarde ya han empezado y estaré liada, pero pasaos a última hora, sobre las ocho. Yo lo comentaré en casa.

Cuando salieron de la tienda avanzaron por una amplia calle a su derecha. Al final de la misma vieron un parque con una zona infantil y una fuente. Los tres bebieron agua fresca. Catherine empezó a llenar su vieja cantimplora, los niños, por primera vez se alejaron de ella confiados. Empezaron a jugar con soltura. En ese espacio verde, más parecido a lo que siempre habían conocido, se encontraron más a gusto.

Durante el resto de la tarde siguieron recorriendo y disfrutando del parque. Los tres pudieron relajarse durante un buen rato. Los desconocidos paseantes del lugar se hacían menos amenazantes en la protección de esa representación natural en miniatura.

Calculó que ya rondarían las ocho de la tarde. Se acercó a un paseante y le preguntó. Sólo faltaba media hora. Avisó a los niños de que volvían a marcharse. Ambos acudieron a su encuentro.

Subieron por la Avenida Fernando el Católico, deshaciendo el camino hasta la tienda de artesanía. Homero y Chakir no preguntaron nada. Parecían cansados del cemento y las caras desconocidas.

Al llegar a la última manzana, Homero se separó de su madre y se sentó en un banco. Sus ojos negros profundizaban en su tristeza.

_Mamá ¿Cuándo volvemos a casa?

El llanto que Catherine sostuvo durante varios momentos del día, brotó en aquel momento con fuerza. La difícil disyuntiva vital se rompió en añicos con una sencilla pregunta de su hijo mayor.

_Mamá, no llores, volvamos a casa. -Chakir le miraba impresionado por sus lágrimas pero con el mismo pensamiento que su hermano mayor.

Sus hijos se habían pronunciado y la única opción sostenible era volver.

_Ya está, hijos. No os preocupéis –habló con su voz cubierta por un grave timbre-. Volvemos a casa.

A pocos metros de allí, en la radio de la tienda de artesanía, un comunicado de la policía anunciaba que se buscaba a una mujer y sus dos hijos desaparecidos en la comarca. Su otra esperanza de futuro, tampoco habría tenido posibilidades de éxito.

Retomó las mismas calles por las que habían pasado en la mañana. Ayudó a sus hijos a subir a la furgoneta y se sentó al volante. Volvían a casa, todos. Porque sin ellos no podría vivir, y raptándoles hacia una nueva vida llena de peligros, se arriesgaba a perderlos.

Regresaba con sus hijos pero sabía que muchas cosas se habían perdido entre ella y el padre de las criaturas. Su amor incondicional por descontado. El perdón a Sherman se le antojaba algo imposible. Quizás con el paso del tiempo volviera algún viso de estima. La primera exigencia hacia una reconciliación como padres de los mismos hijos, sería conocer toda la verdad acerca de Emma, y también de Carlos, el misterioso hombre de negro.

Catherine trataba de reafirmarse en sus pensamientos. Pero no sabía cómo iba a reaccionar al reencontrarse con él. Se sentía exhausta, rendida. Sus únicas fuerzas se sostenían en esos argumentos de supuesta seguridad interior. Sin embargo, en su fuero interno, lejos del alcance de su razón, quedaban los posos de un amor único que se resistían a deshacerse.

CAPÍTULO XXVIII

De regreso a Logroño por la A12, Karl hizo balance de una jornada frenética, una más en la serie de días extraños que venía viviendo últimamente.

Desde que empezó la obra, hacía ya años, tuvo que afrontar vicisitudes de todo tipo y las solventó una tras otra. Se empleó siempre a fondo. Primero para conseguir el lugar donde la obra se iba a llevar a cabo, después buscó a la gente necesaria para su fin. Una vez que todo se dispuso, le tocó negociar constantemente con Sherman para que las cosas se hicieran bien. Tuvo que preparar la llegada al mundo del elegido y al final fueron dos candidatos. Tampoco Catherine se lo puso fácil nunca.

Analizándolo bien, la lista de dilemas se sumaba incontable, un dilema tras otro. Pero siempre intervenía con firmeza y conseguía encauzar los sucesos.

Sin embargo ahora parecía que los acontecimientos escapaban a su control. Actuaba a ciegas, primero en el caso extremo de Emma, una mártir para la causa. Sólo después de asumir trágicamente la culpa del homicidio, cuando bordeaba la locura de la desesperación, recibió una señal conciliadora de la virgen.

Después se sumaron nuevas señales imprecisas, coincidencias a las que debía estar atento para orientarse con ellas, como su estrella de oriente entre la oscuridad de su confusión. Tenía que ser así. Inabarcable voluntad de Dios. Aún agradeciendo sumamente su intervención, esa sensación de moverse como un títere en manos del Todopoderoso le incomodaba.

El Señor endurecía sus pruebas de fe. Llegado el momento le despojaba del control. Sí, el gran Hacedor tenía todo bajo su omnipotencia. La obra iba a llevarse a cabo, sin remisión, pero Dios

a cada momento quería comprobar su compromiso inquebrantable y le impelía a moverse sin su luz.

“Señor Mío, soy tu siervo, no dudes más de mí” –susurró Karl, aunque se arrepintió pronto de sus palabras al recordar y recitar una parábola de San Lucas-:

“¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando y, cuando regresa del campo, le dice: "Pasa al momento y ponte a la mesa?" ¿No le dirá más bien: "Prepárame algo para cenar, y cíñete para servirme hasta que haya comido y bebido, y después comerás y beberás tú?" ¿Acaso tiene que agradecer al siervo porque hizo lo que le fue mandado? De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer”.

“Soy un siervo inútil, me debo a ti, Señor sin más consideraciones” –completó de su propia cosecha Karl-.

Se convenció de que no tenía ningún reproche. Dios mantenía sus señales, esas coincidencias que últimamente le hacían encontrarse en el lugar preciso en el momento exacto. Hoy, una vez más.

Esa tarde había visitado a Sherman. Se desquició al comprobar que no tenía ni remota idea del paradero de su mujer e hijos. Sólo sabía que habían salido con la furgoneta. Karl empezó su inconcreta búsqueda por pueblos de los alrededores. Esperaba que con ese vehículo no hubiera llegado muy lejos.

Por la tarde, después de varias horas infructuosas de batida, tornó a su punto habitual de encuentro con Sherman. El mismo donde se citaban siempre para intercambiar información, adoptar nuevas pautas o simplemente para ver a los niños, un cerro con vistas al embalse de Yesa y a la propia comuna. Descendiendo de esa colina le sorprendió la llegada de unos extraños y se escondió.

Así pudo ver como Sherman subía al coche en el asiento del copiloto. Le acompañaron otros cuatro hombres y abandonaron el lugar. Supuso que eran policías de paisano. Ya se habrían enterado de la desaparición, e invitarían a Sherman a testificar lo que supiera para encontrarla. Seguramente Ignacio habló de más y puso en antecedentes a la policía. Karl se acercó rápidamente a su vehículo y se dispuso a darles alcance. En cuanto les localizó, antes de llegar a Sos del Rey Católico, redujo la velocidad para seguirles con

discreción.

El coche donde viajaba Sherman se detuvo frente a los juzgados de Ejea. Él lo hizo un poco más adelante. Cuando se cercioró de que todos habían entrado en el edificio puso pie en tierra y esperó, guardando las distancias.

Mientras permanecía sentado, imploró para que salieran de nuevo con noticias sobre Catherine y los niños. Entonces les seguiría para asegurarse del encuentro. Mientras tanto la incertidumbre alimentaba al miedo de que algo hubiera ido mal con ellos.

Llevaba ya un buen rato sentado cuando los vio. Pensó que se trataba de una alucinación. Escéptico, entornó la vista. La madre caminaba flanqueada por sus dos hijos. Subían por la amplia avenida como si nada fuera con ellos. No era cosa de su imaginación exaltada. Disimuló como pudo agachando la cabeza y en cuanto doblaron la esquina se dirigió a su coche y empezó a seguirles.

Imaginó alguna forma de detenerlos. Si se presentaba ante ellos no sería del agrado de la madre y todo empeoraría. Otra opción era llamar a la policía, al fin y al cabo andarían tras la pista. No lo tuvo claro y simplemente les siguió, esperando que algo ocurriera. Dios no le dejaría desamparado.

Al comprobar que la vieja furgoneta pasaba por Sos del Rey Católico y tomaba el desvió hacia Undués, no pudo contener un grito de satisfacción. Siguió transitando detrás de ellos, como el pastor que devuelve a unas ovejas descarriadas al redil.

A la llegada de la furgoneta, otros compañeros salieron a su encuentro. Catherine se abrazó con muchos de ellos. Los niños también demostraron su afectividad hacia el grupo. La normalidad se establecía de nuevo.

Mientras recordaba la cadena de sucesos del día, amparados indudablemente en esa mediación divina, Karl llegó a Logroño. Abandonó la autovía de Pamplona, atravesó el Polígono industrial Cantabria y la A13.

Al tomar la salida de la Avenida de la Paz abrió la ventanilla del coche y respiró el gratificante aire fresco de la noche. Logroño todavía vivía el letargo circulatorio de las postrimerías del verano. La larga Avenida de la Paz se abría completamente a él. En el paseo central la gente caminaba distraída, agradeciendo el receso en el

castigo del sol menguante de agosto, que abandonaba su látigo cada día un poco antes.

Se sentía pletórico, honrado de propiciar la obra. Él era un siervo, el siervo de Dios en el que siempre había confiado. El Señor estaba interviniendo para reorganizar un caos que él nunca podría haber ajustado por su cuenta. Pero siempre contaba con la voluntad de un hombre como él. Le guiaba por su senda de la fe con sus inequívocas señales.

Y después de todo, aún quedaba una señal por interpretar. De su encuentro con Federico Ledesma hacía tan sólo horas. Nada era casual. Dios no juega a los dados, evocó de nuevo Karl la idea que se planteó al pensar esa mañana en esa mujer tan especial que era Catherine.

Ese tal Federico jugaría, si no estaba jugando ya, un papel relevante en la obra. Todo estaba predestinado, Dios sabía el resultado de cualquier probabilidad y barajaba las coincidencias, siempre contaba con el acierto de su más firme devoto, Karl Swainger.

Sintió un escalofrío, estaba seguro de que desde arriba se contaba con él para preservar la obra ante cualquier peligro. Federico Ledesma, con él se presentaba un nuevo reto, una nueva prueba. Debía tenerle muy presente para el futuro. Mantenía sus fuerzas intactas para enfrentarse a lo que fuera que aquel rotario estuviera planeando.

CAPÍTULO XXIX

Fremont avanzó por un largo pasillo de grandes ventanales en forma de arco. A través de alguno de ellos pudo atisbar la plaza de San Pedro atestada de gente. La maravillosa perspectiva de la ciudad le sobrecogió, con lo que pensó que podía denominar el vértigo del poder.

Los ventanales se sucedían interminablemente, divididos simétricamente por gruesos muros. La percepción de este grosor se aligeraba con una sobrecargada ornamentación de ondulantes molduras que enmarcaban distintos motivos religiosos. Mientras paseaba su vista de unas pinturas a otras, sus pasos despertaban el eco sobre el mármol del suelo. Durante el largo trayecto de ese pasillo interminable, también se entretuvo con distintas escenas bíblicas que se reproducían en los amplios artesonados del techo.

No podía creer que estuviera en El Vaticano. Sentía una alegría inmensa que le rejuveneció. Embelesado como estaba ante tal demostración de grandeza, olvidó que le acompañaba Albertino, un sacerdote que le recibió ya en el aeropuerto. Sólo se separó de él mientras dejaba sus pertenencias en la habitación del impresionante hotel que le habían reservado a pocos metros de la ciudad del Vaticano.

Llegados a mitad del corredor se detuvieron ante una amplia puerta. Albertino se acercó y golpeó cuatro veces con sus nudillos. Lo hizo suavemente y con una cadencia parsimoniosa. Le había comentado que le llevaría ante Adolf Bergmann, el secretario personal del Papa. El mismo que le había llamado hacía ya unos meses.

El sonido amortiguado de una voz aprobó su entrada. Fremont esperó a que Albertino franqueara su paso. Su Cicerone se había

quedado de pie en el umbral de la puerta y volvía a toma la palabra, seguramente anunciando su presencia.

Al otro lado se escuchó un claro avanti que Fremont entendió. El timbre de voz que lo pronunciaba sonaba juvenil. Su acompañante y guía se giró, sonrió a Fremont y le invitó a entrar afirmando con su cabeza y moviendo su brazo hacia el interior. Cuando hubo entrado, su acompañante cerró tras él.

Fremont saludó en alemán y agachó su cabeza. La respuesta del secretario se produjo en su mismo idioma. Adolf Bergmann se acercó a él, paseando sus admirables cincuenta y tantos. Estrechó su mano derecha y con la izquierda cubrió por completo la mano de Fremont.

Le invitó a sentarse mientras él retomaba su posición al otro lado de la amplia mesa donde gobernaba un gran crucifijo plateado. Aprovechando esos instantes en que le dio la espalda, Fremont echó una ojeada a su alrededor. La sala, de gran tamaño y altura conformaba un rectángulo, iluminado tenuemente por dos pequeños balcones con cortinas de un tono blanquecino. Entre los dos balcones se ubicaba la zona del escritorio.

La austeridad general contrastaba con lo visto hasta ese momento. Los adornos escaseaban. Tan sólo algunos cuadros, en las paredes laterales llegaban a representar alguna escena. Su lejanía impidió a Fremont adivinar qué representaban. El resto de la pared desnuda se cubría con un empapelado sobrio de leves irisaciones doradas.

A parte del escritorio central, la única zona para tomar asiento la componían una pequeña mesa redonda y dos butacas a juego en el rincón izquierdo. En ese mismo lado, ubicada en el centro, una nueva puerta similar a la principal daría paso a algún otro despacho.

Al acercarse al escritorio del secretario, echó en falta un ordenador de sobremesa. Hasta él tenía uno, le asombró tan premeditada privación de medios.

_¿Qué tal ha ido el viaje, Fremont? –se interesó Adolf en primer lugar, en cuanto ambos se hubieron acomodado. En contraste con sus palabras en italiano dirigidas a Albertino, su posterior acento alemán sonaba duro incluso para un compatriota como él.

_Todo ha ido muy bien, agradezco su interés.

_Por favor, Fremont, tutéame. En todo caso debería ser yo quien demostrara deferencia hacia tu veteranía y buen hacer.

_De acuerdo, Adolf. Gracias.

El secretario se colocó unas pequeñas gafas, con las que su apariencia juvenil ganó la madurez real de su edad. Abrió una carpeta, revisó algunos documentos mientras Fremont permanecía en silencio, y movió su cabeza positivamente.

_Siempre has sido un sacerdote ejemplar. Hemos hecho un seguimiento a tu historial.

Fremont pensó que aquello se parecía más a una tutoría con un estudiante que a una entrevista con el secretario del Papa.

_Bastian Freing, el actual Nuncio de Alemania ha ido acumulando referencias extraídas de tu parroquia. Vienes realizando una gran labor durante toda tu vida en Altötting. Los feligreses, la parte más importante de la Iglesia, lo atestiguan. La gente está muy contenta contigo.

_Bueno, cumplo cariñosamente con mi deber, siempre ha sido mi voluntad entregarme en cuerpo y alma a difundir la palabra de Dios.

_Y también se te da bien el mundo de la televisión. –Adolf levantó la vista sonriente. Fremont se sonrojó.

_Me llamaron de la RTL para un debate, en calidad de representante de la Iglesia a pie de calle. Después entendí que pensaron en mí como un buen candidato para atizar al catolicismo. Entenderían que un cura de pueblo como yo no les pondría en un brete.

_Supiste aguantar estoicamente los ataques del presentador.

_Sólo actué con confianza y corazón. En la televisión, últimamente, se dedican a sacar lo peor de cada uno. Yo, como representante de la Iglesia, quise devolver un mínimo foco de luz entre tanta oscuridad. Esa gente que se muestra cínica, perversa en ocasiones, al final tiene un corazón anhelante de esperanza.

_Lo hiciste muy bien, Fremont. Y como te digo, no pasaste desapercibido para el Nuncio de nuestro amado país. Con Bastian hemos dado con un candidato ideal para el puesto. Es un hombre muy trabajador, meticuloso como nadie.

_Seguro que fue él quien encontró la documentación que presentamos hace ya tantos años. –Fremont quiso centrarse en el

asunto que le llevó hasta allí. Su curiosidad se disparaba.

_Así es. Removió entre los registros informáticos y el archivo físico de su Nunciatura en Berlín. Encontró el expediente olvidado que recopilaba la información sobre San Virila, con los valiosos legajos que aportasteis.

Reclamó nuestra atención sobre el asunto y le pedimos la documentación. Contrastamos a la luz de pruebas científicas que los documentos databan de muchos siglos atrás.

Cuando presentamos el estudio ante Su Santidad, prestó mucha atención desde el principio. En cuanto salió a colación tu nombre recordó vuestra infancia en común. Te dedicó palabras elogiosas como un gran compañero que debiste ser.

Fremont disimuló su estremecimiento, un escalofrío general que descendió por su espalda. Recuperaba constantemente sensaciones propias de la juventud. Su cuerpo todavía generaba adrenalina que gastar durante momentos tan conmovedores como ese.

_Ya supongo que estarás desconcertado con todo lo que te está pasando. Por mi parte lo único que puedo añadir es que lamento que hayamos tenido que esperar tanto.

_Mil novecientos setenta y nueve –enunció lentamente Fremont-. Desde entonces se ha obviado nuestra humilde aportación –dibujó una mínima sonrisa. Gracias a su ánimo crecido, sentía que tenía autoridad para lanzar un reproche velado.

_Un desperdicio de tiempo, no lo dudo. Pero, padre Fremont, hay que pensar que el momento es ahora. Vamos, te enseñaré algo.

Salieron de la sala, terminaron de recorrer el pasillo y descendieron una escalera. Atravesaron nuevos y silenciosos corredores. Fremont se desorientó completamente en el laberinto que Adolf recorría con soltura.

Finalmente se sirvieron de un ascensor. Adolf accionó con una llave el botón hacia el segundo sótano. Al abrirse las puertas, otro largo corredor, esta vez de recio hormigón, se iluminaba con la luz brillante de los fluorescentes.

_¿Estás preparado, Fremont? –Adolf se detuvo ante una puerta.

_Preparado para todo –confirmó el aludido echando una ojeada y descubriendo las cámaras de seguridad que se cernían sobre ese espacio sin dejar ni una esquina sin cobertura.

_Vas a contemplar el Archivo Secreto del Vaticano. –El

secretario hizo una llamada y mirando a la cámara solicitó su apertura. La puerta metálica se desplazó con un chasquido.

Una sensación de frío les dio la bienvenida en cuanto la puerta quedó abierta. Ante Fremont, una sucesión de anaqueles metálicos se confundían al fondo. Los enormes estantes se disponían transversales a un pasillo central que nacía en la misma puerta. En todos ellos descansaban abultados lomos de libros.

Esperaba encontrar una biblioteca con olor a madera, piel curtida y papel, pero ese lugar era, más bien, un aséptico búnker para la tinta con la que se escribía la Historia. Las obras tenían todo lo que necesitaban para sobrevivir al paso del hombre. Una baja temperatura constante y muros resistentes a cualquier contingencia.

Fremont miraba boquiabierto a su alrededor, como un niño pequeño descubriendo el mundo, Adolf decidió tomar la palabra.

_Después de la extinción de la Biblioteca de Alejandria, este lugar se ha convertido en la primera fuente de Historia de la humanidad. De aquí están saliendo facsímiles constantemente. Gran parte del devenir de nuestro planeta se está divulgando gracias a la intervención de Su Santidad Benedicto XVI que ha decidido abrir al público muchos documentos hasta 1939.

_Adolf, hoy estoy descubriendo que a mi edad todavía me puedo sentir sobrecogido. Primero he visitado el Vaticano y ahora se me permite acceder a esta fuente de sabiduría…-Fremont miró a su acompañante con lágrimas en los ojos.

_Te entiendo Fremont. Yo también me emociono cada vez que entro aquí. Ha sufrido algunas reformas necesarias para conferirle más seguridad. Se han creado las condiciones óptimas para la supervivencia de los documentos.

_Ya me imagino. Todos estos libros llevarán muchos años recopilándose.

_El archivo se creó en 1610 por el Papa Pablo V Borghese. Actualmente cubre un arco de tiempo de 800 años ininterrumpidos. Sólo el primer siglo recopilado, el trece, tiene ciertas lagunas. Se corresponde al máximo apogeo de los Templarios, que acopiaron para sí documentación importante que nunca se les pudo requisar. No sé, tal vez haya por ahí auténticos tesoros que esa gente consiguió ocultar a la Iglesia. –Apoyando su mano sobre el hombro de Fremont, Adolf le invitó a que le acompañara a pasear por el

largo pasillo-. Toda esta documentación original se va nutriendo continuamente con nuevos hallazgos y aportaciones. Incluyendo los legajos de San Virila y sus maravillosos vaticinios. Pudo haberse perdido por la negligencia del Nuncio que os atendió en 1979, pero como ya te he dicho el actual, Bastian Freing lo encontró.

_Hubiera sido una pena que se perdiera. Pero por mi parte no pude hacer más. En 1979 insistí en su completa autenticidad –puntualizó Fremont.

_Lo importante es que se ha recuperado. A partir de ahora se va a tener muy en cuenta y se tomarán cartas en el asunto. Te estábamos esperando para trazar un plan de actuación y…

_Adolf –cortó secamente Fremont-. Ya se han tomado cartas en el asunto. Tenemos un enviado especial en el lugar que anuncia San Virila. El punto concreto se llama Undués. Se trata de un pequeño pueblo al norte de la región española de Aragón. Hans Maurer, el mismo presentador de televisión con el que me entrevisté ya tiene localizado al cuarto personaje que anunciaba el testimonio escrito del santo. Ya ha nacido y Hans se encuentra muy cerca, siendo testigo privilegiado de su evolución.

_¿Qué hace un presentador de televisión inmiscuido en todo esto? –El secretario del Papa no pudo dominar su desconcierto.

_Hans, siempre ha sido un buen cristiano. Como te he explicado antes, en un mundo baladí, reflejado como máximo exponente en la televisión, muchos son los que anhelan un brote de fe y esperanza detrás de su armazón defensivo. Hans Maurer demostró ser un claro ejemplo de ese tipo de gente.

Y aún hay otra persona involucrada: Karl Swainger. Cuando Karl era un novicio descubrió estos manuscritos, tal como habrás podido leer en el expediente que presentamos en Berlín. Desconozco su paradero, sólo sé que se encuentra en España y que también anda tras los pasos de San Virila.

_Bufff. Hay demasiados elementos contaminantes.

_Lamento que se pueda interpretar de ese modo. Como ves no estamos tratando una primicia. Pudo haber sido así, pero ahora, ante la desconsideración que obtuvimos, se han promovido otras vías de investigación.

_Hermano Fremont –una voz prorrumpió desde la puerta del archivo.

Cuando se giró, Su Santidad el Papa, Benedicto XVI le esperaba con los brazos abiertos. Fremont se acercó, besó su anillo pastoral y recibió una cariñosa caricia en su rostro.

3ª PARTE

Las cosas de las que uno está totalmente seguro nunca son ciertas

El retrato de Dorian Gray – Oscar Wilde -

CAPÍTULO XXX

La primera nevada importante en el prepirineo aragonés se adelantó a mediados de noviembre. El día 16, las calles de Undués amanecieron cubiertas de una primera mantilla blanca. La nieve tenía la suficiente consistencia como para no convertirse en una peligrosa pista deslizante bajo los pies de quien se atreviera a transitar.

A primera hora de la mañana, Federico Ledesma abrió la puerta de su casa y descubrió una perspectiva poco habitual del patio exterior. El ajardinado, y las pequeñas sendas empedradas, se confundían en un espacio uniformemente blanco.

Utilizando su milimétrico conocimiento de esa zona, avanzó por donde sabía que se ubicaba el sendero. En línea recta llegó hasta la escalera de dos peldaños que ascendía al nivel de la calle. Alguien se le había adelantado en la madrugada. Huellas de otros zapatos marcaban un rastro que se perdía cuesta arriba, en dirección al centro del pueblo.

Aunque Federico se había abrigado convenientemente, sintió un escalofrío bajo la abundante ropa. Su cuerpo se resistía a enfrentarse al frío de la mañana. Aferró la bufanda al cuello y ajustó el cierre de la cintura del chaquetón.

El inesperado frío polar dolía al respirar, y el vaho exhalado cristalizaba de inmediato, confundiéndose con la escarcha reinante. La vida del pueblo parecía criogenizada en sintonía con el ambiente. El tiempo en Undués había hibernado.

Federico se negaba a comportarse como un oso. Necesitaba moverse, dar un paseo matutino donde recuperar la serenidad que se le escapaba un poco cada día. Siguió las huellas que se dirigían hacia el centro del pueblo, hasta que se perdieron en un portal.

Entonces empezó a marcar un nuevo camino. Descendió hasta el comienzo de la carretera y prolongó sus pasos por una pequeña senda que derivaba en otra con final a las puertas del cementerio, en paralelo a la nueva carretera del puerto de Cuatro Caminos.

Su inquietud se acrecentaba ante la cascada de acontecimientos que le aproximaban a un final incierto de su misión. Podía concluir con su intervención exitosa o con un estrepitoso fracaso. De momento apuntaba más a la segunda opción, las variables puestas en juego escapaban a su control. La resolución del secreto de los templarios ya no dependía sólo de él y de su estudio de la casilla número 12.

Aún así, la oportunidad de erigirse como un relevante rotario de casta auténtica seguía siendo factible. En sus manos albergaba la posibilidad de añadir su nombre a la selecta relación de los que atesoraron secretos capitales del mundo. Nada que ver con el actual proselitismo despreciable de capitalistas por parte de cualquiera de los clubs extendidos por el mundo entero. Damián se equivocaba en potenciar el lucro como principal fin de la organización.

Al evocar en sus recuerdos a su compañero y amigo Damián, recordó también su última reunión en Logroño. Ese día se sintió como el mal estudiante presentando las notas ante su padre. Tuvo que ser Damián quien le expusiera, ante su completa estupefacción, lo que habían conseguido hilvanar sobre las palabras en sueños de Hans Maurer.

Anduvo un buen rato más. Bajo sus pies, los guijarros del camino chasqueaban entre la nieve. El viejo camino del cementerio perdía su contorno entre el progresivo abandono y el tono blanquecino de la nieve. Se detuvo en un altozano donde ya divisaba la rotonda del puerto de Cuatro Caminos y un poco más allá, el claro donde desembocaba la pista antes de la comuna de los outsiders.

Ya sabía que en ese sitio concreto se centraba gran parte del misterio de Undués. Después de quedar como un inepto ante Damián, se puso manos al asunto. Apartó sus cábalas sobre la casilla 12 y se centró en una labor de campo. Debía averiguar qué niño de la comuna había nacido en Undués. De ese modo ya sabrían quién sería el cuarto personaje anticipado en sueños por Hans.

En primer lugar echó mano del censo de Undués, al que su

amigo Ignacio, el alcalde, le permitió acceder para un presunto estudio toponímico del pueblo. Una mera excusa perfectamente parapetada en su calidad de Catedrático de Periodismo. Sin embargo no encontró nada, conocía a todos los que aparecían censados en el pueblo.

Tal vez lo que estaba haciendo no tuviera sentido. Oficialmente, según le recordó Damián, el último nacimiento de Undués databa de 1968. Pero que el elegido hubiera nacido en Undués no significaba que tuviera que aparecer oficialmente en ningún sitio. No sería extraño que esos outsiders soslayaran hasta los mínimos trámites burocráticos.

Aún con eso, no pensó en desechar esa vía hasta que no la tuviera completamente cerrada. Obviar algunos elementos de investigación le condujo anteriormente al fracaso. Por eso solicitó más colaboración a Ignacio. Le aseguró que era fundamental la consulta de posibles nacimientos en la localidad registrados en Ejea de los Caballeros. Sólo una autoridad como el alcalde pudo convencer al funcionario al cargo de ese registro para concertar una visita.

Tal funcionario resultó ser una mujer de mediana edad. Antes de dejarle sentarse frente al ordenador, le preparó la aplicación informática con un filtro en base a las palabras clave “Undués de Lerda”. Después le permitió acceder bajo su cercana supervisión. Federico fue comentando en voz baja su fingido interés en las tendencias onomásticas del pueblo a lo largo de la historia. Al llegar al último apunte sin resultado alguno tuvo unos instantes de decepción.

No se dejó vencer por el desánimo. Poco después, con cierta ingenuidad volvió al ataque pensando que en internet podría localizar la información que buscaba. El Registro Civil en línea anunciaba en su portal que toda la información de todos los registros estaba digitalizada, pero no se encontraba al alcance de cualquiera.

Consultó con Damián la posibilidad de recurrir a algún especialista informático para buscar en cualquier registro civil aprovechando esta labor de centralización informática.

No hizo falta recurrir a técnico alguno. Un miembro del club rotario, con un gran puesto en el Ministerio de Justicia, les facilitó

el trabajo. Pronto Damián le llamó para compartir la información extraída gracias a su idea. Su obcecación investigadora dio los frutos deseados. Dos personas nacidas en Undués, hacía once y ocho años, aparecían dadas de alta, curiosamente en el Registro Civil de Logroño. Se llamaban Homero y Chakir Swainger.

Rehízo sus pasos dibujados en la nieve. Aunque respiraba fatigosamente, agradecía la arriesgada caminata campo a través. El suplicio le resultaba gratificante. Necesitaba la compensación de lo que parecía un castigo físico para afrontar un hecho ante el cual se quedaron atascados.

Que los niños se apellidaran Swainger suponía más sombras que luces. Esos apellidos germánicos nada tenían que ver con Hans Maurer ni tampoco con ninguno de los habitantes de la comuna, todos ellos españoles, según le aseguró Ignacio.

El exótico apellido se multiplicaba, alcanzando a más de mil personas en toda Alemania. Su más destacado representante era un rico empresario de la zona de Munich. El tipo murió y su único descendiente era un varón que andaba perdido por el mundo. Seguramente dilapidando el patrimonio de su progenitor. No sabían dónde se encontraba ni a qué se dedicaba, sólo que había heredado una gran fortuna.

Avanzaba en vías a la resolución del misterio, sí, pero era un avanzar dubitativo, como sus pasos en la nieve esa mañana. Tan sólo cabía esperar que su acercamiento incomodara a Hans, o a alguien de su entorno, y entonces se abrieran las puertas con el origen de esa teoría del cuarto personaje.

Mientras tanto, tampoco pensaba quedarse inmóvil. Por un lado ya tenía asumido su necesario acercamiento a la comuna. De la misma manera que hizo Hans, Federico se iba a mostrar muy interesado en prestar su altruista colaboración en la formación de los niños. Se acercaría a ellos y buscaría respuestas. Él también tenía derecho a hacerlo.

Además, después de mucho meditarlo, también decidió comentar su descubrimiento con Hans. Esa mañana podía ser un buen momento. En cuanto pisó el firme de la rotonda de entrada al pueblo, decidió acercarse al bar. Sabía que el alemán se había pluriempleado. Además de profesor, ejercía de camarero, echando una mano a Ariadna en el bar los fines de semana en que se abría.

Desde alguna de las viejas casas, la leña al fuego del hogar despertaba un olor a ancestral nostalgia. Federico observó las volutas de humo deshaciéndose lentamente en el frío ambiente. La estampa se definiría como entrañable, cualquier visitante así lo consideraría, pero Federico sabía que de puertas hacia dentro, la gente de Undués no era como antes del último verano, cuando la joven apareció muerta.

Como en un macabro juego, todos pasaron a ser policías y potenciales asesinos. Hasta que no se resolviera el caso nada podría volver a ser como antes. La desconfianza se alojaba en cada casa, y aunque las investigaciones policiales no apuntaron a nadie, al andar por la calle uno se sentía observado continuamente.

Con un nuevo escalofrío, miró su reloj. Pasaban las diez de la mañana. Independientemente de la desagradable historia negra cernida sobre Undués, él tenía cosas que hacer. Anduvo con paso firme hacia la cantina. Ya no se sentía en un plano de desigualdad con Hans. Sabía lo que el extranjero hacía allí, sólo le faltaba conocer su fuente, el origen de todo. De donde quiera que hubiera sacado esa información, él debía apoderarse de ella para integrarla en el archivo de los rotarios. Una función tan importante como el propio misterio de Undués.

Entró en el bar y saludó de inmediato. Las luces de neón todavía presentaban el espacio con su brillo artificial.

_Buenos días, Federico –contestó Hans suavemente. Sin exteriorizar contrariedad o turbación por su encuentro a solas. Después de su conversación veraniega coincidieron varias veces, como con cualquier otro vecino, pero sólo intercambiando un saludo de cortesía.

_He supuesto que ya habrías abierto. Vengo de dar un buen paseo y necesito algo bien caliente –Federico observó a Hans mientras desplazaba una caja desde debajo de la barra hasta detrás de la puerta de la cocina.

Las fuerzas se estaban igualando en torno al misterio de Undués, pero le molestaba enormemente que le hubiera ganado tanto terreno en su relación con Ariadna. Hasta el punto de que Hans se había convertido en ayudante, amigo y quién sabía qué más. Él quedó relegado al mínimo trato cordial que dispensaría a cualquier otro cliente. La niñata se había enamorado de un apuesto

presentador de televisión. Otra más que cedía al engatusamiento de la caja tonta.

_Tengo un caldo vegetal de mi tierra a base de puerros, zanahorias y apio. Especialmente recomendado para desentumecer el cuerpo en días como éste.

Su pacífica y amable sonrisa terminó por desesperar a Federico. Como buenamente pudo, transformó su desagradable sensación en un leve cabeceo de aprobación.

_Perfecto. Me devolverá la sangre helada a su estado natural.

_No me extraña que estés helado. No perdonas nunca tu paseo matinal.

_Me aclara las ideas. Hoy especialmente.

_¿Ah, sí? –Hans acercó el humeante cuenco a las manos de su especial cliente, que ya había dejado el dinero sobre la barra-. ¿Has pasado una mala noche? El caldo está en su punto de temperatura.

_No, no me refiero a eso. He estado haciendo balance de mis vivencias en Undués durante todo este tiempo. Llegué sin conocer a nadie. Seguramente sería el primer forastero que fijaba su residencia aquí desde hacía tiempo. Después apareció Ariadna, una chica encantadora ¿no crees?, en último lugar has llegado tú… -Federico sorbió con deleite el caldo.

_Sí, ese es nuestro punto en común. Somos forasteros –trivializó Hans.

_En tu caso y el mío también coincidimos en nuestra carrera como periodistas. Pero bueno, tenemos más en común. Ya conversamos sobre nuestros compartidos entretenimientos intelectuales.

_Me encantaría que hubieras avanzado en tu investigación sobre Undués y la casilla número 12 del juego de la Oca. Von Bricke zu bricke –sonrió Hans.

_Ya recuerdo esa frase en alemán: De puente a puente. Parece mentira que mantengamos tan vivo el recuerdo de esa conversación después del funesto suceso de esa misma madrugada. No fue una insustancial conversación de dos veraneantes, ¿verdad, Hans?

_Cierto, conversamos muy animadamente. Tu teoría tenía su enjundia.

_Las conversaciones también adquieren valor por los silencios que se crean. Tú omitiste mucho usando la sencilla herramienta de

quedarte callado. –Federico bebió del caldo hasta casi vaciar el cuenco. Al devolver su vista sobre Hans comprobó cómo éste le miraba sin su habitual escudo pusilánime.

_Los silencios son muy dados a la interpretación. En mi caso no hablé porque no tenía nada que decir.

_Hans, tengo datos importantes en el asunto de San Virila.

En cuanto Federico pronunció aquellas palabras, Hans hizo patente, en su rigidez, una incómoda expectación.

_Veo que sigues empeñado en mis palabras en sueños sobre San Virila -cabeceó negativamente Hans con una mueca de burla en su cara-. Ya te comenté aquella noche que lo único que sé de él es que fue un Abad del Monasterio de Leyre. En cualquier visita turística te pueden poner al corriente.

_Tú ya sabes que no se trataba sólo de unas palabras en sueños. Gracias a tu información hemos conseguido indagar por otras vías. Estoy seguro de que sé más de Homero y Chakir de lo que tú sabes. Manejo información completamente exclusiva sobre estos hermanos tan especiales. Aunque me temo que a ambos nos falta un punto fundamental: ¿quién de los dos será el elegido?

"¡¿Hemos conseguido indagar?! –pensó sorprendido Hans- ¿Quiénes? no sólo yo oculté información, amigo Federico. Alguien más está contigo".

_De verdad, Federico. No tengo ni idea de lo que estás hablando. –Hans volvió a escurrir el bulto, seguramente con menor convicción que nunca. No le interesaba entrar a debatir con Federico a puerta fría. Más adelante tendría que afrontarlo, pero antes pensó en consultar con Fremont la novedosa situación. Según lo que supiera Federico, los acontecimientos girarían brutalmente. No podía ir de farol, tenía dos ases: Homero y Chakir. Sólo faltaba discernir si lo que sabía Federico se añadía para componer un trío o un póker de ases.

_Bueno, Hans, cuando quieras hablarlo ya sabes dónde encontrarme. –Federico se dirigió hacia la puerta, cerró su abrigo y aferró su bufanda. Cuando abrió la puerta, se giró-. Por cierto, muy bueno el caldo.

CAPÍTULO XXXI

Guillermo revisaba en su ordenador el expediente sobre el caso de Emma Bermúdez Franca. Pronto se cumplirían tres meses desde el asesinato de la chica. Un trimestre completo sin un acusado ni un sospechoso suponía una peligrosa frontera hacia el olvido.

Para él ese plazo no conllevaba relegar la investigación a un segundo plano. Aunque nuevos asuntos requerían un desempeño diario, no cejaba en su intención de encontrar soluciones en el oscuro pozo hacia la resolución del caso. Incluso ese sábado por la tarde continuaba repasando textos, grabaciones, fotos, vídeos…, todo.

Una y otra vez. Había repasado todas las intervenciones de los vecinos del pueblo hasta casi poder recitar cada uno de los audios. Desde el primero hasta el último. Y seguía haciéndolo, trataba de encontrar una mínima pista, un comentario con el que poder tirar de algún hilo.

Rescató una vez más la aportación de Román. Intuía que con él pasaban algo por alto. Era el único que presenció los encuentros amorosos de Emma y Sherman, y no tuvo otro confidente que no fuera Ignacio. No se sociabilizaba con nadie en el pueblo, ni le quedaba ningún familiar directo vivo. Escuchó de nuevo su parca intervención. Con su fuerte acento, y como si tuviera alguna dificultad física para hablar, apenas le daba para afirmar o negar. Completaba sus intervenciones cada dos por tres con su frase lapidaria: “yo sólo me los encontré en plena faena”, como si el asunto fuera un chiste.

Una vez más volvía a escuchar su testimonio, desgraciadamente exactamente como lo recordaba. No encontró ningún matiz nuevo, nada esclarecedor en las palabras del primer hombre que pudo ver a

Emma y Sherman durante sus encuentros.

Guillermo perdió su vista más allá de la ventana, al lado de su ordenador. La persistente lluvia de las últimas horas concedía una tregua. Una vez que el cielo empezaba a despejarse, sobre el adoquinado del patio del cuartel, despertaban irisaciones plateadas. Al fondo, en la garita de entrada, el cabo Martínez, cumplía con su servicio entreteniéndose con un pequeño televisor de sobremesa. No sospecharía que desde su ventana se le descubría en postura relajada, con los pies sobre la mesa. Guillermo sonrió levemente, sabía que Martínez era un buen guardia civil. Se le podía permitir alguna licencia.

Volvió a la pantalla de su ordenador y seleccionó con desgana la grabación en mp3 de Ignacio. El alcalde fue el primer y único confidente de Román. Así lo dijo el alcalde y así lo probaron en una altísima probabilidad, porque de los reiterados encuentros amorosos nadie del pueblo pudo dar testimonio.

De las contestaciones monosilábicas de Román, Guillermo pasó a la verborrea de Ignacio. Mientras tornaba a divisar el patio del cuartel, el alcalde habló largo y tendido sobre los hechos, mostró su repulsa y consternación al modo más oficial. También se ahogaron sus palabras cuando las emociones le superaban.

Guillermo contempló como el cabo Martínez quitó sus pies de la mesa. La luz exterior iluminó el porche que servía de entrada para los vehículos al lado de la garita. Alguien había accionado el mando de apertura automática del portón metálico.

De repente, dando un respingo, Guillermo detuvo la grabación, escuchó una pregunta y su contestación que le llamaron la atención. Retrocedió unos segundos.

“¿Le hizo saber a alguien lo de los encuentros de Emma y su amante?”

“No le conté nada a nadie en el pueblo”.

De inmediato, cogió el auricular del teléfono de su despacho y llamó al alcalde. Después de seis tonos, estuvo a punto de renunciar a dar con él, pero su voz saltó acelerada.

_¡¿Dígame?!

_Buenos días, Ignacio. Soy Guillermo Sueve, de la policía judicial.

_¿Qué tal, Guillermo? ¿Hay alguna novedad?

_Por ahora no. Seguimos buscando. Precisamente ahora estaba por aquí revisando todo tipo de documentaciones. Te llamaba porque he vuelto a escuchar tu declaración y me surge una duda.

_Dime. Estaría encantado de poder ayudaros.

_Cuando se te preguntó si le habías dicho a alguien lo de los encuentros de Sherman con Emma dijiste que no se lo habías dicho a nadie en el pueblo.

_Cierto, eso dije.

En aquel momento de la conversación, Guillermo echó en falta la presencia de su interlocutor. Ansiaba ver sus gestos, detectar algún síntoma revelador que desnudara la mentira. Su precipitación le condujo a hacer la llamada y ahora jugaba en su contra.

_¿A qué te referirías con "nadie en el pueblo"?

_Yo sabía que Román iba a ser una tumba al respecto. No quería desencadenar alguna reacción desagradable por parte del padre de la chica o de su entorno y también me callé. Nadie en el pueblo lo sabía, así es.

Guillermo sintió un escalofrío, empezó a sospechar que Ignacio se aprovechó de su dialéctica para omitir parte de información. La clase de puñeteras mentiras encubiertas que más le molestaban.

_Has vuelto a hacer lo mismo, Ignacio. No sé si lo harás a posta o te sale como mecanismo de defensa, pero has escurrido el bulto de una pregunta. Te la voy a reformular. Piensa bien antes de contestar. Necesito que tu respuesta sea ajustada al interrogante.

_¿Quién más supo lo de los encuentros de Sherman y Emma?

_Carlos -apuntó Ignacio, por una vez, secamente.

_¿Carlos? No me suena ningún interrogatorio o testimonio con alguien llamado Carlos. ¿Cuál es su apellido? -Guillermo se levantó y frotó su frente con su mano izquierda libre.

_No sé. Es el padre de Sherman, él se encarga de pagar el alquiler de la comuna. Pero se lo dije meses antes de lo que le pasó a la pobre Emma. Ya casi ni me acordaba. Sólo le he visto en una ocasión, cuando pactamos el alquiler de las tierras.

_Ignacio. Será necesario que profundicemos sobre ese tal Carlos que acaba de surgir de la nada. El lunes mismo voy para allá -Guillermo imaginó que si tuviera a Ignacio delante haría una de dos cosas: Bien pegarle un puñetazo directo a su mandíbula, o arrestarle por encubrimiento de un asesinato. Esperaba que en el lapso de

tiempo hasta su viaje a Undués pudiera calmarse un poco.

CAPÍTULO XXXII

Lo de conciliar un sueño reparador era algo que Ariadna ya asumía como una misión imposible. A su incipiente insomnio, se sumaba la difícil adaptación a la postura tumbada sobre un lado, la óptima para su embarazo según su doctor Raúl Alcazar.

Siempre pensó que tenía facilidad para dormir. Ahora, sin embargo, difícilmente enlazaba más de tres o cuatro horas con los ojos cerrados. Al menos aprovechaba para reposar bajo la sábana y dos mantas. Con la llegada de ese madrugador frío que preludiaba el invierno, no apetecía salir de la cama. Su propio calor le ofrecía un cobijo que su cuerpo agradecía, aunque su mente no quisiera sintonizar con esa relajación física.

En momentos puntuales de mayor irritabilidad, sacaba un pie bajo las sábanas. La incursión en la Antártida de su habitación servía para que su consciencia irreductible captara un mensaje: Mejor aquí dentro.

Cuando no era por su nerviosismo, en otras ocasiones como la presente, la criatura en su interior se encargaba de provocar la duermevela con algún puntapié que punzaba en su estómago. Su venida se acercaba.

Mientras su hija se movía en su interior, en la calle se escuchaba el susurro de la nieve que volvía al ataque al auspicio de esa gélida noche de noviembre. Esperaba que no todos los inviernos se aprontaran en Undués como ese primero que estaba viviendo. Porque cada vez tenía más claro que quería hacer de ese lugar su casa, y la de su futura hija.

Puesta a querer, querría intentar rehacer su vida con alguien como Hans. Tuvo suerte de encontrarse con una persona tan especial. Le demostraba continuamente que hacía todo

desinteresadamente. Empezó echándole una mano y ya realizaba todas sus labores durante su convalecencia.

No es que estuviera todo el día encerrada en casa. Seguía apareciendo en ocasiones por el bar. Aunque a Hans no le gustaba que continuara trabajando en su estado, ella le explicó bromeando que si no la veían los vecinos, pensarían que la habría secuestrado. Mientras él daba la cara al público ella se dejaba notar desde la cocina.

Tampoco le convencía a Hans su decisión de ocultar su embarazo, lo consideraba una peligrosa manía. En su forma de mirarle, Ariadna detectaba que se le hacía duro respetar su decisión. No le nombró la motivación última de su actitud: el miedo. Ese temor a que su ex le encontrara, le seguía moviendo con su amedrentadora fuerza.

Ahora más que nunca le temía, ya no sólo por ella, también por su hija. El padre no debía encontrarla jamás. Podría asumir que la niña era suya, pero nada en sus entrañas le pertenecía, acaso su odio visceral. Desearía dormir muchas horas y olvidarle. De manera que al despertar su imagen no regresara a su memoria durante los primeros instantes, como cada mañana.

Una corriente de viento silbó sobre su ventana poniendo su piel de gallina. Por una pequeña rendija de la persiana, la luz amarillenta del alumbrado brillaba difusa, justo donde las ligeras gotas de vapor constataban el contraste a ambos lados del cristal. Si allí dentro sus pies no soportaban salir de las sábanas, la calle sería un auténtico congelador.

El hecho de odiar a un hombre no le alejaba de los demás. Todo lo contrario, habiendo conocido al peor hombre del mundo, uno bueno le parecía todavía mejor. Le pasó con Federico al principio y después mucho más intenso con “Hans”.

Le nombró en voz alta. No sólo de día le ayudaba. En la oscuridad de la noche su recuerdo le animaba, apartaba por un momento su miedo, le despertaba una sonrisa. Actuaba como un placebo aún sin tenerle presente. Si lo estuviera, también le pediría su calor, y seguro que podría dormirse con el somnífero de su cercana respiración.

Desvariaba en sus pensamientos. Qué iba a pensar él de una joven embarazada y solitaria. Sería su buena obra, otra forma más

de expiar la culpa o el pesar que le condujo a apartarse en Undués.

La niña volvió a golpear su vientre. Ariadna lo acarició bajo el pijama y dirigió unas palabras tranquilizadoras a su hija. Se acordó de su madre. Otro puntal más de su inquietud. Sabía que en cuanto naciera su niña, también querría que la abuela la viera. Tal vez de ese modo regresara a la completa realidad desde ese estado de ofuscación en el que se hallaba sumida. No recordaba cuánto tiempo hacía que no hablaba con ella, el remordimiento iba creciendo.

Pensó en su futura hija como una vía para intentar un reencuentro con su madre. Evocó momentos de su infancia junto a ella. Jugueteaba en la playa, embadurnada en la crema solar que ella, o su padre ya fallecido, le aplicaban con cariño. Recuperó la sensación del tacto de sus manos sobre su piel y consiguió tejer su primer sueño prolongado.

CAPÍTULO XXXIII

Los niños aprovechaban la mañana del domingo para juguetear en el prado, completamente blanco gracias a la nieve que seguía cayendo a rachas. Desde una ventana del dormitorio, en la segunda planta, Catherine observaba complacida como Homero y Chakir llevaban la batuta de cada uno de los inocentes comandos en una improvisada guerra de pelotazos de nieve.

Ellos apenas apreciaban el distanciamiento de sus padres. Al menos eso imaginaba Catherine. En su pequeño mundo todo seguía igual. Vivían en la misma casa, tenían los mismos compañeros, sus padres estaban siempre allí. Su amago de fuga suponía para ellos el vago recuerdo de una excursión.

Pero aún guardando las formas con sus hijos, las cosas no habían vuelto a ser iguales entre Sherman y ella. Le seguía amando, pero le costaba un mundo entregarse. Algo más fuerte que el amor le recordaba cada mañana su infidelidad.

Pudo borrar de su mente el macabro contexto del hecho, se convenció para que la imagen de una joven amante muerta desapareciera de sus motivos racionales. El mismo día de su regreso a casa, la policía ya se encargó de registrar sin encontrar nada. Al menos quedó patente que ni su pareja ni nadie de la comuna tuvieron nada que ver.

Esperaba conseguir perdonar aunque no olvidar, tal como había escuchado en otras ocasiones. Pero debía tener paciencia hasta que pudiera cerrar su orgullo herido para abrir sus brazos a quien siempre iba a ser la persona que más quería, junto con sus hijos.

Por la otra parte, Sherman le aseguró que sería paciente y que aceptaría su decisión. Él ponía de su parte para que esa decisión condujese a la reconciliación. Se esforzaba continuamente por

recuperarla y Catherine valoraba su predisposición.

Además, creía que los secretos sobre Karl habían desaparecido. Sherman quiso confesarle su verdad sobre él. Le dijo que era un rico alemán que había apostado por la comuna como un experimento a muy largo plazo. Dispuso el terreno, la infraestructura y les dio libertad para crear una familia.

Del hombre de negro habían partido algunas ideas, sus pequeñas aportaciones como la selección de nuevos miembros, intentando que todos ellos aportaran algo en la comuna, con especial hincapié en la formación de los niños. También la capilla había sido cosa suya. En su momento fue un religioso, hasta que por algún motivo que el propio Sherman decía desconocer, se desvinculó oficialmente de la Iglesia.

La educación era un pilar importante del proyecto porque el peculiar mecenas pensaba potenciar las capacidades de alguno de los niños hasta hacer de él una eminencia. Confiaba ciegamente en eso, para exponer al mundo su gran obra. Jugaba a ser un pequeño Dios intentando demostrar que una microsociedad donde se recuperaran valores, podría generar individuos mejores.

Catherine sonrió abiertamente. A juzgar por los bolazos de nieve que distribuían por doquier Homero y Chakir, podrían llegar a alcanzar esa categoría de eminencias en algún deporte como el baseball, por lo menos. Quería mucho a sus hijos, pero más que su tendencia a la excelencia intelectual destacaría su humanidad. Un fin paralelo que sí se estaba logrando y que le satisfacía a ella en mayor grado que otros supuestos, porque eso en parte era obra suya.

Al prestar atención de nuevo a los juegos de sus peques, atisbó como Raúl entraba en la casa y salía acompañado de Sherman. Les observó caminar por el sendero en dirección a la salida de la comuna, hasta que dejó de verlos más allá de la pendiente en la que descendía el camino.

El joven que atendió a Federico en la misma cancela de entrada a la comuna regresó al poco rato con otro compañero. Ya le habría transmitido su intención de ofrecerse como colaborador educacional, tal como tenía entendido que hacía otro vecino.

Ambos personajes emergieron de entre una ligera cortina de aguanieve, que ejecutaba una caprichosa y lánguida danza en

cuanto se levantaba la más mínima corriente de aire.

_Buenos días –presentó su mano Federico a esa otra persona. Un tipo con bastantes más años que el primero pero con su misma apariencia descuidada. Aquel individuo aceptó el gesto y estrechó su mano, aunque lo hizo esquivamente mientras saludaba con un seco hola.

_Me llamo Federico Ledesma. Vivo en Undués desde hace ya un tiempo. Buscaba un lugar donde retirarme tras mi jubilación y en este remanso de paz encontré mi sitio. Pero como me considero una persona con inquietudes he pensado en ofrecerme para echar una mano en la formación de vuestros chicos. Según tengo entendido, Hans Maurer, otro vecino del pueblo también os ayuda.

_Cierto, Hans da clases en el aula. Pero es la excepción a la regla. El resto de la formación la imparten compañeros –Sherman aclaró esa supuesta postura oficial que se acababa de inventar. Ya estaba avisado por Karl de que ese tal Federico Ledesma podría presentarse por ahí. Una vez más Karl tenía contempladas todas las posibilidades.

A primera vista, Federico daba una sensación de confianza. Rondaría los sesenta y tantos años, miraba fijamente con sus ojos castaños, hablaba en un tono moderado, y en su expresión corporal no se detectaba nada abominable que pudiera justificar las reticencias de Karl.

_Ya supongo que quien viva aquí reunirá más méritos o puntos –sonrió Federico ante su propio comentario-. Pero tal vez carezcáis de alguien que atesore teoría y experiencia. Soy Catedrático de Periodismo y he trabajado como docente en la Universidad.

_No dudo de su capacidad. Sería un profesor muy válido. Pero tenemos todo cubierto ahora mismo. -Sherman estuvo a punto de reír, se sentía como un encargado de recursos humanos rechazando un curriculum.

_Podría hacerlo mejor incluso que Hans. –La mirada de Federico oscureció de repente. El brillo al fondo de sus pupilas se transformó en un fuego rabioso–. Imagino que habrá sido él quién haya informado en mi contra.

_No se trata de eso. Nadie nos ha pasado un informe sobre usted. Le cuento lo que hay, sencillamente.

_No hace falta que disimule. ¡Por favor!, tengo una edad para

que trate de engañarme como a un niño. Sé que él os habrá hablado mal de mí.

_Está usted equivocado completamente respecto a Hans, le aseguro que él no nos ha dicho nada. Y en el caso de que lo hubiera dicho tampoco somos niños como para aceptar una opinión acerca de otra persona como la verdad absoluta. -Sherman incrementó el volumen de sus palabras, del mismo modo que había hecho Federico.

_Lo sentimos, señor Ledesma. No podemos hacer nada por usted –Raúl terminó cortando la tensión del momento.

Federico Ledesma se giró sin despedirse y perdió sus pasos entre la nieve.

_¿Has visto cómo se ha puesto? –preguntó retóricamente Raúl a Sherman cuando el extraño se hallaba lo suficientemente lejos.

Sherman no respondió a su compañero. Seguía contemplando a Federico perdiéndose en la lejanía. Karl no le dijo por qué debía espantar a ese tipo. Ahora intuía que alguna perversa maquinación rondaba su mente.

La primera impresión agradable se transformó en segundos en una detestable e incómoda sensación de amenaza. Era como si bajo una fina máscara de estudiada cordialidad estuviera emergiendo incontrolable, el mal. A través de sus ojos ese hombre acabó transmitiendo odio, miedo, envidia. En suma, destrucción.

CAPÍTULO XXXIV

En Logroño también caía aguanieve ese domingo. El grueso frente siberiano se iba extendiendo a su antojo por toda la península ibérica. Refugiado en su habitación de alquiler, pasado el mediodía, Karl buscaba en su explorador datos sobre los rotarios, la organización en la que se integraba Federico Ledesma.

Después de que los pilares de la obra se hubiera tambaleado el verano pasado, quería anticiparse a cualquier peligro. Sobre Federico Ledesma se había cernido una clara señal divina. Inicialmente, como inminente medida preventiva ya había apercibido a Sherman para que evitara todo acercamiento a ese individuo.

"Nihil novum sub sole" parafraseó Karl al Rey Salomón, levantando la voz en medio del silencio de su pensión. Estaba cansado de buscar información jugosa sobre Federico Ledesma y su club rotario. Inspiró hondo. No encontró nada nuevo, ni bajo el sol, ni en los intersticios que alcanzaba su explorador de internet.

Para distraerse un rato, abrió una nueva pestaña y seleccionó, entre su selección de favoritos, un periódico local. Leyó sin mucha atención alguna noticia. En Logroño, como en el resto del mundo, la realidad se presentaba sórdida, cínica, con algún infrecuente chispazo de esperanza, rescatado en pequeñas columnas separadas de los grandes titulares. La esperanza residía en lo anecdótico.

Frunciendo el ceño se fijó de repente en una pequeña noticia ilustrada con una imagen del embalse de La Grajera. Cuando se detuvo sobre la misma, el titular le contrajo el estómago: "Hallado un vehículo en el fondo del embalse de la Grajera". Pinchó sobre el titular con mano temblorosa y la noticia completa se desplegó sobre su vista. Leyó el escueto texto, apenas un párrafo. En éste se

informaba de que durante unas operaciones de dragado del embalse, para subsanar un importante problema estructural, se encontró el vehículo.

Al final, se añadía una serie de fotos ampliables del todoterreno. Evidentemente el mismo que utilizó cuando se vio forzado a eliminar la perniciosa interferencia de la joven pecadora. El voluminoso vehículo pendía de una grúa a la vista de un grupo de jubilados curiosos.

La policía no es tonta. La frase hecha que escuchó o leyó en alguna ocasión le puso en alerta sobre posibles consecuencias. A no mucho tardar, alguna base de datos se cruzaría con otra. Se cotejarían datos y voilá, pronto asimilarían que ese era el vehículo del crimen de Undués.

No sabía cuánto tiempo conllevaría esa operación, pero supondría que redoblarían sus esfuerzos.

A fuerza de acostumbrarse a pensar con rapidez ante las constantes vicisitudes de la obra, hizo un rápido análisis de lo que podría conllevar el hallazgo. Darían con su propietario, que podría ofrecerles un retrato robot de él, si es que aún se acordaba de su cara.

Por ahí lo tenían difícil. En el propietario del coche el rastro se cortaba. Compró su silencio indirectamente en el momento en que pagó mucho más de lo que valía el vehículo. Dinero en mano el tipo no puso pega alguna en que se llevara el vehículo y regularizara todo al día siguiente.

Otra posibilidad eran las posibles huellas o rastros de su uso. Después de varios meses en el fondo de un embalse, esperaba que no dieran con nada.

También podían reconstruir de alguna forma los hechos, y ahí sí que se enfrentaba a algún potencial problema. Buscarían testigos que pudieran haber visto algo en el entorno de La Grajera en las horas siguientes al asesinato.

Durante esas horas sus vagos recuerdos se sumían en un colapso emocional y mental. Sabía que después de ocultar el coche, amaneció tumbado en la hierba al lado del embalse. Cuando despertó, anduvo hasta la parada del autobús con destino al centro. Cualquier persona pudo haberle visto. Y en una pequeña ciudad como Logroño el anonimato no era un disfraz fácil. Alguien le

reconocería como el tipo raro que vive en la pensión frente a la concatedral, o como el extraño hombre de negro que paseaba a primera hora por la calle Portales.

Barajando tantas opciones le sobrevino un fuerte dolor de cabeza. Se levantó de su silla y pese al temporal, abrió la ventana. Sintió la corriente de aire frío derramándose sobre la habitación mientras una especie de briznas de aguanieve, aguijoneaban su rostro.

Cerró los ojos y escuchó el letargo otoñal de la ciudad. En ese pacífico y frío domingo parecía que todo armonizaba. El suelo susurraba bajo las caricias de la fina nieve. El viento silbaba y arrastraba las hojas caídas. Quiso olvidarse de su miedo a que la policía pudiera empezar a acecharle. Renunció a sus cábalas sobre lo cerca o lejos que pudieran estar de apresarlo. Sólo sería cuestión de tiempo, de tiempo y de fe.

Volvió a abrir sus ojos. La concatedral de Logroño destacó en primer término, oscurecida por gruesas nubes. Volvió a contemplarla con deleite, como tantas otras veces. Su puerta estaba abierta y una pareja de feligresas abandonaban el refugio de sus muros. A paso lento dieron la vuelta al templo y se perdieron por la plaza mayor, representando una escena propia de un relato de Perrault.

Se animó a bajar a la Iglesia. Salió de su habitación sin ningún tipo de ropa de abrigo, convencido de que el frío que contraía sus músculos le servía para atemperar su mente. Atravesó serenamente la calle y se introdujo en el templo por el pórtico sur.

En uno de los primeros bancos, alguien rezaba arrodillado frente al altar. Karl tomó la nave lateral a su derecha y se dirigió ante el retablo de la Virgen del Pilar. Se santiguó y se presentó con las manos abiertas ante ella. Sabía que su madre no le fallaría. Desconocía de cuánto tiempo disponía, pero atesoraba una infinita fe que colmaría todos los instantes de lo que quedara de vida.

La virgen fue su confesora durante sus momentos más tristes tras el martirio de Emma. Si tenía que pagar por la muerte de esa muchacha bajo la justicia de los hombres, sería porque Dios lo dispuso así. Pero la madre de Dios tenía misericordia no sólo en el reino de los cielos, también en vida iluminaba el camino de los desesperados.

María dejó muestras de su especial sensibilidad materna a lo largo de la Historia. En Europa se conocían sus apariciones de Lourdes o Fátima, pero en cualquier lugar del mundo se multiplicaban sus milagros.

Karl sabía que también tuvo su momento trascendental con Ella hacía bien poco. Cuando más hundido se encontraba, la virgen del Pilar se transfiguró en Emma, apaciguándole y convenciéndole de que únicamente cumplió con lo escrito en los designios divinos.

"!Dios te salve, Madre de las Gracias de Altötting!" susurró Karl evocando a la virgen de su infancia en Alemania. "Aquí me tienes. Asumo mi destino. Lo que tenga que ocurrir, será en beneficio de la obra que se me encomendó".

Si le detenían, la obra debería seguir adelante. De la misma forma que si muriera ya se había asegurado de donar gran parte de sus bienes materiales a los niños que llevaban su apellido. Estaba seguro de que esos niños, una vez hombres, descubrirían que su nacimiento, su vida y su grandeza se la debían en gran parte a este humilde servidor de Dios. El que había dispuesto los medios para que el destino se escribiera según la providencia.

Una sensación de orgullo invadió el espíritu de Karl. Podía llegar el momento en que quedara relegado de la obra. En lugar de entristecerse, sintió la satisfacción de un trabajo bien hecho. Miró con la cabeza erguida a la Virgen y lanzó una sonrisa. Le extrañó cómo la Virgen perdía la vista al frente, por encima de él. Como guiando su mirar. Siguió la dirección de los ojos de la Madre.

Hasta que dio con la persona que estaba rezando cuando él entró. El desconocido se estaba santiguando dispuesto a abandonar el lugar. Era un hombre de cierta edad, vestía un largo abrigo marrón. Destacaba su abundante cabello blanco…

_¡¿Federico, Federico Ledesma?! –levantó la voz Karl nervioso. Una intensa duda despojó a su alma del reciente sosiego. El eco de su voz se propagó penetrante como un disparo.

_¿Perdón? –El desconocido le dio la cara y le respondió en un tono más apropiado para el lugar donde se encontraban.

_Perdone usted. Le confundí con otra persona.

Definitivamente no. Ese no era el momento para dejar que la obra siguiera su curso natural y para entregarse a la justicia de los hombres.

Por unos instantes reconoció sin lugar a dudas la cara de Federico Ledesma en ese extraño. Casi había olvidado al nuevo y posiblemente último elemento perturbador del que tenía que encargarse. Cuando volvió su vista a la imagen de la Virgen, descubrió que la mirada de la pequeña talla era imperceptible desde esa distancia.

CAPÍTULO XXXV

Para tratarse de un frente siberiano, aquel frío se comportaba como un tozudo temporal aragonés. En Undués llevaban ya varios días padeciendo el carácter tenaz de ese tiempo atípico.

Al llegar al pueblo, Guillermo Sueve se arrepintió de no haber cogido cadenas para los neumáticos. Habría quedado ridículo que un vehículo de la Guardia Civil tuviera que ser rescatado. La consecuente sorna popular podría traer a la actualidad la vieja tendencia de chistes sobre la Benemérita.

Salió a primera hora desde el cuartel en Ejea, al volante de uno de los Land Rover. No imaginaba la gran nevada caída unos pocos kilómetros al norte. Tampoco se interesó en preguntar por ese extremo a sus compañeros de tráfico. Bastante tenía con llevarse el todoterreno sin pedirlo prestado.

Tenía decidido ir, sí o sí. Confiaba en encaramar la investigación con dos importantes entrevistas. Por un lado el alcalde le debía muchas explicaciones sobre el misterioso Carlos, aparecido de la nada. Las explicaciones que faltaban las extraería de Sherman. Ambos conocían, desde su particular perspectiva, al nuevo personaje. Entre sus dos aportaciones sintetizaría aspectos relevantes.

Después de patinar constantemente y avanzar a velocidad de bastón durante más de hora y media, llegó hasta el Ayuntamiento de Undués. Acercó el coche hasta la misma puerta del edificio consistorial. Miró a su alrededor a través de la ventanilla. En la soledad de esa plaza, Undués parecía más auténtico en su fría nostalgia, sin la invasión de coches habitual en otras épocas del año.

Bajó del coche y dando tres pasos alcanzó la entrada. Al pasar

por encima de un felpudo metálico, restregó la suela de sus zapatos por puro automatismo. En el pequeño recibidor nadie le esperaba. Supuso que Ignacio se encontraría en su despacho, tenía mucho en qué pensar.

Pese a que la nueva información que éste había de aportar podía resultar muy relevante, subió con la idea de desarrollar entrevistas oficiosas. Durante el fin de semana maduró la idea de que la aparición del tal Carlos aportaba una punta de hilo del que desmadejar con seguridad todo el ovillo. Pero contemplaba la mínima opción de encontrarse con una simple cortina de humo, por eso decidió confirmar por sí mismo.

Si su entrevista resultaba esclarecedora, pondría en antecedentes a la juez, a su Capitán y a la Unidad Central de Inteligencia Criminal, que parecía inmovilizada a la espera de que se le aportara algún nuevo indicio.

Tomó la escalera de madera hasta la primera planta y se adentró en el pequeño pasillo al frente. Aprovechando que la puerta del despacho estaba entreabierta, se asomó.

_Buenos días, Ignacio –Guillermo miró firmemente al alcalde sin penetrar completamente.

_Hola –contestó Ignacio con la mirada huidiza–. Pasa, pasa. Guillermo, siento mucho no haber caído antes en Carlos. No pensé que pudiera ser relevante. Él sólo se encarga de pagar el alquiler de la finca donde se ubica la comuna –Ignacio comenzó atropelladamente con su meditada defensa. Sorprendido, Guillermo tomaba asiento frente a él.

_No sé en qué estabas pensando, Ignacio. Deberías habérnoslo contado todo. Tus motivos habrán sido otros, pero no has facilitado en absoluto la investigación. No sé si ese tipo tendrá algo que ver o no. Pero con él se abren nuevas posibilidades.

_¡Joder! No sé porqué no os hablé de ese maldito Carlos. Yo mismo le hice saber lo de los encuentros de su hijo Sherman con Emma meses antes del fatal desenlace. Nunca viene por aquí, pero no lo tenía que haber descartado u omitido inconscientemente. No sé, fui estúpido y ahora estoy preocupado. No quise asumir que pudiera tener algo que ver. Pero después de hablar contigo el sábado, abrí los ojos, y no los he podido cerrar ni en la cama. Si quien mató a Emma es ese maldito Carlos, me querré morir.

_Necesitamos saber quién es y cómo es Carlos –Guillermo quiso mostrarse lo más oficial que pudiera. Bastante le costó acopiar paciencia durante el fin de semana como para dejar explotar sus sentimientos de buenas a primeras.

_ Es un tipo alto, rubio, delgado. Ahora tendrá unos cincuenta años. Tenía rasgos germánicos, aunque hablaba muy bien castellano. Sólo lo conozco por su nombre. Supongo que también pesaría en mi omisión un cierto recelo. Ahora comprendo que es una tontería, pero siempre he considerado peculiar la relación contractual del alquiler del terreno donde viven esos chicos. Sólo hay un contrato verbal por el cual el Ayuntamiento ingresa una importante cantidad de dinero. Todo está contabilizado y justificado. Aunque el único que sabe que el pago lo hace Carlos en lugar de los residentes, soy yo. Administrativamente no hay nada oscuro por nuestra parte. Desde el principio tenía que haber supuesto muy extraño que un mecenas despilfarrara su pasta de esa forma. Ahora entiendo eso de que el dinero ciega. Nos venía muy bien ese capital.

_Has dicho que Carlos es el padre de Sherman ¿no? –Guillermo memorizó las características físicas del sospechoso y del resto de lo comentado se centró en lo que afectaba estrictamente a la investigación del asesinato. En ese momento consideraciones de Hacienda eran harina de otro costal. En un tipo tan locuaz como Ignacio había que cribar continua y cuidadosamente sus palabras.

_Bueno, explícitamente nadie me lo ha dicho. Es una suposición a la que llegué yo solo. Carlos me pidió que supervisara el estado de los habitantes de la comuna y que le llamara a su teléfono ante cualquier novedad o contratiempo. Imaginé que sería el padre de Sherman, el primero que llegó. Pero ya no doy nada por seguro.

_Sólo tenemos el nombre de un supuesto culpable, un número de teléfono móvil y una hipótesis de su paternidad. –Guillermo empezó a notar un brote de impotencia haciéndose más y más grande. Pensaba que Ignacio le aportaría documentación, datos concretos, algo con lo que pedir un informe de antecedentes, buscar referencias de todo tipo, lanzar una investigación…tan sólo tenían un móvil al que llamar y preguntar por el asesino, igual que Gila hacía con el enemigo.

_Guillermo –Ignacio apretó sus manos sobre la mesa y trató de

fijar su mirada sobre él-. En caso de que hubiera sido él, ¿qué pasaría conmigo?

_Un fiscal concienzudo podría acusarte de encubrimiento. Supongo que todo dependería de si este tiempo de espera perdido perjudicara en su localización y en su posible determinación final de culpabilidad. No tenemos gran cosa, pero trataremos de tirar del hilo con tu aportación.

Anótame el número de teléfono del tal Carlos y lo pasaré al departamento procedente para que obtengan algún dato. -Lo de "obtener algún dato" lo expresó como un suave eufemismo. En cuanto la juez autorizara el pinchazo, iban a barrer hasta las llamadas a Telepizza desde ese número-. Después no me extrañaría que te pidieran que llamaras al mismo número para rastrear la ubicación del teléfono.

_Estaré dispuesto para lo que me pidan –afirmó Ignacio recuperando la serenidad en su voz.

_Esperemos que todo esto se arregle, Ignacio –Guillermo dirigió una estudiada mirada, entre la amenaza y una real esperanza.

Se despidieron. Guillermo bajó por la escalera musitando su decepción. Le gustaría haber dado con algo más preciso. Sentía importantes dosis de fastidio, se dejaba su esfuerzo y trabajo en la búsqueda de pruebas, esperando ser la lanzadera de la investigación y ahora tendría que delegar en otros. Lo único que le correspondía era entregar el número de teléfono de Carlos para que desde Madrid alguien se encargara de hacer un buen barrido de llamadas.

Cuando salía por la puerta, bajo la incómoda caricia siberiana, su móvil vibró en su bolsillo. Sacó la llave del todoterreno y subió. Una vez dentro se preocupó de sacar del bolsillo del chaquetón el teléfono. Miró la pantalla. Desde el cuartel alguien podría estar echando de menos el vehículo que había tomado de manera poco oficial.

_Dígame. –Incluso dentro del coche, el vaho prorrumpió del fondo de su boca.

_Guillermo. Tenemos importantes noticias en el caso de Undués. Nos han telefoneado desde la Unidad Central de Inteligencia Criminal. -El Capitán Jaime Hornos empezó a largar la trascendente información sin apenas respirar.

_ Soy todo oídos. –Retorciéndose levemente, consiguió encender

el contacto con su mano izquierda. Escuchaba curiosamente, pero necesitaba activar la climatización para no congelarse.

_Por lo visto, la policía local de Logroño rescató un vehículo del fondo de un embalse. Coincide con la descripción del que pudo haber usado el asesino. Se ha preparado un desplazamiento en comisión de servicio a esa ciudad. Lo ha encargado la juez, solicitando tu participación.

_De acuerdo, capitán, me acercaré por el juzgado cuanto antes. Gracias. -Arrancó completamente el coche y con el móvil entre su hombro y su oído, se dispuso a dar marcha atrás para salir del pueblo.

_Vete cuanto antes para allá, Guillermo. La juez te estará esperando. Adiós.

Guillermo se alegró de que Marta se hubiera acordado de él. No sabía si la aparición del coche en Logroño tendría que ver con Carlos. Pero le encantaba que aparecieran una, dos o cien opciones con tal de que se resolviera el caso.

A su llegada a Ejea iría a visitar a "Su Señoría". Además de adjetivarla como atractiva o estricta, según el día, podía empezar a caerle bien. Le suministraría la información sobre Carlos y podrían tramitar cuanto antes el pinchazo de su línea.

Pero todavía le quedaba la entrevista con Sherman, el principal beneficiario del altruista e ignoto Carlos. Agarrando el volante como un principiante y con su cuello contraído por la tensión, se dirigió cuidadosamente hasta el puerto de Cuatro Caminos. Tomó la pista de tierra hacia la comuna y de inmediato apreció un mayor agarre de los neumáticos.

En cuanto alguno de los habitantes vio aproximarse al coche, con la inconfundible mezcla de su color corporativo y su emblema, avisó a Sherman y éste salió a su encuentro.

Guillermo y Sherman se reconocieron inmediatamente y se saludaron. Ya habían compartido unas cuantas charlas informales y un interrogatorio en toda regla.

_Perdona que te moleste en este día tan desapacible, Sherman. Pero acabo de hablar con el alcalde y me ha hablado de un tal Carlos, al que nadie conocemos. Por lo visto él os paga el alquiler de la comuna…

_Sí, Carlos se ocupó desde el principio de facilitarnos este lugar

para crear este espacio de convivencia tan especial. –Sherman empezó a mentir ocultando la identidad real de Karl. Sabía perfectamente que con el alcalde también se ocultaba bajo el alias de su traducción al castellano. Curiosamente, era la primera vez que mentía a la autoridad, desde que le empezaron a preguntar por tantas y tantas cosas.

_Ignacio dice que es tu padre.

_¡Qué va! No sé de dónde ha sacado esa idea.

_Pues aún lo entiendo menos. Un tipo sin ninguna relación con vosotros, y del que sólo conocéis su nombre, arrienda este terreno para que viváis a sus costillas. Ese tipo de mecenazgo no existe, Sherman. ¡¿Qué saca él con todo esto?! –Guillermo levantó el tono de su voz sin apenas darse cuenta. Ya iban dos testimonios que nombraban al tal Carlos, pero como un fantasma sin ningún otro tipo de datos.

_Carlos tiene mucho dinero. Él fue el ideólogo de la comuna. –Sherman señaló el entorno que les rodeaba, difuminado por una ligera bruma-. Creó esta pequeña sociedad a escala como un experimento antropológico. Una especie de obra que algún día querrá enseñar al mundo como su gran aportación. Si preguntas a cada uno de los que estamos aquí, todos lo saben. Formamos parte de un experimento, sí. Pero tenemos libertad para realizarnos en contacto directo con la naturaleza. Vivimos y nos organizamos libremente. Es un mínimo precio -. Sherman pensó que le estaba contando la misma versión incompleta de la verdad que confesó a su mujer.

_No sé, Sherman. No creo que sólo se deba a eso… –comentó Guillermo esperando el momento de espetar un comentario y observar la reacción de Sherman.

_¿Por qué lo dices?

_Vuestro filántropo anónimo se ha convertido en el primer sospechoso del asesinato de Emma. Y si finalmente la presunción de culpabilidad se cumple, no entiendo qué le pudo mover a hacerlo.

Sherman pensó en Karl, el verdadero Carlos. El hombre de negro, como le llamaban sus hijos. ¿Sería capaz de algo así? Imposible. Karl era profundamente religioso, no podría matar a nadie. Ese guardia civil quería despertar la duda de que pudiera ser el asesino de su amante con el fin de desvelar algún extremo más

sobre su identidad y descartar opciones.

Guillermo, que ya conocía su actitud ante situaciones límite, descubrió un gesto extraño. No supo diferenciar si lo provocaba la mera ocultación de información, el desencanto por entender que su mecenas tenía opciones de descubrirse como el asesino de su amante, o ambas cosas.

CAPÍTULO XXXVI

_Ya tengo el billete, Hans. Pasado mañana estaré por allí. –A última hora del lunes Fremont se encontraba en su despacho de la parroquia de Altötting. Tomándose un descanso entre el papeleo acumulado pegó un toque a Hans. La burocracia que antes ventilaba ipso facto ahora le aburría. Desde que el Vaticano depositó su confianza en él para que siguiera de cerca el asunto de los vaticinios de San Virila, había olvidado algunas tareas rutinarias.

_Te esperaré en el aeropuerto de Zaragoza. Vamos, si es que no nos encontramos con la carretera cerrada. Aquí llevamos varios días de nevada en nevada. –Hans retrocedió unos metros de casa de Federico, a donde se dirigía justo en el momento en que recibió la llamada de Fremont.

_No te preocupes. Puedo coger un taxi.

_Pareces un niño con zapatos nuevos, Fremont. Desde que visitaste a tu viejo amigo Benedicto, te ha puesto las pilas.

_Sí, he rejuvenecido. No sé, puede que todo el tiempo que ha pasado sin que la Iglesia interviniera me haya servido para aprovisionarme de fuerzas. Tengo la sensación de estar saboreando la aventura de mi vida. No es la edad más adecuada, pero debo estar a la altura.

_Estaré encantado de acompañarte en la aventura, Fremont.

_Ya sabes que no caminaremos solos. Desde el Vaticano me confirmaron todo su apoyo.

_Tenemos a los peces gordos de nuestro lado. Es increíble. –Hans se movía inquieto en la calle. En parte para mitigar el frío y también por la inquietud creciente. Si Fremont consideraba que vivía una aventura, para él era mucho más, ante él su vida giraba hacia algo verdaderamente importante. Su notable pasado como

personaje famoso parecía una pantomima al lado de los actuales acontecimientos.

_Están dispuestos a que todo esto llegue a buen puerto. Tendremos línea directa con Adolf Bergmann, el secretario del Papa. Cualquier incidente que nos surja nos ayudarán a solucionarlo.

_De momento el único problema presente lo tenemos aquí, bien cerca. Ahora mismo me dirigía a casa de Federico. Me asusta lo que él pueda saber, y la manera en que lo habrá averiguado.

_Bueno, él te propuso un intercambio, ¿no es así?

_Cierto.

_Quien fuerza una negociación es porque tiene un mayor interés. Es algo básico.

_Sí, pero si sabes que el negociador te tiene cogido y te busca para hacerlo patente, puede que tengas más que perder de lo que crees en un principio.

_Adolf ya está al tanto. Lo cierto es que no le extrañó que alguien más pudiera conocer el vaticinio de San Virila. Más aún sabiendo la organización a la que pertenece tu amigo. Me comentaste que pudiste intuir que no estaba sólo. Dijo algo en plural que te chocó. Pues bien, investigadores del Vaticano, que deben ser algo así como El Mossad israelí, inmediatamente han averiguado que Federico Ledesma es un miembro histórico de los rotarios en España.

_¿Rotarios? Pensaba que eso era un club de super élite de Estados Unidos.

_Su sede central está en Evanston, una pequeña ciudad estadounidense, pero se ramifica por todo el mundo. Por lo que me han dicho, es una organización de notables personalidades. Muchos de sus miembros son francmasones, herederos de la simbología propia de los Templarios. Realizan labores filantrópicas y se desvinculan de cualquier creencia o tendencia política. Se consideran custodios de la moral y del orden y se sospecha que tienen en su poder un archivo secreto tan magnífico como el Vaticano.

_Si no les hace falta simpatizar con ninguna facción política significa que se bastan y se sobran para mover importantes hilos – Hans buscó el parapeto de una estrecha calle donde el látigo del

viento no azotaba con la fiereza de los últimos días.

_Pues sí, son tan autosuficientes como para haber alcanzado a conocer lo mismo que nosotros sobre San Virila.

_Hasta ahí no creo. Ya te comenté que Federico se aprovechó de mi desquiciante verborrea nocturna para investigar de alguna forma…

_Sea como fuere estoy seguro de que habrán llegado a buen puerto. Seguro que si vas a hablar con él te sorprende e incluso puede aportarnos algo nuevo. Pero aún hay algo más importante que debo contarte. El Vaticano ha averiguado otras cosas que nos afectan de manera muy relevante.

_Da gusto tener a El Mossad detrás de uno.

_Cierto. Es increíble cómo trabaja esa gente. Ya sabes que les hablé de ti y de Karl Swainger. Pues bien, supongo que de ti habrán indagado intensivamente, al parecer no sacarían nada negativo sino habrían pensado en relevarte.

_Sólo nos faltaría eso. Nosotros se lo ponemos en bandeja para que después se atiborren de Gloria.

_Sólo era una broma. Puedes estar tranquilo, confían en ti. Pero como te decía, han estado investigando a Karl y han descubierto que tiene dos hijos.

_¡Anda! El curita no pierde el tiempo –rió Hans castañeteando sus dientes. De inmediato se arrepintió por bromear sobre el clero con Fremont.

_Cierto, podríamos interpretarlo así. No pierde el tiempo. Dos nuevos vástagos con apellido Swainger andan por España como los niños herederos de una fortuna que son. ¿Sabes cómo se llaman?

_¿Paco y Jürgen? –improvisó jocosamente Hans.

_No, sus nombres son: Homero Y Chakir.

Hans escuchó el sonido de esos dos nombres perdiéndose en un soplo del viento. Después repreguntó con absoluta incredulidad, esperando haber oído mal.

_¿Qué?

_No sé cómo demonios lo ha hecho, pero los niños de la comuna, los hijos de Sherman y Catherine constan como sus propios hijos.

_¡Increíble! No puedo ni imaginar cómo lo lograría.

_No sé. Por desgracia el dinero puede hacer muchas cosas en

este mundo. Lo que está claro es que Karl está muy cerca, más incluso de lo que podríamos sospechar. Ha llegado hasta el corazón de la comuna. Se ha inmiscuido de lleno en el vaticinio de San Virila para asegurarse de tener su espacio preferente en la obra de Dios.

_Por fin me estoy convenciendo de que la aparición de la Iglesia puede facilitar nuestro trabajo en esta aventura, como tú bien dices. Hay demasiados imponderables.

_Hans. Esta aventura puede tener peligros que por ahora no podemos intuir. Allá donde la obra de Dios quiere emerger entre los hombres, también suele presentarse el mal.

_Tranquilo, Fremont. Andaré con pies de plomo, puedo oler el peligro a la legua. Recuerda que he sido periodista en primera línea.

_Está bien, ándate con ojo. Adiós. Nos vemos pronto.

_Adiós, padre Fremont.

Después de colgar, salió del portal de la casa abandonada bajo el que se había refugiado y se acercó a casa de Federico. Acababa de decir que andaría con pies de plomo, y sin duda en sus encuentros con Federico debía tomar las mayores reservas. Cada vez que se encontraba con él, detectaba un creciente odio hacia su persona.

En el anochecer, la nieve lanzaba destellos bajo las farolas y bosquejaba penumbras en cada esquina. Undués se transformaba en una melancólica aldea de cuento de Chejov. Los contornos se suavizaban bajo el ondulado manto blanco, forzando a sus habitantes a hacer memoria de cualquier desnivel escondido bajo la aparente inocencia blanquecina.

Hans vio luz en la planta baja de la casa de Federico y se decidió a llamar.

_Buenas noches –saludó cordialmente el alemán en cuanto se abrió la puerta.

_Buenas, Hans. –Federico mostró una amplia sonrisa, maquillada por su mirada maquiavélica–. Pasa, pasa. Estaba entreteniéndome con alguna lectura.

El lúgubre zaguán de piedra se distinguía a duras penas por un hilo de luz, que se escapaba por el hueco de la puerta a su izquierda. Su anfitrión se colocó en el centro, franqueando el paso a su invitado hasta la bodega de la planta baja que se ubicaba tras esa puerta donde se adivinaba la única iluminación.

La habitación se dividía en dos ambientes. Nada más entrar, una mesa de madera oscura con sus sillas a juego sintonizaban en color y diseño regio con el resto de mobiliario de ese primer espacio, un banco apoyado en la pared a su izquierda, y una alacena a la derecha transformada en el muestrario de apreciados caldos.

Al fondo se diferenciaba la zona de sobremesa y tertulia. Se cerraba alrededor de un hogar calcado al de la planta superior y que compartiría la misma salida a la chimenea. Hans recordó que también repetía ornamentación en torno al fuego, cadieras a ambos lados terminaban por ofrecer un solariego toque aragonés.

La sala se presentaba repleta de antiguos aperos agrícolas y domésticos recuperados para una nueva vida ornamental. En distintas ubicaciones convivían un alambique de cobre, una rudimentaria báscula, así como tinajas, ánforas y cacerolas de arcilla o bastones tallados minuciosamente. Incluso un yugo se aferraba a un travesaño del techo con una buena maroma, para descolgar desde allí unos indescriptibles aparatos de luz.

En otro momento le hubiera parecido un lugar con encanto. Pero ahora sentía que estar encerrado con Federico, teniéndole ya como un contrincante o algo peor, no era lo más conveniente. Tras echar un vistazo, tomó la palabra sin tan siquiera sentarse.

_Ya ves. Tal como me pediste he venido en tu busca.

_Estamos condenados a entendernos, Hans. Me alegra que por fin hayas asumido que nos encontramos en el mismo punto.

_Cierto es, Federico. –Hans se apoyó en una de las sillas, dando la espalda al hogar–. Has conseguido llegar al mismo punto en que yo me encuentro. Has averiguado la verdad sobre San Virila. Enfocaste correctamente la información.

_Sentémonos un rato –ofreció Federico, sin poder desprenderse de su incipiente mirada aviesa.

_No, gracias, Federico. Querías comentarme algo y aquí estoy. Pero espero que seamos más concretos que en anteriores ocasiones.

_Aún me queda pendiente averiguar más cosas. Confío en poder determinar cual de los dos chicos es el elegido para convertirse en el cuarto personaje. Aunque tú te hayas encargado de alejarme de la comuna.

_Te equivocas, Federico –sonrió abiertamente Hans. Se alegró de que así hubiera sido pese a que él no tuvo nada que ver-. No sé

qué te habrá pasado en la comuna, pero yo no he mediado para apartarte.

_Bueno, no importa. La cuestión es que durante nuestra última conversación comentamos la posibilidad de hacer un trueque de información. Yo quiero saber dónde se guarda ese manuscrito del santo y también dónde y cuándo se encontró.

_Eso es más de una petición, Federico. Tu contraprestación tiene que ser muy grande.

_No juegas conmigo honestamente, Hans.

_El documento se extravió. Tal vez duerma entre infinitas resmas de pergaminos y legajos olvidados en algún archivo eclesiástico. Seguramente se encontrará esperando a que la Iglesia bendiga su credibilidad, si es que alguna vez lo hace. El cuándo se encontró lo desconozco pero en cuanto a su origen se radica aquí cerca, en el Monasterio de Leyre, ¿dónde si no? Te recuerdo que San Virila fue Abad de ese monasterio.

¿Te parece justo ahora el juego? Ya ves, sólo estoy aquí por una vieja leyenda que me contaron. Ahora creo a pies juntillas en San Virila y su vaticinio, pero al comienzo no tuve mucha fe. Sólo quería cambiar de vida. Esta aventura, por muy remota e improbable que fuera supuso un aliciente.

_Muy bien, Hans. Ahora me toca a mí sincerarme. Mi información concierne a los niños de la comuna. Los dos hermanos se apellidan Swainger –espetó Federico, estudiando la reacción de Hans.

Si no acabara de enterarse de la noticia a través de Fremont, su reacción habría sido bien distinta. Sin embargo, conocida la información de antemano, Federico no pudo encontrar un ápice de sorpresa en su rostro.

_Sí, ya lo sé. Desconozco cómo ni quién le ha dado esos apellidos a los niños. No hay ningún alemán en la comuna… Pero intuyo que tu aportación sólo despierta nuevos interrogantes tanto para mí como para ti. Más que una aportación, me has dado una nueva pregunta. –Hans giró sobre la mesa, pasó al lado de Federico y se dirigió a la salida–. Podías haber sido más honesto. Con decirme que perteneces a la organización de los rotarios y que actúas como punta de lanza para desvelar el secreto de Undués, me hubiera dado por satisfecho. No sé, así seguro que apreciaba tu

voluntad de partir en un plano de igualdad.

_Sí, soy rotario –aclaró Federico tratando de actuar con la misma desafección que estaba logrando Hans–. Todo lo demás sobre mi organización y nuestro estudio del juego de la oca ya lo conoces. No es una aportación banal. Pero bueno, no vamos a discutir por eso. Lo verdaderamente relevante es la maravillosa coincidencia, ¿no crees? La religión cristiana y la más insondable cabalística se han puesto de acuerdo para señalar indefectiblemente hacia este pueblo.

_La cuestión, realmente, es que alguien utilizó la cabalística para esconder lo que Dios ya había dictado a los hombres a través de uno de sus santos.

_Esconder ¿como en un mapa del tesoro? –Federico parecía disfrutar con ese diálogo entre dos jugadores con sus dados en la mano. Ambos esperaban componer la mejor jugada.

_ Sí, podríamos interpretarlo así. El tesoro no es completamente el fin porque el fin también sería discernir el motivo de Dios para esconder el tesoro, para velar un mensaje. –Hans se sorprendió a sí mismo elucubrando en un tono completamente metafísico-. El mapa cabalístico marcado en la Oca o incluso el vaticinio de San Virila que tanto te gustaría conseguir, sólo son un camino hacia una sombra. El ideal, causa y fin, sería saber porqué Dios escondió el tesoro. -Mientras hablaba, salió al zaguán, seguido de cerca por Federico-. Ya puedes estar tranquilo, Federico. Los dos acotamos la verdad en paralelo, por distintos frentes. Aunque no conozcamos nunca la trascendencia de nuestra verdad, es lo que nos queda. Nos encontramos en plena igualdad.

_No competimos en total igualdad, Hans –añadió Federico considerando que el alemán ya sabía su origen rotario y sin embargo él no sabía quién le cubría las espaldas. Sin embargo, en unas décimas de segundo, intuyó que no debía posicionarse de nuevo en un plano de inferioridad. Recompuso sobre la marcha su frase-. De momento tú vas ganando. Te has llevado a la chica.

_¿Te refieres a Ariadna? Ella no tiene nada que ver con todo esto. Tan sólo es una amiga. Aunque si hubiéramos pugnado por ella, no hubiéramos ganado ninguno. Ya sabes que son ellas las que eligen.

CAPÍTULO XXXVII

Los acontecimientos sobrevenían vertiginosos. Guillermo se arrepentía de haber maldecido en más de una ocasión la lentitud e ineficacia de la Justicia. Tal vez todo se debiera a quién la promoviera e impulsara. Marta le estaba demostrando que su meticulosidad la aplicaba con igual tesón ante quien correspondiera.

Ese mismo martes, día siguiente de su visita a Undués, ya se había coordinado su visita a Logroño. Por la mañana se encontraba en la sala de reuniones de la Jefatura de la policía local de esa ciudad.

Mientras esperaba al enviado del Servicio Central de Criminalística, tomaba un insulso café de la máquina de autoservicio y miraba por la ventana. Los transeúntes de la calle peatonal se preocupaban más de ajustar bien sus bufandas al cuello que de despistarse entre las ofertas de los escaparates.

Todavía no había terminado su café cuando alguien apareció en la sala. En primer lugar se asomó el Inspector Jefe, Fernando Torres, delantero centro en sus ratos libres, como él mismo aseguró a su llegada. Éste invitó a entrar a un enorme tipo trajeado, que tuvo que agachar su cabeza para no chocar con el marco superior del umbral de la puerta. A su lado, el inspector Torres con su metro ochenta, parecía un enano.

_Don Guillermo Sueve, supongo. Mi nombre es Igor Arozamena –se adelantó a las presentaciones el grandullón con su rictus adusto. El único gesto amistoso nacía del vivo brillo de sus ojos, erguidos a duras penas sobre sus descuidadas ojeras de cuarentón.

_Sí. Yo mismo. Encantado. –De alguna forma, dentro de una organización fragmentada, debía interpretar a ese tipo como un

superior suyo, aunque sólo fuera por la nómina.

_La juez de Ejea ha solicitado su presencia en Logroño para supervisar la investigación del rastro del vehículo encontrado. –Igor apenas dio lugar a que tomaran asiento en la pequeña sala.

_Así es, su señoría sabe que estoy llevando el caso con toda mi dedicación. Puedo aportar los datos que se me soliciten sobre la investigación del asesinato de Emma Bermúdez.

_Bueno. La cuestión es que puede que estemos yendo muy rápido. La UCIC contrastó la información que nos aportó amablemente Fernando –Igor señaló al inspector mientras este cerraba la puerta y tomaba asiento–, y se contempló la posible relación entre el vehículo aparecido y el que rondó el lugar del asesinato en Undués.

_Pronto tendremos más datos, Igor –contestó Guillermo-. Actualmente se está investigando una línea de teléfono asociada al principal sospechoso del asesinato. La juez ha tramitado la orden para el pinchazo y creo que la misma Unidad Central de Inteligencia Criminal podrá aportarnos algo en breve.

_Muy bien. Yo sólo lo digo porque la juez ha insistido hasta precipitarlo todo y de momento sólo tenemos coincidencias y conjeturas. Tendremos que esperar.

"Esa es mi Marta. No saben con quién han topado", pensó Guillermo.

_De momento, hay que enlazar el hallazgo del vehículo con el caso concreto de Undués. –Igor abrió una carpeta de documentos, entre sus enormes manos parecía una colección de cromos-. De las pruebas físicas en el coche podemos ir olvidándonos, evidentemente.

_Así es –intervino Fernando Torres afirmando con la cabeza–. Lo que sí hemos averiguado es la procedencia del vehículo. No se trata de ningún robo. Todavía consta a nombre de un tal Juan Gurmindo. Nos pusimos en contacto con él y nos dijo que lo había vendido. Aunque no nos pudo dar datos del comprador. Según su versión, el tipo en cuestión le ofreció una gran suma de dinero en metálico y se comprometió a tramitar el papeleo al día siguiente.

_Muy propio del personaje que buscamos –acuñó Guillermo-. Ha creado una serie de relaciones aportando únicamente un nombre que salvaguarda su anonimato. Eso sí, debe tener mucho dinero,

porque compra a cualquiera para conseguir ese fin.

_El muy incauto del vendedor no pondría pegas, no fuera a ser que se escapara ese comprador –Fernando Torres completó intuitivamente la narración.

_Bueno, me sorprende. Parece que vamos apuntando hacia la misma persona. No hay nada como un "brainstorming" para aclarar los asuntos –comentó Igor.

Guillermo pensó:"Un brainstorming o también: vosotros pensáis y yo me vuelvo pa´ Madrid con un caso a priori inconexo, y a la postre encauzado tras mi intervención"

_El asesinato ocurrió la madrugada del 15 de agosto. Tendríamos que tratar de interpretar el tiempo que pueda llevar el vehículo sumergido en el embalse de La Grajera –comentó Guillermo obviando sus hirientes reflexiones.

_Por eso no te preocupes, me ha acompañado personal que determinará esos extremos. Ya mismo están manos a la obra en el depósito –el gigantón dirigió su mirada a Guillermo a su izquierda para luego centrarse en Fernando al frente.

_¿Me comentaste que habíais encontrado algo, no?

_Sí. Creo que no hará falta determinar el tiempo que lleva el todoterreno sumergido. Logroño es una ciudad pequeña, todo el mundo nos conocemos a través de nuestros círculos de amistad.

Desde el mismo sábado por la noche en que encontramos el coche, se hizo un barrido entre la gente que acude con regularidad al embalse para extraer información de primera mano. Contactamos con pescadores, con paseantes habituales de la zona y con socios del campo de golf y del club de padel. –Fernando era seguido con suma atención por Guillermo mientras Igor repasaba algún papel-. En cuanto se nos informó ayer de la coincidencia de la fecha, atamos cabos. Porque la fecha de la inmersión del coche ya la sabíamos.

_¡¿Tan rápido?! –cuestionó Guillermo.

_Como digo esto es una pequeña comunidad. De entre todos los colectivos sondeados encontramos una colaboración muy importante. Un pescador habitual del embalse aprovechaba una ampliación de las fechas del coto, las lluvias y la superpoblación lo permitían.

La mañana del día 16 de agosto, en su zona habitual de pesca, a pocos metros de donde se abandonó el coche, los peces no

aparecían por ningún lado. Él observó que las aguas estaban más turbias de lo habitual y lo achacó a alguna sima abierta en la base del terreno.

_Perfecto. Un trabajo impecable. ¿No vio nada más extraño el pescador? -continuó Guillermo.

_A eso iba ahora. Cuando se cansó de tirar la caña sin resultado se decidió a cambiar de lugar. Regresó al camino que circunda el embalse y entonces vio a un tipo, vestido de negro, que andaba aparentemente desorientado por el camino en dirección contraria, hacia la presa. Pensó que se trataría de algún borracho.

_Está bien –volvió a tomar la palabra Guillermo. Tanto Fernando como Igor le miraban con un deje de menosprecio. Un simple policía judicial trataba de llevar la batuta en la investigación–. Ahí lo tenemos.

_Ahí lo tenemos o ahí lo perdemos –completó Fernando-. Después de hundir el coche huiría con algún otro medio previsto.

_Carlos, o al menos así se hace llamar, es muy probable que actúe solo. Para poder conducir el coche desde Undués hasta allí y escapar, tuvo que considerar su segundo transporte… ¿Tiene aparcamiento ese embalse? –Guillermo prosiguió su diálogo con Fernando Torres.

_Sí, un aparcamiento gratuito, aunque no creo que fuera tan incauto de dejar el día anterior el vehículo allí.

_¿A qué distancia está del centro de Logroño a pié o en coche?

_Por carretera unos siete kilómetros. A pie, desde el centro, callejeando y tomando el sendero principal de acceso, habrá unos cinco kilómetros. Pero entre todos los consultados nadie vio a ese personaje peculiar que nos indicaba el pescador. Se cuidaría mucho de que nadie pudiera verle. Y tampoco sabemos si alguien le estaba esperando, eso de que actúa sólo es una suposición.

Mientras Fernando Torres e Igor Arozamena empezaban a elucubrar sobre ese extremo, Guillermo se quedó pensativo.

_Perdón… ¿Hay transporte público en esa zona?

_Sí, una línea de fin de semana realiza varias expediciones.

_Podríamos ponernos en contacto con la empresa concesionaria del servicio. –Guillermo trató de plantear su sugerencia con tacto, intentando que sonara a propuesta común–. Sería interesante contemplar todas las opciones. Si Carlos pudo coger el autobús, su

conductor le vería perfectamente.

_Si ese tipo cogió el transporte público, acabarían llamándole el asesino del bonobús. No creo que después de matar a alguien se dejara ver de esa forma –bromeó el inspector.

_Bueno, no cuesta nada pegarles un toque –apuntó Igor valorando someramente la aportación.

Con gesto escéptico, Fernando Torres buscó el teléfono en el ordenador de la sala y tecleó en el teléfono fijo sin descolgar el auricular, permitiendo que funcionara el manos libres.

Una voz femenina recitó el nombre de la empresa con tono rutinario. En cuanto el inspector le informó de su intención de hablar con la persona al cargo del servicio de autobuses urbanos, ella le dijo que le pasaba con Juan José.

_Buenos días –intervino el referido encargado después de un buen rato en el que se prolongó una melodía estridente.

_Hola, soy el inspector de policía Fernando Torres. Necesitaríamos su colaboración en un caso. Nos interesaría hablar con el conductor que trabajó en la línea de La Grajera el domingo 16 de agosto.

_Ahora mismo lo compruebo en el cuadrante –afirmó. Pasaron unos segundos y retomó la palabra-. Sí, veo al conductor que trabajó ese día, pero hay un problema. Ya no está en la empresa.

_¿Sabría decirnos cómo se llama y dónde localizarle?

_Su nombre es Vladimir Kirkov. En cuanto a su paradero actual, eso ya no es función mía. Sería más propio de ustedes y la INTERPOL –se atrevió a bromear-. Según me dijo se marchó a su país.

_Muchas gracias – terminó Fernando la conversación.

_Bueno, vía muerta, amigo Guillermo – sentenció Igor ante su decepción.

_Podríamos tomar un café – prosiguió el inspector Torres –. Aquí, Guillermo ya se ha chutado su dosis de cafeína, pero yo voy a palo seco y prefiero el café del bar de al lado.

El teléfono sonó segundos antes de que abandonaran la sala. La opción del manos libres activada abrió la línea al segundo tono.

_¿Inspector? –una joven voz masculina reclamaba la atención de Fernando Torres.

_Voy a tomar un café, Sergio. Luego me dices –contestó el

aludido

_Tengo en línea a una persona de los autobuses urbanos que quiere hablar con usted. Dice que acaban de estar hablando.

_Pásamela –pidió con desgana.

Tras unos pitidos se escuchó la voz del mismo empleado de la empresa con el que había hablado hacía poco rato:

_¿Señor Torres?

_Yo mismo

_He pensado una cosa que tal vez le pudiera ayudar. Todos los autobuses tienen un sistema de videovigilancia. En la sala de Tráfico del Ayuntamiento, el operador del sistema informático le podría recuperar algún video de ese día, si es que le interesa.

_¡Perfecto! –levantó la voz Guillermo recibiendo una mirada fulminante del Inspector.

_De acuerdo, lo tendremos en cuenta. Gracias otra vez.

_Vamos para allá –comentó firmemente Igor nada más concluir la conversación.

El inspector les condujo hasta el edificio del Ayuntamiento y los tres subieron al departamento de movilidad. Conocía al jefe de área, un tal José a quien saludó efusivamente y que se prestó a llevarles hasta el puesto del operador, donde un joven se perdía detrás de unos monitores.

_Buenos días, Juan. Necesitaríamos una grabación de un autobús urbano. –El jefe de área y sus tres acompañantes rodearon al operador informático-. En concreto sería… -miró el funcionario a Fernando esperando indicaciones.

_Nos hace falta comprobar los vídeos de la línea de La Grajera el domingo 16 de agosto –tomó la palabra el inspector.

_La línea 8 realiza su primera salida a las diez y media. Pero no es una línea regular y sólo hace tres expediciones más después de mediodía –apuntó el joven mientras manipulaba el teclado y en uno de los monitores se desplegaba una aplicación.

_Nos interesa sobre todo la grabación de las diez y media –respondió el inspector Torres.

_Muy bien. –Entre varias carpetas, Juan seleccionó la fecha indicada y la hora de la expedición–. Aquí está.

_Necesitaríamos ese video. ¿Podemos llevárnoslo? –se anticipó Guillermo.

_El servicio de videovigilancia es un tema delicado -se interpuso el jefe de área, dirigiéndose al desconocido-. Si os hace falta tendremos que solicitarlo por trámite oficial.

_Bueno, José –intervino Fernando-. No sabemos aún si nos será de utilidad. ¿Podríamos echarle un vistazo de momento?

_Puedes activarlo, Juan.

Ante los ojos de todos los presentes se reprodujo lo ocurrido aquel día, el gran monitor se dividió en cuatro secciones para cada una de las cámaras. Primeramente la cámara que enfocaba a la puerta descubrió al conductor fumando un cigarro mientra esperaba a su hora de salida.

_Como pueden ver, las imágenes son captadas en alta definición –apuntó el operador para mayor consideración del sistema.

El inspector Torres asintió mientras seguía viendo cómo el conductor cobraba a un joven sin abandonar su asiento al volante. A los pocos minutos, a las diez y veintisiete, alguien más se acercó a la puerta de entrada.

Guillermo observó al detalle a ese personaje, con mentalidad investigadora. Varón blanco, alto, rubio, de unos cincuenta y tantos y vestido completamente de negro. Entró en el autobús apoyándose en la puerta. Al acercarse a pagar su billete, su cara quedó perfectamente definida bajo su cabello corto de profundas entradas.

_Está bien –concluyó Fernando Torres ante la estupefacción de Guillermo e Igor-. Puede ser de utilidad. Pediremos el video por el cauce oficial. Cuanto antes mejor.

En cuanto salieron del Ayuntamiento, Guillermo se dirigió al inspector sonriendo:

_Ahí puede estar tu asesino del bonobús -tras su ironía afirmó-: Sus características físicas se ajustan al máximo con los testimonios de los que han visto a Carlos.

_No te preocupes. Cuando dispongamos del video, extraeremos fotos y las colgaremos por toda la ciudad.

CAPÍTULO XXXVIII

A su inquietud desbocada, Federico sumaba el odio creciente hacia Hans. Un cóctel peligroso, un potente estimulante que le mantenía despierto en la madrugada de aquel martes.

Se encontraba en su salón de la planta superior. Frente al fogón encendido donde crepitaba la leña. Sobre la mesa, y a ambos lados del sofá, se extendían libros y documentación diversa que ya había repasado en multitud de ocasiones.

Una de las cosas que más le incordiaba era el hecho de tener que admitir gran parte de razón en los argumentos recientes de Hans. Ciertamente los dos desconocían el secreto final, el motivo para esconder un mensaje sobre algo ya predestinado. El vaticinio de un Santo y el críptico mensaje de los templarios en el juego de la Oca apuntaban entonces a una sombra.

Pero él se empeñaba en llegar más allá. El destino se alimentaba de espíritus pusilánimes, pero debía contar con los que le daban sentido al trazar sus líneas maestras. Ya sabía que Hans se había rendido, sólo se proponía acompañar a los acontecimientos marcados. Federico se empeñaba más que nunca en el mensaje, en intentar descifrar el motivo de Dios, en participar en el destino. Se proponía buscar una explicación final para entender la causa y el fin de la Providencia anunciada.

Se preparó una copa de vino y trató de abstraerse de todo para volver a empezar de nuevo como un observador novel de la situación. Sólo limpiándose de prejuicios e ideas preconcebidas sería capaz de conseguir una nueva perspectiva.

Después de un primer trago intenso de vino, perdió su mirada en el caprichoso baile del fuego en el hogar. Disfrutó del retrogusto del caldo riojano que zambulló sus sentidos en una barrica de roble.

Instantes después su estómago agradecía el riego del alcohol esparciéndose armoniosamente por sus paredes.

La primera sensación siempre le extasiaba. El resto de tragos solían quedar apagados por el eco de esa primera ingestión. Aunque en esa ocasión despertaron un ansia de borrachera e inconsciencia que albergaba su mente confusa.

Cedió al impulso de seguir bebiendo. Sin tener en cuenta la avanzada hora de la madrugada. Sin moverse del sofá, tomó varias copas más. Hasta que detectando su ánimo exacerbado quiso volver a plantearse sus dudas acerca de la teoría de la casilla número 12 del juego de la Oca.

In vino veritas. Sí, quizá en la embriaguez pudiera alcanzar la lucidez necesaria para descifrar la verdad última, el propósito del mensaje del Creador. Si alguien tuvo cerca esa verdad serían los templarios. Él, siglos después, disponía de toda la información al respecto.

En medio del silencio se escuchaba el viento creciente más allá de los muros. Cada ráfaga encontraba un hueco, chimenea abajo, para filtrar pequeñas hebras de viento que violentaban el fuego. Según el parte meteorológico vivían los últimos latigazos del frente frío. Él paliaba el rigor siberiano desde su estómago henchido de alcohol.

Rebuscó entre los libros sobre la mesa y escogió el primer estudio que señaló a Undués como el lugar preciso al que apuntaban los ilustrados de la orden del Temple. Todavía no había viajado hasta el pueblo cuando lo leyó por primera vez con fascinación.

Volvía al origen, empezaba de cero. Emborronó su memoria con el vino. Escuchó de nuevo las palabras de los templarios. Le empezaban a contar la historia oculta del juego de la Oca. Los protectores de los peregrinos hacia Jerusalén o Santiago salvaguardaban los mayores tesoros de la humanidad. En Jerusalén el santo cáliz, en Undués tal vez el destino de la humanidad. Non nobis domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Para nadie más que para Dios confiaban la gloria en su lema fundamental.

¿Para qué sus secretos entonces? Si sólo confiaban el destino del mundo a la gloria de Dios no tenían nada que temer, nada que proteger, sólo esperar que Dios iluminara cada mañana este

manejable mundo finito. Su misión, la salvaguarda de los caminos de la fe, parecía su único cometido.

Sus pensamientos grandilocuentes enardecían su espíritu abierto como el de un aprendiz, ansioso por asumir nuevas ideas. Buscaba otras premisas de un nuevo lector, que afrontaba la lectura sin conceptos ya adoptados, sin recuerdos, sin el peso de su consciencia.

Pudiera ser que su organización de rotarios no detentara la sabiduría de los templarios. Los amparados bajo el signo de la rueda rotaria ya no eran lo que en su pasado fueron. Federico sentía cierta vergüenza por ello, cada día se abandonaba un poco más las obligaciones adquiridas en el testamento templario.

Volvió a traer a su mente al origen del estudio, al punto cero. No tenía que distraerse con inquietudes actuales.

Empezar, empezar a plantearse todo de nuevo.

Los conocidos caballeros cristianos protegían el camino de Santiago. Reescribieron el mapa de su recorrido, oculto en los símbolos del juego de la Oca. Pero en ese juego presentaron otro camino, el que marcaba a Undués más allá del inequívoco símbolo del segundo puente, paso sobre el río, río como transcurso de la vida.

También su mensaje afectaría a ese camino paralelo a proteger. “Von Bricke zu bricke”, según recordaba de la traducción que hizo Hans al conocido “de puente a puente”. De Puente La Reina de Jaca a Undués, de la casilla número 6 a la 12.

Su paladar empezaba a secarse. Miró hacia la botella y la copa vacía sobre la mesa. Apuró lo que quedaba y tomó el último trago. Su boca se refrescó, pero su paladar saturado detecto un sabor final amargo. Parecía mentira que un vino sublime le pudiera dejar un gusto así.

Y una vez en la casilla número 12… ¿También se desplazaba hasta la casilla número 6?. ¿Sería recíproco?

“!¿Cómo?!” Levantó Federido su voz aturdida en el silencio del salón.

Parecía mentira, no recordaba una regla tan simple. ¿La caída en el segundo puente implicaba el regreso al primero?

Con manos temblorosas y un incipiente sudor frío, buscó entre la documentación información básica del juego. Así era, se aplicaba

una suerte de reciprocidad entre las dos casillas. “De puente a puente”. Un puente llevaba a otro puente hacia detrás o hacia adelante, en un bucle infinito.

Movimientos infinitos en una repetición matemática de las 6 casillas que les separaban.

Un temblor invadió su cuerpo. El vino revirtió su efecto y enfrió sus entrañas. Su consciencia despertaba a una nueva premisa bien distinta a todo lo asumido hasta ese momento.

El primer ciclo de la repetición infinita vendría marcado por el dado. Se lanza al aire y cae de su lado 6; el jugador avanza hasta el primer puente, salta 6 casillas hasta llegar al segundo puente y retrocede 6 en caso de caer directamente en el segundo. Ahí empezaba el sinfín de seises.

Se asustó, Los muros empezaron a dar la sensación de encerrarle más y más, reduciendo su espacio vital. La realidad se contrajo, asfixiándole. Una angustia insoportable se despertó como el fuego avivado en el hogar.

Bajó rápidamente por las escaleras, hiperventilaba y su corazón se aceleraba. Al abrir la puerta de la calle una bocanada de aire gélido detuvo en seco su ahogo.

Había topado con un nuevo símbolo tan inequívoco como aterrador. El 666, el número de la bestia anunciado en el Apocalipsis. Objeto de multitud de interpretaciones y representaciones; desgastado por el ateísmo dominante, comercializado y ridiculizado incluso. Ahí estaba, con más fuerza que nunca.

Se estaba preparando el escenario para la antológica lucha entre el bien y el mal. Por un lado la gloria de Dios o el camino a Santiago que salvaguardaban con celo los templarios, por otro el puente hacia el infierno determinado por el diablo. Todo en el mismo tablero de juego. Santiago de Compostela y Undués representaban los dos puntos antagónicos.

Desde que los templarios cifraran el mensaje, nadie había dado con el quid. Ni tan siquiera Hans podría adivinar que su cuarto personaje venía anunciado por su satánica majestad, como dirían los Rolling Stones.

Una euforia egocéntrica sustituyó entonces a la angustia del miedo. Había descubierto la verdad absoluta de esa especie de

predestinación. Y él tenía un papel que desempeñar.

No podía permitir que el diablo atravesara ese puente que gobernaba sobre el transcurso de la vida humana. Entre los outsiders que vivían en la colina, había nacido el designado por Satán. Debía anular a ese ser, a toda costa.

Con la seguridad y la confianza en si mismo recuperada y multiplicada, de nuevo su casa ofreció un cobijo apetecible. Cerró la puerta, tiritó bajo su chaqueta de gruesa lana. No contempló la opción de dormir un rato. Abrió la puerta de la bodega y cogió otra botella de vino. El azar le condujo a un somontano con cuerpo y fuerza, lo que él necesitaba. “Sine dubio verum est in vinum”, pensó jactancioso. Nuevamente subió al salón.

Se sentía partícipe de la gloria, poseedor de la verdad plena. La degustó para él solo. Contempló todos los libros y documentos que le rodeaban. Ya estaba por encima de ellos.

Instantes después su lucidez alcohólica le condujo a considerar que al averiguarlo todo adquiría una fuerte responsabilidad ante el mundo. Tenía que desbaratar las intenciones del diablo, que se valdría de Hans Maurer para la ejecución de sus planes.

En cuanto pudiera entraría en casa del alemán y colocaría los micros espía que Damián le entregó. Ya había comprobado que las llaves de la casa de muñecas, su actual vivienda, seguían donde sus dueños las dejaban para enseñar a los inquilinos. La propia Ariadna se lo explicó hacía tiempo y él lo comprobó. En un cajón del trastero de la primera planta del Ayuntamiento las encontró y se las quedó. Pero no tuvo oportunidad de entrar aún. Hans nunca pernoctaba fuera de Undués, y a pleno día Federico no encontró el momento.

Debería comentar su hallazgo con Damián, pero ya no sabía si quería hacerlo. Su viejo amigo se centraba en otro tipo de asuntos más terrenales, absolutamente materialistas. Se desvinculaba cada vez más del interés primordial de su organización, atesorar la verdad del mundo y afrontar sus grandes dilemas.

Sentado, con su vista fugitiva por los vahídos del alcohol, siguió considerando que aún sin hacerle partícipe de su descubrimiento, necesitaría hablar con Damián para pedirle un soporte muy especial.

Tal vez no fuera tan fácil conseguir un arma, pero confiaba en la

logística de su organización, o en la red de contactos de Damián. Por su parte, tendría que inventar algún argumento convincente, como una supuesta sensación de amenaza proveniente de Hans. Si conseguía una pistola, tendría más garantías para enfrentarse al mal y salir victorioso.

El ruido de un motor de coche le sacó de sus tribulaciones. Tambaleándose, bajó la escalera y salió a la puerta sin encender la luz. Por delante de sus narices pasó el coche de Ariadna con dos personas a bordo.

CAPÍTULO XXXIX

Mientras Federico se atormentaba y maduraba una nueva y tétrica concepción del secreto de Undués, unos metros más arriba Ariadna se despertó al sentir sus sábanas húmedas entre sus muslos. Enseguida adivinó que estaba rompiendo aguas.

No le dio tiempo ni para asustarse, segundos después unas primeras contracciones tensaron su espalda. Se agarró con las manos a la sábana y abrió sus piernas instintivamente.

En cuanto la primera embestida le concedió un segundo, cogió su teléfono sobre la mesilla y llamó a Hans.

_¡Por favor, Hans!

_¡¿Qué pasa, Ariadna?! -La voz de su amigo, más grave por las horas de sueño pero intensa, denotó que ya sabía el motivo de la llamada.

_Ven a casa, por favor. Creo que me he puesto de parto. Ve llamando al 112 para pedir una ambulancia –intentó dejar el móvil sobre la mesilla, pero una nueva carga de la naturaleza le dejó sin fuerzas y el teléfono cayó al suelo. Ariadna se tensó en un nuevo escorzo, atravesada por el punzón de su vientre. Un sudor frío empezó a gotear por su frente y cuello.

Trató de aplicar las enseñanzas que había leído y que el propio doctor Alcazar le transmitió. Respiró rítmicamente, concentrándose en armonizar sus inspiraciones con sus espiraciones.

El dolor se detuvo durante unos instantes. Aunque lo sustituyó una peculiar sensación de rigidez que nacía en sus entrañas y se prolongaba por los músculos de sus piernas.

En escasos minutos Hans entró en la habitación. En cualquier otro momento Ariadna hubiera estallado en una carcajada al verle irrumpir con pintas de haberse revolcado con una manada de

leones.

_¡Ariadna! ¿Qué pasa? ¿Ya viene?

_Sí, por Dios, ya está aquíííííí. – Se retorció ante un desconcertado Hans.

_He llamado al 112. Ha habido un accidente importante en la zona, no pueden enviarnos ahora mismo la ambulancia. Me han insistido para que vayamos en coche.

_¡No puedo aguantar! ¡Tendrás que llevarme en mi coche! –Ariadna se incorporó y Hans se acercó para cogerla de un brazo.

_Por favor, Ariadna, hace una noche de perros. ¿Es seguro que…?

_Hans –dirigió una mirada firme a su amigo-. Mi hija está saliendo, lo noto. Coge algunas toallas de la cómoda para los asientos.

Hans le soltó y se acercó rápidamente al mueble. Después de equivocarse con el cajón superior destinado a ropa interior, abrió el segundo y extrajo un puñado de lo que supuso que serían una o dos toallas grandes. De inmediato se ofreció como apoyo para Ariadna, que se había pertrechado de la manta de la cama para taparse con ella, y bajaron las escaleras.

Pensó que la imagen al salir de la casa resultaba impactante. Pero a esas horas nadie se asomaba a una ventana para entregarse a la desapacible madrugada.

Hans abrió la puerta trasera y extendió desordenadamente las toallas, después ayudó a Ariadna a desmadejarse sobre ellas. La chica tiritaba y respiraba profundamente. Él se sentía superado por los acontecimientos.

Abrió la puerta del conductor. Se sentó y pensó en encender el climatizador pero desistió al pensar que el aire todavía saldría helado. Arrancó el coche y dio marcha atrás para incorporarse a la calle.

_Ve tranquilo, Hans. Esto es una urgencia pero para bien –trató de animar a su especial taxista.

_No te preocupes, en un momento estaremos en Ejea. Desde allí me han comentado que organizarán todo. –Mientras intercambiaban ánimos, Hans decidió encender la calefacción. Un aire tibio empezó a inundar el habitáculo.

Enseguida tomaron la carretera, primero en dirección a Sos.

Hans condujo despacio. Más por miedo al estado de la carretera que admitiendo las indicaciones de Ariadna.

Cuando las últimas luces del pueblo dejaron de iluminarles, el sonido de la respiración de Ariadna se convirtió en un grito apagado que terminó brotando en una exhalación precipitada.

_Tranquila, sigue respirando bien, despacio –se animó a comentar Hans, cuyo conocimiento sobre los partos se asemejaba al de la física nuclear.

Ella intentó hacerle caso. Cuando no le atacaba una nueva contracción se le escuchaba intentando distribuir los tiempos de respiración homogéneamente.

Hans cogió más confianza al volante y se animó a acelerar. En cuanto lo hizo, sus ruedas traseras se deslizaron descontroladamente hacia la cuneta. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando comprobó que pese a intentar suavemente continuar sobre el firme, el coche seguía empeñado en escapar.

En los bajos del coche comenzaron a sonar una sinfonía de piedras y matojos.

_!“Scheiβe”! – pronunció una referencia escatológica en su idioma patrio.

_¡Por favor, Hans! –intervino Ariadna con un deje de resignación en su voz.

Aceleró, pero la tracción trasera no enganchó con nada que pudiera relanzar el coche. Lo mantuvo arrancado, y antes de intentar salir del coche y forzar su reincorporación decidió llamar de nuevo al 112.

_¡Por favor! He llamado antes. Estoy en la carretera tirado. Justo en la salida de Undués de Lerda, provincia de Zaragoza en dirección a Sos del Rey Católico. Viajo con una embarazada porque me han indicado que no disponían de ninguna ambulancia. ¡Necesitamos urgente que nos envíen a un médico, aunque no sea en ambulancia!

_No se preocupe señor. Ahora mismo procedo a activar un operativo de emergencia. Conserve este teléfono cerca de usted. Mantenga el motor encendido con la calefacción y las luces. Le dejo unos instantes mientras lanzo todo.

_En poco tiempo vendrán en nuestra ayuda –Hans se dirigió a Ariadna después de escuchar los pitidos del final de la conversación.

_¿Ves como puedes ser más convincente? –apuntó Ariadna.

Hans encendió la luz interna del coche y le miró. El sudor impregnaba mechones de cabello que se le pegaban a su rostro, completamente contraído por las ráfagas de dolor. La imagen sobrecogió a Hans. Se sintió impotente y desolado pero trató de confortarla.

_Todo va a ir bien.

El grito que emitió ella como toda respuesta, despertó una fuerza interior en Hans. Tenía que estar a la altura.

_Voy a sacar el coche del atasco –salió, pisó el terreno blando y gracias a las luces del coche pudo ver una gran roca atravesada a media altura. El coche se balanceaba ligeramente sobre ella.

Masculló nuevos vocablos extraídos del alemán menos elegante. Trató de empujar desde un lateral. Todo lo que consiguió fue que la parte contraria del coche tomara apoyo, dejando su lado aún más levantado de lo que estaba.

Se desplazó hasta la parte de atrás. El vehículo no cedió un ápice a su empuje.

_¡Hansssssss!

Hans se asustó al escuchar el grito desgarrado desde el interior del coche. Resbaló, rompió una placa de hielo con su cuerpo y se mojó medio costado.

Regresó al asiento de conductor. Agradeció que el climatizador hubiera empezado a distribuir calor para el mayor confort de la parturienta.

_¡Ya está aquí! ¡Ya viene!

Bajo la tenue luz superior del coche, entre las sombras de su propio cuerpo, descubrió que Ariadna se había tumbado a lo largo del asiento y había estirado bajo sus piernas una de las varias toallas que cogió a bulto de la cómoda del dormitorio.

Ariadna trataba de levantar y abrir sus piernas. Finalmente Hans asumió que le iba a tocar atender su primer, y seguramente último parto.

_Tranquila –volvió a incidir Hans mientras se dedicaba a desplazar los asientos delanteros y a volcar sus respaldos. Primero se ocupó del asiento del copiloto y cuando tuvo espacio suficiente para pasar atrás, al lado de donde reposaba la cabeza de Ariadna hizo lo propio con el suyo.

Al hacer esa maniobra y permitir que ella abriera completamente sus piernas pudo ver cómo la criatura empezaba a salir de sus entrañas. Transformó su miedo en adrenalina positiva. Completamente fuera de sí, pudo afrontar con firmeza la situación.

_¡Vamos, cariño! ¡Empuja!

Ariadna correspondió a su petición, erguía su cabeza para dar más impulso a su esfuerzo y volvía a reclinarla para recuperar su respiración.

_¡Ya lo tenemos, guapa! ¡Sigue un poco más! –Con sus manos bajo la toalla conformó un receptáculo. Poco a poco se fue aproximando al bebé que pujaba por nacer.

Con un gran empujón, la madre consiguió extraer la mayor parte del cuerpo de la niña. Cuando volvió a relajarse, las piernas de la niña terminaron de deslizar solas hacia el exterior.

Sobre la toalla, Hans sintió el calor de la criatura. Le arropó instintivamente. No acertó a definir ni valorar sus emociones durante aquellos instantes. Era algo absolutamente maravilloso.

_Por favor, Hans. Tienes que cortar el cordón –sonó la voz cansada de Ariadna.

En esos momentos se escuchó el sonido de una sirena reverberando entre el valle. Hans escondió sus lágrimas de emoción. No supo calcular el tiempo que había tardado la ambulancia en llegar. Toda noción externa había desaparecido.

La ambulancia se detuvo en la carretera. Dos mujeres y un hombre se acercaron hasta ellos y abrieron el coche.

_¿Están bien?

_Sí, la niña ya ha nacido, ¡pero tienen que cortarle el cordón umbilical! –avisó Hans.

Mientras una de las mujeres cubría a Ariadna desde la puerta donde ella tenía su cabeza, la otra dio la vuelta y pidió a Hans que saliera del coche. En un instante escindieron ese último vínculo físico entre madre e hija. Entonces, comenzó un leve gimoteo que acabó en un llanto. Entre la oscuridad y soledad del valle, los primeros quejidos del bebé sonaron desconcertantes para Hans.

Les trasladaron a la ambulancia. Ariadna no tuvo fuerzas para pedir que le dejaran a su hija, en cuanto la tumbaron en la camilla se desvaneció.

CAPÍTULO XL

Karl no tenía muy claro cómo afrontar su calamitosa situación. Sólo la fe le mantenía al timón de su realidad. La Virgen le había hecho comprender que aún le faltaba afrontar una última misión para la supervivencia de la obra. Debía evitar que Federico la saboteara, pero desconocía completamente sus intenciones al respecto.

De lo que sí tenía absoluta certidumbre era que la policía andaba tras su pista, muy, pero que muy de cerca. Desde que apareciera el todoterreno hundido ataron cabos a velocidad de vértigo. Esa misma mañana del miércoles, en una cafetería con wifi en los alrededores de Pamplona, justo antes de tomar la autovía del Pirineo, pudo ver su cara en más de un periódico digital regional.

Le costó deducir cómo llegaron hasta ese punto. Intentó repasar la nebulosa en que se habían desvanecido muchas de las horas entre la noche del sábado 15 de agosto y la mañana del martes cuando despertó en el hospital. Le dolió evocar los primeros momentos de ese lapso de tiempo. Una vez más, la cara de Emma entregándose a la muerte le contemplaba desde ese pasado extraño. La culpa no se borraba del todo, pese a entender que la chica se ganó el perdón gracias a la única alternativa que le quedaba, la expiación de pecados en la muerte.

Apartó esos recuerdos que no le aclaraban nada y se centró únicamente en los detalles de la foto. Instintivamente escondía la pantalla de su portátil de cualquier cliente indiscreto de la cafetería. Después de intentar asociar esa foto con algún momento concreto, se fijó en un detalle esclarecedor, a su lado se veía una barra metálica y una expendedora de tickets de autobús. En ese instante entendió su estupidez. El autobús del transporte público desde el

embalse de La Grajera disponía de un sistema de grabación. Alguna vez tenía que cometer el error de principiante. Puso todo de su parte para no dejar rastro, pero actuar al margen de la ley no era lo suyo.

Ahora sin embargo había reaccionado adecuadamente para escapar. Abandonó su pensión, su refugio razonable cerca de la obra, y salió cuanto antes de Logroño. En cuanto alguno de los que le conocían de vista se topara con su foto, habría estado acorralado.

Antes de su visita a la virgen en la Concatedral pesaba más el argumento de dejarse atrapar, pero tuvo que superar la tentación. De no ser por Federico, ese maldito último escollo, se hubiera asegurado el descanso tras una ardua labor concluida.

Cerró su portátil y salió de la cafetería. Se sentía como un vagabundo, sin un lugar concreto donde refugiarse ni un destino claro que emprender. Sólo sabía que tenía que aproximarse a Undués. Su situación límite le permitía un mínimo margen de maniobra. Debía ir en busca de Federico. Con un poco de suerte, Undués sería el último lugar donde pensaran encontrarle.

No podía comunicarse con Ignacio, tampoco con Sherman. Ellos ya estarían al tanto de su persecución en calidad de sospechoso de asesinato. En el caso de Sherman le preocupaba sobremanera la concepción que pudiera albergar y su consiguiente reacción.

Mientras empezaba a circular por la autovía, muy ligera de tráfico, abordó nuevos supuestos al respecto. Si su participación en la obra terminaba con la acusación de matar a Emma y su posterior detención, la relación con Sherman se rompería en mil pedazos. Confiaba en que si eso ocurría la obra seguiría siempre su camino. Por encima del odio de Sherman, a años luz de ese sentimiento destructivo, prevalecía la predestinación de Homero o Chakir hacia la gloria.

No importaba lo que decidiera Sherman. Quedaría en sus manos la decisión de abandonar la obra o seguir viviendo cómodamente en su sociedad idílica, enterrando el peso de su conciencia. Con Catherine siempre lo hizo así. Le mintió, le ocultó la parte de la verdad que él conocía. Le daba sus dosis de mentira edulcorada, el soma de Huxley en “un mundo feliz”.

En cuanto a otras opciones para sí mismo, Karl imaginó lo que ocurriría si después de acabar, se atreviera a escapar de la justicia y

regresar a casa en Alemania. Desde allí su detención acarrearía mayor dificultad. Las pruebas debían cernirse sobre él con absoluta certeza para que su país accediera a entregarle. Una vez de vuelta en Altötting, seguiría manejando los hilos de la obra.

Al volante de su coche negó insistentemente, rehusando sus incontenibles especulaciones intelectuales. No quiso molestarse más en elucubraciones mundanas. Cuando estaba a punto de ser apresado, Jesucristo apenas pensó en la justicia de los hombres como algo trascendental. Siempre supo que detrás del dolor y del sufrimiento su padre le protegía.

Lo que Dios quisiera, sería. Karl propuso los medios, Él se ocuparía de disponer, confió ciegamente en eso.

Encendió el reproductor de música del coche y la sinfonía número 5 de Mahler invadió todo el espacio, el del habitáculo y también el intangible cerco de su alma.

El genial músico austríaco le acompañó durante todo su viaje. La preocupación se ausentó de sus pensamientos. Ni siquiera tembló al encontrarse un punto de control de la Guardia Civil a la salida de Sangüesa. Dos guardias se entretenían recetando algún tranquilizante a un conductor acelerado. Sonrió incluso, pensando en una especie de inmunidad divina que le allanaba el camino.

Llegó hasta Undués y condujo hasta el cerro donde solía reunirse con Sherman. En esas ocasiones anteriores, mientras esperaba, se dedicaba a otear las extensiones circundantes a Undués. Una amplia perspectiva que usaría ahora para encontrar su mejor escondite.

Aparcó y subió andando por una estrecha vereda. Una vez arriba echó un primer vistazo a la comuna, no se distinguía mucha actividad. Desde la chimenea de la casa un humo blanco ascendía manso hacia el cielo. El olor a hogar le alcanzó con un confortable reclamo de refugio contra el frío.

Con la reciente nostalgia, desvió su mirada más al noroeste. Contempló unos pequeños terrenos yermos entre los que se intuía un camino de labor y restos de algunas construcciones. Entre todas ellas se fijó en una que, si su vista no le engañaba, todavía conservaba su tejado, descollando entre la maleza. No se lo pensó dos veces. Bajó, cogió su vehículo y se fue para allá.

Restos de nieve terminaban de convertirse en hielo en las umbrías de los ribazos de los caminos. Lo que desde lo alto del

cerro se divisaba como un camino llano, en la realidad se llenaba de baches, colmados de agua. Su coche acabó completamente cubierto de barro.

No bajó de su asiento cuando llegó a ese lugar. Lo que parecía un corral de ganado presentaba un amplio portón por el que pudo rodar hasta su interior.

Una vez dentro apagó el motor y salió. El techo tenía multitud de huecos y algunos travesaños esperaban cualquier envite del viento o el sobrepeso de una nueva nevada para ceder completamente.

La caseta no tenia suelo, tan sólo se aprovechó una zona lisa del terreno, que con el uso había quedado invadida por terrones y restos de paja. Su desastrosa apariencia se colmaba con una sensación térmica de nevera.

Salió al exterior y miró al cielo, el sol apartaba las últimas nubes del temporal, pero sus rayos no se apoderaban del frío ambiente. Allí fuera, el silencio se extendía completamente. Después de extasiarse con Mahler, la muda sensación de paz también le satisfizo.

Su mundo se redujo a la mínima expresión, retrotrayéndose a los tiempos de las cavernas. Únicamente le separaba de esos tiempos remotos, su maleta con ropa, la radio, un cd de Mahler y varias bolsas con agua y latas de conservas que guardaba en el maletero.

CAPÍTULO XLI

Fremont había recuperado la energía de su juventud. Hans lo comprobaba en el ánimo renovado de sus conversaciones y ahora también lo acreditaba en su físico revigorizado. El viejo cura atravesó con presteza el portón de llegadas de vuelos internaciones del Aeropuerto de Zaragoza.

Vestía completamente con su reverente y habitual tono negro. Bajo el cuello de su camisa resaltaba el alzacuellos. Lo ostentaba meticulosamente con la cremallera de su chaqueta cerrada hasta ese punto. Sobre la maleta con ruedas que transportaba sin dificultad, descansaba un chaquetón negro de paño.

_¡Padre Fremont! –llamó su atención Hans desde el otro lado de la valla. Tenía la mitad de su edad, pero aquel miércoles se sentía más viejo. El cansancio acumulado, tras asistir un parto y pasar una noche en el incómodo sillón de una habitación del Hospital Clínico Universitario, había pasado factura. Durante el cuarto de hora que le estuvo esperando casi se quedó dormido de pie.

Ambos amigos se recibieron con un abrazo.

_¿Qué tal, Padre Fremont? Viéndote llegar me ha parecido que estás rejuveneciendo a marchas forzadas. Tu estancia en El Vaticano ha obrado un milagro.

_Sí. Algo de eso habrá. Estoy un poco desbordado con lo que nos está ocurriendo. Pero eso me llena de energía.

_Vamos, te llevo la maleta a la calle –sonrió Hans -. Ya he pedido un taxi para que nos lleve a Undués –Hans cogió los bultos de Fremont, comprobó que su ligereza, en cierta forma, tenía su truco, apenas transportaba peso.

_Gracias, Hans –Fremont retiró su chaquetón de las asas extensibles de la maleta, y se lo colocó antes de salir a la calle–. Te

agradezco que al final hayas podido venir.

_Bueno, lo cierto es que puedo decir que me ha pillado de paso. He estado en el Hospital con Ariadna.

_¿Esa chica a la que ayudas en el pueblo? –preguntó Fremont mientras trataba de peinar su cabello blanco, pugnando con el cierzo que les recibió en cuanto salieron a la calle.

_Sí, se puso de parto. Ha tenido una niña preciosa. Se quedará aquí dos o tres días y después vendré a buscarla.

_Pobrecilla, me dijiste que vivía sola en el pueblo ¿no?

_Sí, vive sola –Hans bostezó. Escapaba a duras penas del sueño retrasado que reclamaba su tiempo.

_¿Señor… Maurer? –Un tipo delgado y pequeño, de unos cuarenta y tantos y que debía ser el taxista, se acercó a los dos y preguntó mirando de uno a otro.

_Sí, yo soy.

_Les cargaré sus maletas. –Se acercó y con un gesto solicitó el equipaje que Hans le cedió sin problema -. Síganme. Es ahí mismo, en el parking. Aquí en la puerta sólo pueden detenerse taxis de la ciudad.

Atravesaron el carril de doble vía de servicio a la terminal y llegaron al aparcamiento para los turismos. Cuando entraron al monovolumen, el taxista encendió su navegador gps y la ruta grabada de antemano hacia Undués se cargó en la memoria. Tanto Hans como Fremont resoplaron agradeciendo el cobijo.

_Lo que faltaba, ¿verdad? –intervino el taxista mientras daba la marcha atrás para salir de su plaza y dirigirse a la salida– Cuando por fin se nos despega el frente siberiano del siglo, viene el cierzo a zurrar a los pocos que todavía no habíamos cogido la gripe. Como diría alguno ¡la culpa es del gobierno!

_El cierzo es un viento de esta zona –explicó Hans a Fremont bajando la voz, tratando de circunscribir una conversación privada. Intuía que si le daban “chance”, aquel tipo al volante podía soltar la lengua durante todo el trayecto, como era habitual entre los de su gremio.

_Así es, el cierzo le está dando la bienvenida a estas duras tierras. Le da igual que sea verano o invierno –continuó el chofer con su espontánea conferencia de retrovisor-. Un día le da por sacar esa rasmia que lleva dentro y sacude todo el valle del Ebro aragonés

a base de bien.

En el caso de Francisco Galindo Beltrán, natural de Albacete, casado con una guapa zaragozana y que había acabado trabajando de taxista después de ejercer de camarero durante varios años, se cumplió con creces el estereotipo sobre los taxistas habladores.

Hans puso pie sobre tierra en Undués debatiéndose entre el sueño y un nuevo e intenso dolor de cabeza. Pagó el servicio y descargó la maleta. Al menos les acercó hasta la mismísima puerta de casa.

Se despidieron. Francisco Galindo Beltrán entregó una tarjeta a Hans. Cuando se marchó, se la enseñó a Fremont. En el slogan "taxista 24 horas" tapó con un dedo la palabra taxista e hizo como que leía: "torturador 24 horas".

Una vez en la casa subieron hasta la segunda planta. Hans condujo a Fremont a una habitación para invitados al lado de la suya. Dejó la maleta al lado de la cama y ejercitó los músculos del cuello repetidamente, le dolía de pura tensión.

_¡Tienes que estar roto, Hans! No se duerme nada bien en los hospitales.

_Si sólo hubiera sido eso. Lo peor fue lo de tener que asistir el parto.

_¿Asistir el parto?

_¡¿No te lo he dicho?! Perdona, entre la fatiga y el viajecito… Fue algo increíble. Ariadna se puso de parto en el coche, nada más tomar la carretera de salida del pueblo.

Habíamos llamado antes a una ambulancia pero el servicio estaba saturado. Tratamos de ir en coche pero había mucho hielo, resbalé y me salí. No había forma de sacar el coche de allí y la criatura ya estaba viniendo. Tuve que ejercer de médico hasta que por fin vino una ambulancia. Fue maravilloso, pero estoy exhausto.

Mientras Hans hablaba, Fremont se había sentado en la cama. Todo su vigor dejó de iluminarle de repente.

_¿Has dicho que ha tenido una niña?

_Sí, una niña muy guapa –bostezó sin remilgos Hans.

_¿Y fue aquí mismo, en la salida del pueblo?

_Sí, a un kilómetro –continuó su explicación. Los párpados le pesaban y sus ojos rojos le escocían.

_¡¿No te das cuenta?¡¡

_¿De qué, Fremont?

_Dios mío. Está muy claro –volvió a levantarse Fremont forzando sus rodillas y su espalda-. Piensa en la profecía de San Virila.

_Ahora mismo no puedo, Fremont.

_"Nuestro Señor me aclaró que ante mí tenía a los cuatro que habían de venir: el gran Católico, de quien me dijo que llegaría al mundo en la villa de las siete puertas; el incansable evangelizador, cuya madre lo alumbraría en la torre que se convertiría en castillo; el preclaro hombre de ciencia, que nacería en el enclave navarro; y quien daría testimonio del mundo, que vería la luz al albor del tercer milenio, en seno libre, y en la aldea más centrada entre las otras tres y la tierra del humilde Santo, que soñó con la eternidad" parafraseó Fremont a San Virila.

_Veo que tú también lo aprendiste al pie de la letra, pero no te sigo del todo. –Hans se asustó. Empezaba a vislumbrar algo.

_¡Claro! No es una mera casualidad. –Ante la inoperancia neuronal de Hans, Fremont se centró en una especie de soliloquio–. Los otros tres personajes vienen anunciados como hombres, el cuarto personaje es alguien neutro, mujer u hombre. –Fremont salió del pequeño dormitorio hasta un salón apenas amueblado cerca de la escalera.

_Espera, espera –despertó de un plumazo Hans persiguiendo al incansable anciano–. Ya sé por dónde vas. Los tres primeros personajes son hombres. Sobre el cuarto dice: "Quien daría testimonio" Quien sea, él o ella.

_Eso es, Hans. Tenemos que interpretar el completo sentido semántico de la neutralidad del cuarto personaje, el cambio en la redacción de su género -Fremont le miró con sus pequeños ojos desplegados por encima de sus posibilidades, forzados por la sorpresa-. ¡Dios mío! Se hace completamente obvio a la luz de los acontecimientos con Ariadna. Si los otros tres personajes precedentes venían nombrados en masculino, el cambio al género neutro realmente es un cambio al género femenino.

_Completamente lógico. Absolutamente lógico –terminó por coger la onda Hans. En ese instante imaginó la escena de la noche anterior y la comparó con el accidental nacimiento de Jesucristo en un portal. La emoción del momento le privó de la razón. Las cosas a

veces se vivían sin acertar a comprender la trascendencia de las mismas. Había ayudado a nacer a la elegida, incluso participó en la determinación del nombre: Sofía.

Fremont miraba a Hans fijamente, parecía estar leyendo su mente.

_Hans –sonrió emocionado Fremont-. Has participado en el nacimiento de la elegida. ¿No te parece todo increíblemente imprevisible? Karl lleva años preparando la venida del elegido, propiciándola de alguna forma, todavía no sabemos hasta qué punto. Donó sus apellidos a los que pensó que serían los elegidos y después Dios nos enseña que sólo el dispone, nadie más.

_Padre –Hans se acercó a Fremont y le abrazó.

Ninguno de los dos alcanzaba a imaginar que todo lo que habían dicho fue recogido por unos pequeños micrófonos. Federico aprovechó para colocarlos durante su precipitada salida para socorrer a Ariadna.

CAPÍTULO XLII

Ariadna se recuperaba en la habitación del hospital. Se sentía con plenas fuerzas para abandonar su convalecencia, pero el médico le recomendó que permaneciera hasta el día siguiente, viernes.

A su lado volvía a tener a Hans. Se comportaba como un verdadero padre y marido. La noche anterior la dejó sola porque tenía una importante visita que atender. Pero hoy a primera hora otra vez lo tenía allí.

Le miró sonriendo. Él se entretenía con la niña, la miraba en su cuna con entusiasmo paternal.

_Menuda aventura ¿Verdad, Hans?

_¿Eh?, sí, perdón. Me quedo embelesado viendo a esta niña tan hermosa –Más allá de la evidente hermosura de Sofía, Hans ya sabía que Dios la marcó con otro don, mucho más relevante que la simple genética.

_Pareces muy fatigado, Hans. No estás descansando como debieras.

_Tienes razón, Ariadna. El nacimiento de Sofía me ha alterado el biorritmo.

_¿Recuerdas esos momentos? –habló con ternura Ariadna. Hans asintió sin dejar de contemplar a Sofía–. Me dijiste cosas muy tiernas, Hans. Me llamaste bonita o cariño. Cosas que hacía tiempo que no escuchaba.

_Me salieron las palabras tan espontáneas como las sentía –se ruborizó Hans. A sus casi cincuenta años, después de una meteórica carrera amorosa que nunca fructificó en una relación seria, le parecía imposible recuperar esa sensación del primer amor que le estaba inundando.

_Hans ¿está pasando algo entre nosotros?

_No lo descartes. –Hans le miró sonriendo. Redujo la situación al humor, tratando de suavizar la intensidad del tema. Sin embargo, desfondado como estaba física y mentalmente, se le escapó una lágrima.

En ese momento sonó el teléfono de Ariadna y Hans se prestó a acercárselo de inmediato. Ella miró la pantalla con recelo. Cuando comprobó que no era ningún número extraño, sino el alcalde de Undués, atendió la llamada.

_Dime, Ignacio.

_¿Qué tal estás Ari? ¿Qué tal está la niña?

_Ya veo que estáis al corriente de todo. Las dos estamos muy bien. Hans nos ha ayudado mucho.

_ Ya lo sé, ya. Los chicos de la ambulancia nos dijeron lo que pasó. Las buenas noticias vuelan. Y estábamos muy necesitados de ellas en el pueblo. ¿Cuándo vienes, Ari?

_Pues no sé, en principio mañana viernes, ¿por qué?

_Tu reciente maternidad tiene una gran relevancia para el pueblo. Hace más de cuarenta años que no se producía un nacimiento en Undués. Te queremos hacer un recibimiento muy especial. Si no te importa…

Ariadna pensó que no era lo que más le apetecía. Todo el vecindario bajo una pancarta esperándole como a una princesa. Pero bueno, no quiso mostrarse arisca en ese momento.

_Está bien, Ignacio. Pero tampoco te pases.

_Gracias, Ari. No te preocupes. Voy a prepararlo todo. Un besico, cuídate.

_¿Qué ocurre? –preguntó Hans con el ceño fruncido.

_Cosas del alcalde. Se le ha ocurrido que tienen que darnos un recibimiento especial. Dice que hace más de cuarenta años que no nacía nadie, y que están emocionados…

_Bueno. Deberías sentirte orgullosa. Es todo un reconocimiento para ti como madre –Hans habló mientras reparaba en el error estadístico del alcalde. Los niños de la comuna, Homero y Chakir, también eran nacidos en Undués, en la misma casa del monte donde residían, pero evidentemente, su clandestino alumbramiento no ofreció datos demográficos.

_Puede ser. –De repente Ariadna perdió la vista, pensativa. Después volvió a teclear en su móvil el número de su madre.

_¿A quién llamas?

_A mi madre. Ella no sabe nada. –Antes de pulsar la tecla verde, Ariadna reconsideró lo que se disponía a hacer.

_¿Te dejo sola? –inquirió Hans pensando que la indecisión para llamar se debía a su presencia.

_Sí, Hans. Pero no la he dejado de llamar porque estés tú. Es sólo que no sé cómo afrontarlo. Cuando tuve que marcharme de casa porque mi relación con mi anterior pareja era insostenible, la dejé también a ella. –Las lágrimas empezaron a dispararse por las mejillas de Ariadna–. Tuve que hacerlo. El maldito miedo me alejó de ella. Pero mi madre tampoco puso mucho de su parte. Desde que mi padre muriera, digamos que ella simplemente se dedica a sobrevivir.

Nunca me ha dicho si le pareció bien mi decisión o no. Nunca he encontrado apoyo en ella. No hablamos mucho por teléfono porque parecemos dos extrañas. Ni siquiera le hablé de mi embarazo. Todo por ese miedo que me paraliza –comenzó a llorar abiertamente Ariadna-. Pero es mi madre.

_Llámale, Ariadna. Dile lo que ha pasado, cuéntaselo todo. No creo que se mostrara tan fría intencionadamente. Lo de tu padre le limpiaría de emociones. Como tú dices sólo sobrevive, no vive. Tal vez tus noticias le sirvan para regresar. Y no tengas miedo, ahora yo estoy contigo – Hans le miró serenamente desde una distancia íntima. Limpió sus lágrimas, le besó en la mejilla y salió al pasillo.

Ariadna pulsó la tecla verde con su dedo tembloroso. Antes de que Hans abandonara la estancia pudo escuchar el saludo inicial de Ariadna, prolongado por un inmediato “te quiero” que trataba de fijar el mínimo de donde partir.

Desde el otro lado de la puerta, Hans pudo continuar escuchando partes de la conversación. Ariadna hablaba en alta voz, embargada por la emoción. Dosificó toda su verdad, hasta llegar al punto en que le hizo saber a su madre que la había hecho abuela. En ese momento se escuchó un intercambio de lágrimas. Todo apuntaba a una necesaria reconciliación.

CAPÍTULO XLIII

Fremont organizaba su nuevo espacio en casa de Hans mientras su compatriota se ausentaba para volver junto a Ariadna, la madre de la elegida según San Virila. No sabía qué tipo de relación mantenía Hans con ella. Pero la idea de actuar como padre de la elegida podía llegar a afectarle.

En cuanto a él, no sabía cuánto tiempo se prolongaría su estancia en Undués, aunque como siempre su equipaje destacaba por lo exiguo. No le llevó mucho tiempo ocupar el pequeño armario.

La pequeña habitación que le preparó su anfitrión, le recordaba a su celda del viejo seminario Georgianum de Múnich. Quizá empezaba a asociar demasiadas cosas con su juventud. Más que añoranza o achaques de vejez, se trataba de un sentimiento de ilusión sólo comparable a la energía de tiempos pasados.

Desde su mesilla de noche, escuchó en la radio algo que le llamó la atención. El castellano siempre fue su tercer idioma, pero la falta de práctica le obligaba a un esfuerzo añadido. Aún así, entendió perfectamente el nombre de Undués.

Una locutora de la radio comarcal anunció que en Undués se encontraban de enhorabuena. Un nuevo alumbramiento, en situaciones extraordinarias, se había producido en el pueblo después de más de cuarenta años. La voz femenina cedió la palabra al alcalde. Él se encargó de hacer un llamamiento a todos los vecinos y conocidos del pueblo para que acudieran a recibir a Ariadna y su hija Sofía, la nueva vecina ilustre de Undués.

En ese momento llamaron a la puerta.

Fremont bajó las escaleras y abrió. Ante él, un tipo con carpeta en ristre le saludó amablemente. Parecía una especie de vendedor

por catálogo.

_Buenos días ¿Está Hans Maurer? –Guillermo Sueve no recordaba haber visto nunca a ese cura alto, muy mayor y de gesto entrañable.

_Ha salido –acortó las explicaciones Fremont, omitiendo cualquier otra aclaración. Aquel tipo podía ser Federico -. ¿Quién es usted?

_Me llamo Guillermo Sueve, soy policía judicial. Necesito hablar urgentemente con Hans sobre un caso que venimos investigando desde hace meses. –Guillermo mostró su contrariedad por no encontrarse con Hans, parecía muy interesado-. Tan sólo dígale que tenemos un nombre en el caso de Emma Suárez, concretamente: Karl Swainger.

_De acuerdo. Se lo diré. –Fremont sintió sus piernas flaquear. Aferró disimuladamente su mano a la puerta para no caer.

_Además, le puede dar esta foto del tal Karl Swainger. Por si pudiera conocerle.

_Gracias, así lo haré.

Guillermo se marchó, todavía con más dudas de las que arrastraba antes de llegar a casa de Hans. Con aquel tipo alto ya eran demasiados alemanes coincidiendo en una pequeña aldea como Undués. Además no pudo dejar de percibir el estado de nerviosismo en el que había caído en cuanto le nombró a Karl Swainger.

Volvió al Ayuntamiento y subió al despacho de Ignacio.

_Acabo de venir de casa de Hans Maurer. No estaba.

_No me extraña, seguro que está acompañando a Ariadna. Si estás pensando en vincularle con lo de Emma, creo que yerras absolutamente. Siempre se ha portado como un señor.

_No estaba él –continuó a la suya Guillermo-. Pero otro nuevo amigo alemán me atendió. Es demasiada coincidencia, Ignacio. Créeme, es mi trabajo.

_No sé. Como te digo Hans siempre se ha comportado como un vecino ejemplar. Undués es muy pequeño, y todos nos conocemos. Es un hombre respetable, un presentador de televisión jubilado que se enamoró de este lugar mientras realizaba el camino de Santiago.

_Esperemos que así sea.

_Mira, Guillermo. En el caso de Carlos la codicia me cegó y no

quise o no pude ver más allá. Pero en este caso no sólo es cosa mía, cualquiera en el pueblo te hablará bien de él.

_Todavía te empeñas en llamar Carlos a ese Karl Swainger.

_Sea como fuere. Estoy deseando que lo cojáis. No sabes cuánto agradezco que os haya podido ayudar. Espero que pronto podáis detenerle.

_No sé cuánto tardaremos. Nos enfrentamos a un tipo desconcertante. Lo acorralamos en Logroño pero se escapó intuyendo nuestra presencia. Ahora actúa como un profesional evitando el cordón que se iba ciñendo sobre él, y sin embargo el día del asesinato se deja ver en una grabación de un servicio público…

_¿Os sirvió el dato de su teléfono móvil?

_No hizo falta. Una vez que conseguimos su imagen en Logroño, varios testigos lo reconocieron. Entre ellos el deán de la Concatedral pudo facilitarnos su nombre, apellidos y su lugar de residencia en la ciudad. Vivía en una pensión en el casco viejo, pero allí sólo dejó su móvil, alguna ropa vieja y una biblia.

_Bufff. Espero que aparezca pronto. No me gustaría nada que se fuera de rositas a su país – Terminó Ignacio.

Mientras Ignacio hablaba, Guillermo se quedó blanco como la cal. Había vuelto a atar cabos. El deán de la Concatedral les dijo que Karl no era cura pero que tenía una vasta formación teológica. Sus ropas negras abandonadas en la pensión parecían las de un sacerdote, y sobre la mesilla dejó una biblia. Si a todo eso unía que al ir a visitar a Hans le había atendido un cura…

_¡Ignacio! Ya sé que la coincidencia de tres alemanes en Undués no te parece relevante, pero ¿si te dijera que dos de ellos comparten una fuerte vinculación con la Iglesia? ¿Supone ya bastante coincidencia?

CAPÍTULO XLIV

Cuando Hans llegó a la rotonda de entrada al pueblo, barruntó que algo extraordinario ocurría ese viernes a mediodía. En torno al carril circular, los vehículos se aparcaban como en un día de fiesta grande.

_¿Pero cuánta gente hay aquí hoy? - Ariadna, sentada detrás de su coche, junto al moisés donde portaba a su hija Sofía, también se sorprendió.

_Tal vez sea cosa de Ignacio. Me parece que ha tomado muy a pecho lo de darte una bienvenida. –Hans respondió con un tono de desaprobación. Tampoco quería verse aplastado por una marea humana que pudiera poner en un mínimo riesgo a Sofía. Empezaba a vislumbrar una conciencia más fuerte incluso que la paternidad.

En cuanto giraron hacia la calle Mayor, entrando en la plaza Padre Pardo, divisaron como la gente se colocaba estratégicamente en los distintos niveles de la glorieta. Todo para celebrar la llegada de la nueva habitante de Undués.

El cielo quedó invadido de globos. Los vecinos aplaudieron y silbaron. Entre la multitud no se veía camino por donde escapar de la emboscada. Además de los residentes, hasta el pueblo habrían llegado antiguos habitantes y vecinos y curiosos de localidades cercanas. La campaña de divulgación sobrepasaba cualquier cosa imaginada por Ariadna.

El propio Ignacio fue quien se acercó al coche.

_Ari, guapa. –Abrió la puerta para facilitar la salida a la madre y su hija.

_Ignacio, por Dios. Esto es demasiado. –Ariadna se movía entre un punto de incomodidad y grandes dosis de sentimiento de halago.

Hacía un tiempo hubiera reaccionado con completo desagrado,

pero ahora se sentía pletórica, gracias a una nueva energía que brotó con su maternidad. Incluso había apartado el miedo después de reconciliarse con su propia madre. En ese estado vencido del lado positivo, salió del coche y sonrió a toda la gente levantando ligeramente a su hija.

El temporal también parecía cosa del pasado. Undués le recibía con un sol radiante. A su lado, Hans le miraba con recelo. Se comportaba como un padre con complejo de guardaespaldas.

_Por favor, Ariadna. Ten cuidado con Sofía.

_No te preocupes, cariño –contestó ella.

Ignacio la condujo a la balconada más alta de la plaza. Desde allí todavía le impresionó más contemplar el bullicio montado.

_Vecinos y vecinas de Undués –comenzó Ignacio-. Hoy es un día muy especial para Ariadna principalmente, pero también para nuestro pueblo. Sofía, su preciosa hija, ha venido a nacer aquí después de cuarenta y tres años sin ningún alumbramiento.

Mientras el alcalde empezaba a enredarse en algo que podía degenerar en un chovinista discurso, Guillermo Sueve se perdía entre la gente. Bajo sus gafas de sol, oteaba a diestro y siniestro. Le gustaba tener controladas a cada una de las personas que consideraba dignas de observación. Principalmente, el viejo cura alemán, aparecido de la nada, le despertaba muchas dudas, por muy amigo de Hans que fuera. Al otro lado de la plaza encontró al periodista jubilado Federico Ledesma, de quien empezaba a recelar su cambio de personalidad que le iba oscureciendo peculiarmente. Ambos compartían la mayor parte de su atención.

No la destinaba toda por completo, porque secundariamente también buscaba entre la gente algún nuevo rostro desconocido. No desechaba la torpeza egocéntrica de esa clase de asesinos que siempre volvían a la escena del crimen.

Fremont desconocía ser uno de los principales focos de atención de Guillermo. Simplemente observaba la llegada de Sofía con ilusión y emoción, la elegida estaba allí. El Vaticano ya conocía el giro de los acontecimientos y corroboraron la interpretación final de la profecía de San Virila. Los cambios suponían que el control había pasado directamente a sus manos, a través del colaborador necesario, Hans.

Una vez dispuestos en esta ventajosa situación, el secretario del

Papa, Adolf Bergmann, aclaró a Fremont que empezaría a mover hilos diplomáticos para proteger a Hans, a Ariadna con su hija, y a él mismo.

Con una sonrisa de embelesamiento, Fremont miró a la gente. Todos escuchaban al alcalde y contemplaban a Sofía en los brazos de su madre.

De repente, le pareció ver una cara conocida moviéndose entre el tumulto. Se asustó, vino a su memoria un vago recuerdo de Karl Swainger.

Karl se escondía bajo unas gafas de sol, una gorra azul con el logotipo de una marca agrícola, y una ropa más discreta que su habitual y riguroso negro. Ya había descubierto la presencia de su viejo amigo Fremont. No dejaba de sorprenderse a cada momento. Si el bueno de Fremont estaba allí significaba que la Iglesia también estaba con él, de algún modo.

Gracias a la radio de su coche, Karl escuchó desde su guarida la noticia de la niña nacida en Undués. Rememorando las palabras de San Virila, tampoco le costó asociar al personaje de la profecía con una mujer.

Al principio sintió rabia, decepción. Su obra, todos sus años dedicados sólo habían supuesto un entretenimiento insustancial. La providencia marcaba otro camino y se burlaba de su voluntad, una prueba de fuerza duramente superable para su fe inquebrantable. Incluso la culpa por la muerte de Emma regresaba con fuerza. El hilo de los hechos iba perdiendo todo su sentido.

Dios le dejaba claro que no le permitía apropiarse de la gloria imponiendo su apellido. Karl entendió entonces que había pecado de soberbia, recibiendo una clara lección al respecto. Aceptó la voluntad divina y prosiguió con lo poco que le quedaba de misión entre sus manos casi vacías.

Aquella mañana, además de ver a su viejo amigo Fremont, también encontró a su principal objetivo, Federico. Karl sostenía un cuchillo bajo su jersey y se disponía a acabar con él.

_Sofía se ha convertido en un símbolo de futuro y esperanza para nuestro pueblo. -El alcalde seguía a lo suyo.

Federico observaba a Hans en medio de esa pantomima. Él también sabía que la recién nacida no era la primera en no sé cuantos años. Homero y Chakir llegaron primero, pero eso casi

nadie lo sabía, y ya poco importaba.

Centraba su mirada en Hans, el alemán se encontraba acechante ante cualquier movimiento que pudiera suponer un atentado contra Ariadna y su hija. Como bien supuso Federico, ese no era el momento para atacar. Su pistola esperaba en casa el instante propicio.

¡Su antaño amiga Ariadna! Qué paradoja, su vientre había albergado finalmente a la bestia.

_Ahora, por favor, que suene la música –solicitó el alcalde.

_ ¡Oiga, usted! ¡El de la gorra azul! ¡Tire el arma! –Guillermo levantó la voz cuando el tambor daba un primer redoble en solitario. La música no siguió. La gente escuchó la palabra arma y se montó un gran bullicio.

El grito de Guillermo también puso en guardia a Federico, que se dio la vuelta y descubrió a un desconocido con gafas de sol y gorra azul muy cerca de él. En ese instante Karl arrojó el cuchillo y emprendió su huida entre el alboroto.

Guillermo intentó seguirle, apartando al gentío agitado. Rodeó la plaza hasta el punto donde había descubierto al extraño. Una vez que llegó donde él se encontraba, alguien le avisó de que el hombre de incógnito había cruzado la plaza del Ayuntamiento, perdiéndose su pista por la calle Prado.

Bajó rápidamente, siguió la calle Prado a la derecha. Inmediatamente después un cruce le ubicó a su derecha con la calle Herrerías, donde no se veía un alma. A su izquierda se extendía el campo abierto. Entonces supo que le había perdido.

Mientras tanto, Hans había subido en busca de Ariadna y Sofía. Agarró a ambas y parapetándolas con su cuerpo las llevó de nuevo al coche.

_¿Qué está pasando, Hans? –preguntó Ariadna temblando entre sus brazos.

_Tengo que contarte algo muy importante. Cuanto antes, mejor. Vayamos a casa.

CAPÍTULO XLV

_No entiendo nada, Su Señoría –levantó la voz Guillermo utilizando sarcásticamente el tratamiento oficial de Marta, arrepintiéndose de inmediato por si pudiera sentir sus palabras como una desconsideración–. Antes me exigías el máximo rigor, como en la declaración de Sherman, y ahora pretendes obviar multitud de indicios que enfocan a que algo extraño está pasando en Undués.

_Tienes tu caso prácticamente cerrado, Guillermo –continuó mostrándose hierática la juez-. Sólo falta que redobles los esfuerzos en encontrar a ese tal Karl Swainger. Aún no lo habéis detenido y pretendes extender y extrapolar su caso a un complot cogido con hilos.

_De verdad, Marta… Creo que me estás tratando de despistar como a un niño, o directamente como a un tonto. Es imposible que no veas algo más allá. Ya no se trata de Emma. Detrás de su muerte hemos dado con algo más profundo, y si no me equivoco la cosa empeorará. No sé, tal vez se trate de una secta.

Marta se levantó y se acercó a la ventana. La tarde del viernes caía sobre Ejea. Unos jóvenes, sentados en un banco de la calle Libertad, no paraban de darse arrumacos con los que combatían el frío atardecer. A su lado, un perro atado al banco, asumía estoicamente el fin de su corto paseo.

Marta echó de menos a su novio Ricardo. Había tenido bastante trabajo y emociones para una sola semana. Podía apagar de inmediato su ordenador y marcharse al pueblo con él. Encerrarse en casa los dos solitos, encender el hogar, leer un libro, hacer el amor, preparar una cena, dormir. Mil cosas antes que escuchar a Guillermo.

Pero se sentía en deuda con el jefe de la policía judicial que se sentaba al otro lado de su despacho. Le dio alas para revolotear alrededor del caso. Guillermo siempre encontraba flores donde recoger un sugerente polen de pistas.

El astuto policía judicial, con su peculiar forma de actuar, profundizó en una tesis más amplia sobre el asesinato de Emma. Desde luego sonaba a demasiada coincidencia que se hubieran juntado en Undués tres alemanes, dos de ellos vinculados con la Iglesia y uno de ellos más que previsible asesino de la joven.

Ahora le tenía que decir que abandonara todo lo que no se ciñera escrupulosamente al asesinato y a la detención del asesino, Karl Swainger. Quería hacerle entender que todo se debía a trámites muy por encima de su instancia. Ella misma lo había tenido que asumir y tragar de un sólo bocado.

_No deberías suponer cosas tan a la ligera. Menos aún cuando ni siquiera tenemos al supuesto asesino detenido y sentenciado como culpable. Aunque eso es lo de menos, Guillermo. –Marta se acercó a la mesa y apoyando sus brazos en tensión, le miró fijamente con sus profundos ojos negros-. Nunca imaginé que algo que memoricé para pasar una oposición me fuera de tanta utilidad sólo unos pocos meses después de obtener mi primer destino. He tenido que rescatar mis apuntes de derecho internacional como una estudiante de primero para poder entender algo.

_¿Qué tiene que ver el derecho internacional con el caso de Emma Bermúdez –Guillermo perdía la paciencia a pasos agigantados.

_¿Sabes quienes son los únicos intocables en el mundo judicial?

_¿De qué estás hablando, Marta? –redujo la conversación al tuteo Guillermo.

_Los intocables son aquellos que sin saber muy bien por qué, no pueden ser juzgados ni detenidos ni nada por el estilo. ¿Quiénes son esos, Guillermo?

_Ni idea de que me estás hablando, Marta. -El policía judicial terminó por pensar que la juez estaba sufriendo un delirio.

_Toda esa gente a la que ahora quieres interrogar ciegamente son agentes diplomáticos del Vaticano. –Marta golpeó su mesa con las palmas de sus manos-. ¿Cómo lo ves? Fremont, Hans y Ariadna gozan de inmunidad ante nuestra jurisdicción penal, no están

obligados a testificar. Su persona, residencia, documentos y bienes son inviolables. No pueden ser objeto de detención o arresto y tienen el privilegio de exención de todo impuesto o gravamen. Esta inmunidad y privilegios se extienden a sus familiares.

Eso es lo que dicen mis jodidos apuntes de derecho internacional. ¿Qué te parece?

Guillermo observó estupefacto a la joven juez apagando su ordenador, antes de desplazarse ante la percha, donde recogió su abrigo y señaló a la puerta invitándole a salir.

_¿Estás de broma, no? –se atrevió a comentar Guillermo.

_No lo sé. Es la única vía legal para entender que tus amigos los alemanes y la camarera del bar de un pueblo hayan pasado a ser intocables.

Salieron por la puerta, Marta con cara de fatiga y Guillermo circunspecto tras de ella.

_Pero eso que has dicho del Vaticano. Entiendo que también es una suposición tuya.

_No –río irónicamente Marta–. De hecho es lo único cierto. La orden viene directamente del Vaticano. Y no me apetece enfrentarme a un gran estamento, todavía no he llegado a la Audiencia Nacional para ser una juez estrella. En cuanto a ti, sólo tienes que acatar mis órdenes y transmitir a todos esta instrucción general. El Capitán Hornos también está al tanto. Más que nada porque podrías comerte un marrón de dimensiones cósmicas.

Conforme salían del despacho de la juez, Guillermo comprobó cómo su argot callejero se fue apoderando de su habitual dialéctica elegante. Sin duda mucho más convincente ese estilo entendible por cualquier ciudadano de a pie.

CAPÍTULO XLVI

En las calles de Undués, la misma noche del viernes se intuía un toque de queda marcado por el miedo. El pueblo parecía una pequeña réplica del gueto de Cracovia, donde la Guardia Civil sustituía a la Gestapo. Una pareja de la benemérita paseaba entre la niebla en espera de controlar cualquier nuevo capítulo violento.

Desde la vieja casa de muñecas el humo de la chimenea se perdía entre esa niebla creciente. Al lado del hogar donde crepitaba la leña, Ariadna acogía en su regazo a su hija, adormeciéndola mientras conversaba con Hans y Fremont.

Precisamente Sofía estaba siendo el principal tema de conversación. A Ariadna le costaba entender la predestinación de su hija.

_Yo me voy a la cama –comentó Fremont levantándose del sillón sin apenas esfuerzo. Consideró que debía dejar solos a Hans y Ariadna-. Debéis decidir cuanto antes. Ya me informaréis.

_ Buenas noches, Fremont –contestó Hans.

_ Buenas noches – se despidió Ariadna con la vista perdida.

_ Ariadna, cariño –Hans empezaba a familiarizarse con esa palabra española que le sonaba tan bien–. Deberíamos marcharnos mañana mismo. Aquí corremos riesgos innecesarios. Hoy estamos juntos, protegidos, pero no sabemos mañana.

_Hans. Sigo sintiendo que estás conmigo por Sofía, por eso tan especial que le atribuye vuestra profecía. Y eso colma de falsedad lo que siento por ti.

_Ariadna –trató de templar sus nervios Hans. Él le estaba hablando de salvar sus vidas en riesgo y ella se centraba en su inseguridad emocional. Se encontraba en planos muy distintos y Hans se dispuso a igualarlos-. Ya te he dicho que mi acercamiento

hacia ti no tuvo nada que ver con Sofía.

Antes nos centrábamos en los niños de la comuna. Entre ellos creíamos que nacería el elegido. Pero nos equivocamos. Mientras tanto te conocí a ti, Ariadna. Y quise ayudarte porque empecé apreciándote y he acabado por quererte completamente. He compartido contigo momentos únicos de mi vida. Respecto a Sofía, Dios nos ha abierto los ojos ante la evidencia de que ella será alguien muy importante, pero eso no falsea lo que empiezo a sentir por ti. Sólo asegura que la protegeré como el mejor de los padres.

_Todo esto parece demasiado extraño –continuó mostrándose reticente Ariadna, con sus primeras lágrimas asomándose a su rostro.

_Es la realidad, y cuanto antes la asumamos, menos problemas nos surgirán.

_¿Dónde iremos, Hans?

_Podemos ir a cualquier sitio. Donde nos apetezca. Ya has escuchado a Fremont, la Iglesia nos ayudará a ubicarnos en cualquier lugar del planeta donde estemos a salvo.

_Buenas noches –irrumpió una voz.

_Hola –Hans respondió automáticamente. Se giró hacia la puerta del salón y descubrió a Federico apostado contra el umbral -. ¿Qué haces aquí, Federico?

_Es gracias a Ariadna –Federico se dirigió a la chica-. ¿Recuerdas que me dijiste hace tiempo dónde estaban las llaves de esta casa?

_Federico ¿qué te pasa? –intervino ella aferrando a su pequeña instintivamente en su pecho. Su antaño confidente le miraba con odio y desprecio, como un enfermizo misógino.

_He pensado en acercarme para despedirme. Ya sé que estáis pensando en salir de Undués cuanto antes. -Federico anduvo hacia el centro de la sala, donde se sentaba Hans.Desde cerca, la mirada de Federico se adivinaba fría y amenazadora–. Anda, Hans, avisa a tu amigo el cura. Quiero que estéis todos aquí.

_ ¿Nos has estado escuchando? –preguntó Hans, descubriendo con espanto la culata de una pistola bajo la chaqueta de Federico.

_Llama a tu amigo –insistió Federico, extrayendo finalmente la pistola suavemente de la cintura de su pantalón–. Y no levantéis la voz si no queréis que os mande al infierno a todos.

Fremont apareció desde el pasillo hacia los dormitorios. No hizo falta que nadie le llamara.

_Buenas noches, Padre… Fremont ¿Verdad? –inquirió Federico con un falso gesto de afable presentación –. Siéntese por ahí, al lado de Ariadna, por ejemplo.

_No sabes lo que haces, Federico –volvió a tomar la palabra Ariadna. Después de superar el mayor miedo de su vida hacia su pasado, no quiso sucumbir a una nueva forma de terror.

_Pobre Ariadna. Tú si que no sabes nada. –La miró entre la lástima y la aversión, para luego volver con Hans–. Tenías razón, Hans. Os he estado escuchando. Puse micrófonos en la casa e hice mías vuestras conversaciones. De ese modo he completado el secreto de Undués o la casilla número 12. –Federico se movió por la sala a la manera de un profesor. Sentía un enorme placer al pensar que podía aportar luz a aquellos que se habían enfrentado a él sin llegar a dilucidar nunca la verdad.

Gracias a los micros, escuché en palabras de Fremont la profecía completa de San Virila. Así averigüé, en primer lugar que Sofía sería el cuarto personaje, y que su misión será “dar testimonio del mundo” Esa fue mi pista final para unir el vaticinio del santo con el mensaje de los templarios tras el juego de la Oca.

La niña ha nacido en la casilla número 12. El segundo puente. El lugar donde se emprende el camino por encima del curso de la vida. –Federico disfrutaba entre el silencio reinante. Como un matemático gozaría al despejar la raíz cuadrada de Dios-. Pero Undués, la casilla 12, ¡este puente!, conforma el último número de una peculiar serie. Un ciclo de tres seises hacia el infinito. El 6 del dado que empieza la partida, el 6 del primer puente y el 6 del segundo puente que despierta el bucle infinito del mal.

Con esos claros antecedentes que he desvelado, se deduce que lo que aquí nos espera es el Apocalipsis, el fin terrorífico de este mundo pecador, entregado a los infiernos.

He venido, sencillamente para apartar al diablo de este mundo –terminó por explicar con un deje de humildad emborronada en su mirada alucinada. Se encogió de hombros y retrocedió. Ante él divisaba la escena del fin del juego. Todas las piezas juntas en la última casilla.

_¿Qué estás pensando hacer? –tembló Ariadna.

La duda de Ariadna suponía una certidumbre para Hans. Quería matar a Sofía. Convencido como estaba de haber solucionado el galimatías de su investigación.

De repente una sombra atravesó el umbral y cogió por la espalda a Federico. Ambos rodaron por el suelo. Hans aprovecho para acercarse al hogar y coger por el gancho el atizador de la lumbre. Cuando se giró, un disparo reverberó en la estancia.

_¡Karl! –gritó Fremont al descubrir la cara del atacante apoyada contra el frío suelo.

Federico trató de quitarse de encima el pesado cuerpo. Había tenido suerte. Entre su cuerpo y el del desconocido, la pistola giró y se disparó hacia el otro lado. Pero su racha se cortó de raíz cuando Hans le sacudió con el mango del atizador en la cabeza. Su mundo se hizo oscuro.

Ariadna permanecía inmóvil en el sofá. Fremont se acercó a Karl, le giró hasta colocarle boca arriba. Todavía respiraba, aunque desde su pecho manaba sangre abundantemente.

_¡Padre Fremont! Este era mi destino en la obra de Dios ¿verdad?

_Sí, hijo. Dios confió en ti.

_¡Es ella! -Karl miró a la niña en los brazos de su madre, sonrió y segundos después expiró.

Un intenso ruido de pasos se escuchó escaleras arriba. Jadeantes, un par de guardias civiles con su arma en la mano, contemplaron la escena. Volvieron a enfundar sus pistolas y mientras uno de ellos supervisaba el estado de los cuerpos yacentes y preguntaba por lo ocurrido, el otro llamaba por teléfono a Guillermo Sueve, quien les había dado orden de notificar cualquier mínimo incidente.

Esa escena superaba la consideración de mínimo incidente y ascendía hasta el nivel de absoluto desastre.

CAPÍTULO XLVII

El aeropuerto de Zaragoza rebosaba tranquilidad aquel domingo 24 de noviembre. Unos pocos pasajeros esperaban sus vuelos a otras ciudades de Europa. En la pista, un gigantesco avión de mercancías aterrizaba desde la lejana Corea.

Hans, Fremont, y Ariadna transportando a Sofía dormida en su carrito, avanzaban por un pasillo antes de separarse cada uno a su respectivo vuelo. Fremont regresaba a Munich previo paso por Roma para entrevistarse con Adolf Bergmann. Acababa de facturar su equipaje.

Hans, Ariadna y Sofía, no tenían que preocuparse por facturar, ni por tediosas colas. Ya tenían fletado un vuelo charter directo a Little River Airport, en el tranquilo condado costero de Mendocino, California. Fremont les transmitió el ofrecimiento de Adolf Bergmann para buscar cualquier refugio, y lo aceptaron. Hans pensó en que una jubilación pagada por el Vaticano sonaba muy bien.

En cuanto a ese destino concreto, hacía tiempo que escuchó a algún compañero de la RTL hablar sobre su tranquilidad. Tras consultarlo con Ariadna, concluyeron que era el mejor sitio para huir de nuevas y potenciales amenazas, ya fuera la organización de Federico o cualquier otra.

No charlaban mucho en los momentos previos a emprender sus diferentes destinos. Sus ánimos variaban de la inquietud a la esperanza, o de la ilusión a la tristeza. Sensaciones demasiado antagónicas, bastante tenían con tratar de hacerlas compatibles racionalmente. Los últimos acontecimientos forzaron esa difícil convivencia interior.

Los tres recordaban perfectamente lo ocurrido hacía cuarenta y

ocho horas. En cuanto Hans detuvo a Federico de un fuerte golpe, Fremont tomó el timón. Asistió a Karl en sus últimos momentos con vida, también atendió a Ariadna en estado de shock. En cuanto Hans regresó con ella, llevó la voz cantante ante la Guardia Civil mientras éstos atendían y esposaban a un aturdido Federico y ratificaban la muerte de Karl Swainger.

Alguien les estaba esperando cuando atravesaron la puerta de embarque internacional. Un elegante joven se hizo cargo de la gran maleta común de Hans y Ariadna. Otro compañero suyo les invitó a esperar un rato en la sala vip, mientras se procedía a la revisión ordinaria del avión durante media hora.

Se sentaron en una amplia sala de cómodos sofás, prolongados en interminables filas. Disponían de todo tipo de prensa del día y revistas de actualidad. Podían entretenerse con multitud de pantallas de televisión y mitigar el hambre en un extenso buffet libre.

Mientras Fremont ojeaba un periódico, Hans perdía su vista en una pantalla sintonizada con la RTL. Al menos hasta que Sofía empezó a llorar y se dispuso a ejercer de padre. Ariadna sonrió. Le aseguró que sólo quería recenar. La cogió entre sus brazos y se levantó. Hans la siguió con la vista hasta que abrió la puerta de los baños de mujeres. Allí se dispondría a dar una toma a la niña.

_¡Qué casualidad! ¡Buenos días! –Alguien se sentó en el lado izquierdo de ambos, con total indiscreción.

_¡¿Guillermo?! –Hans creyó recordar que ese era el nombre del policía que rondaba siempre por Undués. ¡Les había seguido hasta el aeropuerto! No quedó conforme con encontrar al asesino de Emma muerto por un disparo a manos de Federico. En su mirada se detectaba que intuía algo más, y estaba sediento de información.

_Os marcháis muy pronto de España. ¿No os ha gustado este país? –Se reclinó sobre el asiento para ver sus dos caras.

_Todo lo contrario, nos ha encantado. Pero tenemos importantes obligaciones en otros lados. – Respondió Hans, desviando su atención desde la televisión hasta el policía, aunque sin moverse un ápice de su orientación hacia la pantalla.

_Pero habéis terminado vuestro viaje con un cierto mal sabor de boca ¿no es así?

_Bueno. No es agradable toparte con un loco que pretende

matarte por sabe Dios qué teoría extraña. –En la tele, Hans comprobó como un viejo conocido seguía presentando el espacio de los deportes durante el telediario. Se encontraba tranquilo ante el avasallamiento de Guillermo. Sabía que no tenía nada que hacer.

_Federico Ledesma era un miembro de una importante organización: Los Rotarios, una especie de élite social. Él buscaría su verdad en Undués y frente a ella encontró a sus enemigos. Descubrimos que os espiaba, teníais micros en vuestra casa. No entiendo por qué.

_Esa organización a la que apelas te podrá explicar su ideario mucho mejor. Según me dijo buscaban en el juego de la Oca un secreto de los templarios. Todas esas ideas peregrinas se le fueron de las manos.

_Y qué me decís de Karl. Un compatriota vuestro, podrido de dinero, decide financiar a unos hippies en el monte. Después de su muerte esa gente ha heredado toda su fortuna. Parece que dos niños son hijos suyos y para ellos destinó secretamente la mayor parte de su herencia.

_Me alegro por ellos –habló con sinceridad Hans. El dinero podía ayudar a Sherman, Catherine y los suyos a continuar una labor interesante por si misma, auténtica por vez primera sin la interferencia de Karl. O quizás la pasta acabara con todo. Ese dinero desvelaba una dolorosa verdad para Catherine, y conociéndola a ella, difícilmente aguantaría esa nueva realidad oculta.

_Tú, Fremont, parece que conocías a ese Karl ¿no es así?

_Conozco mejor a su madre. Ella es feligresa en mi parroquia y me cuenta, mejor dicho me contaba su preocupación sobre su único hijo. En cuanto conozca la trágica noticia, se romperá. Si algún día llega a asumirlo, empezará a pensar en intentar revertir el despilfarro del patrimonio familiar en forma de donación a una comuna.

_Es curioso. Todo se mueve a vuestro alrededor. Desde el asesino de Emma ya fallecido, hasta quien terminó ajusticiándole, Federico.

_Hijo –mostró Fremont su mejor cara de confesor -. Ojalá no nos hubiera tocado vivir todo esto. Pero esas muertes no tienen nada que ver con nosotros.

_¿Sabes, Padre? –Perdió la vista en sus manos Guillermo para

volver al ataque con una mirada felina, un punto agresiva–. Estoy seguro de que no es así. Si pudiera indagaría entre vuestros trapos sucios y encontraría la forma de vincular correctamente este desastroso puzle. Pero sois intocables, inaccesibles para mí.

Sólo me queda la duda de saber si en este espacio internacional del aeropuerto también se podría aplicar una especie de "duty free" legal. Borrar durante unos momentos la inmunidad, esa impunidad que os libera de todo.

_No se trata de impunidad –cortó con el mismo tono seco Fremont, sin sentirse amedrentado por el acento de Guillermo. Sabía que se encontraban protegidos por el Vaticano, no les hacía falta inmiscuirse en una pugna sin sentido, pero no quiso obviar las incertidumbres que gobernaban la voluntad de un hombre con buen fondo-. No tenemos ningún castigo pendiente. Tenlo por seguro. Sólo ocurre que andamos tras una verdad se puede decir que… complicada. Esta verdad no es materia legislativa, ni judicial ni policial. Los que han pretendido poseer esa verdad, anteponiéndola a la propia vida humana, como ha ocurrido en Undués, han fracasado. Esas personas siempre han estado en el lado opuesto de nuestra búsqueda.

_Y vosotros sois los gurús que buscan esa entelequia –reprochó Guillermo con su habitual sarcasmo de hombre pegado a la tierra.

_Para nada –se animó a comentar Hans–. Tan sólo padecemos la verdad, acompañamos perplejos su devenir imprevisible. No sabemos a dónde lleva ni si tendrá sentido en un futuro. Estamos inmersos en el mismo destino inescrutable que cualquier otra persona.

_Cuestión de fe -replicó Guillermo tumbándose sobre el respaldo del inacabable sofá y pasando sus manos tras su cabeza. Parecía resignado-. La misma que tengo que aplicar yo para creer que no tenéis nada que ver con las muertes de Emma Bermúdez y Karl Swainger.

_Lo entiendes perfectamente, Guillermo. Para ti no es cuestión de desvelar un doble caso de asesinato –tomó Fremont de nuevo la palabra-. Eso ya lo tienes completamente cerrado. Karl asesinó a Emma porque consideró que interfería en su gran obra, la comuna. Federico mató a Karl, aunque querría habernos matado a todos. Enloqueció pensando que éramos mensajeros del diablo. Esa es la

versión que pudimos recomponer.

Lo que buscas hoy aquí es esa otra verdad más allá. Y sí, tenlo por seguro, es la fe la que te puede conducir a ella. Tu curiosidad te mueve como una deformación profesional. Pero en este caso sólo en la fe encontraría la fuente donde saciar su sed.

Hans pensó que Fremont no perdía la oportunidad de seguir evangelizando un mundo de escépticos. Guillermo no pareció muy convencido, miró hacia el baño de donde salía Ariadna.

_Tiene que ver con ella, ¿verdad? –Habló en voz baja Guillermo-. Con ella y con su hija. Es la verdad que buscabais, lo único que os lleváis de Undués.

Nadie le contestó.

_Buenos días, Ariadna –saludó el policía a la joven. Intuía que había tocado hueso.

_Hola –espetó bruscamente Ariadna. No parecía que se encontrara con ánimo para entablar una conversación con él.

En aquel instante, el aviso del vuelo de Fremont sonó en megafonía. Todos se levantaron.

_Bueno, al menos he adivinado algo –asintió Guillermo encogiéndose de hombros-. Empezaré a tener fe, Padre. Pero también estaré muy atento a lo que pase en el lado de la realidad-. Guillermo se despidió sin saber muy bien que había querido expresar con su respuesta. Se marchó frustrado y cabizbajo.

Hans y su peculiar nueva familia acompañaron a Fremont hasta el embarque final.

_Fremont. Muchas gracias por todo.

_Gracias a ti, Hans. Como me dijiste al venir a buscarme a este mismo aeropuerto, esta aventura me ha rejuvenecido. Las grandes aventuras arrastran sus peligros y riesgos. Pero al final es necesario vivirlas. Mi vida cambió cuando te conocí. Me llamaste para tener a alguien a quien manipular en la tele, y al final nos sirvió a los dos para algo bien distinto.

_En absoluto, Fremont. Te llamamos a la tele porque la gente hablaba muy bien de ti. Quise contar en mi programa con el verdadero espíritu de la Iglesia, un cura de un pequeño pueblo donde se palpara la fe realmente.

_Bueno, pues puestos a sincerarnos, yo también debería decirte una cosa. El pergamino de San Virila que te enseñé en mi despacho

era sólo un facsímil, el original estaba entonces en la Nunciatura de Berlín. Ahora ya se encuentra a buen recaudo en el Archivo Secreto del Vaticano.

Los dos se estrecharon en un abrazo, sonriendo.

Ariadna les observaba con la lágrima a punto de caer.

_Ariadna. –El viejo cura miró con franqueza a la chica. Desde sus pequeños y brillantes ojos, contorneados por su piel arrugada, destilaba aprecio y estima-. Dios no ha podido dar con una madre mejor que tú. Sofía será una gran mujer. Y en gran parte será cosa tuya. No me cabe la menor duda.

Mientras Fremont se perdía por el pasillo de entrada al avión. Hans pensó en el tiempo que pasaría hasta que volvieran a encontrarse. Si es que eso sucedía. Su aventura conjunta acababa, otra nueva junto a Ariadna se extendía hacia el futuro.

Una nueva vida que Dios se encargaría de novelar una vez más. Su pluma primero esbozaba en renglones torcidos. Lo que parecían personajes fundamentales a priori, como Karl y la que creía su gran obra, los emborronaba después para redefinir la historia. Generaba paradojas, giros imprevisibles de la trama entre lo que el hombre proponía y lo que Él finalmente disponía que fuera.

No sólo Karl, también Fremont y él mismo habían forzado el cumplimiento artificial de la profecía a través de la comuna. Al final sólo la predestinación marcó la cronología de su búsqueda.

CAPÍTULO XLVIII

Doce años después…

“Los mexicanos dicen que el Océano Pacífico no tiene memoria”.

Sentado en soledad sobre la arena de la californiana playa de Van Damme, frente a ese inmenso azul llamado Pacífico, Hans profundizaba en la conocida frase.

Consideró que las olas del Pacífico romperían y salpicarían sin detenerse jamás. Desde ese mismo instante en que las contemplaba, hasta la eternidad. Salpicaban ahora, casualmente sobre sus pies, o salpicarían sobre la solitaria arena incluso en el mismo día del fin del mundo. Podría entenderse así la amnesia de cualquiera de los océanos del planeta.

No disponía de la paciencia ni del tiempo suficiente para comprobarlo. Se puso en pie y retomó el camino a casa. Ariadna le estaría esperando para desayunar.

Su hogar se levantaba al borde de un acantilado, sobre una cala hacia poniente. Detrás de la gran casa se distinguían los primeros pinos del bosque Jackson, sobre cuyas copas descollaba el sol.

Sofía, su hija mayor, le vio llegar y salió corriendo a recibirle al porche.

_¡Papá! –Se aferró la niña a la cintura de Hans.

_ Buenos días, Sofía –acarició su cabello-. ¿Qué tal has dormido?

_He tenido un sueño muy raro. No te lo vas a creer. Por una amplia calle desfilaban reyes del mundo, y todos se arrodillaban ante mí. ¡Como si yo fuera alguien importante!

Epílogo

Esta novela parte de unos lugares, y sus personajes históricos vinculados, completamente reales.

Tiermas, Sos del Rey Católico, el Castillo de Javier y Petilla de Aragón junto con el Monasterio de Leyre son enclaves españoles situados entre la zona de las Altas Cinco Villas, región aragonesa del prepirineo, y Navarra.

En Tiermas, pueblo hoy desaparecido bajo las aguas del pantano de Yesa, y muy conocido por sus aguas termales, nació San Virila en el año 870.

Sos del Rey Católico es el lugar de nacimiento del Rey Fernando el Católico. Adentrarnos en sus calles penetrando por cualquiera de sus siete puertas medievales, es sumergirnos en plena Edad Media. Palacios, iglesias y caserones señoriales albergan ecos de otros tiempos.

El Castillo de Javier se comenzó a edificar a finales del siglo X y fue concebido inicialmente como torre de vigía para defender el valle del río Aragón. Posteriormente se terminó fortificando como un castillo completo, donde María Azpilicueta y su marido Juan de Jasso vieron nacer a su hijo Francisco de Javier, quien más tarde sería un religioso que evangelizaría las Indias y alcanzaría la Santidad.

Petilla de Aragón, en un principio se incluía en el Reino de Aragón, hoy en día se establece como un enclave de Navarra en la Comunidad Autónoma aragonesa. Es un lugar de carácter medieval donde nació, en 1852, don Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel de medicina en 1906 por sus descubrimientos sobre el sistema nervioso.

Por su parte, el Monasterio de Leyre, ubicado a unos 50

kilómetros de Pamplona y en plena sierra de Errando, fue cuna de los reyes de Navarra. Después de incontables peripecias y 118 años de abandono, en 1954 los benedictinos se instalaron definitivamente. Hoy puede visitarse perfectamente restaurado.

Undués de Lerda se halla en pleno camino de Santiago; esta pequeña población casi desaparecida en el pasado siglo, hoy se encuentra en franca recuperación al restaurarse muchas de sus casas y calles. Destaca en esta población el magnífico palacio, hoy rehabilitado como albergue para peregrinos, y su calzada romana.

En nuestros viajes por esta comarca nos llamó poderosamente la atención que en un espacio tan reducido (12 kilómetros de radio) se diera la circunstancia de coincidir el alumbramiento de representantes de primer orden del poder político, la santidad, la ciencia y la mitología.

La densidad de estas poblaciones, históricamente ronda los 2 habitantes por kilómetro cuadrado, el espacio entre ellas apenas sobrepasa el 0. Sin embargo, en un reducido espacio de escasa población, y alejado de cualquier centro neurálgico social, político o de cualquier otra índole, vinieron al mundo estas eminencias. Sorprendente, sin duda.

Nuestra sensación de primaria sorpresa aumentó hasta convertirse en auténtica convicción de que esa zona era única, ya que no dimos con ningún otro lugar en el que se produjera una concentración semejante de nacimientos de personajes que, de un modo u otro, hayan influido en el mundo de manera tan sobresaliente. Consideramos, sin albergar dudas, que estos lugares muy lejanos de cualquier centro de influencia, aportan un importantísimo legado.

Con el referente de esta asombrosa coyuntura hilvanamos nuestra historia. Conforme avanzamos, otras misteriosas coincidencias que trasladamos a la trama acabaron por convencernos de que eran demasiadas.

Desde Undués de Lerda y su entorno mágico, esta historia se extiende a otros puntos de todo el mundo, desde Logroño hasta Ciudad del Vaticano, pasando por Munich, Madrid, Altötting, Pamplona, Zaragoza o Ejea de los Caballeros.

El mapa al pie de página ilustra la singular ubicación de Undués de Lerda. En línea recta, prácticamente equidista de los cuatro

vértices mágicos del cuadrilátero, compuesto por los lugares donde nacieron esos grandes personajes históricos.

Juan Herranz & Javier Dehesa